HISTORIA MEXICANA

VOL. LIII OCTUBRE-DICIEMBRE, 2003 NÚM. 2

210

México e Hispanoamérica

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL CENTRO
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Publicación indizada en CLASE (http://www.dgbiblio.unam. mx/clase.html)

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México. *Suscripción anual*: en México, instituciones e individuos, 300 pesos. En otros países, instituciones e individuos, 100 dólares, más veinte dólares para gastos de envío.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
ISSN 0185-0172
Impreso en México
Se terminó de imprimir en septiembre de 2003 en Imprenta de Juan Pablos, S. A.
Mexicali 39, Col. Hipódromo Condesa, 06100 México, D. F.
Composición tipográfica: Literal, S. de R. L. Mi.

Certificado de licitud de título núm. 3405 y licitud de contenido núm. 2986, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas, el 30 de septiembre de 1988, y número de reserva 04-2001-011613405600 del 16 de enero de 2001.

HISTORIA MEXICANA

VOL. LIII OCTUBRE-DICIEMBRE, 2003 NÚM. 2

210

México e Hispanoamérica

Aproximaciones historiográficas a la construcción de las naciones en el mundo hispánico

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

VOL. LIII OCTUBRE-DICIEMBRE, 2003 NÚM. 2

210

SUMARIO

PRESENTACIÓN

El propósito de esta presentación no es resumir el rico y variado contenido del presente número, para lo que sería necesario mucho más espacio que las pocas líneas que aquí siguen, sino exponer de la manera más sucinta posible, los objetivos que guiaron su diseño y realización.

El giro producido en los estudios sobre la nación en los inicios de la década de los ochenta y, como consecuencia, las teorizaciones en torno a la idea de la nación como una forma específicamente moderna de identidad colectiva abrieron un amplio y novedoso campo de investigación histórica. Si las naciones no eran realidades objetivas intemporales, tal como de manera más o menos explícita se había venido afirmando hasta ese momento, sino construcciones imaginarias relativamente recientes, la reconstrucción y explicación de la forma en que estos actores privilegiados de la historia de los dos últimos siglos habían logrado monopolizar el imaginario colectivo contemporáneo se convertía en uno de los grades retos historiográficos al que los historiadores de finales del siglo XX y principios del XXI tenían que enfrentarse.

El punto de partida de este número monográfico es que a pesar de la escasa atención que los teóricos sobre el hecho nacional han prestado a lo ocurrido en los territorios de la antigua monarquía española, el caso del mundo hispánico puede aportar muchos e interesantes elementos a

una teoría general sobre la construcción de las naciones, no en vano estamos ante una de las más tempranas y masivas eclosiones de naciones de toda la historia de occidente; también que a la luz de los nuevos planteamientos teóricos sobre la nación, no es ya posible seguir manteniendo muchos de los viejos planteamientos sobre la aparición de naciones en los territorios de lo que fue el imperio español en Europa y América.

La historiografía tradicional ha hecho hincapié en una metáfora de tipo biológico (algún día habrá que hacer una crítica al daño que las metáforas biológicas han hecho a la comprensión de los fenómenos sociales) en la que las sociedades del lado americano de la monarquía habrían ido madurando lenta, pero inexorablemente, a lo largo de los siglos de la colonia hasta tomar conciencia de su "auténtico" ser como naciones. A pesar de que nadie parece poner en duda la importancia que la prisión de Fernando VII y la ruptura de la continuidad dinástica tuvo en el desencadenamiento de las independencias, hay también un cierto consenso en que una serie de factores, externos e internos (desde el llamado patriotismo criollo a la influencia de las ideas ilustradas), habían llevado a las sociedades americanas de los inicios del siglo XIX a una especie de punto de no retorno en el que las nuevas naciones, aunque todavía no eran, ya existían. Frente a esto, y como hipótesis, se apuesta por la importancia que el colapso del imperio tuvo: fue la crisis del Estado monárquico y su orden institucional lo que permitió, a uno y otro lado del Atlántico y de manera bastante brusca y no progresiva, la imaginación de nuevas comunidades nacionales; lo que permitió que lo que hasta ese momento era inconcebible, imposible y ambiguo se convirtiese en imaginable, necesario y transparente. Uno de esos momentos, cruciales en la construcción de cualquier identidad colectiva, en los que lo inimaginable se convierte en convención.

No fueron las naciones, incluida la española (y ésta quizás sea la apuesta más novedosa de la propuesta aquí contenida), considerar que lo ocurrido en las Indias y en la Península, con todas las peculiaridades que se quieran, es

parte del mismo proceso, que no hay metrópoli y colonias, sino sociedades enfrentadas al mismo problema de sustituir viejas formas de legitimidad por otras), las que se dotaron de nuevos Estados; fueron los nuevos Estados, nacidos de las ruinas del imperio, los que construyeron naciones, hechas a la medida, que se querían viejas. Y aquí estaríamos en el centro mismo del debate contemporáneo sobre el problema de la nación.

En este común marco teórico, los objetivos se centraron en tres aspectos concretos:

a) Resaltar la importancia que el estudio histórico de lo ocurrido en el ámbito hispánico, tiene para una teoría general sobre la nación. No parece posible que ésta no tenga en cuenta el caso hispánico.

b) Analizar los diferentes procesos de construcción de naciones. En el amplio marco geográfico de lo que fue el imperio español los retos a los que tuvieron que hacer frente las élites nacionales fueron distintos y diversos y las respuestas también. Desde España a Argentina y desde Argentina a México asistimos a diferentes propuestas y soluciones, a diferentes procesos de construcción nacional con características diversas. Describir y explicar la forma en que las diferentes naciones lograron dibujar sus rasgos más característicos y determinantes en el imaginario colectivo de cada comunidad nacional es el principal objetivo de muchos de los artículos que componen este número. Una especie de muestrario de las diferentes respuestas que se dieron al mismo problema de construir la nación.

c) Uso de nuevas fuentes y métodos. La construcción de naciones no es una realidad objetiva, los Estados se crean por decretos, las naciones no. Para reconstruir el proceso mediante el cual las naciones se configuraron como realidades objetivas en el imaginario de las nuevas comunidades nacionales no nos sirven las fuentes tradicionales ni tampoco los viejos métodos. Se ha pretendido mostrar algunos ejemplos de las posibilidades del uso de otros métodos y fuentes.

Éstos fueron, a grandes rasgos, los objetivos que el número monográfico se propuso. No es necesario precisar que el cumplimiento sólo parcial de algunos de ellos, inevitable dada la complejidad de la propuesta, es responsabilidad exclusiva del coordinador del proyecto, la del resto de los participantes se limita a los artículos de los que son autores.

Por lo que se refiere al debate teórico, sencillamente es un campo abierto en el que son de esperar nuevas y novedosas aportaciones en los próximos años. Sin embargo, no parece demasiado osado afirmar que para una teoría general de la nación lo ocurrido en los territorios de la monarquía hispánica en los inicios de la época de las naciones es bastante más relevante que lo ocurrido en la minúscula "Ruritania" centroeuropea de Gellner después de un siglo de construcción de naciones.

Sobre los procesos de construcción de naciones, éstos fueron tan diversos que hubiesen necesitado un artículo por cada una de las nuevas naciones, ante la imposibilidad de hacer esto se tomaron sólo aquellas que se consideraron más representativas. Sin embargo, manifiestamente las ausencias son muchas, clamorosas en algunos casos. Falta el ejemplo de alguna de las naciones en que se fragmentó la Gran Colombia, un caso bastante peculiar y con suficiente entidad para haber merecido no uno sino varios artículos; lo ocurrido en el centro del antiguo virreinato de Perú, que hubiese sido un buen contrapunto al caso novohispano; la fragmentación centroamericana, un modelo diferente prácticamente a todos los demás... Sólo el límite de espacio puede explicar, no sé si justificar, éstas y otras ausencias.

Por lo que respecta a nuevas fuentes y métodos, se exponen algunas investigaciones recientes que parecen especialmente prometedoras. Se han preferido los estudios de casos, y no las propuestas teóricas, porque esto ha permitido, dado el problema de espacio al que ya se ha hecho referencia, tomarlos también como ejemplo de construcciones nacionales concretas. Por supuesto, carecen de cualquier voluntad de exhaustividad. Son sólo algunos ejemplos, casi aleatorios, que sin embargo, permiten afirmar que las interrelaciones entre historia política e historia

cultural se ofrecen como un campo especialmente prometedor en este tipo de investigaciones.

Por último, quiero dar las gracias a todos los que hicieron posible este número, a Solange Alberro, la anterior directora de *Historia Mexicana*, que fue la primera en acoger generosamente el proyecto; a Óscar Mazín, que continuó con el mismo; a Beatriz Morán, sin cuyo constante apoyo nunca hubiese llegado a buen puerto, y muy especialmente, a los colaboradores, con los que me siento en deuda, no sólo por sus artículos, sino también por el interés con que acogieron el proyecto y lo atinado de sus sugerencias, aprovecho también para pedirles disculpas por mi insistencia en plazos y fechas.

Tomás PÉREZ VEJO

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS NACIONES COMO PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO: EL CASO DEL MUNDO HISPÁNICO

Tomás Pérez Vejo
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

La construcción de las naciones: una perspectiva histórica

El problema de las identidades colectivas, y aquí entrarían fenómenos como los de los nacionalismos y, en épocas más recientes, los de los integrismos religiosos o los de las minorías étnico-culturales, ha sido uno de los más complejos y con mayor capacidad de desestabilización política al que han tenido que hacer frente las sociedades posteriores a la caída del antiguo régimen. Si los conflictos políticos de la modernidad han girado en torno a lo que Claus Offe ha denominado conflictos *interest-based, ideology-based* e *identity-based*[1] —reparto de recursos, derechos y organización social y definiciones colectivas—, parecería que ha resultado más fácil, relativamente, llegar a acuerdos sobre qué tenemos y qué pensamos que sobre qué somos, quizás porque los recursos y los derechos son negociables pero las identidades no.

Por lo que se refiere a la nación, disolución de antiguos imperios, guerras de independencia, unidades nacionales, guerras mundiales, nacionalismos separatistas... en todos ellos esta forma de identidad colectiva y organización política ha sido la protagonista principal. Tal como afirma

[1] Offe, 1998.

Hobsbawm en *Naciones y nacionalismo desde 1870*, imaginándose un historiador intergaláctico llegado a la Tierra para investigar las causas de una supuesta catástrofe nuclear: "Nuestro observador, después de estudiar un poco, sacará la conclusión de que los últimos dos siglos de la historia humana del planeta Tierra son incomprensibles si no se entiende un poco el término 'nación'".[2]

Pocas objeciones caben a la afirmación de que la nación ha desempeñado un papel determinante —tanto en el plano político como, quizás sobre todo, en el de las mitologías colectivas— en la articulación de las sociedades humanas durante los dos últimos siglos. En un proceso iniciado a partir de la segunda mitad del siglo XVIII en occidente y que posteriormente se ha extendido al resto del planeta, la nación ha terminado por convertirse en la forma hegemónica y excluyente de identidad colectiva de la modernidad y en la principal, si no única, fuente de legitimación del poder político. Así lo reconoce explícitamente el ordenamiento jurídico internacional que considera a las comunidades nacionales como los únicos sujetos colectivos capaces de ejercitar determinados derechos políticos, el de autodeterminación por ejemplo, que por el contrario se niegan a otro tipo de colectividades, sean religiosas, ideológicas, económicas, históricas o mero fruto de la voluntad de los individuos que las componen. La nación se dibuja en el horizonte mental del hombre moderno como una realidad insoslayable, que configura y determina todos los aspectos de la vida colectiva, desde el carácter de las personas hasta las formas de expresión artística. Ser miembro de una nación se ha convertido en una necesidad ontológica capaz, pareciera, de condicionar por completo nuestra forma de ser y estar en el mundo.

A partir de finales del siglo XVIII nación y progreso se convirtieron en las nuevas religiones de occidente, desplazando al cristianismo como base del mito, la estética y la moralidad, las tres funciones de la religión según Hegel. Puede afirmarse que la historia de los dos últimos siglos en

[2] HOBSBAWM, 1991, p. 9.

occidente, y a partir del siglo XX en el conjunto del planeta, es la historia de las naciones e, incluso, que de los grandes mitos de la modernidad —el progreso, el triunfo de la razón, la lucha de clases...—, la nación es el único que parece haber sobrevivido indemne a las grandes convulsiones históricas del último siglo, de manera que la bondad de la nación como forma natural y deseable de organización social sigue gozando de un amplio consenso en la mayoría del planeta. La mejor prueba de esta hegemonía del paradigma de lo nacional en el mundo contemporáneo la tenemos en que si preguntásemos a varias personas, no definidas *a priori* como nacionalistas, sobre los siete puntos que según Smith definen el nacionalismo, a saber: la humanidad se divide naturalmente en naciones; cada nación posee su carácter peculiar; el origen de todo poder político es la nación, el conjunto de la colectividad; para conseguir su libertad y autorrealización, los hombres deben identificarse con una nación; las naciones sólo pueden realizarse plenamente dentro de sus propios estados; la lealtad hacia el Estado-nación se impone sobre otras lealtades; y la principal condición de la libertad y la armonía globales consiste en el fortalecimiento del Estado-nación,[3] es muy probable que la mayoría se mostrase de acuerdo con muchas, si no con todas, estas afirmaciones. Es decir, que considerasen que la nación es la forma "natural" de organización de la vida política, que los hombres son fruto de la nación en la que nacen y que el respeto y reconocimiento de los derechos nacionales es condición indispensable para una vida internacional armoniosa. La nación goza, pues, de un alto consenso colectivo tanto sobre su realidad como sobre la bondad de su existencia. Es, sin duda alguna, la respuesta más exitosa a los problemas identitarios y de legitimación del ejercicio del poder en las sociedades posteriores a la caída del antiguo régimen.

La centralidad de la nación en la organización política de la modernidad ha ido acompañada de la asunción de un cierto carácter de naturalidad, o al menos de perenni-

[3] SMITH, 1976.

dad histórica. Si en el plano socioeconómico las sociedades burguesas se han imaginado a sí mismas como "naturales", liberadas al fin de las trabas que en el pasado habían impedido el libre desarrollo de las potencialidades humanas, el fin de la historia tiene un largo pasado antes de Fukuyama, en el plano político la nación ha tendido a asumir el mismo carácter, el fin de la historia sería, en este caso, la organización política de la humanidad en naciones, entendidas como unidades naturales, existiendo en el tiempo al margen incluso de la propia voluntad de los individuos que las componen, cuya finalidad última sería su conversión en Estados. Sólo a partir de las últimas décadas del siglo XX se han ido abriendo paso en los estudios sobre el hecho nacional dos ideas, en parte complementarias, que cuestionan radicalmente esta "naturalidad" de la nación: la historicidad del concepto de nación, la nación no es universal ni en el tiempo ni en el espacio, no ha existido siempre y podría dejar de existir en el futuro; y el carácter moderno de la nación como forma de organización social, la nación sería la respuesta histórica concreta a los problemas de identidad y de legitimación del ejercicio del poder creados por el desarrollo de la modernidad.[4]

[4] La bibliografía sobre ambos aspectos es ya en estos momentos prácticamente inabarcable, por citar sólo los estudios más significativos, BREUILLY, 1990; GELLNER, 1997; ANDERSON, 1983; HOBSBAWM, 1991..., y de manera bastante compleja HROCH, 1985 (las fechas de las primeras ediciones son, respectivamente, 1982, 1983, 1983, 1990 y 1968. Estas fechas muestran cómo en los inicios de la década de los ochenta se produjo un auténtico giro epistemológico sobre el tema, las obras básicas se publicaron prácticamente en el mismo año, quedarían fuera las obras de Hroch, con una muy temprana edición en Praga, pero que es todavía tanto una reconstrucción de la formación de las clases sociales como de la nación y que apenas tuvo impacto hasta su traducción inglesa de 1983, y la de Hobsbawm, cuyo aporte teórico es bastante marginal). Casi como precursores habría que citar las tempranas obras de KEDOURIE, 1960 y WEBER, 1976. Ésta sería la que podríamos denominar corriente "modernista" en torno a la nación. Frente a éstos se situarían los "primordialistas", para los que las naciones son realidades naturales, la corriente hegemónica hasta los años sesenta del siglo pasado. Para una crítica reciente de los primordialistas a los modernistas véanse ARMSTRONG, 1982, HASTINGS, 1997... Un poco a medio camino entre ambas corrientes habría

Sobre la historicidad de la nación no merece la pena detenerse demasiado. Afirmar que la nación, como cualquier otra forma de organización social, desde la familia monógama occidental hasta los grupos de edad de una tribu africana, es una construcción histórica, nacida en un tiempo y un espacio determinados y carente por completo de la naturalidad con que la vistió el nacionalismo romántico, historia y no naturaleza, es casi evidente en sí mismo. La nación es sólo una de las múltiples respuestas construidas por la humanidad a lo largo de la historia para distinguir entre un "ellos" y un "nosotros", parece que, ésta sí, es una constante universal en nuestra especie.

Que la nación sea, palabras de Habermas, "una forma específicamente moderna de identidad colectiva" plantea más problemas, especialmente por la existencia del término desde fechas muy tempranas. En su versión latina, *natio,* es ya habitual en los textos tardo romanos y, posteriormente, en los distintos idiomas europeos medievales, latinos y no latinos. Sin embargo, no parece una objeción en la que sea preciso detenerse demasiado. El significado de los términos, como todo historiador sabe, cambia y se modifica a lo largo del tiempo. En su origen latino, y en el de los primeros siglos de los idiomas modernos europeos, nación tiene el sentido de descendencia o estirpe,[5] con un marcado carácter biológico, aunque no exclusivo —se puede hablar de la nación de los labradores o de los soldados—, y exento de cualquier connotación jurídico-política. La nación es concebida como una entidad natural, cuyas relaciones con el ejercicio del poder, a diferencia de lo que ocurrirá más tarde, son muy tenues o incluso inexistentes. La primera vez que el término nación es utilizado para referirse a comunidades socio-jurídicas y no naturales, aunque conviviendo con el sentido de carácter biológico, es en la baja Edad Media, en los sínodos de la Iglesia, a los que los obis-

---

que situar la obra de Anthony D. Smith, SMITH, 1986. Para un análisis más detenido de estos aspectos véase PÉREZ VEJO, 1999a.

[5] Para la evolución lingüística y conceptual del término nación en castellano, véase MARAVALL, 1986, pp. 467-473.

pos acuden agrupados por naciones que se corresponden con demarcaciones territoriales, generalmente antiguas provincias romanas, que adquieren así un carácter jurídico-administrativo. Posteriormente, el término comienza a ser utilizado para referirse a comunidades con cierto sentido político, todavía muy difuso. Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, publicado en Madrid en 1611, dice de nación que "vale reino o provincia extendida, como la nación española", con lo que parece reducir el término a un sentido estrictamente geográfico, relacionado con la mayor o menor extensión del territorio a que se aplica. Para el *Diccionario de la Real Academia Española*, hasta la edición de 1884 y en la misma línea que Covarrubias, nación es "la colección de los habitantes en alguna provincia, país o reino". Sólo a partir de la edición de este año adquiere carácter político y pasa a significar "estado o cuerpo político que reconoce un centro común supremo de gobierno" y "territorio que comprende, y aun sus individuos, tomados colectivamente, como conjunto". Lo mismo ocurre en los demás idiomas europeos, en los que hasta el siglo XIX el término será utilizado predominantemente en el sentido de estirpe, grupo étnico o territorio extenso, sin las connotaciones políticas excluyentes que adquirirá más tarde.[6] Es este carácter político excluyente el que mejor define la modernidad del concepto. La nación, que en el antiguo régimen había convivido con otras formas de identidad colectiva, solapándose a menudo con ellas —religiones, estamentos, grupos familiares, etc.— y había carecido de connotaciones políticas precisas, se convierte en las nuevas sociedades burguesas, en la única forma de legitimación del ejercicio del poder y, por lo tanto, en el fundamento último de la vida política misma. Nace así esa especie de pleonasmo semántico que es el término Estado-nación. Pleonásmico en la medi-

[6] Para resumen de la evolución del término nación en los diferentes idiomas europeos, HOBSBAWM, 1991, pp. 24-29. Obviamente los diccionarios recogen con cierto retraso, significados que en el lenguaje político habían aparecido antes, aunque, casi seguro, en ningún caso más allá de finales del siglo XVIII.

da en que si la nación es la única forma de legitimidad del ejercicio del poder todo Estado necesita una nación y toda nación aspira a un Estado, sea esto posible o incluso deseable. Es en este sentido en el que se puede, y debe, hablar de modernidad de la nación, no en el de la existencia de comunidades humanas que a lo largo de la historia han sido identificadas como naciones. Es la idea de una comunidad étnica, histórica, lingüística y culturalmente homogénea como fuente de legitimidad política la que no se remonta más allá de tres siglos y en un principio restringida prácticamente a Europa. El término nación existió anteriormente en la mayoría de los idiomas modernos europeos, pero con significado muy diferente del que comenzó a tener hacia finales del siglo XVIII, tanto por lo que se refiere a su sentido como, sobre todo, a su uso político.

La conversión de la nación en sujeto político plantea, sin embargo, enormes problemas. Nos encontramos ante un concepto social de definición imprecisa que "ocurre" en el universo subjetivo de los individuos y no en la realidad, una forma imaginaria de pertenencia.[7] Esto no tendría que resultar demasiado conflictivo, toda identidad es posiblemente una ficción, salvo si se hace de la nación el fundamento último de legitimidad política, en cuyo caso nos encontramos con que toda la vida política de la modernidad descansa en una ficción de pertenencia. Y esto nos vuelve nuevamente al primer punto, al de la nación como construcción histórica. Para que esta ficción de pertenencia sea operativa políticamente la nación debe construirse antes en el imaginario colectivo. La nación no "es", se "hace". Las identidades colectivas son objetos simbólicos, construidos en momentos históricos concretos y fruto de condiciones históricas determinadas. Y la nación es sólo la respuesta que las sociedades nacidas de las convulsiones del antiguo régimen dan al problema de la identidad y de la legitimación del ejercicio del poder político en el momento histórico concreto de las revoluciones liberales.

[7] Sobre estos aspectos véase PÉREZ VEJO, 1999a.

La idea de la nación como construcción plantea retos especialmente interesantes desde el punto de vista de la historia. Si las naciones no son realidades objetivas, sino invenciones colectivas; no el fruto de una larga evolución histórica, sino el resultado de una relativamente rápida invención histórica; si no nacen, sino que se crean o, mejor, se inventan, este proceso de invención/construcción debería ser, necesariamente, algo observable y analizable, y su reconstrucción en un tiempo histórico concreto tendría que ser posible, siempre que se dispusiese de las herramientas analíticas pertinentes. El reto historiográfico sería tanto reconstruir el proceso de construcción de las diferentes naciones como mostrar, desde un punto de vista práctico, que la idea de las naciones como una creación imaginaria no es una mera elucubración teórica. Demostración más necesaria aún si consideramos que uno de los argumentos implícitos de los primordialistas más radicales contra los modernistas es precisamente la falta de análisis históricos concretos, cuando no incluso la falta de formación histórica. Es la afirmación explícita de Hastings, quien afirma, refiriéndose a Breully, Gellner y Anderson, algo así como los padres fundadores de las teorías modernistas sobre la nación, que "los más modernos teóricos del nacionalismo parecen poco versados en historia pura y ésa es la razón por la que, al hablar como historiador, considero que me enfrento principalmente a Hobsbawm".[8] La construcción de las naciones sería, desde este punto de vista, uno de los grandes retos historiográficos del siglo que acaba de comenzar. No como discusión teórica sino como demostración práctica; no ya en el campo de la teoría política sino en el de la historia.

La construcción de las naciones en el mundo hispánico: retos teóricos y metodológicos

En uno de los libros seminales en las teorías modernas sobre la nación, el ya citado *Imagined Communities*, su autor,

[8] Hastings, 1997, p. 12.

Benedict Anderson, afirma que las élites criollas hispanoamericanas fueron pioneras en la construcción del nacionalismo moderno al crear las condiciones para la existencia de un vínculo de ciudadanía horizontal, que permitió el nacimiento de "una comunidad política imaginada", la exitosa y repetida fórmula utilizada por este autor para definir la nación.[9] Esto por sí sólo sería ya suficiente para que en los estudios sobre la construcción de las naciones el caso hispanoamericano ocupase un importante lugar. Además, Hispanoamérica fue el escenario de uno de los más tempranos, exitosos y masivos procesos de construcción de naciones que se conocen. En apenas 20 años, los que van de la independencia de Paraguay, en 1811, a la disgregación de la Gran Colombia, en 1830, ven la luz un total de quince nuevos Estados —16 si contamos a España, que como se intentará demostrar más adelante se construyó también como nación a partir de ese momento, y 17 si incluimos a Cuba, que aunque posterior a 1830 también entraría en este primer ciclo decimonónico—, cuya tarea más urgente va a ser la de construir las 17 correspondientes naciones, objetivo al que van a dedicar, con bastante éxito, lo mejor de sus esfuerzos. Sin embargo, la literatura internacional sobre naciones y nacionalismo ha prestado una relativa escasa atención al ámbito hispanoamericano.[10] Escribo relativa en cuanto sí está presente, pero sin ocupar el lugar central que debiera y sobre todo sin que haya sido tomada como modelo para una teoría general sobre la nación. Se ha prestado bastante más atención a la construcción de naciones en Europa central, la Ruritania de Gellner, que, además de su menor importancia cuantitativa y carácter tardío, poco o nada tienen que ver con ese gran ciclo de construcción de naciones iniciado con la desintegración de la monarquía espa-

[9] ANDERSON, 1983, cap. 4.

[10] Esta afirmación puede parecer discutible, pero por poner un ejemplo, en el interesante estudio comparativo sobre la construcción de naciones en la era moderna de Liah Greenfeld (GREENFELD, 1992) se dedican largos capítulos a Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, ninguno al ámbito hispanoamericano, ni de forma individual ni colectiva.

ñola, salvo, quizás, que ambos ciclos tienen su origen en la desintegración de dos imperios.

Las historiografías locales, y hasta fechas recientes,[11] tampoco han prestado excesiva atención a los procesos de construcción nacional, ni a uno ni a otro lado del Atlántico. En el lado español porque los historiadores han estado más interesados en analizar la construcción de los nacionalismos periféricos —catalán, vasco y gallego principalmente, pero no sólo—, olvidándose del que, al menos por el momento, ha tenido más éxito de todos, que es el español. También por cierta tendencia subliminal a aceptar el propio discurso de la construcción nacional española, que asumió, desde sus orígenes, la idea de que España era la continuación histórica de la monarquía hispánica y de un largo pasado que se remontaba, al menos, a los reyes católicos, cuando no a Pelayo, al reino visigodo de Toledo o a Viriato. La construcción nacional era sencillamente la que la nacionalista historiografía decimonónica había narrado, una larga historia en la que la nación, como una planta de la naturaleza, prolongaba su existencia desde el más remoto pasado hasta el momento actual. Sin poner en cuestión lo que esto tiene de constructo nacionalista; sin querer o poder ver que difícilmente se puede hablar de nación española antes del fin del antiguo régimen; sin querer ni poder ver que el fin del imperio español plantea a las élites de uno y otro lado del Atlántico el mismo reto, que no es otro que el de construir la nación como sustituto del viejo principio de legitimidad monárquico muerto simbólicamente en Cádiz —recordemos que la Constitución de 1812 se hace en nombre de la nación y que ya en las discusiones de las Cortes los términos de monarquía y reino fueron desplazados por los de nación, patria y pueblo—; y sin querer

[11] En los últimos años ha habido una relativa proliferación de publicaciones relacionadas con este tema. Dado el amplísimo marco geográfico al que se está haciendo referencia y ante la disyuntiva de dejar a un lado estudios significativos o hacer un listado interminable de referencias bibliográficas, se omite cualquier tipo de bibliografía, tanto aquí como en el resto del artículo, sobre estudios de países. Véanse en este número algunos ejemplos y las referencias bibliográficas que las acompañan.

o poder ver que hablar de nación española antes de esa fecha es sencillamente una prueba de la eficacia del discurso nacionalista. En este sentido, que la nueva nación se haya construido en torno a un Estado ya existente y no a uno nuevo, es importante desde el punto de vista de construcción del Estado, pero no de construcción de la nación. El viejo Estado es monárquico, pero la nación, que poco o nada tenía que ver con las antiguas identidades peninsulares, hubo que construirla *ex novo*.[12] Todavía en 1839 Alcalá Galiano podía afirmar que el objetivo del liberalismo español seguía siendo el de "hacer la nación española, una nación, que ni lo es ni lo ha sido hasta ahora".[13] Y es uno de los que participaron en la elaboración de la Constitución de Cádiz quien lo está diciendo, uno de aquellos diputados que elaboraron una constitución en nombre de una nación que casi 20 años más tarde todavía no "era".

En el lado americano del Atlántico las razones, salvo por lo que se refiere a los nacionalismos periféricos, tienen un poco el mismo origen. A todo nacionalismo le resulta difícil aceptar la idea de que a las naciones las construyen los

[12] Esto no quiere decir que no hubiese habido en épocas anteriores, especialmente entre las élites cortesanas, personas que se sintiesen españolas, sino que para la mayoría de la población ésta no era su identidad principal. Antes que español se era hidalgo, noble, miembro de un linaje determinado, castellano, aragonés, cristiano viejo, vizcaíno, montañés, etc., identidades todas ellas que podían solaparse sin demasiados conflictos. Pero sobre todo, ser español no tenía implicaciones políticas, la comunidad política estaba fundamentada en ser súbdito de un monarca, que ni siquiera simbólicamente era rey de España (el primero en utilizar oficialmente el título de rey de España fue José Bonaparte, hasta ese momento la denominación legal era la de los reyes de Castilla, de Aragón, de Jaén, de Sevilla y de Galicia y los señores de Vizcaya, de Molina de Aragón, etc.), y no miembros de una nación. El sujeto político era la monarquía católica, no la nación española. Significativo de la fractura que se produce a este respecto en las primeras décadas del siglo XIX es el hecho de que mientras los *Catecismos Políticos* publicados en torno a 1808 responden ya "español" a la pregunta de qué sois, las *Cartillas* publicadas unos pocos años antes respondían todavía "real vasallo del Rey de España". MUÑOZ PÉREZ, 1987.

[13] Publicado en "Índole de la Revolución en España", en *Revista de Madrid*, recogido en ALCALÁ GALIANO, 1955, vol. II, pp. 309-325.

Estados, y no viceversa, por lo que, a pesar de las dificultades que entraña su mantenimiento, el mito de unas guerras de independencia —y no deja de ser significativo que éste sea el nombre finalmente asumido por la historiografía a pesar del componente de guerra civil o conflictos sociales que tuvieron— en el que unas naciones preexistentes se liberaron del dominio de una también preexistente nación española, sigue vigente. La hegemonía de un paradigma de pensamiento fuertemente nacionalista en la mayor parte de los ámbitos públicos latinoamericanos tampoco ha contribuido a crear condiciones favorables para este tipo de estudios. Todo ello explica que se haya prestado más atención a la construcción de los Estados que a la de las naciones, éstas simplemente ya existían; que se haya aceptado como válido el discurso, fabricado por los líderes de la independencia como arma de combate político, del enfrentamiento entre "españoles" y criollos; o que se haya prestado una desproporcionada atención a posibles formas de "protonacionalismo", como el denominado patriotismo criollo mexicano, de una obvia relevancia histórica, pero que se mueven todavía en parámetros de identidad de antiguo régimen, no de tipo nacional (no está de más recordar aquí que para la Ilustración española "patria" y "nación" no sólo expresan conceptos distintos, sino incluso, antitéticos). El objetivo historiográfico ha sido la construcción de un relato mito-poético y teleológico en el que las independencias son imaginadas como guerras de liberación nacional. La paradoja es que parece liberarse lo que aún no existía, unas naciones que, lo mismo que en España, estaban todavía por construir. Unos pocos años más tarde de que Alcalá Galiano escribiera el texto que se citó antes "varios mexicanos", también de perfil claramente liberal, podían afirmar, para explicar la derrota frente a las tropas de Estados Unidos, que "en México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay Nación".[14]

El reto es plantearse que en los inicios del siglo XIX las sociedades que formaban parte del imperio español a uno

[14] *Consideraciones*, 1848.

y otro lado del Atlántico —y lo primero es no confundir imperio español con nación española—[15] se encontraban en una especie de encrucijada. La identidad colectiva con sentido político por excelencia seguía siendo la monarquía, el ser súbditos del monarca católico, no la nación. Los ilustrados españoles, como Feijoo, hacen todavía una clara distinción entre patria —los que viven bajo las mismas leyes y el mismo gobierno[16]— y nación —comunidad basada en la historia, la cultura, las costumbres, los sentimientos y los modos de vida—, esta última carente de cualquier connotación política.[17] Sin embargo, desde mediados del siglo XVIII, si no desde el momento mismo de la instauración borbónica, es también claramente perceptible la voluntad de construir una nación española que se confunda con una patria que incluya a todos los que viven bajo las leyes de la monarquía hispánica. En este sentido hay que entender fenómenos tan dispares como la fundación de instituciones

[15] Como afirma Henry Kamen en un reciente estudio, KAMEN, 2003, una de las características más significativas de la empresa imperial de la monarquía hispánica es su carácter transnacional, aunque sería más preciso decir prenacional. Este carácter "internacional" ya había sido destacado antes por Bennassar, quien tras analizar el alto número de flamencos e italianos en la corte de Felipe II concluye que "parece, pues, legítimo afirmar que la España del apogeo [...] fue dirigida por una verdadera 'Internacional', tanto si se trata de los monarcas y sus consejeros como de los jefes militares o financieros". BENNASSAR, 1989, vol. I, p. 379.

[16] Sin embargo, el significado exacto de patria en el ámbito hispánico es de una complejidad extrema ya que desde muy pronto tiene también el sentido de tierra natal ("la tierra donde uno ha nacido" para el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias en 1611; "el lugar, ciudad o País en que se ha nacido" para el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española en 1726). Complejidad que se vuelve más enojosa porque en este mismo ámbito cultural el concepto de nación tiende, a pesar de la distinción de Feijoo, a asociarse a patria, con el sentido precisamente de tierra donde se ha nacido.

[17] Cadalso en *Cartas Marruecas* hablará de las nueve naciones que componen la patria española: cántabros, asturianos, gallegos, castellanos, extremeños, andaluces, murcianos y valencianos, catalanes y aragoneses. Para el significado de los términos patria y nación en Feijoo en particular, y en los ilustrados españoles en general, ÁLVAREZ DE MIRANDA, 1992, pp. 211-269.

nacionalizadoras del imaginario cuyo ámbito de influencia se extiende al conjunto de la monarquía (Biblioteca Real, Real Academia de la Historia, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Real Academia de la Lengua, etc.);[18] la reordenación de los archivos de Simancas y de Indias como los de la nación española; el diseño de una "bandera nacional", es la expresión literal que emplea el decreto de 1785, para la marina (acabará siendo la bandera española) en la que falta cualquier tipo de alusión a la monarquía, sea el blanco borbónico o las flores de lis, como era tradicional; o que en el nuevo Palacio Real de Madrid se represente una genealogía imaginaria de la monarquía hispánica en la que, junto a los previsibles reyes godos, asturianos, navarros, leoneses, castellanos y aragoneses, tienen cabida también los últimos emperadores azteca e inca (y estamos ante una genealogía de tipo nacional, no ante una mera cuestión territorial, tal como prueba el hecho de que no se incluya a ninguno de los reyes musulmanes de la Península).

Pero la sustitución de viejas identidades resulta siempre conflictiva, especialmente cuando, como en este caso, va acompañada de la necesidad de extender el sentimiento de nación a territorios y poblaciones caracterizados por su enorme extensión y disparidad. Pudo tener, incluso, efectos contraproducentes por lo que se refiere a los territorios americanos de la corona ya que el diferente ritmo de "nacionalización" hizo que, de forma difusa, pero no por ello menos real, fueran imaginados por primera vez por las élites peninsulares, no como reinos bajo el gobierno del monarca, sino como colonias de una todavía vaga nación española.

El brusco colapso de la monarquía agudizó estos problemas y generó una situación nueva que acabó por dinamitar toda la estructura anterior. La legitimidad dinástica fue sustituida, de golpe, por otra de nuevo cuño, la nación, poniendo a ésta en el primer plano de la agenda política. Fue ya en su nombre que las Cortes de Cádiz elaboraron la nue-

[18] Nótese que el término Real con el que se titulan estas instituciones va a ser sustituido en las nuevas naciones, con algunas excepciones en el caso de España, por el de Nacional.

va Constitución y no en el del monarca. El problema era que la nación no estaba todavía ni a medio construir. A la altura de 1812, como muy bien vio François-Xavier Guerra,[19] de la nación se sabía muy poco, y menos de cada una de las naciones concretas. Algo que los diputados gaditanos pudieron comprobar cuando, en estas mismas Cortes de Cádiz, tuvieron que definir quiénes formaban parte de la nación española. ¿Eran españoles, los americanos? Decidieron que los "españoles" de América, es decir los blancos, sí; las castas no. Pero esto era sólo una cuestión de casuística legal, el problema de fondo era la definición de esa nación española invocada como sujeto de soberanía y que estaba desplazando al monarca en el nuevo imaginario político; era imaginarse como españoles o como súbditos del rey. E imaginarse como españoles no era una realidad, era una elección, tal como mostrarían poco después los "españoles" de América y apenas un siglo más tarde, en la Península, los nacionalismos periféricos. Para imaginarse como españoles —o como mexicanos, o como argentinos, o como vascos, o como...— había que construir antes la nación y hacerla visible en el imaginario colectivo de cada comunidad nacional.

Lo ocurrido en los territorios de la monarquía hispánica puede parecer, en una primera aproximación, completamente paradójico; primero se proclamaron Estados en nombre de naciones inexistentes y después se construyeron éstas. Sin embargo, la situación de las nuevas naciones surgidas de las ruinas del viejo imperio no era muy diferente a la enunciada 50 años más tarde por el diputado Massimo d'Azeglio en la primera reunión del Parlamento de la recién unificada Italia: "Hemos hecho a Italia, ahora tenemos que hacer a los italianos". Se había hecho el Estado, pero se necesitaba hacer la nación. Y éste era el reto al que los nuevos Estados hispanoamericanos, a uno y otro lado del Atlántico, tuvieron que hacer frente en los inicios del siglo XIX, construir un imaginario en el que el monarca fuese desplazado por la nación como fuente y origen de toda legitimidad política. El reto historiográfico es reconstruir, co-

[19] GUERRA, 1992.

mo hicieron los nuevos Estados, las distintas naciones y convencer a sus ciudadanos de que eran, no hijos de un monarca, sino hermanos en una nación.

La primera gran cuestión es por qué si en las nuevas naciones, especialmente en las de la orilla occidental del Atlántico, se daban las condiciones óptimas para haber construido naciones cívicas, de carácter voluntarista, según el que podemos llamar, para simplificar, modelo francés, sin embargo, se impusieron naciones esencialistas, de tipo étnico-cultural, al que, también para simplificar, podemos denominar modelo alemán.[20] La nación finalmente resultante en la mayoría de los países hispánicos, y habría que ver si no en todos, no fue "funcional", una comunidad abstracta que encuentra su justificación en la capacidad para garantizar los derechos de los ciudadanos, la nación como proyecto de futuro, como voluntad; sino una nación que encuentra su justificación en la realización de ella misma, como proyecto de pasado y como obligación.[21] Ninguno de los elementos de la gran trilogía romántica sobre la nación (raza-lengua-historia) con la que se construyó el nacionalis-

[20] La terminología sobre estos dos tipos ideales de nación es sumamente imprecisa, Kohn, 1944 y Plamenatz, 1973 hablan de modelos oriental y occidental; Francis, 1976 de modelos demótico y étnico; Smith, 1991 de uno occidental o cívico y otro étnico, aunque este autor llegará incluso a hablar de tres tipos distintos de nación y no de dos. Smith, 1994 básicamente refleja la distinción entre un concepto de nación de tipo voluntarista —político— y otro en el que predominan los lazos de obligatoriedad —étnico-culural.

[21] Es ésta una afirmación polémica y sumamente discutible. Uno de los mejores conocedores del tema, François-Xavier Guerra, afirma justamente lo contrario: "El fundamento de la nación no será, pues, cultural sino esencialmente político, es decir se fundará, como en la Francia revolucionaria, en una unión de voluntades. Pero a diferencia de Francia no se trata aquí de voluntades individuales, sino de voluntades de los 'pueblos'". Guerra, 1994, p. 224. No es éste el marco para entrar en un debate de estas características, sí para llamar la atención sobre el hecho de que remitirse a una voluntad colectiva preexistente, los pueblos en este caso, plantea algunas dudas sobre la supuesta "voluntariedad", los pueblos son ya un *a priori* de pertenencia; tampoco sobre la realidad, más allá de las definiciones teóricas, de la distinción entre ambos tipos de nación. Sobre este último aspecto véase la nota siguiente.

mo étnico-cultural estaba en principio disponible en las nuevas naciones; ninguno de los rasgos utilizados por el romanticismo como elemento de identificación nacional servía en el caso americano. Los diferentes proyectos nacionales se encontraron, por el contrario, con poblaciones fenotípicamente diferenciadas, con diversos grados de mestizajes; con lenguas que no se correspondían con el territorio nacional, por defecto —lenguas indígenas— o por exceso —el español común a todo el ámbito de la monarquía—; y con historias fragmentadas en función del grupo étnico-cultural de pertenencia. Sin embargo da la impresión, y esto es algo que los estudios de cada caso concreto tendrán que esclarecer, de que el proceso de construcción nacional en las distintas repúblicas hispanoamericanas, y desde luego en el caso de España, apostó por una nación de tipo esencialista, a pesar de las dificultades que ello entrañaba: se construyeron imaginarios en torno a la uniformidad étnica nacional —la "nación mestiza" en México, la "nación blanca" en Argentina, la "nación café con leche" en Venezuela...—; se territorializó la historia de manera que todo lo ocurrido en el territorio delimitado por las fronteras de los nuevos estados se convirtió en el pasado de la nación misma, en una genealogía definida no por la sangre, sino por la tierra; se sustituyó la lengua por la cultura popular como expresión del alma de la nación —aunque aquí el asunto es verdaderamente complejo ya que la lengua sirvió para cimentar la idea de la existencia de una comunidad latinoamericana de naciones, un mito operativo en gran parte del continente y que ha sido capaz de mantenerse, con diferentes intensidades y características, a lo largo de casi dos siglos de vida independiente. Es como si en el plano mítico las naciones locales coexistiesen con una "nación" latinoamericana—; y, en general, se afirmó la existencia de comunidades nacionales "objetivas" en las que la necesaria construcción de la nación se presentaba como una necesidad histórica y no como un acto de voluntad cívica. La nación se construía en el tiempo, y aquí era Renan quien triunfaba, pero existía un algo intangible, un "alma nacional", previa a la voluntad de los individuos, que empujaba esta construcción

nacional, y aquí era la larga sombra de Herder la que indicaba el camino.

Quizás sea la territorialización de la historia la que mejor muestra la fuerza de estos procesos. Allí donde fueron más sofisticados, como los casos de México y España, todo el pasado se articuló en un relato que mostraba la existencia de una nación intemporal. No había construcción de la nación, ésta existía ya desde el origen de los tiempos, Viriato era tan español como Cuauhtémoc mexicano, a pesar de que uno y otro poco o nada tenían que ver con los españoles y mexicanos contemporáneos. La nación, personificada como una heroína romántica, gozaba, sufría, pasaba por momentos de esplendor y decadencia... atravesaba en definitiva los siglos como una tribu errante del tiempo, siempre fiel a su propia mismidad. Y así la nación española recuperaba su unidad nacional tras ocho siglos de lucha contra los musulmanes —parece difícil mantener seriamente que quien habita ocho siglos un territorio es sólo un usurpador ajeno al ser nacional, pero no lo es menos confundir las estrategias dinásticas de los monarcas castellanos y aragoneses con intereses nacionales—; mientras que el imperio azteca se convertía en una nación mexicana que se confundía con México mismo, su derrota a manos de Cortés en la derrota de México por España y la guerra de independencia en la venganza de lo ocurrido tres siglos antes —aunque los vengadores fuesen los descendientes de los antaño vencedores, se vengaban de sí mismos. Los casos de México y España resultan especialmente llamativos por la perfecta articulación teleológica del discurso mito-historiográfico, pero en mayor o menor medida todos los demás Estados articularon una historia nacional en la que todo el pasado ocurrido dentro de las fronteras nacionales fue incluido en un relato de origen dotado de coherencia y fuerza dramática.

La importancia de esta apuesta en las construcciones nacionales hispánicas por una nación de tipo étnico-cultural, en sociedades que reunían muy pocas condiciones para la construcción de este tipo de naciones y casi todas para la de naciones voluntaristas de tipo político, plantea con gran fuerza

la pregunta sobre hasta qué punto la distinción entre estos dos conceptos de nación —un lugar común de los estudios sobre el tema— no es una mera ficción ideológica y que las similitudes entre ambas serían mayores que las diferencias.[22] ¿Muestra esto la necesidad en toda identidad colectiva de un componente mítico que vaya más allá de la mera voluntad individual, eso que ya el reaccionario francés Joseph de Maistre había enunciado con toda crudeza en la expresión de que a una constitución se la puede obedecer, pero no querer? Es una duda razonable sobre la que un mejor conocimiento de los procesos de construcción nacional en el mundo hispánico podría arrojar alguna luz. Que se construyan naciones étnico-culturales en el ámbito centroeuropeo se puede considerar una fatalidad histórica, que ocurra lo mismo en Hispanoamérica plantea interesantes preguntas sobre la forma en la que se han construido las identidades colectivas de la modernidad y las hipotéticas necesidades de ingredientes míticos en toda identidad colectiva.

Reconstruir la construcción de las naciones en el ámbito hispánico adquiere así, también, un fuerte componente teórico. No es sólo un ejercicio de descripción histórica, por lo demás a estas alturas absolutamente necesario —ya a las puertas del segundo centenario de las independencias parecería llegado el momento de abandonar la idea de éstas como una lucha de naciones—; sino que permitiría explicar mejor aspectos como la construcción del concepto moderno de nación en occidente o la fuerza que el nacionalismo como discurso político ha tenido y tiene en la vida pública de las naciones hispanoamericanas.

¿Cómo se construyeron las naciones en Hispanoamérica?: materiales para una historia no escrita

"Si me dejan escribir todas las baladas de una nación, no me importa quién escriba las leyes." Esta afirmación de An-

[22] Para un análisis más detenido de estos aspectos véase PÉREZ VEJO, 1999, pp. 173 y ss.

drew Fletcher resume de manera casi perfecta todo lo que se va a decir a continuación. Las naciones se inventan, o si se prefiere se construyen, no a partir de decretos y de formas políticas, sino de valores simbólicos y culturales. La construcción de una nación es un asunto político en cuanto a sus causas y consecuencias, pero no en cuanto a la forma como se lleva a cabo. Es un proceso mental cuyo funcionamiento tiene más que ver con el desarrollo de modelos culturales que con la actividad política propiamente dicha. Sentirse miembro de una nación es una cuestión de imágenes mentales, de "comunidad imaginada", que forma parte del campo de la historia de la cultura y no del de la política (Hobsbawm califica de hecho a las naciones como "artefactos culturales inventados").[23] Esto no excluye, por supuesto, que estas imágenes mentales sean utilizadas como arma política, como forma de acceso y control del poder, "es por una construcción imaginaria como la conciencia crea la nación y, luego, es por una construcción práctica como una entidad política refuerza la nación y la sostiene".[24] Enfocarlo desde esta perspectiva significa aceptar tres supuestos en parte complementarios: la construcción de una identidad nacional es en gran parte una creación ideológica de tipo literario; las expresiones de este proceso de identificación colectiva pueden ser analizados de forma más precisa en el campo de la cultura que en el estrictamente político; y la construcción de las naciones entraría en lo que, siguiendo a Braudel, podemos denominar hechos de larga duración, por lo que los estudios de este tipo deben moverse en ámbitos cronológicos amplios, que abarquen procesos cuyos orígenes se remontan a antes de las independencias y se prolongan a mucho después de proclamadas éstas.

Esto supone, por otra parte, situar a la *intelligentsia* en el centro del problema nacional, como constructora, legitimadora y canalizadora de la conciencia nacional; autora colectiva de ese personaje literario que sería toda nación. Literatos, historiadores, periodistas, profesores, funciona-

[23] HOBSBAWM, 1991.
[24] DELANNOI, 1993, p. 11.

rios de las nuevas burocracias estatales y, en general, todo un difuso grupo de "especialistas" del trabajo intelectual, formarán el caldo de cultivo idóneo para el nacimiento y desarrollo de una identidad colectiva de tipo nacional. Es en ellos, en sus obras y en sus estrategias en donde debe buscarse el cómo y el cuándo se construyó la nación.

Pero no todos los modelos de construcción de naciones son iguales. El nacimiento de una identidad nacional es el resultado de un proceso de socialización mediante el cual los individuos aceptan una serie de normas y valores como propios y los interiorizan como cauce de todo su comportamiento social; el fruto de una determinada coerción ideológica. Este proceso puede seguir cauces y formas diversas. Para lo que aquí nos interesa, y sin mayores ambiciones de precisión conceptual, la coerción ideológica puede llevarse a cabo de dos formas completamente diferentes: la que se ejerce a la sombra de un Estado ya existente, tutelada y promovida por éste como legitimación de su poder, lo que Seton Watson ha llamado nacionalismos "oficiales",[25] y la que se hace contra el Estado existente, por grupos con cierta capacidad de poder, aunque no sea el estatal, que entran en competencia con éste, lo que les lleva a buscar el establecimiento de un Estado alternativo.

En el ámbito hispánico, en el lado español estaríamos ante un ejemplo claro del primer caso, en el americano ante una extraña mezcla de ambos. En el lado occidental del Atlántico habría habido un primer momento de oposición al Estado existente al que seguirían, muy rápidamente, construcciones nacionales de primer tipo ya a la sombra de los nuevos Estados. Sin embargo, la primera fase es más teórica que real, las luchas independentistas fueron demasiado cortas para que se pueda buscar en ellas un proceso de construcción nacional y, sobre todo, resulta difícil descubrir en los primeros momentos una voluntad clara de esto. Se ha prestado muy poca atención a las declaraciones de fidelidad al monarca de algunos de los primeros líderes independentistas, viendo en ellas un mero subterfugio para

[25] SETON-WATSON, 1977.

ganarse adeptos, cuando lo realmente relevante es que tuviesen que recurrir a este tipo de subterfugios, si es que lo fueron, pues estarían mostrando la dificultad para enfrentarse a una situación en la que la nación desplazaba al monarca. Es el vacío de poder, y de legitimidad, generado por el colapso del Estado el que permite que formas de poder alternativas ocupen su lugar y es a partir de aquí de donde se construye la nación. Pero las construcciones nacionales, como ya se ha dicho antes, son procesos de larga duración, de ámbito cronológico amplio, cuyo estudio no puede reducirse a la corta duración histórica. Habría que ver cómo se construyeron las formas de identidad colectiva previas a la independencia que aunque, como ya también se ha dicho, no puedan ser consideradas "protonacionales", sí fueron el marco en el que las nuevas identidades colectivas de tipo nacional se desarrollaron; y habría, sobre todo, que prolongar la investigación hasta nuestros días. La nación es, como quería Renan, un plebiscito cotidiano, pero porque es una construcción cotidiana.

Hechas estas salvedades, estaríamos básicamente, en el caso hispanoamericano, ante construcciones nacionales del segundo tipo, las construidas a la sombra de un Estado existente. En este caso, el de los nacionalismos "oficiales", hay que privilegiar como objeto de estudio aquellas formas de expresión más directamente controladas por el Estado: el arte y la cultura oficial. No sólo, aunque también, porque esta tutela estatal permita una lectura inmediata del discurso nacionalizador del Estado, sino, y sobre todo porque, como norma general, en estos casos la construcción de una identidad nacional aparece ligada al desarrollo de una alta cultura alfabetizada, gestada en torno a los círculos de la burocracia estatal, que es promovida a la categoría de cultura nacional. La nación es forjada por las instituciones estatales y en torno a sus expresiones culturales; sobre la cultura oficial y contra las culturas populares. Es por tanto en aquélla donde, en el caso de los nacionalismos "oficiales", hay que rastrear el proceso de construcción/invención de la nación. Simplificando, y con múltiples matices, podríamos decir que los nacionalismos oficiales encuentran su base

última en la historia, codificada por las instituciones estatales como nacional y en la que el pasado de la nación se confunde con el del Estado; los no oficiales en la etnografía, concebida como el estudio, codificación e idealización de las culturas campesinas hasta convertirlas en el fundamento de la cultura nacional.

Éste es un esquema que funciona perfectamente en el caso español, donde el Estado utilizó la historia como elemento de construcción nacional y donde la historia de la monarquía hispánica se confunde con la de la nación española, de ahí el carácter simbólico que la historiografía decimonónica otorga al matrimonio de los reyes católicos. Sin embargo, en el lado occidental del Atlántico el proceso fue más complejo, por un lado, porque la mayoría de las nuevas naciones no podían recurrir a la existencia de Estados previos y menos a Estados que pudieran corresponderse con sus actuales límites, lo más parecido a estructuras protoestatales propias eran las divisiones coloniales y no eran precisamente lo más apropiado para fundar un mito de origen; por otro, porque la alta cultura era básicamente española, de aquí que, a pesar de este carácter oficial, sean en muchos casos las culturas populares las que acaben siendo elevadas a fundamento de nacionalidad, desde el gauchismo argentino hasta el indigenismo mexicano.

Sin embargo, en ambos casos tenemos que poner al Estado en el centro del proceso de construcción nacional. Son las diversas estrategias estatales las que nos van a permitir reconstruir las formas en que las diferentes naciones acabaron dibujándose como tales en el imaginario colectivo de cada nueva comunidad nacional. Pero las fuentes no pueden ser las habituales de los estudios sobre el Estado. No son los decretos, ni las leyes, ni siquiera las constituciones, las que deben llamar nuestra atención. Estamos hablando de baladas, no de normas políticas. Son las diferentes formas de expresión cultural, de la música a la historia, de la literatura a la pintura, las que nos pueden servir de guía para descubrir la forma en que ser miembro de una nación se convirtió en algo natural para poblaciones que sólo unos años antes se sentían básicamente súbditos de un

monarca y para las que el término nación hacía referencia únicamente a un sentido biológico-racial.

Antes de seguir adelante, en busca de nuevas fuentes y métodos de análisis, es necesario preguntarse qué es lo que tenemos que reconstruir, cuáles son los principales retos historiográficos que la construcción de las naciones en el mundo hispánico plantea.

Primero, por qué unas naciones y no otras. Se puede afirmar que la historia de cada nación concreta es un cementerio de otras naciones posibles, de otras comunidades imaginarias posibles; que por cada nación finalmente existente hay varias decenas de otras que se perdieron en algún momento en el camino de la historia. En el amplio ámbito geográfico de la monarquía hispánica las naciones posibles eran múltiples. Las opciones eran numerosas y variadas. En un extremo una nación que hubiese abarcado todo el conjunto de la monarquía, en el otro una balcanización centroamericana extendida al conjunto de los territorios de uno y otro lado del Atlántico, en medio... todas las opciones imaginables. No nos sirven ni las explicaciones nacionalistas —la nación estaba ahí como una bella durmiente esperando el beso incestuoso del padre de la patria que la despertase— ni tampoco el mero azar histórico. Hay que reconstruir las redes, las afinidades, los intereses y las estrategias que ligaban a las élites antes y después de la construcción de los nuevos Estados. Fueron ellas las que construyeron las naciones, pero no como resultado de una elección libérrima. Eran a su vez prisioneras de una visión del mundo, de un imaginario que había construido memorias, identidades, afinidades históricas y culturales, desde mucho antes de que la nación estallase como problema en 1812.

Segundo, cómo se construyó y difundió una historia nacional, la lógica interna de la narración. Una nación es sólo la fe en un relato que nos dice quiénes somos, quiénes son nuestros antepasados y quiénes no. Un relato capaz de crear una comunidad de vivos y muertos en la que los derechos de los muertos son tan importantes como los de los vivos. La explicación última de la existencia de naciones diferentes sería la existencia de historias nacionales diferen-

tes. Una afirmación que, a pesar de su aparente evidencia, es una mera tautología. Sería mucho más preciso afirmar que existen historias nacionales diferentes porque previamente un poder político afirma la existencia de naciones diferentes. La comunidad imaginada no es una realidad, es una elección, una construcción que otorga coherencia al pasado en función del presente. Entre los infinitos hechos del pasado se eligen aquellos que resultan operativos para la construcción de la nación y se desechan otros. Con Estados diferentes las historias nacionales escritas en el siglo XIX hubiesen sido otras.

Tercero, cómo se construyó una cultura nacional. Se ha hecho poco hincapié en la artificiosidad de las llamadas culturas nacionales, basadas en la idea de la tradición. Las culturas nacionales se construyen contra las culturas locales existentes, son en sentido literal una invención.[26] La forma en que se difundieron determinados tipos populares, música, formas de habla, "tradiciones", cánones literarios, panteones culturales... forman también parte de la construcción de la nación.

Cuarto, la homogeneización nacional. Las sociedades prenacionales eran enormemente heterogéneas, fragmentadas por divisiones, étnicas, culturales, legales, etc., pero la uniformidad no era necesaria, ni siquiera deseable. La sociedades nacionales son, por el contrario, al menos en el plano imaginario, sociedades de iguales en las que la homogeneidad se convierte en condición imprescindible para la afirmación de la democracia y las formas representativas de gobierno. Otro vestigio de la construcción nacional que es preciso reconstruir es cómo una sociedad de desiguales se convirtió en una sociedad de iguales, y no sólo ante la ley; cómo se paso de súbditos, diferentes, de un monarca a ciudadanos, iguales, de una nación.

Y quinto, los diferentes tiempos sociales en los procesos de construcción nacional. La nación se construye desde las élites hacia abajo. Es en gran parte un proceso de aculturación, de sustitución de identidades tradicionales por una

[26] HOBSBAWM y RANGER, 1983.

nueva identidad normalizada construida a la sombra del poder político. Pero la forma como se lleva a cabo no es homogénea, afecta en tiempos distintos a diferentes grupos sociales y geográficos. Es necesario establecer las diferentes fases sociales en el proceso de nacionalización y sus particulares calendarios.

Éstas son las preguntas. Para su respuesta son necesarias nuevas fuentes y, sobre todo, un uso diferente de ellas, que nos permita descifrar la manera en que se produjo la homogeneización, imaginaria, de poblaciones fragmentadas por diferencias sociales, culturales y raciales...; que nos permita ver la forma en que se territorializó la historia hasta convertirse en un relato coherente de cada una de las comunidades nacionales; que nos permita trazar las redes que en el interior de la vasta monarquía española crearon sentidos de pertenencia particularizados; que nos muestre cómo los nuevos territorios nacionales se fueron dibujando con formas concretas.

Entre estas nuevas-viejas fuentes, la historia, o mejor dicho la forma como la historia ha sido escrita, tiene un lugar privilegiado. Es la historiografía nacional, la construcción de una historia nacional canónica, la que mostraría de forma más clara las líneas maestras de esta imagen de la nación. Son las grandes historias nacionales, de las que tan pródigo fue el siglo XIX, las principales responsables del nacimiento de las naciones y es en ellas donde hay que buscar cómo fue forjada la nación. Obviamente estas historias tienen muy poco o nada que ver con la historia tal como hoy la entendemos, al menos en los ámbitos académicos. Desde la perspectiva de la identidad nacional la historia no es sólo, y posiblemente ni siquiera de forma prioritaria, la recuperación del pasado, o la invención de ese mismo pasado si se quiere, sino un elemento de cohesión, de rememoración de ese pasado como imagen del presente. Lo que hace real a la historia es su capacidad de influencia sobre la vida actual; su capacidad de hacer del relato de un hecho del pasado una narración con significado simbólico, de convertir cada hecho histórico en punto de encuentro entre el arquetipo y la coyuntura, entre un legado de imáge-

nes y unos individuos y acontecimientos concretos. El éxito de la nación estriba, en gran parte, en su capacidad mitogénica, en su capacidad para convertir la propia historia de la comunidad en un mito omnicomprensivo que da sentido a las vidas individuales, tal como los grandes mitos religiosos lo habían hecho en el pasado. Todo relato mítico, y más si versa sobre los orígenes, posee un matiz de comunión, de unión de los vivos y los muertos, de apropiación del pasado y de integración en ese pasado común. Por esto no importa tanto la historia erudita como la historia vivida, la que se ritualiza a través de conmemoraciones y aniversarios, la que se hace piedra y bronce en los monumentos públicos, la que se transmite en los libros de texto, la que se plasma en las imágenes de los cuadros académicos y en los grabados de las revistas... y, sobre todo, la historia que se reitera, la imagen que se repite. En un estudio de historia de las mentalidades lo significativo no es el dato aislado, sino la reiteración estadísticamente representativa. Sin embargo, ocurre que la historia, incluso en un siglo tan historiográfico como el XIX, posee un carácter restringido, erudito, cuya capacidad de difusión es siempre muy limitada. Será mediante otros medios de comunicación de masas como la imagen construida del pasado llegará al gran público, y aquí aparecen otros nuevos actores, la literatura, la pintura, etcétera.

La literatura, en especial la del siglo XIX, pero no únicamente, encuentra en la historia inspiración para sus novelas y dramas difundiendo entre un público mucho más amplio que el de los lectores de libros de historia, los arquetipos nacionales construidos por los historiadores. Contribuye a la invención de narrativas colectivas en las que "los miembros de la comunidad se relatan unos a otros los cuentos que han aprendido sobre sí mismos, su nación y su historia".[27] Es el espejo imaginario en el que la nación se

[27] JUSDANIS, 1990, p. 28. La obra de este autor es un ejemplo espléndido de las posibilidades del uso de la literatura en los procesos de construcción nacional, aplicado en este caso al nacionalismo griego. Benedict Anderson insiste también en esta idea. ANDERSON, 1983, cap. 2.

reflejó a sí misma y a su historia y en el que los individuos se reconocieron como miembros de una comunidad nacional, creando universos mentales compartidos que tienen un importante lugar en la invención y difusión del relato de la nación. Pero la literatura no sólo es importante en cuanto difusora del relato histórico. La forma como se construye un canon literario nacional y sus características más relevantes y significativas tiene también una importancia decisiva en la definición de la nación.

La pintura de historia académica es por su parte una fuente especialmente útil en este tipo de investigaciones. Las razones son varias: el peso de las imágenes en el modelado de determinada percepción del mundo, posiblemente muy superior al de otras formas de expresión; la politización de la pintura en la época moderna y contemporánea, mayor, sin duda, que la de otras formas de expresión artística —la escritura de una novela es un acto casi privado, la pintura de un gran cuadro académico sólo es posible con el patrocinio estatal—; la función directamente legitimadora que las imágenes han tenido a lo largo de la historia; la plasmación de muchas otras formas de expresión —historia, literatura, romances, leyendas— en obras plásticas, y finalmente, las características de la pintura de historia, una pintura ideológica —su finalidad exclusiva parece dar una imagen del pasado histórico de la nación— controlada desde sus orígenes por el Estado.[28]

Pero una nación no se construye sólo con historia. Todos los rasgos diferenciales de carácter objetivo que pueden definir una nación, lengua, costumbres, raza, la propia historia..., resultan inermes hasta el momento en que son asumidos como tales por la comunidad. No pueden quedarse en la mera proyección subjetiva de unas diferencias más o menos objetivas, sino que tiene que asumir un carácter colectivo, de aquí la importancia en el desarrollo de una identidad

[28] Para una exposición más amplia de la utilidad de la pintura de historia en este tipo de investigaciones véase Pérez Vejo, 2001 y 1999a. Para algunos ejemplos concretos del uso de la pintura de historia desde esta perspectiva, Pérez Vejo, 1999b y 2001a.

nacional de los mecanismos de producción y reproducción de la conciencia social: élites intelectuales, sistemas de enseñanza, medios de comunicación de masas, hitos históricos, mitos, símbolos, rituales de cohesión...

Es necesario reconstruir las formas de identidad de las élites intelectuales en el mundo hispánico previo al momento de la independencia, su mundo simbólico y las redes burocráticas en las que se integraban, fuesen éstas religiosas o laicas. Fueron estas élites, especialmente las que tuvieron que ver con las burocracias administrativas, las principales responsables de la construcción de la nación y del mapa final de naciones resultantes. Toda unidad administrativa, sea del tipo que sea —audiencias, virreinatos, cabildos, obispados...— crea sentido, al modo en que, como ha explicado el antropólogo Víctor Turner en *The Forest of Symbols, Aspects of Ndembu Ritual*,[29] el trayecto entre los tiempos, las condiciones y los lugares crea también sentido. Todo trayecto exige una interpretación, el ejemplo más claro serían las grandes peregrinaciones religiosas —Roma, La Meca, Benarés, Santiago...— a las que llegaban, o llegan, peregrinos que, salvo esa peregrinación, están privados de todo vínculo entre sí, pero a los que esa peregrinación permite delimitar los que forman parte de la comunidad y los que no. El proceso sería el mismo para los cada vez más numerosos funcionarios del imperio español, estuviesen al servicio de la corona o de la Iglesia, sería su "peregrinación" administrativa la que les permitiría delimitar un "nosotros" y un "ellos". La diferencia es que en este caso los ámbitos administrativos creadores de pertenencia estaban fragmentados. Sólo para una pequeña élite, los altos funcionarios seculares o religiosos, el ámbito administrativo era el del conjunto de la monarquía, y es aquí y no en una supuesta identidad criolla o peninsular donde hay que buscar el que estos altos funcionarios se decanten casi siempre en favor de los realistas. Para la mayoría, su sentido de pertenencia, el marco de su peregrinación, los puntos de referencia que

[29] TURNER, 1967.

crean sentido, era mucho más reducido.[30] Es necesario reconstruir estos caminos burocráticos, las redes transitadas, para entender el diseño final de las naciones en que se fragmentó el imperio, para entender por qué, a pesar del sueño bolivariano, la América española se convirtió en un mosaico de naciones y por qué fueron finalmente éstas las que lograron dibujarse en el imaginario colectivo y no otras. Son estas redes, y las económicas, las que están detrás del diseño final y no las supuestas herencias históricas o esencias nacionales. Habría que prestar especial atención a las redes burocráticas eclesiásticas, a la forma de reclutamiento de sacerdotes, a los ámbitos que abarcaban los seminarios... No en vano, como ya se dijo antes, fueron los sínodos de la Iglesia tardo-medieval los primeros en que el término nación tuvo un sentido jurídico-administrativo.

Una red burocrática es, además, una red jerarquizada, con núcleos de concentración de poder que se distribuyen de forma escalonada por el conjunto del territorio, desde la capital central hasta los pequeños centros locales. Cada uno de estos núcleos, unido con los demás por líneas visibles e invisibles, actúa como receptor del inmediatamente superior y difusor de cara a los inferiores. Esto tuvo una importancia decisiva con el desarrollo de los primeros impresos periódicos, que utilizaron las viejas redes de distribución burocrática, de forma que los grandes centros burocráticos se convirtieron también en grandes centros de distribución de ideas a través de la prensa, colaborando a la homogeneización de un espacio que no se correspondía ni con el de la cristiandad ni con el comarcal, una comunidad imaginaria de lectores que era nacional.

Este último aspecto merece que se le dedique un poco más de espacio. Hace ya casi medio siglo Karl Deutsch[31] lla-

[30] Es muy reveladora a este respecto la interpretación que hace Anderson. ANDERSON, 1983, sobre el desarrollo de identidades nacionales diferenciadas de la peninsular entre los grupos de criollos de la América española, excluidos, a pesar de su común origen, de determinados puestos burocráticos en el entramado de la monarquía hispánica.

[31] DEUTSCH, 1966.

mó la atención sobre la importancia que el desarrollo de las comunicaciones de masas tuvo en la formación de las naciones. La aparición de las primeras gacetas y después de los periódicos y revistas ilustradas tuvo un importante papel en la uniformación en el interior de las nuevas entidades nacionales y de heterogeneización hacia el exterior. Crearon imágenes, visuales y escritas, del territorio nacional, de su historia, de sus paisajes, de sus ciudades, de sus costumbres, de sus tipos populares... Delimitaron lo que era nacional y lo que no. Tenemos en ellos una huella preciosa y precisa de cómo se construyó el imaginario nacional y de sus rasgos más relevantes y significativos. El estudio de estas imágenes y de la forma en que fueron ordenadas es algo así como la crónica de la invención de la nación. Pero no sólo eso, una gaceta, un periódico o una revista, son como una red invisible de pertenencia, la forma en que se crea una red de lectores de ámbito nacional permite ver también los avances en la construcción de la nación. La difusión geográfica de los periódicos o la forma en que las capitales extienden su público de lectores a los últimos rincones del país, es también un reflejo de cómo la nación se construye.

Y por último, y no en importancia, los mapas, la forma como el territorio nacional es visualizado. Una nación es una historia y un territorio, la tierra y los muertos. Recrea simbólicamente un sentido de pertenencia fuertemente territorializado. Pero el territorio de la nación, a diferencia de lo que ocurría con las viejas divisiones comarcales, no es visible en su totalidad. La forma en que la nación se visualiza físicamente crea también identidad. No sólo a través del mapa, sino de la construcción de un paisaje nacional, muchos de los primeros mapas incluyen representaciones de monumentos históricos o naturales, lo mismo hacen los grabados, las litografías, los cuadros de vistas y paisajes... todo un universo de imágenes que nos dice también cómo se construyó la nación. La territorialización de la nación es particularmente importante en sociedades como las hispanoamericanas en las que la concepción genealógica, los muertos, se enfrentaba a un doble problema, hacia fuera,

el de élites que compartían herencia cultural y biológica más allá de las fronteras nacionales; hacia adentro, el de la existencia de fenotipos raciales dentro de las fronteras nacionales claramente diferenciados. La primacía de la tierra sobre la sangre solventa ambos problemas,[32] de aquí la importancia que la "invención" de un territorio nacional tiene en la construcción nacional de muchos de estos países.

Éstas, de las que aquí se ha hecho una enumeración no exhaustiva, son algunas fuentes que nos deben permitir reconstruir las formas en que las naciones fueron erigidas en el ámbito hispánico. Sin embargo, parece necesario resaltar que no estamos sólo, ni siquiera fundamentalmente, ante un problema de fuentes, sino desde la perspectiva historiográfica, ante otro mucho más complejo de objetivos y metodología.

El objetivo no es descifrar cómo se construyó una "realidad", algo mesurable y observable, sino cómo se construyó un universo simbólico e imaginario que existió únicamente en la conciencia de los actores sociales.[33] Para un objetivo como el que se acaba de enunciar, y pasamos a la metodología, los métodos historiográficos tradicionales apenas nos sirven. No hay documentos que nos digan qué día se construyó la nación ni cómo ésta se difundió por el cuerpo social. No hay fuentes, sino "vestigios", un término empleado ya hace más de medio siglo por el historiador holandés Gustaaf Renier.[34] Vestigios presentes en las diferentes formas de expresión, desde la pintura hasta los discursos po-

[32] Para un análisis más detenido de estos aspectos véase QUIJADA, 1994.

[33] Sin que este carácter imaginario y simbólico impida, por supuesto, que tenga eficacia social, que "exista" como realidad social. La eficacia social de las ideas y representaciones de la realidad, su capacidad para influir sobre el comportamiento de los individuos, no depende de su "realidad", sino del grado de consenso social existente sobre ellas, salvo en el caso de una hipotética sociedad cuyo universo simbólico fundamental fuese la ciencia. Quizás sea bueno recordar aquí la afirmación de Cassirer de que el ser humano "no vive solamente en un universo físico, sino en un universo simbólico". Sobre la eficacia social de las ideas no "científicas", y concretamente de la idea de nación, véase PÉREZ-AGOTE, 1994.

[34] RENIER, 1982 (la primera edición es de 1950).

líticos y desde los grabados de la prensa hasta las novelas históricas, que deben permitirnos reconstruir cómo y cuándo la nación se dibujó en el imaginario colectivo de una comunidad y cómo y cuándo llegó a ser hegemónica. Algo así como seguir pistas aparentemente insignificantes para descifrar procesos centrales en la historia de los dos últimos siglos. Un método que, como afirma Carlo Ginzburg,[35] constituye todo un paradigma epistemológico para la investigación histórica y que para este caso se convierte casi en imprescindible.

Nuevos usos de las fuentes o vestigios, nuevos objetivos y métodos, éste es el reto historiográfico para describir y explicar la construcción de las naciones en Hispanoamérica. Una historia, en parte ya escrita desde otras perspectivas, pero que ofrece todavía un enorme interés, tanto histórico, ya casi a punto de celebrar el segundo centenario de las independencias los imaginarios colectivos siguen percibiendo éstas como luchas de emancipación nacional; como teórico, una teoría general sobre la construcción de las naciones será siempre incompleta si no incluye en lugar destacado el caso hispanoamericano; y político, el problema de las identidades colectivas y la forma en que son construidas sigue siendo, como ya se dijo al principio, el gran conflicto no resuelto de la modernidad.

Pero quizás, con todo, el gran reto no sea el uso de nuevas fuentes ni la utilización de nuevas metodologías, sino la necesidad de cierto agnosticismo sobre el hecho nacional para enfrentarse a investigaciones de este tipo. La nación no es un capricho histórico, es una respuesta a los problemas de identidad generados por la modernidad, a la intemperie identitaria generada por ésta. La fe en la nación permite a los individuos, incluidos los historiadores, "olvidar su contingencia, olvidar que son parte del flujo de la historia, que su vida personal es sólo una entre muchas, y ciertamente no la más grandiosa, y que su cultura, la más intrínseca experiencia de sí mismos como seres sociales, no es natu-

[35] GINZBURG, 1994.

ral, sino inventada".[36] Sería necesario no creer en la nación para poder enfrentarse al estudio de la historia de su construcción libres de prejuicios. El problema es que el hombre moderno, incluidos los historiadores, y en este caso quizás más que el resto, está construido desde la nación.

REFERENCIAS

ALCALÁ GALIANO, Antonio

1955 *Obras Escogidas.* Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro

1992 *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760).* Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia Española.

ANDERSON, Benedict

1983 *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* Londres: Verso.

ANNINO, Antonio, Luis CASTRO LEIVA y François-Xavier GUERRA (dirs.)

1994 *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica.* Zaragoza: Ibercaja.

ARMSTRONG, John

1982 *Nations before Nationalism.* Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

BENNASSAR, Bartolomé

1989 *Historia de los españoles.* Barcelona: Crítica.

BREUILLY, John

1990 *Nacionalismo y Estado.* Barcelona: Pomares-Corredor.

Consideraciones

1848 *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año 1847.* México.

[36] JUSDANIS, 1990, p. 165.

DELANNOI, Gil

1993 "La teoría de la nación y sus ambivalencias", en DELANNOI y TAGUIEFF, pp. 9-17.

DELANNOI, Gil y Pierre-André TAGUIEFF (comps.)

1993 *Teorías del nacionalismo.* Barcelona: Paidós.

DEUTSCH, Karl

1966 *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality.* Cambridge: The Tecnological Press of Massachusetts Institute of Tecnology-John Wiley and Sons-Chapman and Hall.

FRANCIS, Emerich K.

1976 *Interethnic Relations: An Essay in Sociological Theory.* Nueva York: Elsevier.

GELLNER, Ernest

1997 *Naciones y nacionalismo.* Madrid: Alianza.

GINZBURG, Carlo

1994 *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia.* Barcelona: Gedisa.

GREENFELD, Liah

1992 *Nationalism. Five Roads to Modernity.* Cambridge, Mass., Londres: Harvard University Press.

GUERRA, François-Xavier

1992 *Modernidad e independencia.* Madrid: Mapfre.

1994 "La desintegración de la Monarquía hispánica: revolución e independencia", en ANNINO, CASTRO LEIVA y GUERRA, pp. 195-258.

HASTINGS, Adrian

1997 *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism.* Cambridge: Cambridge University Press.

HÉMOND, Aline y Pierre RAGON (coords.)

2001 *L'image au Mexique. Usages, appropriations et transgressions.* París: Centre d'Études Mexicaines & Centraméricaines-L'Harmattan.

HOBSBAWM, Eric J.

1991 *Naciones y nacionalismo desde 1780.* Barcelona: Crítica.

HOBSBAWM, Eric J. y Teodore RANGER (coords.)
1983 *The Invention of Tradition.* Cambridge: Cambridge University Press.

HROCH, Miroslav
1985 *Social Preconditions of National Revival in Europe.* Cambridge: Cambridge University Press.

JUSDANIS, Gregory
1990 *Belated Modernity and Aesthic Culture. Inventing National Literature.* Minneapolis: University of Minnesota Press.

KAMEN, Henry
2003 *Imperio. La forja de España como potencia mundial.* Madrid: El País-Aguilar.

KAMENCA, Eugene (coord.)
1973 *Nationalism, the Nature and Evolution of an Idea.* Londres: Edward Arnold Ltd.

KEDOURIE, Elie
1960 *Nationalism.* Londres: Hutchinson.

KOHN, Hans
1944 *The Idea of Nationalism. A Study in its Origins and Background.* Nueva York: Macmillan.

MARAVALL, José Antonio
1986 *Estado moderno y mentalidad social.* Madrid: Revista de Occidente.

MUÑOZ PÉREZ, José
1987 "Los catecismos políticos: de la Ilustración al primer liberalismo, 1808-1922", en *Gades,* 16, pp. 191-217.

OFFE, Claus
1998 "Homogeneity and Constitutional Democracy: Coping with Identity Conflict through Group Rights", en *Journal of Political Philosphy,* 6:2, pp. 113-141.

PÉREZ-AGOTE, Alfonso
1994 "16 tesis sobre la arbitrariedad del ser colectivo nacional", en *Revista de Occidente,* 161, pp. 23-44.

PÉREZ VEJO, Tomás
1999 *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas.* Oviedo: Nobel.

1999a "La pintura de historia y la invención de las naciones", en *Locus: Revista de historia*, 5, pp. 139-159.

1999b "La Conquista de México en la pintura española y mexicana del siglo XIX: ¿dos visiones contrapuestas?", en *Atropología. Boletín Oficial del Instituto de Antropología e Historia*, 55, pp. 2-15.

2001 "Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes", en *Historia y Grafía*, 16, pp. 73-110.

2001a "Les expositions de l'Academie de San Carlos au XIXe siècle. L'iconographie de la peinture d'histoire et "l'invention" d'une identité nationale au Mexique", en HÉMOND y RAGON, pp. 211-233.

PLAMENATZ, John

1973 "Two Types of Nationalism", en KAMENCA, pp. 23-36.

QUIJADA, Mónica

1994 "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario decimonónico hispanoamericano", en GUERRA y QUIJADA (coords.): *Imaginar la nación.* Número monográfico de *Cuadernos de Historia Latinoamericana*, 2, pp. 15-51.

RENIER, Gustaaf Johannes

1982 *History, its Purpose and Method.* Macon, Ga.: Mercer University Press.

SETON-WATSON, Hugh

1977 *Nations and States. An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism.* Londres: Methuen.

SMITH, Anthony D.

1976 *Las teorías del nacionalismo.* Barcelona: Península.

1986 *The Ethnic Origins of Nations.* Oxford: Basil Blackwell.

1991 *National Identity.* Londres: Penguin.

1994 "Tres conceptos de nación", en *Revista de Occidente*, 161, pp. 7-22.

TURNER, Victor

1967 *The Forest of Symbols, Aspects of Ndembu Ritual.* Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

WEBER, Eugen

1976 *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914.* Stanford: Stanford University Press.

LA IMAGINACIÓN NACIONAL EN AMÉRICA LATINA

Francisco COLOM GONZÁLEZ
Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España

LA MIRADA HISTÓRICA SOBRE EL MUNDO HISPÁNICO

LAS TEORÍAS MÁS DIFUNDIDAS SOBRE EL NACIONALISMO suelen prestar una atención cuanto menos tangencial a esta experiencia en el entorno iberoamericano.[1] En el mejor de los casos, la construcción de Estados e identidades nacionales en el mundo hispánico se ha interpretado como el efecto secundario de las revoluciones ilustradas dieciochescas sobre una potencia colonial en irremisible decadencia. En el peor, y a causa del ciclo de dependencia en que entraron semejantes entidades poscoloniales, se ha rechazado que se las pueda catalogar inicialmente y sin mayores reparos bajo el epígrafe de estados nacionales. Unas y otras perspectivas se han visto reforzadas por la falta de aspectos historiográficos propios y por la naturaleza segmentaria de los importados.

Lo cierto es que la modernidad política iberoamericana se inició claramente con el colapso y desmembramiento del imperio español durante las guerras napoleónicas. Las hagiografías oficiales encarnadas en las "historias patrias" aplicaron un esquema funcionalista y teleológico en el que

[1] Compárense los trabajos de GELLNER, 1988; HOBSBAWM, 1991, o entre los antropólogos, el de GEERTZ, 1989. La obra de Benedict Anderson constituye en este sentido una excepción, aunque las fuentes que utiliza son extremadamente limitadas. Véase ANDERSON, 1993.

la emancipación se presentaba como destino obligado en la singladura histórica de unas naciones americanas gestadas a lo largo del periodo colonial o incluso antes de él. Su teleologismo estriba en un relato "que pone la nación *ab initio* del proceso y concibe lo que viene después como una historia, sea de anárquicas resistencias localistas al logro de esa organización [nacional], sea meritoria lucha de caudillos locales en pro de ese objetivo".[2] La historiografía liberal del siglo XIX intentó dignificar intelectualmente los orígenes de esa trayectoria atribuyéndole una concomitancia de propósitos y valores políticos con la revolución francesa y con la Ilustración en general. Por otro lado, la historiografía estadounidense sobre América Latina estuvo marcada durante mucho tiempo por el veterano proyecto panamericano impulsado por Herbert Bolton desde su presidencia de la American Historical Association. Así como existía la conciencia historiográfica de una "civilización europea", Bolton defendió la posibilidad de concebir una "civilización americana" cuya adecuada comprensión necesitaba trascender los enfoques puramente nacionales.[3] Según esta línea, el impulso de las revoluciones hispánicas no

[2] CHIARAMONTE, 1993, p. 10.

[3] El manifiesto programático de esta idea se encuentra en su conferencia inaugural de la XLVII Reunión Anual de la American Historical Association en 1932, reimpresa en BOLTON, 1933, pp. 448-474. Sobre la repercusión del enfoque de Bolton, véase MAGNAGHI, 1998. Bolton nunca llegó a desarrollar consistentemente esta idea en su obra. De hecho, a su muerte en 1953 la idea de una historiografía panamericana estaba en declive en el mundo académico, pero una versión popularizada de la misma consiguió aun alimentar el mito sobre el que el presidente Kennedy fundó su Alianza para el Progreso. Este proyecto de desarrollo panamericano descansaba en la ilusión de que "nuestro nuevo mundo no es un mero accidente geográfico. El arco de nuestros continentes está unido por una historia común: la de la incesante exploración de nuevas fronteras. Nuestras naciones son el producto de una lucha común —la rebelión contra el orden colonial— y nuestros pueblos comparten una común herencia: la búsqueda de la dignidad y la libertad del hombre". "Preliminary formulations of the Alliance for Progress." Discurso pronunciado por el presidente John F. Kennedy en la Casa Blanca ante diplomáticos latinoamericanos y miembros del Congreso el 13 de marzo de 1961.

sería enteramente endógeno ni importado de Francia, sino fruto más bien de la prolongación meridional y anticolonialista de lo que Robert Palmer bautizó como la edad de la revolución democrática.[4]

En claro contraste con ello, una corriente historiográfica hispanófila de disposición más conservadora puso todo su empeño en reivindicar en esos mismos procesos el trasfondo de una vía hispánica a la modernidad caracterizada por el catolicismo como eje de vertebración cultural y por la raigambre ibérica de sus concepciones políticas y sociales. Las ideas de la insurrección hispanoamericana habrían venido así de Salamanca, no de París, Londres o Ginebra, y la intención del movimiento independentista no habría sido otra que la de restaurar el papel de la Iglesia y de la religión erosionado por las funestas ideas ilustradas.[5] Durante los últimos años asistimos, en cambio, a una progresiva revisión de estos tópicos historiográficos alimentada, sin duda, por los cambios operados en la forma de estudiar las nacionalidades. Esta revisión ha insistido en la naturaleza eminentemente política y cultural de las revoluciones de independencia —fruto de los cambios en las formas de socialización—, en el conflicto estructural entre unas soberanías fragmentarias y necesariamente rivales generado a partir de la crisis del imperio y en la indeterminación de las

[4] Véase HAMNETT, 1995, pp. 47-72. Lo cierto es que la obra de Palmer tenía un enfoque decididamente transatlántico, y en ningún caso continental. Véase PALMER, 1959.

[5] Las últimas referencias de este casticismo hispano-católico pueden buscarse en Ramiro de Maeztu y su *Defensa de la hispanidad.* Sus derivaciones historiográficas fueron amplias y variadas. El argentino Carlos Stoetzer las ilustró de forma clara al intentar demostrar que "la revolución hispanoamericana es un típico asunto y problema de la familia hispánica, no influida por ideologías extranjeras, y que tiene un profundo sentido español y origen medieval, alentado en su pensamiento político por la tardía escolástica del Siglo de Oro". Más que basada en los deseos de independencia, esa revolución había que entenderla como "una cruzada religiosa contra el ideario de la revolución francesa, un movimiento por mantener vivas las tradiciones españolas frente a una madre patria que había dejado de ser un baluarte del tradicionalismo por la influencia cultural y política extranjera". STOETZER, 1982, pp. 411-412.

identificaciones nacionales a lo largo de los procesos de organización estatal.[6] Este artículo se propone seguir esa línea e intentar ofrecer una perspectiva general sobre la inserción metanarrativa de las percepciones históricas y culturales sedimentadas a lo largo de la modernidad latinoamericana.

Si bien es cierto que en el continente americano difícilmente podía emanciparse lo que al mismo tiempo se exhortaba a construir —la nación— no es menos cierto, como recuerda Benedict Anderson, que los sectores criollos fueron particularmente precoces en ingresar en el universo ideológico nacionalista al desarrollar argumentos y concepciones funcionales para legitimar la ruptura política con las metrópolis europeas. Adicionalmente, en el caso hispanoamericano una mirada retrospectiva y simultánea a ambas orillas del Atlántico nos permite descubrir no ya sólo, como era de esperar, numerosas afinidades culturales entre la España peninsular y sus ex colonias americanas, sino también toda una serie de sincronías históricas y políticas. Esto no significa que semejantes afinidades respondan a un mismo patrón histórico, pero sí apunta a un hecho raramente reconocido por los historiadores: que la ruta que discurre desde los Estados dinásticos hasta los nacionales es distinta de la que parte desde las entidades imperiales. Así, la especificidad de la vía hispánica hacia la nacionalidad se manifestó, por un lado, en el ritmo histórico de construcción de los nuevos Estados poscoloniales, incluido el Estado nacional español, pero también en las elaboraciones ideológicas que sirvieron para construir el relato de la identidad colectiva. Si bien los nacionalismos latinoamericanos fueron por lo general débiles y tardíos, también incorporaron elementos ideológicos —como el positivismo, las teorías eugenésicas o el indigenismo— que les confieren una peculiar originalidad. Por otro lado, las referencias nacionales hubieron de competir siempre en la imaginación política de sus intelectuales con otros discursos de dimensión

[6] Véase GUERRA, 1995; CHIARAMONTE, 1997; ANNINO, 1997, y ANNINO, CASTRO LEIVA y GUERRA, 1994, pp. 229-250.

continental —como el panamericanismo, el latinoamericanismo o el tercermundismo— que vinieron indirectamente a revelar la fragilidad histórica del proyecto nacional en el continente.

NACIÓN Y MODERNIDAD

El tránsito desde sociedades articuladas funcionalmente en torno a la jerarquía y el privilegio, legitimadas en virtud de un orden religioso trascendente, lealtades transaccionales e identificaciones locales, hasta otras basadas en la movilidad social, el autogobierno secularizado y la homogeneización cultural representa una mutación histórica de dimensiones difícilmente calculables. Sin embargo, durante mucho tiempo esta gran transformación fue interpretada en términos exclusivamente socioeconómicos, como modernización social. El principio nacional era concebido tan sólo como correlato político de la gran travesía que condujo desde el feudalismo hasta el capitalismo, sin llegar a percibir claramente las reconfiguraciones y estratificaciones étnicas que acompañaron a ese proceso.[7] Las identidades nacionales son ciertamente inconcebibles sin las estructuras sociales y económicas que acompañan a sus formas típicas de aculturación —amplios mercados, urbanización, poblaciones alfabetizadas, movilidad social y esferas públicas de comunicación—, pero el desarrollo de una conciencia nacional es un proceso largo y complejo en el que intervienen variables que no son exclusivamente económicas ni culturales. En este sentido, las formas de representación de la pertenencia nacional constituyen una dimensión que ha sido nuevamente rescatada del arcaico y desprestigiado enfoque psicologicista sobre los caracteres nacionales. La manifestación consciente de un sentido de pertenencia común no es un fenómeno puramente psicológico, sino que se deri-

[7] El trabajo clásico sobre la vinculación entre ambos procesos sigue siendo el de HROCH, 1985. Las teorías de Ernest Gellner, checo como él, sobre el nacionalismo dejan traslucir su influencia.

va de una conexión permanente del individuo con una compleja serie de relaciones sociales objetivas. El carácter multidimensional es precisamente lo que diferencia a la conciencia nacional de cualquier otra forma de identificación derivada de los roles sociales, profesionales o de género: la nación se construye mediante la constante interacción subjetiva con múltiples nodos de articulación social.

Por otro lado, en la imaginación nacionalista los grupos humanos se clasifican en naciones del mismo modo que las plantas y los animales lo hacen en especies. De hecho, la conciencia nacional sería desde esta perspectiva el único rasgo comúnmente atribuible a todas las naciones. Todas ellas serían idénticas en su condición nacional, pero distintas en los contenidos específicos de su nacionalidad. Es aquí justamente donde divergen las interpretaciones subjetivistas y objetivistas de la nación: según las primeras, la conciencia de la nacionalidad sería un constructor enteramente cultural; para las segundas, arraigaría en una realidad social e históricamente dada.[8] Sin embargo, la discrepancia es más aparente que real. En última instancia, unos y otros vendrían a reconocer que no se puede imaginar arbitrariamente cualquier forma de comunidad nacional, mientras que, por otro lado, toda forma de estructuración étnica precisa elaborar un imaginario cultural para cobrar significación subjetiva. No basta la conciencia de una diferenciación cultural para identificar la semilla de un movimiento nacionalista. Cualesquiera que sean sus precondiciones sociales e históricas, los nacionalismos se revelan cuando los miembros de una comunidad dada tratan de dar una expresión política a su sentimiento de pertenencia común: la conciencia nacional, a diferencia del folklorismo o de cualquier otra forma de expresión identitaria, se asocia siempre con la aspiración a alguna fórmula de autogobierno. Aun así, en sus inicios la conciencia nacional suele ser el atributo de unos pocos individuos y grupos, a menudo reclutados entre los estra-

[8] A riesgo de simplificar, Benedict Anderson representaría paradigmáticamente la primera posición, mientras que Hroch o Anthony Smith serían un claro ejemplo de la segunda.

tos más influyentes e intelectualmente cultivados de la sociedad. Por el contrario, pese a tener conciencia de sus rasgos culturales, las masas de las sociedades agrarias tradicionales, con frecuencia multiétnicas y siempre jerárquicas, han permanecido, por lo general, ajenas o indiferentes al nacionalismo. La movilización de esas masas bajo el principio nacional es en realidad lo que revela el éxito y la vigencia de un nacionalismo.

Las naciones, en definitiva, no son entidades naturales que vaguen inmutables por la historia en busca de su redención política, como suele afirmar su autopercepción ideológica, sino construcciones sociales de naturaleza histórica y mudable. Los antecedentes de una conciencia nacional pueden rastrearse en formas más remotas de identificación, como son la lealtad a una dinastía, a un estatus de grupo o a una religión. Con todo, la potencia política de la idea nacional arraiga fundamentalmente en su concepción comunitaria. Como ha recordado Benedict Anderson, "independientemente de la desigualdad y de la explotación que prevalezca en cada una de ellas, la nación siempre se concibe como una profunda camaradería horizontal".[9] Pero lo cierto es que ninguna comunidad en sentido estricto se extiende más allá de las estructuras sociales simples y de las relaciones personales directas. La nación concebida como comunidad es una metáfora, y éstas no son ciertas ni falsas: sólo pueden ser eficaces en nuestra imaginación o no ser nada. Para ser más exactos, verdad y mentira son categorías epistemológicas que escapan a la condición nacional. Las naciones no son ciertas o falsas en virtud de su atribuible existencia o inexistencia. La nación es una referencia normativamente construida cuyos elementos prescriptivos son inseparables de los descriptivos. Las falsedades se introducen más bien en el proceso político de su elaboración narrativa, esto es, en la dinámica simbólica del nacionalismo.

La nación se nos aparece en este sentido como un sistema de representación cultural: una comunidad simbólica necesitada de unos sentimientos funcionales de identidad y lealtad.

[9] ANDERSON, 1993, p. 7.

Ese tipo de motivación social depende de la organización interna de las culturas nacionales, lo que presupone, a su vez, un conjunto específico de instituciones, símbolos y representaciones culturales. Desde esta perspectiva, las culturas e identidades nacionales se nos presentan, en última instancia, como formas discursivas con capacidad para resignificar las relaciones sociales y organizar pautas de acción colectiva. Es así como puede afirmarse que las naciones se construyen narrativamente a través de los relatos de la identidad nacional, de las conexiones obradas por la memoria histórica y de las imágenes proyectadas sobre su pasado, su presente y su futuro.[10] Al margen de estos rasgos comunes, resulta llamativa la limitación de los arquetipos a los que se ha recurrido para construir las pautas de la historicidad nacional. Más allá de la heterogeneidad de los mitos de origen, el tiempo nacional suele representarse como un ciclo escatológico variable en el que las naciones caen, despiertan, se redimen o asumen un destino. La elección de una concepción étnica o cívica de la nación impone importantes condicionamientos de partida para la imaginación del tiempo nacional, pues si bien la nacionalidad es una forma específicamente moderna de representar las relaciones sociales, todas las ideologías nacionales necesitan dotarse de una profundidad histórica como aval de su autenticidad. En el caso de la nación étnica, esa profundidad suele depender del recurso a la identificación telúrica con un pasado en alguna forma glorioso ligado a la sangre y la tierra. La nación cívica, aunque igualmente eficaz en su relato identitario, debe por el contrario construir la densidad épica de su destino en virtud de un proyecto futuro no menos meritorio.

LOS MITOS FUNDACIONALES Y LA IMAGINACIÓN POLÍTICA LATINOAMERICANA

En el contexto latinoamericano, México constituye quizá el ejemplo más conspicuo del temprano recurso a un imagi-

[10] HALL *et al.*, 1992.

nario indigenista con el fin de construir una concepción étnica de la nación. Desde esta perspectiva, y más allá de sus matices internos y variaciones históricas, como ideología de construcción nacional el indigenismo mexicano constituye el equivalente funcional más próximo a los nacionalismos étnicos europeos. De hecho, la trayectoria imaginaria que permitió a fray Servando Teresa de Mier interpretar la independencia de la Nueva España como venganza de los *manes de Moctezuma* o a los gestores de la revolución mexicana presentarse como continuadores del cura Hidalgo y de Benito Juárez, arraiga en una concepción del tiempo nacional construida desde sus orígenes según los patrones de historicidad occidentales. La glosa barroca de las virtudes políticas de los antiguos "tlatoanis" por Carlos de Sigüenza y Góngora, la inserción de la nación azteca en la historia universal por Lorenzo Boturini según el método de Vico y la invención de un clasicismo prehispánico por Francisco Clavijero o de una escatología bíblica por fray Servando constituyen hitos reconocibles en la articulación de una historicidad propia y a la vez universalmente homologada en la sociedad novohispana.[11]

Por otro lado, la lógica circular que caracteriza todo momento constituyente supone un auténtico desafío para la imaginación jurídica moderna: por medio de un acto legal se crea un sujeto colectivo —la nación— que toma en sus manos las riendas de su destino, pero que de alguna manera antecede existencialmente y protagoniza el acto de su constitución. Lo cierto es que en el constitucionalismo liberal la ficción jurídica que principia con nosotros el pueblo es un presupuesto, no un derivado de la acción constituyente. El lenguaje liberal de los derechos es incapaz de revelar por sí solo la identidad de quienes están llamados a hacer uso de ellos. Por eso han sido en general narraciones más densas que las del contractualismo las únicas capaces de insuflar una identidad nacional en el *demos* liberal. El estudio de los mitos políticos fundacionales en la modernidad nos permite reconocer una variada gama de narraciones estruc-

[11] Véase ORTEGA Y MEDINA, 1994, pp. 44-72.

turalmente emparentadas, pero con anterioridad a la consolidación de las fábulas nacionalistas decimonónicas sobre la identidad colectiva, los argumentos para legitimar la construcción autónoma de una comunidad política han de buscarse fundamentalmente en el repertorio del derecho natural. El iusnaturalismo y su normatividad contractual también poseen su propio repertorio narrativo y mitos de origen, frecuentemente referidos a la pérdida de unas libertades primigenias de origen germánico —como el yugo normando de los revolucionarios ingleses o la Franco-Gallia imaginada por los monarcómacos franceses—, pero su papel ha sido secundario en lo que constituye uno de los rasgos característicos de la modernidad: la homogeneización en forma de identidad nacional de unos procesos de aculturación y etnogénesis políticamente dirigidos.

En este sentido, la conciencia criolla americana hubo de sufrir un largo proceso de maduración hasta adquirir un sentimiento de identidad políticamente traducible. Los primeros textos coloniales reflejan ya su inserción en una estructura de prejuicios sobre la supuesta inferioridad del medio natural americano respecto al europeo, una corriente que culminaría en el siglo XVIII con los escritos de Buffon y de Pauw. Tales prejuicios no sólo afectaban al medio natural —a las plantas y los animales, que sufrían un supuesto debilitamiento biológico y una disminución de sus facultades naturales en tierras americanas—, sino que se extendían también hacia los nativos de ese medio, afectados de una imaginaria degeneración anímica —una indolencia tonta, que diría Malaspina— e incluso a los europeos trasplantados al mismo, tachados con frecuencia de vanidosos y despreocupados. No es de extrañar, como ha señalado Bernard Lavallé respecto al caso peruano, que no existiera prácticamente obra literaria de envergadura en la época colonial que no consagrase varios capítulos a ensalzar el marco geográfico en el que nació o vivió el autor. Este patriotismo criollo, un proceso de identificación local cuyas manifestaciones son ya discernibles en el siglo XVII, sin embargo, carecía de las connotaciones que se atribuyen a la moderna conciencia nacional. Así, si bien los primeros tex-

tos coloniales acusaron el impacto del encuentro antropológico con el otro, la figura del indio o la filiación política con el territorio están prácticamente ausentes de la literatura barroca hispanoamericana.

> El siglo XVI había sido para los españoles el de los descubrimientos, los descabellados e interminables periplos por el nuevo continente. Más tarde lo habían surcado los soldados, los funcionarios y los misioneros, reflejando su curiosidad o experiencia en las relaciones geográficas. Los criollos del XVII tienen otra historia y otras preocupaciones. Se nos aparecen, ante todo, como hombres de ciudad, nunca tan a gusto como cuando describen la suya. El criollismo buscaba, ante todo, las razones para afirmar su propia dignidad en los éxitos y los fastos de la civilización urbana. ¿Qué significaba exactamente y qué representaba en aquella época un término como el Perú? Los límites de la administración son fáciles de establecer, pero la conciencia de los criollos sobre los grandes conjuntos territoriales era forzosamente borrosa e incierta. No existía todavía conciencia geográfica del país en la escala de lo que serían más tarde los Estados independientes.[12]

Con el nuevo siglo cambiarían notablemente las cosas. El conocimiento científico y geográfico del continente encontró su amparo en el movimiento de las "Luces" y en los intereses de una monarquía preocupada por rentabilizar metódicamente la explotación colonial. Ilustrados españoles y criollos americanos coincidieron así en su interés por la geografía, aunque con profundas diferencias en cuanto al significado que atribuirle: cada vez se entraba más a valorar el estudio del territorio, pero no ya por un afán intelectual o comparativo, sino para poseerlo. Los apuntes de viaje de Alejandro Malaspina por los dominios de la monarquía hispánica demuestran que éste era ya capaz de utilizar, en 1789, un concepto moderno de nación. Así, confesaba entender por tal "una cantidad cualquiera de gentes que siguen las mismas leyes, costumbres y religión que se reúnen para su prosperidad y defensa, y en quienes el mismo suelo y si-

[12] LAVALLÉ, 1983, pp. 32-33.

tuación local son la principal causa de esta confederación inalterable". Este mismo criterio le servía para reconocer que "unas costumbres, un suelo, un clima, unas relaciones locales enteramente diferentes, la natural oposición del conquistado al conquistador [...] todo concurre a demostrar que la reunión [de la América con la España] fue viciosa, antes bien, imaginaria".[13] Sin embargo, sería la beligerancia intelectual de los clérigos americanos exiliados, y en particular de los jesuitas, la que contribuyese de forma decisiva a elaborar una imagen protorromántica de América y su pasado.[14] Esto no los convierte necesariamente en precursores de la independencia, pero sí en agentes culturales de una reivindicación americanista que posteriormente, y sobre todo en México, sería fácilmente aprovechable por los constructores políticos de la imaginación nacional.

A comienzos del siglo XIX se daría finalmente la ocasión para que semejante imaginación histórica y territorial fraguase en nuevas realidades políticas. La monarquía hispánica se derrumbó bajo el peso de sus propias contradicciones y de la presión externa. La fragmentación del orbe imperial antecedió a la génesis de proyectos históricos que serían muy dispares entre sí, pero durante un breve periodo la ficción constitucional de un *demos* unitario sirvió de acicate para la imaginación política, ya fuese hostil o amistosa, de los constructores americanos de naciones. Sin embargo, sólo una traslación anacrónica e historiográficamente inducida nos lleva a escuchar poco tiempo después como mexicanos, venezolanos, chilenos o argentinos a unos próceres de la independencia que nos hablaban todavía como líderes locales y como americanos.[15] Muy pronto, el largo periodo de ruptura social, estancamiento económico e inestabilidad política abierto con la independencia, así como la incapacidad para encontrar un sustituto a la referencia unitaria perdida con el mundo colonial, llevó a la pérdida del optimismo histórico inicial y a percibir la América independiente como una conste-

[13] LUCENA GIRALDO y PIMENTEL IGEA, 1991, p. 151.
[14] Véase BATLLORI, 1950 y PAGDEN, 1991.
[15] CHIARAMONTE, 1993, p. 8.

lación fragmentaria vivida con frustración tanto por sus protagonistas —el libertador que reconoció haber arado el mar— como por sus herederos espirituales. Richard Morse ha querido ver un síndrome de sublimación frustrada a lo largo de todo ese periodo fundacional:

> Los hispanoamericanos estaban condenados a la imposible tarea de negar y amputar su pasado. Sin embargo, España estuvo siempre con ellos. Incapaces de lidiar con el pasado mediante una lógica dialéctica que les permitiese asimilarlo, lo rechazaron a través de una lógica formal que lo mantuvo presente e impidió su evolución. La conquista, la colonización y la independencia fueron problemas jamás resueltos, nunca dejados atrás.[16]

La atribución de un déficit de capacitación política a un material humano arruinado históricamente por el despotismo sería un argumento recurrente en los intentos por explicar la inestabilidad endémica de las jóvenes repúblicas. El republicanismo de numerosos próceres resulta meridiano en ese sentido. El discurso bolivariano se expresaba, por lo general, en el lenguaje político del humanismo cívico. Su ideal de libertad, teñido de neoclasicismo, era el de las repúblicas antiguas. Para cumplir con su misión redentora, las nuevas patrias hispanoamericanas debían crearse *ex nihilo,* apoyándose exclusivamente en la virtud de sus ciudadanos. Sin embargo, más allá de ese voluntarismo político, la identidad del *demos* americano se mantenía en una vacilante indefinición. Como reconocía Bolívar en un conocido fragmento de su *Carta de Jamaica*:

> Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo concibo el estado actual de la América [1815] como cuando, desplomado el imperio romano, cada desmembración formó un sistema político conforme a sus intereses y situación, con esta notable diferencia, que aquellos

[16] MORSE, 1964, p. 168.

> miembros dispersos volvían a establecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos. Mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y por otra parte, no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores. Así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.[17]

A diferencia de los fabuladores de una continuidad con el mítico pasado indígena, Bolívar insistió en un ideal político históricamente descontextualizado. El republicanismo, como es sabido, concede un modesto papel en su antropología política a la historia y a las costumbres. Las únicas tradiciones relevantes en su repertorio normativo son las que atañen al cultivo de las prácticas civiles y a las libertades locales, cuya sistemática ausencia habría caracterizado precisamente al periodo colonial español:

> Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interna, conoceríamos el curso de los negocios [...] He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.[18]

La condena a la pasividad, denegar el derecho a gobernarse por las leyes que uno mismo se ha dado, impidiendo con ello la formación del juicio y del carácter político, constituían en el universo de los valores republicanos la esencia de la tiranía y la antesala de la corrupción, esto es, del cultivo desenfrenado de los intereses particulares. La esterilidad de la herencia colonial como escuela de virtud cívica

[17] Bolívar, 1998, pp. 58-59.
[18] Bolívar, 1998, p. 60.

convertía necesariamente la tarea emancipadora en un proyecto de voluntarismo moral. Sin embargo, la obstinada resistencia de los sujetos recién arrancados del despotismo a comportarse según los cánones cívicos de una antigüedad estilizada fue origen constante de frustración para los visionarios republicanos. En Francia, Robespierre tan sólo atisbó en ello la evidencia de la corrupción y una justificación del terror como instrumento de la virtud. En la América española, Bolívar concluyó más bien la ausencia de un carácter político desarrollado y la necesidad de instaurar la dictadura —el gobierno paternal de un gran legislador— como único medio para realizar la voluntad general frente al disolvente espíritu del partido y la facción. Un republicanismo posterior, como el de Juan Bautista Alberdi en Argentina, se serviría del lenguaje del humanismo comercial para convertir el arte de gobierno en demografía e importar así la virtud cívica mediante la inmigración selectiva. También con ello terminó por atribuir respectivamente a las formas de vida desarrolladas en las conurbaciones costeras y en el páramo colonial su conocida distinción entre civilización y barbarie.

La construcción narrativa de la nacionalidad

La historia convencional de las ideas políticas suele presentar la ciudadanía como el núcleo del legado igualitario de la revolución francesa. La nacionalidad, por el contrario, aparece poco menos que como un lastre culturalista introducido por los románticos alemanes en el programa racionalista de la Ilustración.[19] La ciudadanía permitía la participación política directa en una sociedad recién liberada de las mediaciones del estamento, la casta, el gremio

[19] La acuñación del término *nationalité* suele atribuirse a Madame de Stäel. En el ámbito hispánico Arturo A. Roig ha recordado que hacia 1825 a un intelectual centroamericano, José Cecilio del Valle, se le ocurrió inventar el verbo nacionalizar en el sentido de "crear nación" e incorporarla a categorías sociales que, como los indígenas o las mujeres, estaban en principio excluidos de ella.

o el parentesco. La pertenencia nacional aportaba un bien de índole distinta: arraigo y tradición frente al vértigo de la historia. Detrás de cada una de estas corrientes latía, sin embargo, una concepción distinta de la política y, en última instancia, del conocimiento humano. La concepción francesa hundía sus raíces en el contractualismo individualista e ilustrado del siglo XVIII. La alemana, en el organicismo romántico de la Restauración del XIX. El pensamiento conservador vio en el ser humano una criatura esencialmente constituida por las emociones, la fe y la costumbre, incapaz de servirse de la razón para el refreno de sus apetitos. El progresismo de las luces, por el contrario, vislumbró un sujeto emancipado de la superstición llamado a construir su futuro colectivo bajo el norte de la razón. El Estado, la sociedad y, en última instancia, la felicidad humana debían ser fruto del acuerdo general de intereses en el contrato social y del intercambio equitativo de bienes en el mercado.[20] Sin embargo, no sería correcto tratar de reducir la tradición filosófica y política europea en el crepúsculo de la Ilustración a estos dos polos culturales, ya que sin ir más lejos, el anquilosado escolasticismo ibérico alimentó hasta finales del siglo XVIII una versión orgánica del contractualismo capaz aún de fecundar el lenguaje político de la emancipa-

[20] Isaiah Berlin ha propuesto una raíz adicional para el extrañamiento cultural franco-alemán de finales del siglo XVIII: el resentimiento social e intelectual de sus protagonistas. Los ilustrados y románticos germanos fueron, por lo general, de extracción social humilde y se vieron limitados al provincianismo de las pequeñas cortes centroeuropeas. Por el contrario, los *philosophes* que poblaron el deslumbrante mundo de los salones literarios parisinos pertenecieron con frecuencia a sectores acomodados y nobiliarios. La atmósfera pietista en la que se gestó el romanticismo alemán no sólo habría alentado la vida religiosa interior, sino también "un odio profundo por Francia, por las pelucas, las medias de seda, por los salones, por la corrupción, por los generales, por los emperadores, por todas las grandes y magníficas figuras de este mundo que eran, simplemente, encarnaciones de la riqueza, de la maldad y de lo diabólico. Se trataba de una reacción natural por parte de una población humillada y devota [...] una forma peculiar de anticultura, de antiintelectualismo y de xenofobia a la que los alemanes se sintieron particularmente propensos durante aquel momento". BERLIN, 2000, p. 63.

ción hispanoamericana. Con todo, la diferencia más perceptible entre los programas políticos del civismo y de la etnicidad remite a la estructura narrativa que subyace a su respectivo relato de la identidad nacional. Si la imaginación política del liberalismo ha sido fundamentalmente contractual, esto es, formal, la del nacionalismo ha sido sobre todo narrativa. Esto no quiere decir que no haya existido una narratividad liberal. Al fin y al cabo el contrato social, en cualquiera de sus formulaciones, venía a expresar la historicidad de la sociedad civil, así como el mercado y su efecto supuestamente balsámico sobre las pasiones políticas y religiosas se apoyaba en la división histórica del trabajo. Sin embargo, a diferencia de los constructos jurídicos, las identidades, incluidas las políticas, por encima de todo se narran. La secuencialidad constituye en este sentido un elemento trascendental —en el sentido kantiano— de la narratividad: la capacidad de reconocer una dimensión normativa en las identidades colectivas depende enteramente de la posibilidad de insertarlas en un esquema de temporalidad histórica.

Esto es algo que ya Paul Ricoeur percibió claramente al afirmar que el tiempo se torna humano cuando se articula de modo narrativo,[21] pero que también nos remite a un problema moral de primera magnitud si aceptamos, como han hecho los posmodernos, la muerte de los grandes relatos ilustrados. En efecto, la imaginación nacional, en cuanto imaginación moderna, se ha nutrido tradicionalmente de este tipo de relatos. De hecho, la modernidad puede ser entendida como una forma específica de metanarrativa en virtud de la cual mitos de origen, continuidades históricas y teleologías políticas se organizaron en un todo unitario dotado de significado. Ricoeur vislumbró la necesidad circular que existe entre la actividad de narrar una historia y la naturaleza temporal de la existencia humana: el tiempo se articula de un modo narrativo e, inversamente, la narración, ya sea histórica o ficticia, alcanza su plena capacidad de significación cuando se convierte en

[21] Véase Ricoeur, 1958.

condición de la experiencia temporal. Esto sería así porque la narración imita creativamente a la experiencia temporal viva y no se limita a reproducirla de forma pasiva. Dicho con otras palabras, la temporalidad es llevada al lenguaje en la medida en que éste configura nuestra experiencia temporal confusa e informe para reordenarla. En este sentido, la función narradora opera esquemáticamente, pues en virtud de ella fines, causas y contingencias se reúnen en la unidad temporal de una acción total y completa. En cualquier caso, es el receptor de la narración quien asume la unidad de todo el recorrido narrativo. El tiempo narrado se representa en la trama de la historia diacrónicamente, como acontecer, permitiendo que ésta se dote de una finalidad. Al captar el final de una trama en su comienzo y el comienzo en su final aprendemos a leer el tiempo al revés y a identificar las condiciones iniciales de un curso de acción en sus consecuencias finales. La trama narrativa dispone los hechos y encadena secuencialmente las frases de la acción constitutiva de la historia narrada.

No es preciso compartir los supuestos fenomenológicos de Ricoeur —la idea de que existe una estructura prenarrativa de la experiencia— ni su concepción kantiana del método hermenéutico para reconocer la importancia de su análisis en el estudio de las identidades nacionales. Como es sabido Ernest Renan, al interrogarse por el ser de las naciones en su famosa conferencia de 1882 en La Sorbona de París, apeló a su componente voluntarista, esto es, al deseo expreso que suponen de continuar una vida en común, pero también señaló la necesidad del olvido, e incluso del error histórico, en la construcción de su identidad.[22] Por ello los estudios históricos podían suponer un peligro para la nacionalidad, ya que inevitablemente rememorarían episodios concretos de la carnicería universal sobre la que se asienta la historia. Renan tenía en mente las naciones dotadas de una existencia política reconocible, y particularmente la querella franco-alemana sobre Alsacia y Lorena. Por el contrario, los constructores de nuevas o potenciales

[22] RENAN, 1992, p. 41.

naciones se ven obligados a una tarea opuesta al peinar a contrapelo las historiografías rivales con el fin de elaborar una propia que resulte políticamente funcional. En este caso no es el olvido, sino la rememoración del agravio real o ficticio lo que se torna vital para movilizar voluntades y determinar objetivos. La construcción nacional, como todas las empresas políticas que se fijan una teleología histórica, es por ello una tarea interminable, ya que el arribo a puerto supondría dar fin a lo que se ha erigido en principio político. Las naciones, más que un plebiscito cotidiano, como señaló Renan, o una realidad intrahistórica, como diría el joven Unamuno, son una trama histórica, una narración socialmente eficaz y sistemáticamente puesta a prueba cuyos consensos, olvidos y rememoraciones corren al paso de la inteligencia política del momento. En última instancia no se trata tanto de probar su existencia como de mover a su realización. Por eso el estudio de la historia tiene menos que ver con el interés por lo pretérito que con las ambiciones de futuro, ya que toda afirmación acerca del pasado constituye una reivindicación en lo que se refiere al presente.

Los arquetipos de la imaginación nacional

Estos aspectos estructurales de la narración histórica muestran toda su relevancia a la hora de analizar las identidades nacionales, puesto que no hay identidad sin narración y no existe narración sin organización del tiempo. Según lo anteriormente visto, no es casual que las ideologías nacionalistas reproduzcan típicamente la estructura de la imaginación histórica decimonónica. A diferencia de las argumentaciones historiográficas, hiladas mediante la confrontación crítica de los indicios del pasado, la coherencia interna de las historias nacionalistas depende de una estructura enteramente metanarrativa. Por ello su núcleo suele ser inmune a la crítica, ya que el relato puede admitir rectificaciones o incorporar nuevos elementos sin que varíe la trama que le concede su sentido global. Esa impermeabilidad explica

también la perplejidad e irritación de tantos estudiosos del nacionalismo. Tal y como Jon Juaristi se ha preguntado públicamente: "¿qué queda en el cedazo después de que la crítica historiográfica ha cribado los mitos de la identidad nacional?, pues la mostrenca identidad nacional, ni más ni menos".[23] Un rasgo decisivo en este sentido apunta precisamente a la concepción finalista del tiempo nacional. La organización escatológica del tiempo constituye un rasgo típico de la conciencia occidental de la historicidad de la cual el nacionalismo y el progreso positivista no representan sino sus capítulos modernos. Tras ellos late con toda probabilidad la reminiscencia salvífica de las grandes religiones universalistas y, más concretamente, de la tradición judeo-cristiana. Esa misma sacralidad ha sido identificada como el principal obstáculo para la resolución negociada de los conflictos nacionalistas.[24] Como es sabido, la extinción de las viejas religiones centradas en la preservación del orden cósmico y social suele interpretarse como el paso hacia un nuevo tipo de vivencia religiosa relacionada con la salvación, la liberación o la emancipación de una identidad espiritual individualmente percibida. El proceso de secularización moderna o, por denominarlo a la manera weberiana, de desencantamiento del mundo supuso la pérdida del monopolio cosmovisionario por parte de la religión, a la vez que amplió lo que se ha dado en llamar el umbral de contingencia: aquello que, por escapar a la determinación providencial de la historia, puede ser de otra manera. El ascenso de las ideologías modernas, y entre ellas del nacionalismo, se ha identificado a menudo con la irrupción de nuevos parámetros de rencantamiento social.[25]

[23] JUARISTI, 1997a, p. 4.

[24] O'BRIEN, 1994 y JUARISTI, 1999.

[25] La última obra de Josetxo Beriain es ejemplar en este sentido. "Sin temor a equivocarnos —señala— podemos afirmar que los imaginarios centrales que han legitimado la realidad primordial de la época axial (Yahvéh, Brahmán, Zaratustra, Alá, Jesús de Nazaret) son sustituidos por realidades trascendentes intermedias ubicadas dentro del ámbito de lo profano, como son la nación, el grupo étnico, la clase social, el partido político o uno mismo [...] pero quizá lo más novedoso es que la reduc-

La retórica nacionalista, atendiendo a sus propias pautas y reglas narrativas, tiende a rescribir y reproducir el mundo histórico convirtiéndolo en un sueño de causas nobles, sacrificio trágico y cruel necesidad. El papel de la metáfora en este contexto difícilmente puede ser subestimado. Metáfora y narración incumben por igual al fenómeno de la innovación semántica. En la metáfora la innovación consiste en producir una nueva pertinencia semántica mediante una atribución impertinente. En la narración, la innovación consiste en la invención de una trama. En ambos casos se produce lo que Ricoeur denominó una síntesis de lo heterogéneo: en la metáfora el resultado es una nueva pertinencia de la predicación; en la narración lo que se genera es una nueva congruencia de la disposición de los acontecimientos contados. En la metáfora nos encontramos con una estratificación de significaciones, de manera tal que una incongruencia de sentido en un nivel genera una afluencia de significaciones en otro. Su potencial simbólico precisamente es la capacidad de forzar la interacción entre significaciones discordantes dentro de un marco conceptual unitario. La intensidad de esa potencia depende del grado en que la metáfora consiga superar la resistencia psíquica provocada por la tensión semántica. Cuando esa superación se logra, una metáfora transforma una falsa identidad en una analogía pertinente y emotiva: la patria como Edén o como altar, según repiten incansables los himnos nacionales latinoamericanos.[26] Cuando no se logra, la metáfora se convierte en una mera extravagancia.

Análogamente, cuando la disposición de los acontecimientos en la trama de una narración se altera de forma decisiva, la identidad de quienes la cuentan y participan en la narración sufre una mutación fundamental. Por ello, una de las primeras y principales tareas pedagógicas de los nacionalismos emergentes consiste en elaborar una estructura de la temporalidad que ilustre, justifique y culmine el de-

---

ción de la contingencia se plantea desde los propios órdenes de vida secularizados." BERIAIN, 2000, p. 58.

[26] Véase GONZÁLEZ GARCÍA [en prensa].

rrotero histórico de la emancipación nacional. Mediante procesos simbólicos, rituales políticos y mitos fundacionales las referencias de la nacionalidad se articulan discursivamente para confirmar la pertenencia de los individuos a un conjunto más amplio que se despliega en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, como vimos anteriormente, no todos los tiempos del despliegue nacional son iguales. La fórmula típica republicana, en su versión jacobina, cifró el fundamento de la vida cívica en la abnegación virtuosa del ciudadano para con su patria, mientras que en su versión estadounidense identificó el sentido de la comunidad política con la búsqueda individual de la felicidad. Por el contrario, cuando la identidad se hace arraigar en las concreciones intransferibles de la etnia, la cultura o la religión, el tiempo imaginario de la historia nacional puede escenificarse de muchas otras maneras: como emancipación, resurgimiento, redención, catarsis o rememoración constante. De entre ellas existe al menos una variante, como ha señalado Juaristi, que extrae su fuerza de la melancolía por una pérdida ficticia. A diferencia del duelo, que permite expresar y asumir el dolor por la pérdida de un ser querido, en el esquema freudiano la melancolía precede y se anticipa a la pérdida del objeto. La melancolía de un nacionalismo como el vasco se dolería, según Juaristi, de la pérdida de una patria que nunca existió con el fin de asegurar la predisposición al sacrificio de las sucesivas generaciones de nacionalistas y confirmar así la lógica elemental sobre la que descansaría su estrategia: la de que es preciso perder para ganar al final.[27]

El mestizaje racial y cultural impidió a un nacionalismo muy distinto, como es el mexicano, embelesarse en un similar rizo melancólico, abocándolo a proyectarse simultáneamente como identidad ancestral y como proyecto voluntarista. Tal y como reza uno de los textos fundacionales escogidos

[27] Los relatos de los nacionalistas vascos, nos recuerda Juaristi, reproducen fielmente "el arquetipo de rebelión, sacrificio y derrota del pueblo, porque la historia que cuenta el discurso nacionalista es una interminable sucesión de derrotas". JUARISTI, 1997, p. 20.

para adornar la escenografía arqueológica de los orígenes mexicanos, junto a las ruinas del Templo Mayor de Tenochtitlan y de la catedral colonial, los novohispanos del siglo XIX no podían ser ya aztecas y no querían ser españoles. Su identidad había que buscarla en la voluntad de independencia. El texto mural está extraído del *Discurso sobre la independencia* del prócer liberal mexicano Ignacio Ramírez, en el cual se interrogaba retóricamente:

> ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Este es el doble problema cuya resolución buscan sin descanso los individuos y las sociedades. Descubierto un extremo se fija el otro. El germen de ayer encierra las flores de mañana. Si nos encaprichamos en ser aztecas puros terminaremos por el triunfo de una sola raza para adornar con los cráneos de las otras el templo de Marte. Si nos empeñamos en ser españoles nos precipitaremos en el abismo de la reconquista. Pero no. ¡Jamás! Venimos del pueblo de Dolores. Descendemos de Hidalgo y nacimos luchando como nuestro padre por los símbolos de la emancipación y como él, luchando por la santa causa, desapareceremos sobre la tierra.

Por supuesto, la interpretación de las guerras de independencia como un proceso unitario y teleológico iniciado por el cura Hidalgo y su grito de Dolores era ya a mediados del siglo XIX un producto de la narración liberal de la identidad mexicana. El criollo conservador Agustín de Iturbide, ex general del bando realista, firmante del Pacto Trigarante que sancionó la definitiva independencia de México y efímero primer emperador del mismo, no ocupaba ya por aquel entonces ningún lugar meritorio en esa narración. Sin embargo, ese inestable compromiso identitario mexicano que fuera literariamente descrito por Octavio Paz como una soledad laberíntica ha sido roto y rescrito repetidas veces en un relato cuyos últimos capítulos pueden leerse en la emergencia del neoindigenismo zapatista y sus demandas de reforma constitucional.

Desde esta perspectiva podemos concluir que las identidades nacionales, más que otra cosa, son estados mentales propiciados por historias o, si se prefiere, mentalidades na-

rrativamente configuradas. La aculturación nacionalista en los regímenes democráticos ha abandonado los mecanismos disciplinantes de otras épocas, pero su núcleo político se sigue amparando en una trama narrativa. No podía ser de otro modo, ya que la forma en que nos apropiamos de los relatos históricos y conjugamos en el tiempo los pronombres de nuestra identidad colectiva constituye una práctica normativamente condicionada: las palabras y los relatos nunca son inocentes. La eficacia perlocucionaria de las narraciones identitarias y también la naturaleza de los regímenes políticos dependen de la preservación de un margen de autonomía interpretativa frente a los relatos en los que nos involucramos o que se nos tratan de imponer. Por ello, el estudio de las identidades nacionales exige de partida un peculiar ejercicio de higiene intelectual: poner entre paréntesis las interpelaciones que nos dirigen sus relatos con el fin de trascender las estructuras metanarrativas de la imaginación histórica y estudiar su papel en los procesos de institucionalización política y sedimentación cultural. En última instancia, también radica ahí la responsabilidad política del historiador: en desentrañar los discursos que concurren al espacio público y contribuir así a la democratización de las reglas narrativas con que construimos nuestras identidades colectivas.

REFERENCIAS

ANDERSON, Benedict

1993 *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.

ANNINO, Antonio

1997 "Soberanías en lucha", en *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina-Ariel.

ANNINO, Antonio, Luis CASTRO LEIVA y François-Xavier GUERRA (dirs.)

1994 *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: Ibercaja.

BATLLORI, Miguel
1950 *América en el pensamiento de los jesuitas expulsos.* Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.

BERIAIN, Josetxo
2000 *La lucha de los dioses en la modernidad: del monoteísmo religioso al politeísmo cultural.* Barcelona: Anthropos.

BERLIN, Isaiah
2000 *Las raíces del romanticismo.* Madrid: Taurus.

BLANCARTE, Roberto (comp.)
1994 *Cultura e identidad nacional.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica.

BOLÍVAR, Simón
1998 *Carta de Jamaica.* Santa Fe de Bogotá: Panamericana.

BOLTON, Herbert E.
1933 "The Epic of Greater America", en *The American Historical Review,* XXXVIII:3 (abr.), pp. 448-474.

COLOM, Francisco (coord.)
[en prensa] *La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico.* Madrid: Fondo de Cultura Económica.

CHIARAMONTE, José Carlos
1993 *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana.* Buenos Aires: Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani-Universidad de Buenos Aires, «Cuadernos del Instituto Ravignani, 2».
1997 *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846).* Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina-Ariel.

GEERTZ, Clifford
1989 *La interpretación de las culturas.* Barcelona: Gedisa.

GELLNER, Ernest
1988 *Naciones y nacionalismo.* Madrid: Alianza.

GONZÁLEZ GARCÍA, J.
[en prensa] "¡Libertad o con gloria morir! Himnos nacionales en Latinoamérica", en COLOM.

GUERRA, François-Xavier (coord.)

1994 "La desintegración de la monarquía hispánica: revolución e independencias", en ANINNO, CASTRO LEIVA y GUERRA, pp. 195-258.

1995 *Revoluciones hispánicas.* Madrid: Complutense.

HALL, S.

1992 "The Question of Cultural Identity", en HALL, pp. 274-323.

HALL, S. *et al.*

1992 *Modernity and its Futures.* Londres: Polity Press-Open University Press.

HAMNETT, Brian R.

1995 "Las rebeliones y revoluciones iberoamericanas en la época de la independencia. Una tentativa tipológica", en GUERRA, pp. 47-72.

HARTZ, Louis (coord.)

1964 *The Founding of New Societies. Studies in the History of the United States, Latin America, South Africa, Canada and Australia.* Nueva York: Harcourt.

HOBSBAWM, Eric J.

1991 *Naciones y nacionalismo desde 1780.* Barcelona: Crítica.

HROCH, Miroslav

1985 *Social Preconditions of National Survival in Europe.* Cambridge: Cambridge University Press.

JUARISTI, Jon

1997 *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos.* Madrid: Espasa-Calpe.

1997a "La invención de la nación. Pequeña historia de un género", en *Claves de la razón práctica,* 73 (jun.), pp. 3-7.

1999 *Sacra nemesis.* Madrid: Espasa-Calpe.

LAVALLÉ, Bernard

1983 "El espacio en la reivindicación criolla del Perú colonial", en *Cuadernos Hispanoamericanos,* 399 (sep.), pp. 20-39.

LUCENA GIRALDO, Manuel y Juan PIMENTEL IGEA

1991 *Los axiomas políticos sobre la América de Alejandro Malaspina.* Aranjuez: Doce Calles.

MAEZTU, Ramiro de

1941 *Defensa de la hispanidad.* Buenos Aires: Poblet.

MAGNAGHI, Russell M.

1998 *Herbert E. Bolton and the Historiography of the Americas.* Westport: Greenwood Press.

MORSE, Richard M.

1964 "The Heritage of Latin America", en HARTZ, pp. 123-177.

O'BRIEN, Conor Cruise

1994 *Ancestral Voices. Religion and Nationalism in Ireland.* Chicago: The University of Chicago Press.

ORTEGA Y MEDINA, Juan A.

1994 "Indigenismo e hispanismo en la conciencia historiográfica mexicana", en BLANCARTE, pp. 44-72.

PAGDEN, Anthony

1991 *El imperialismo español y la imaginación política: estudios sobre teoría social y política europea e hispanoamericana (1513-1830).* Barcelona: Planeta.

PALMER, Robert

1959 *The Age of the Democratic Revolution: A Political History of Europe and America, 1760-1800.* Nueva Jersey: Princeton University Press.

RENAN, E.

1992 *Qu'est-ce qu'une nation?* Bizou: Presses Pocket.

RICOEUR, Paul

1958 *Tiempo y narración.* Vol. 1. *Configuración del tiempo en el relato histórico.* Madrid: Cristiandad.

SMITH, Anthony

1996 *The Ethnic Origins of Nations.* Oxford: Basil Blackwell.

STOETZER, Carlos

1982 *Las raíces escolásticas de la emancipación de la América española.* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

EL PAPEL DE LAS ARTES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES NACIONALES EN IBEROAMÉRICA

Rodrigo GUTIÉRREZ VIÑUALES
Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS "NACIONALIDADES" EN IBEROAMÉRICA, a partir de las gestas emancipadoras, tuvo en el arte uno de sus fundamentos esenciales y un arma que, en manos de las clases dirigentes, se convirtió en herramienta eficaz de persuasión, control de la opinión pública, determinación de lecturas históricas en donde la contemporaneidad era el punto de llegada ineludible y, en definitiva, de ejercicio del poder. A través de imaginarios y textos se tejieron lecturas que fueron decisivas en la comprensión de una historia, en los más de los casos subjetiva y manipulada, pero que fueron sentando las bases de las nacionalidades desde las altas esferas.

Muchos estudios realizados en las últimas décadas mostraron una tendencia a rescatar y poner en valor otro patrimonio artístico que no debe soslayarse en este entendimiento de la búsqueda de las identidades nacionales: el arte producido en las provincias, en las zonas rurales distantes de los grandes centros de poder. Estas manifestaciones, mayoritariamente populares y alejadas de los cánones academicistas vigentes en las capitales y que fueron convirtiéndose en la imagen oficialista, muestran no solamente de que manera repercutieron los dictámenes de ésta, sino las formas de aprehensión, asimilación e interpretación de los personajes, las tradiciones y los momentos históricos.

Para analizar estas expresiones artísticas debe tenerse en cuenta la situación que se experimentó en América desde los años de la Ilustración y la irrupción de las Academias en el continente, con las funestas consecuencias para la bastante bien aceitada organización gremial que primó en la época virreinal y alcanzó su esplendor con el barroco. Sabido es que, en el caso de los proyectos arquitectónicos para cualquier tipo de obra pública (incluyendo templos), para su cristalización debían contar con la aprobación de la Academia de San Fernando de Madrid. Esta institución se convirtió en una máquina de impedir ya que ninguno de los proyectos enviados a España desde América fue aprobado y ninguno de los diseños realizados en Madrid fue construido al otro lado del Atlántico, paralizando así la edificación pública en América durante años, mientras aquel sistema gremial asistía a su derrumbe.

De cualquier manera, y sobre todo en el interior de los países, se dio una continuidad de la tradición artesanal, por lo que el barroco como concepto y expresión no sólo no desapareció, sino que se expresó (y se expresa aún) con tintes diferentes. Si el gran comitente hasta principios del siglo XIX había sido la Iglesia —además de las autoridades seculares—, los artistas se adaptaron a los nuevos tiempos, en esa transformación que significó pasar de los "Santos Patronos" a los "Padres de la Patria" como motivo de representación, según frase del venezolano Alfredo Boulton.[1] Algunos de ellos estuvieron al servicio oficial, trabajando en encargos recibidos de las autoridades, pero muchos otros se dedicaron a difundir, sobre todo en los primeros años tras las independencias, las efigies de los prohombres y sus hechos heroicos. Sobre esta doble vertiente, académica y popular, plantearemos el presente estudio.

Lo encararemos siguiendo un orden cronológico de capítulos, y analizando dentro de éstos algunas maneras acerca de cómo se fue concatenando esa construcción de las nacionalidades y los diferentes factores que la fueron posibilitando, siempre desde el punto de vista del uso de las

[1] BOULTON, 1971, pp. 7-8.

imágenes. En tal sentido, empezaremos el recorrido con los próceres de la emancipación y los acontecimientos vinculados con sus gestas históricas, tomando como punto de partida las primeras iconografías surgidas en los años de aquellos acontecimientos y viendo cómo, *a posteriori* y siguiendo esa doble vertiente oficial-popular, se fueron tejiendo las distintas formas de ver la historia hasta los años de prevalencia académica, en el último tercio de la centuria, y cómo se fue afianzando el ciclo con las obras que acompañaron, ya en el siglo XX, los festejos de los "centenarios" en los diferentes países. El espacio de reflexión será el continente americano como conjunto, intentándose una visión abarcadora y una lectura unificadora, sin dejar de señalar las particularidades de los diferentes países que se mencionen.

No solamente tendremos en cuenta las temáticas histórico-políticas, sino también otros géneros artísticos como la pintura de paisaje y de costumbres, de primer orden en el siglo XIX americano, y que también fueron necesarios en la formación de las identidades nacionales y continental, manifestada con fuerza en las primeras décadas de la centuria siguiente. Veremos así los móviles que los hicieron surgir y consagraron, las pautas estéticas y los cambios que en ellos se fueron experimentando, y finalmente los conceptos ideológicos a los que se unieron. En cuanto a las expresiones artísticas, serán fundamentalmente la pintura y la escultura los ejes de significación sobre los que basaremos el discurso, sin desdeñar otras manifestaciones como la arquitectura, la fotografía o las artes decorativas que servirán de complemento útil y necesario para explicar el universo de análisis.

Bases iconográficas para la fundación de las nacionalidades: próceres y hechos heroicos de la independencia (1800-1825)

La adaptación de las fuentes religiosas

En la parte introductoria destacamos como idea la transición operada en los primeros años del siglo XIX, desde los

"Santos Patronos" hasta los "Padres de la Patria". Queremos retomar este concepto y entenderlo dentro de la historia política, del devenir artístico y de la presencia social que encierra. El proceso de laicización de la sociedad americana, reflejo también de los cambios experimentados en Europa, con el proceso revolucionario y la caída del antiguo régimen, y el retroceso del poder eclesiástico que con el paso del tiempo llevaría, en ambas márgenes del Atlántico, a momentos clave como la desamortización de bienes de la Iglesia, son factores esenciales para entender los cambios. En los planos cultural y social, esta institución había desempeñado un papel de excepción en los tiempos virreinales, y específicamente en el ámbito de las artes. El declive en torno a los años de la emancipación será evidente y con ello el acentuado descenso de los encargos artísticos.

De cualquier manera, y aquí volvemos a centrar la mirada en el, por lo general, anónimo arte popular, lo religioso, aun con la incorporación de las iconografías de los nuevos "apóstoles", los prohombres de la independencia, mantuvo vigente como motivo de representación las figuras de cristos, vírgenes y santos, por lo general, en un curioso proceso de selección: ya no fueron representados todos los nombres del santoral, como era habitual, sino solamente aquellos que eran objeto de mayor devoción, como la Guadalupana en México o el "Taytacha temblores" (Cristo de los Temblores) en Cuzco. Las paredes de las viviendas de provincia asistieron a una convivencia de la imagen religiosa, prácticamente obligada, con la figura del prócer, cuya veneración fue *in crescendo* como ocurrió con Simón Bolívar y José de San Martín en los países sudamericanos.

Esa "convivencia" traspasó los límites de la pura sumatoria para convertirse en una fusión de imágenes creándose una mirada conceptual donde lo político y lo religioso aparecían unificados. De ello, por supuesto, se hallan ejemplos de importancia en el periodo virreinal, desde los "enconchados" con escenas de la conquista de México realizados a finales del siglo XVII por Juan y Miguel González (como los que se hallan en el Museo Nacional de Bellas Artes de Argentina, o el Museo de América de Madrid), hasta la se-

rie anónima de doce lienzos sobre el mismo tema pintados en el siglo XVIII (Colección Banco Central de México) o "El Bautizo de Cuauhtémoc por Fray Bartolomé Olmedo" de José Vivar y Valderrama (Museo Nacional de Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México) que pudieron apreciarse en la recordada exposición "Los pinceles de la Historia" en su primera edición.[2] También cuadros como el que Tomás Cabrera pintó en Argentina, "Campamento del Gobernador Matorras en el Chaco, en 1774" en el que, al amparo de la virgen, el niño y los santos, se producía el encuentro fraterno entre Gerónimo Matorras y el cacique Paykín (Museo Histórico Nacional, Buenos Aires). En los años en torno a la independencia estas imágenes vuelven a surgir con fuerza, tanto en el ámbito de lo puramente alegórico, como cuando se trata de evocar hechos concretos; la "Alegoría de las autoridades españolas e indígenas" (1809) de Patricio Suárez de Peredo (Museo Nacional del Virreinato, Instituto Nacional de Antropología e Historia) es muestra de ello.

También son harto reveladoras las adaptaciones de las imágenes religiosas a los nuevos sentimientos patrióticos, y aquí debemos dar cabida como paradigmáticos a los cuadros del apóstol Santiago en la región altoperuana, imagen que fue sufriendo modificaciones según las necesidades y los tiempos. Transferido desde la Península el Santiago "Matamoros", en épocas de la conquista los españoles cambiaron sus atributos convirtiéndolo en Santiago "Mataindios". Asimilado con el paso de los siglos por la población autóctona como uno de los santos de su preferencia, en la época de la emancipación fue travestido una vez más, creándose ahora el Santiago "Matagodos" (o "Mataespañoles"), que pisoteaba al ejército realista como antes lo había hecho con los musulmanes.[3]

Otro singularísimo ejemplo en la región andina lo representan las pinturas murales que hacia 1800 ejecutó en las

[2] *Los pinceles de la historia*, 2000.

[3] Véase *Santiago y América*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 1993.

paredes de un molino de Acomayo (Cuzco) Tadeo Escalante, artista mestizo nacido en dicho pueblo y conocido sobre todo por las escenas que pintó en la iglesia de Huaro. En el llamado "Molino de los Incas", Escalante combinó representaciones de carácter religioso con galerías de retratos de los reyes incas, ubicadas en ambas paredes del molino. A través de ellas el artista dejó explicada su postura nacionalista planteada desde la reivindicación de la histórica dinastía incaica, basándose en una iconografía que muestra la pervivencia de la memoria de la casa real indígena, pocos años antes de la independencia. Estas pinturas son precursoras de las posturas ideológicas de próceres de la independencia argentina como Manuel Belgrano o José de San Martín, quienes analizaron como posibilidad la de instaurar, tras la emancipación, una nueva monarquía incaica, para regir los destinos de las nuevas naciones americanas. Podríamos citar aquí a Rodolfo Vallín, quien afirma que las de Escalante son las primeras pinturas murales de reivindicación indígena en el continente americano, enmarcadas en un ámbito donde lo religioso tiene un protagonismo esencial.

La religión católica, consolidada como señal de identidad y expresión de la población americana desde hacía siglos, fue una de las referencias ineludibles en las creaciones artísticas que surgieron vinculadas con la construcción de la nacionalidad, potenciadas por ese carácter propio y por las nuevas ideas venidas desde Europa. Amplio espacio de análisis merecerían las peculiaridades del arte religioso americano en el siglo XIX, desde la continuidad de los encargos por parte de la Iglesia, ámbito en el que países como Ecuador son ejemplos paradigmáticos, hasta la ingente producción de exvotos o retablos populares en todo el continente. Sumado a ello, la filiación de temas laicos respecto de discursos religiosos fue una realidad no solamente en numerosas iconografías de carácter histórico, sino también en acciones glorificadoras puntuales. Podríamos señalar aquí la conocida representación de Miguel Hidalgo con una cruz en la mano, publicada por Claudio Linati en 1828, en la que el sacerdote-caudillo parece erigirse en un Moi-

sés contemporáneo, o la visión que propone Tomás Pérez Vejo al pensar en el cuadro "El suplicio de Cuauhtémoc" (1894) de Leandro Izaguirre como un "calvario laico" o un "martirio de San Lorenzo en versión mexicana".[4]

Otra de las conversiones más celebradas desde el ámbito de lo cristiano a lo laico será la veneración de los restos mortales de los próceres, que serán reverenciados como si se tratase de mártires de la religión. La importancia de este culto queda en evidencia con la construcción, en el Panteón de Caracas, de un cenotafio dedicado a Rafael Urdaneta, cuyo mérito había sido haber recuperado los restos de Bolívar; en el mismo edificio destaca el lienzo de Tito Salas titulado "Traslado de los restos de Bolívar desde la Guaira a Caracas". La trascendencia que alcanzarán los sitios de fallecimiento de los héroes[5] se explica desde la perspectiva de que dichos lugares eran donde habían entrado definitivamente en la "inmortalidad"; las legendarias "últimas palabras" de los prohombres, casi siempre aludiendo a la patria que abandonaban físicamente, añadirán más significación al momento de la muerte.

Las acciones entendidas dentro de esta obsesión necrófila fueron aún más allá, siendo motivo de culto ya no solamente los cadáveres de los héroes, sino incluso parte de ellos, pudiendo trazarse una clara comparación con la adoración de que fueron objeto las reliquias en la época medieval. Tal es el caso de las vicisitudes que se desarrollaron en torno al corazón de Bolívar, que se conservaba, según la tradición, en una pequeña urna de plomo. La que fue solicitada a Venezuela por las autoridades neogranadinas con el fin de guardarla; tras la aceptación del país natal del prócer, los colombianos encargaron al escultor italiano Pietro Tenerani, uno de los iconógrafos escultóricos más importantes del libertador, y para ser erigido en Bogotá, un enorme monumento que nunca llegaría a destino,[6] lo mismo

[4] PÉREZ VEJO, 2001, pp. 98-99.

[5] Y sus casas natales, glorificando así los dos hitos vitales (nacimiento y muerte).

[6] Esta obra fue encargada en 1843 por José Ignacio París, quien había sido amigo personal de Bolívar. Realizada y enviada desde Europa, se

que la famosa urna de la cual nunca más se supo. El carácter religioso del culto a Bolívar se extiende a la conservación de otras reliquias como los fragmentos de madera y plomo pertenecientes a su caja mortuoria, el sudario que le cubrió —a la manera de Santo Sudario— y la almohada funeraria, exhibidos en la Quinta de Bolívar en Bogotá. Asimismo, que el libertador haya sido enterrado en la catedral de Santa Marta —primero en la bóveda de la familia Díaz Granados y luego del terremoto de 1834 en el ábside— es también evidencia palpable del carácter venerable de los próceres, lo cual es verificable también en San Martín, cuyo mausoleo se halla en la catedral de Buenos Aires, en Antonio José de Sucre —con austera tumba en la catedral de Quito— o Manuel Belgrano, cuyo cadáver está depositado en el monumento erigido a su memoria en el atrio de la porteña iglesia de Santo Domingo. En Venezuela encontramos otros casos como el de la localidad de Guarenas (estado de Miranda), donde se visita la casa[7] en la que, en 1815, y luego de un amplio periplo de exhibición por distintas regiones del país, fue velada la cabeza, frita en aceite por los realistas, de José Félix Ribas, héroe de la batalla de La Victoria el año anterior.

Entre los incidentes más recordados, con ribetes tan inéditos como increíbles, fue la sorprendente decisión del dictador mexicano Antonio López de Santa Anna de que su pierna derecha, perdida en combate contra los invasores franceses en 1838, fuera recuperada y fungiera como objeto de veneración. Santa Anna, sacrificado físicamente por su patria y redimido de su desprestigio en Texas años antes, dio origen a un ceremonial funerario en torno a su pierna amputada, siendo ésta enterrada en la hacienda Manga de Clavo y luego trasladada, en 1842, a un mausoleo erigido en el cementerio de Santa Paula de México. Se consumaba el insólito hecho de que un hombre aún vivo asistía al fu-

perdió irremediablemente en el naufragio del vapor "Cuaspud", ocurrido tres años después frente a las costas venezolanas. Conocemos el monumento gracias a grabados publicados en la época.

[7] Declarada Monumento Histórico Nacional en 1981.

neral de un fragmento ya muerto de su cuerpo y podía concurrir a la contemplación y veneración como si se tratase de una reliquia. Así, se producía un entierro "a medias", al no haber regresado "completo" de la contienda, movido por el deseo de una glorificación en vida. Sólo unos años después, desacreditado popularmente Santa Anna, el miembro era exhumado y arrastrado por la ciudad.

La utilidad de las referencias alegóricas

Retomando la idea de las filtraciones cultas en lo popular, debemos mencionar la pervivencia del uso de las alegorías, habituales en el periodo precedente y que seguirá con fuerza tras la independencia. Imágenes tan significativas como la del "león vencido" (España), los "laureles" (la Gloria) o las "cadenas rotas" (la Libertad), junto a otras más directas como las de los soldados realistas atacados por el águila, serán abundantísimas en las artes plásticas como asimismo, en los retóricos repertorios literarios que significaron los himnos nacionales; podríamos citar párrafos tan ilustrativos como "oíd el ruido de rotas cadenas" o "sean eternos los laureles que supimos conseguir" (himno argentino), "Tras la lid la victoria volaba, libertad tras el triunfo venía, y al león destrozado se oía de impotencia y despecho rugir" (himno de Ecuador), "¡Ojalá que remonte su vuelo, más que el cóndor y el águila real! Y en sus alas levante hasta el cielo, ¡Guatemala, tu nombre inmortal!" (himno de Guatemala), "Los laureles del triunfo tu frente, Volverán inmortales a ornar" (himno de México), "Nuestros padres, lidiando grandiosos, Ilustraron su gloria marcial; Y trozada la augusta diadema, Enalzaron el gorro triunfal" (himno de Paraguay), "Ya el estruendo de broncas cadenas que escuchamos tres siglos de horror, que los libres al grito sagrado que oyó atónito el mundo, cesó" (himno de Perú), o "De laureles ornada brillando, La Amazona soberbia del Sud, En su escudo de bronce reflejan Fortaleza, justicia y virtud" (himno de Uruguay).

Entre las figuras alegóricas más recurrentes y reconocidas destaca la de "América", la joven indígena emplumada, con

el carcaj de flechas, el faldellín de plumas y sentada (o acompañada) por el caimán, animal con el que los europeos reconocían y distinguían al Nuevo Mundo. Esta imagen, que gozaba de una fortuna iconográfica ya en época virreinal, en los albores de la vida nacional, sufrió mutaciones y adaptaciones, pasando incluso de ser un concepto continental a varios nacionales: "América" se convirtió así en "México", o "Bolivia" como puede verse en la obra de Melchor María Mercado "El Mariscal de Ayacucho haciendo nacer las artes y ciencias de la cabeza de Bolivia" (c. 1849).[8] Más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX la veríamos aparecer nuevamente con fuerza en varios monumentos a Colón dispersos por el continente, como el de Lima (1860) o el de Cartagena de Indias. De ello hablaremos más adelante.

Fundamentos europeos para un imaginario americano

Otro aspecto que es fundamental para entender la formación de un acervo iconográfico en la época que venimos tratando es la sujeción que se produce a los cánones académicos europeos. En tal sentido desempeñó un papel fundamental la circulación de imágenes por medio de las litografías sobre cuadros y estatuaria europea, por lo general de corte clasicista, y de las reproducciones de los mismos que se difundieron masivamente a través de la prensa ilustrada. En casi todos los países se hallan obras que dan fe de que los artistas locales tenían acceso a las imágenes de los neoclásicos y románticos franceses, de los italianos o de Francisco de Goya. "La carga de los mamelucos" de este último inspiró evidentemente la obra del argentino Carlos Morel "Combate de caballería" (1830; Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires) tanto como la postura del "Ignacio Allende" de Ramón Pérez (c.1865) en México debe mucho al "Napoleón en el puente de Arcole" de Antoine-Jean Gros (Museo del Louvre).

[8] Del *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*. La Paz: Archivo Nacional de Bolivia.

También puede mencionarse el paralelismo en tiempo y forma de una de las obras más paradigmáticas del uruguayo Juan Manuel Blanes, "La Paraguaya" (c.1879; Museo Nacional de Artes Visuales, Montevideo), con la litografía "Horrorizada ante la herencia" que unos años antes había compuesto Honoré Daumier en Francia (1871); así, imágenes similares alegorizaban dos hechos contemporáneos, la Comuna de París (1871) y la guerra de la Triple Alianza (1865-1870). Otra de las obras fundamentales de Blanes, "Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires" (1871; Museo Nacional de Artes Visuales, Montevideo), muestra semejanzas por tema (la muerte) y composición con el que poco tiempo antes había pintado en España Manuel Castellano, "Muerte del Conde de Villamediana" (1868; Museo del Prado); quizá el uruguayo supiera de su existencia. Interesante y reciente descubrimiento representa el lienzo anónimo "La Sabiduría, junto a la Elocuencia, saca a Atahualpa del Sepulcro" (1865; Colección Banco Central del Ecuador, Cuenca), basado en el conocido grabado "Humanitas, Literae, Fruges" de Barthélemy Roger.[9]

En el ámbito de la estatuaria ecuestre tenemos también ejemplos de relevancia como la influencia ejercida por el clásico "Marco Aurelio" del Campidoglio de Roma, básico para varias obras americanas desde el Carlos IV de Manuel Tolsá en adelante. Las nuevas estéticas surgidas en Europa en la centuria habrían de teñir el imaginario historicista, prevaleciendo aquellas incluso sobre las propias temáticas; por caso podríamos citar el lienzo "Los Descubridores" (1899) del brasileño Belmiro de Almeida (Museo de Itamaraty, Brasil), en donde la huella simbolista de artistas como Puvis de Chavannes es evidente.

[9] Usado como frontispicio de la obra de Alexander von Humboldt *Atlas géographique et physique du Nouveau Continent...*, París, 1814-1834. Véase Kugelgen, 2001, pp. 186-187.

La importancia del retrato. Entre "lo culto" y "lo popular"

Dentro de la producción iconográfica del primer cuarto del siglo XIX debe darse lugar de preeminencia a dos géneros fundamentales: el retrato y las escenas de batallas; ambas, a su manera, desempeñarán un papel importante en la construcción de la identidad nacional. En el primero de los casos debemos tener en cuenta las efigies de los héroes y prohombres de la emancipación, aquellos "santos padres" como Bolívar o San Martín. Si la revolución francesa había consolidado conceptos como el de "patria" o "ciudadano", el de "patriotas" y el de "salvadores de la patria", Napoleón habría de convertirse en el primer héroe moderno utilizando un arma nueva y decisiva: la propaganda. En América se vio que era menester crear la imagen de personajes victoriosos, que el pueblo no se viera privado de cabezas visibles, sobre todo en los momentos más críticos, surgiendo la necesidad de "fabricar" héroes. Con todos estos elementos se puede advertir que la importancia de los protagonistas de la historia no radicó solamente en la magnitud de sus actos, sino en la existencia de alguien que los narrase, ya sea en la literatura como en el arte.[10] Es lo que ocurrirá con los citados libertadores, cuyo carácter de "padres de la patria" traspondrá las fronteras de lo puramente nacional, de la limitada vinculación a una soberanía territorial, para hacerse más universales. La gesta sanmartiniana ocurrida más allá de los confines argentinos tuvo tanta importancia como las acciones producidas dentro de ellos; la historia argentina tiene, por casos, en las batallas de Chacabuco y Maipú, vinculadas con la liberación de Chile, como en la independencia de Perú en 1821, dos hitos gloriosos considerados propios. Esta visión continentalista de la historia alcanza así una ligazón con el sueño utópico de Bolívar de llegar a la conformación de una "Nación americana".

[10] Varias de estas ideas fueron expuestas y debatidas durante la realización del *I Simposio Internacional "La construcción del héroe en España y México, 1775-1847"* llevado a cabo en la Universitat Jaume I, en Castellón (España), en noviembre de 2001 (al momento de este escrito las actas se encuentran en prensa).

En lo que respecta a los retratos del venezolano, fue el mulato limeño José Gil de Castro quien lo pintó al natural en dos ocasiones, un privilegio raro si pensamos que son contados los artistas que tuvieron ante sí, posando para sus pinceles, al prócer. Este dato que puede llamar la atención, vista la amplísima iconografía pictórica bolivariana, evidencia la incatalogable cantidad de copias que circularon a partir de esos años. Uno de los privilegiados, el colombiano José María Espinosa, reconocía, tras retratar a Bolívar en una miniatura sobre marfil, que "Habiendo concluido el retrato en casa, dejé una copia para mí, y llevé el original a Palacio [...] Por la copia, que conservo en mi poder, hice muchos otros para extranjeros y paisanos [...]"[11] Estas copias significaban para los artistas uno de sus mayores ingresos pecuniarios, y hacerlas a partir del original garantizaba que el alejamiento del modelo no fuera notorio.

No debe soslayarse, asimismo, la importancia del culto popular a los próceres, cuyas imágenes fueron plasmadas por la gente sencilla en diferentes soportes como tablas, lienzos, láminas de cobre o cerámicas. Una de las particularidades que demuestra también las formas de asimilación por parte de las capas populares, y por ende de la construcción de su propia nacionalidad, la marca el hecho de que este imaginario suele mostrar al héroe como uno más de ellos, mulato, pardo o mestizo como ocurre con varias de las imágenes que se conocen de Bolívar. Como bien afirma Carlos Vidales,

> Mientras el culto oficial acentúa las diferencias de clase y de casta, el culto popular las reduce, las borra, las elimina. El Padre ya no es un padre simbólico: se convierte en un padre carnal. Los hijos se reconocen en él, porque al representarlo le han otorgado sus propios atributos. Dicho de otra manera, los hijos han transferido sus propios rasgos de identidad al Héroe para poder identificarse en él, para hacer posible y verosímil el mito de su paternidad.[12]

[11] PINEDA, 1983, p. 30.
[12] VIDALES, s.a.

Aunque no es habitual, existen casos en los que artistas académicos utilizan, como referencia para sus obras, imaginario de procedencia popular, lo cual habla por un lado de la difusión de esas obras y de que no necesariamente el pintor "culto" debía desdeñarlas por norma. A nuestro juicio, uno de los casos más interesantes lo ejemplifica la fortuna del cuadro "La muerte de Sucre" que el colombiano Pedro José Figueroa pintó en 1835 (Colección Biblioteca Luis Arango, Bógotá), bajo tintes que hoy definiríamos como *naif.* Esta obra, desde nuestra óptica muy representativa de la pintura decimonónica americana, inspiró a su vez otro lienzo, anónimo, que se halla en el Museo Nacional de Colombia. Pero lo que nos interesa destacar aquí es el parentesco que guarda aquella obra con el cuadro "La muerte de Sucre en el Bosque de Berruecos" que Arturo Michelena pintó en Caracas en 1895, con motivo del centenario del nacimiento del héroe, composición reglada por las normativas académicas.

El retrato como objeto de prestigio y divulgación no fue exclusivo de los prohombres y autoridades políticas, sino que alcanzó también a los personajes de la sociedad que, con el ascenso de la burguesía, persiguieron como uno de sus gustos primordiales ser inmortalizados en el lienzo.[13] Ello nos habla de un doble sentido de afianzamiento y perdurabilidad, seguridad en el momento, ser "alguien", generalmente cabeza de familia con presencia social, pero sin descartar el "paso a la posteridad", la preocupación por una veneración que pasase de generación en generación. A la formación de la nacionalidad —en muchas ocasiones, mal que nos pesen las rancias oligarquías— también contribuyeron estos fragmentos de identidad compuestos por familias con reconocimiento y que fueron ocupando su hueco en la estima social. Vemos pues como el tema de la identidad contaminaba muy diferentes ámbitos y escalas de consideración.

[13] Una valoración de esta situación, en la época colonial, fue tratada por Inmaculada Rodríguez Moya, 2001, pp. 79-92. Este estudio, cuya lectura recomendamos, dispone de cinco apartados: el retrato colonial, las series virreinales, las élites eclesiástica, intelectual y civil.

La demanda por estos retratos fue amplísima desde los albores del siglo XIX. Un ejemplo peculiar lo representó en el sur justamente José Gil de Castro. Los encargos a los que tuvo que hacer frente fueron tan abundantes que se vio en la necesidad de recurrir a algunos trucos de artista para cumplir con la clientela, entre ellos pintar por anticipado telas en las que incluía cuerpos sin cabezas y fondos cortinados; sobre la base de éstos, los interesados seleccionaban aquel modelo que más les interesase y se adecuase a sus gustos, y allí el pintor procedía a incorporar el rostro, agregándole atributos y leyendas que los comitentes le pidieran.

EL PAISAJE Y LAS COSTUMBRES. LA BÚSQUEDA DE UNA IDENTIDAD TELÚRICA (1820-1860)

La huella de los viajeros europeos

Los géneros de paisaje y costumbres han sido temas centrales en la producción artística americana de los siglos XIX y XX, e indudablemente sirven de eje referencial para entender no solamente los caminos del arte en el continente, sino la formación de basamentos territoriales y la consolidación de tradiciones que fueron sustentando la idea de la nación. El territorio es en sí objeto de invención a través del discurso literario y artístico y sienta las raíces de la identidad; con el folklore ocurre otro tanto, y la repetición intensiva de ciertas costumbres genera una imagen que se convierte en hábito y consolida el tópico, que es, a su manera, la elección de una tipología para convertirla en emblema identitario. La china poblana, la chola cuzqueña o el gaucho pampeano son símbolos que ven acrecentar su fortuna en el imaginario del siglo XIX, potenciado desde dentro y fuera, difundido en el entre siglos a través de la tarjeta postal, hasta ir cayendo irremediablemente en el *kitsch* en la mayoría de los casos. Aun hoy la imagen del gaucho, o la de un indígena surcando el Orinoco en su canoa, son, por casos, imágenes con las que en Europa se incita a los menos avispados a hacer turismo en Argentina o Venezuela. Son

emblemas casi inamovibles desde el siglo XIX con los que las naciones europeas identifican turísticamente a los países americanos, incitando a los viajeros a emprender el *Grand Tour* contemporáneo en versión descafeinada.

Podríamos iniciar el análisis en la época de la Ilustración. Una cita ineludible serían las expediciones que, como la "Flora de Bogotá" de José Celestino Mutis, se acercaban a la naturaleza americana desde el cientificismo. Alexander von Humboldt habría de convertirse en el gran propulsor, en Europa, de los viajes a América, propiciando la llegada de numerosos estudiosos y artistas que habrían de surcar, durante el siglo XIX, el continente. En este derrotero artístico, un papel de excepción habría de jugarlo Brasil, cuya situación histórico-política, y por ende cultural y artística, habría de tener singularidades sin parangón. En efecto, en 1808 se produjo el traslado de la corte portuguesa de Lisboa a Río de Janeiro, ciudad que se convirtió en la capital del imperio; así, la periferia se convertía en centro. Tras la instalación de la corte, ésta se preocupó por reeditar en Brasil una vida social similar a la que llevaba en Europa. En lo cultural el punto culminante habría de ser el arribo, en 1816, de la llamada "Misión Francesa" compuesta por artistas como los pintores Jean Baptiste Debret o Nicolás-Antoine Taunay, todos ellos considerados de primer orden dentro de las academias parisinas que vivían entonces una época de esplendor.

Debret terminó siendo el más relevante, no solamente por sus obligaciones como profesor de Pintura de Historia en la fundada Academia de Río de Janeiro, algo innovador en el continente y que se anticipa varias décadas al interés puesto por estas temáticas en las escuelas de otros países, sino también por las obras realizadas allí. Destacan entre otras varias escenas vinculadas con la familia imperial, a manera de verdadero pintor de corte, pero más que nada los paisajes y escenas costumbristas que pintó y difundió a través de publicaciones propias en Europa, ejecutadas durante sus trayectos por el interior del país.[14] En las mismas no pretende, como

[14] Sobresale su *Viagem pitoresca e historica ao Brasil*. París, 1834-1839, 3 vols.

otros muchos artistas de su época, dar simplemente una idealizada imagen de exotismo y armonía social, sino representar lo que realmente veía. Muchos de los artistas viajeros europeos perseguían como finalidad ver en América una suerte de paraíso, una arcadia incontaminada; en una época en que Europa buceaba en sus raíces para entender sus orígenes y su evolución, representar imágenes de pueblos primitivos significaba, según su entendimiento, comprender aquellos inicios de la civilización. Así se fue creando sobre América una mirada intencionada, alejada de la realidad, destinada a servir a finalidades ajenas. Asimismo, hay que apuntar que algunos países, en especial Francia, querían difundir respecto de América una apariencia casi virginal, negando el pasado hispánico que había que desterrar, y marcando la existencia de un territorio libre para culturalizar, obra a la que, entendían, ellos estaban llamados. Esta situación, de cualquier manera, no debe tomarse como excluyente; artistas franceses, como Debret, o el barón Jean Baptiste Louis Gros años después, reflejaron en sus obras la huella ibérica (española y portuguesa). Por su parte, el alemán Johann Moritz Rugendas[15] alcanzó un entendimiento de lo americano que no lograron muchos viajeros: su involucración social en los países que visitó, su compenetración con la gente y costumbres, fue desviando una inicial mirada "ajena", de "extranjero" hacia una visión que, partiendo del conocimiento de "lo esencial", le permitió mostrar "desde dentro".

Las vocaciones autóctonas

La importancia de los viajeros y su trabajo en las ciudades y en algunos ámbitos rurales, además de la gradual difusión a través de la litografía y las revistas ilustradas que comenzaron a circular con profusión durante el siglo XIX, fue atrayendo las nacientes vocaciones artísticas americanas, fundamentándose sobre ella la labor de costumbristas autóctonos, en

[15] Para la obra de Rugendas, recomendamos los completos trabajos de DIENER, 1992 y 1997.

cuyas obras se impone la mirada popular; éstas irán dando forma al imaginario costumbrista, urbano y rural, que se incorporará desde distintos frentes a la consolidación de perfiles nacionalistas desde lo cotidiano. Su importancia se acrecienta si pensamos que este tipo de experiencias suponen un basamento fundamental para solidificar la identidad, y en muchas ocasiones dicha práctica no se garantizaba con los discursos producidos por los políticos los que, al igual que en la actualidad, se veían obligados a "crear" hechos cotidianos como espectáculos públicos, inauguraciones de monumentos y otros actos solemnes para transmitir sus idearios al pueblo. Pero éste sí se reconocía en esas tipologías costumbristas que artistas como Pancho Fierro, en Perú; Melchor María Mercado, en Bolivia; Ramón Torres Méndez, en Colombia; Juan Agustín Guerrero, en Ecuador; Hesiquio Iriarte, en México, o "Miguelzinho" Dutra, en Brasil, por citar sólo algunos, se encargaron de testimoniar no en pocos casos en clave humorística, como lo hiciera en el siglo XX el argentino Florencio Molina Campos desde esa filosofía de reírse no "de" la gente, sino "con" ella. Curiosamente otros artistas autóctonos vieron su propia realidad no sin antes pasar por ese prisma europeo que habían aprehendido en contacto con los viajeros, como si para mirar lo propio debieran hacerlo con una mirada externa.

En lo que al territorio respecta, también se fueron tejiendo visiones que iban más allá de aquel concepto virginal que demandaba el público consumidor europeo. En el plano urbano las escenas de plazas y mercados fueron objeto de representación desde el primer momento del arribo de los viajeros del romanticismo hasta entrado el siglo XX; podríamos trazar una línea vinculante entre aquella Plaza de México que pintaba Octaviano D'Alvimar en 1823 y la Plaza de Potosí que el boliviano José García Mesa representaba en 1898, pasando por fotografías como las que Eadweard Muybridge tomó en la Plaza de Antigua Guatemala en 1875, caracterizada por sus tenderetes indígenas. Se trataba del gran escenario, donde confluían todas las clases sociales, los diferentes gremios de trabajadores, donde estaban los edificios públicos sobresalientes y se celebraban las fiestas

cívicas, los desfiles militares y las procesiones religiosas. Si a la pintura de historia se la consideró el género de géneros, por incluir en sí paisaje, figura, indumentaria, la representación de las plazas americanas solía representar para el artista un verdadero *tour de force* por las mismas causas. Una vista panorámica de ésas podía convertirse en la sumatoria de decenas de láminas costumbristas de personajes individualizados de la vida cotidiana de los países.[16]

Cientificismo e identidad

En cuanto a la representación del paisaje rural, si bien desde lo temático puede considerarse antecedente de la pintura paisajística de las primeras décadas de la centuria siguiente, en cuestiones estéticas la diferencia es acentuada. El paisaje quedó sujeto en muchos casos a la huella del cientificismo que habían determinado aquellas expediciones desde finales del siglo XVIII y las muy numerosas del XIX. Artistas como Manuel de Araújo Porto Alegre en Brasil, Rafael Troya en Ecuador o José María Velasco en México no pudieron desprenderse en muchos casos de ese influjo, concibiendo vistas panorámicas que no renegaban a la representación botánica detallada. Una síntesis de estas pautas que circularon en la pintura paisajística decimonónica americana puede concentrarse en el lienzo "Cañada de Metlac" (1897) de Velasco, donde la imagen imponente del Pico de Orizaba, el color romántico producto del taller y la irrupción del ferrocarril —símbolo por antonomasia del progreso sobre el que se construyó también la nacionalidad—, se complementan con la detallada matización de las plantas tropicales del primer plano.

La estética cientificista propiciada por los viajeros traspasó las generaciones filtrándose en obras cuyas temáticas no eran específicamente el paisaje ni la flora elemento protagonista. Uno de los casos más ejemplares en tal sentido lo tene-

[16] Recomendamos la lectura de *La plaza en España e Iberoamérica. El escenario de la ciudad.* Madrid: Museo Municipal, 1998.

mos en Brasil, en una trilogía de artistas que generaron una doble situación de maestro-discípulo. En el vértice ubicaríamos al francés Jean Baptiste Debret (1768-1848), llegado en la misión francesa de 1816 y profesor de pintura de historia en la Academia de Río de Janeiro. Obras paradigmáticas como "El cazador de esclavos" (Museo de Arte de São Paulo Assis Chateaubriand) no soslayan en el entorno de la escena principal mostrar especies vegetales de manera detallada. Discípulo suyo, el brasileño Manuel de Araújo Porto Alegre (1806-1879) pintó en décadas posteriores escenas de la floresta brasileña en donde este concepto del pormenor botánico permaneció intacto. A su vez un discípulo de éste (en tercera generación), Vítor Meireles de Lima (1832-1909), con otros intereses temáticos, en concreto a la pintura de historia, realizó en 1860 su obra de mayor relevancia, "Primera misa en Brasil" (Museo Nacional de Bellas Artes, Río de Janeiro), en donde muestra el momento de la eucaristía a la que asisten devotos los europeos y confundidos los indígenas, enmarcados todos en la espesura de una selva donde las especies son perfectamente identificables. Esta obra fue expuesta en el Salón de París de 1861, siendo el primer cuadro de historia brasileña en alcanzar tal honor.

ARTE, ACADEMIA Y ESTADO. RECONSTRUIR LA HISTORIA PARA CONSTRUIR LA IDENTIDAD NACIONAL (1860-1910)

Academia y oficialismo

La mención de la obra de Meireles de Lima nos da pie para entrar en un nuevo apartado, el correspondiente al último tercio del siglo XIX en el que la pintura de historia se impuso definitivamente, con el apoyo oficial, como género por excelencia. Consolidados o en vías de afirmación política, superado, por lo general, el periodo marcado por las luchas civiles en las que se vieron envueltos los países tras las independencias y que frenó la organización de estamentos e instituciones culturales y artísticas, los gobier-

nos fueron abriendo las puertas a estas manifestaciones. El apoyo fue mutuo entre Estado y academia: aquél imponía los temas que habrían de pintarse[17] y ésta recibía subvenciones para el funcionamiento de las escuelas y para sufragar los gastos de becas y premios. Los agraciados con las mismas gozaban de un viaje a Europa de un promedio de cinco años, por lo general a Italia (Roma, Florencia o Milán) y Francia (París), donde debían impregnarse de las maneras de los centros más prestigiados. La aprehensión del historicismo, mitológico y religioso, les brindaba un basamento sólido en lo artístico y simbólico que después se volcaría en la representación de temas históricos de las naciones, mezclándose el interés de legitimación del poder a través del pasado en el caso de las autoridades políticas, con el deseo de "estar al día" de las academias. Muchos cuadros de historia importantes realizados por artistas americanos fueron pintados en Europa como el señalado de Meireles (en París), "La muerte de Atahualpa" de Luis Montero (en Florencia, entre 1864-1867), o "Carlota Corday", asunto de la historia francesa que pintó en París el venezolano Arturo Michelena para presentarse a la Exposición Universal de 1889 en esa ciudad. En otras ocasiones estas obras eran enviadas a los países de origen como prueba de los adelantos experimentados por los becarios, siendo una de las obligaciones contraídas por los mismos: otra solía ser la aceptación a retornar al país tras el periodo de perfeccionamiento europeo para ejercer el profesorado en la academia local.

Las nuevas temáticas: el pasado prehispánico, el descubrimiento y la conquista

Señalamos en el párrafo anterior el cuadro "La muerte de Atahualpa" del peruano Montero, que nos abre la puerta

[17] En la consagración de ciertos asuntos también resultó muy importante la opinión de la crítica de arte, como bien señala Tomás Pérez Vejo en el artículo antes citado, "Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes".

para hablar de la incorporación de las nuevas temáticas en la pintura de historia. Hasta este momento habíamos visto, sobre todo, reconstrucciones de hechos vinculados con la independencia y de sucesos contemporáneos plausibles de convertirse en "históricos". En la definición de las identidades nacionales comenzarán a rescatarse otros periodos históricos haciéndose lecturas interesadas y subjetivas de momentos como la época prehispánica y los temas en torno al descubrimiento y la conquista. Con el lienzo de Montero, uno de los primeros de su género en el continente, se sentaba una posición clara en favor de mostrar la crueldad de los españoles, que en la escena no permiten a los indígenas acercarse al cadáver de su jefe inmolado, contraponiendo el dolor de éstos en una expresión estética en donde el cuadro se convierte en una verdadera "máquina de persuasión" destinada a conmover al espectador. La difusión de esta obra fue amplia gracias a sus numerosas exhibiciones públicas y a grabados como el que, a la inversa, realizó U. Advinent en 1867.[18] Entre las exposiciones públicas de la obra destaca la efectuada en Buenos Aires ese mismo año, con notable aceptación popular como señaló el historiador Adolfo Ribera, lo cual nos habla también de la recepción y comprensión de un imaginario que no era propiamente "nacional argentino", sino "americano", que permite vislumbrar el desarrollo de una identidad continental que se consolidaría como tal en las primeras décadas del siglo XX.

La reconstrucción de la época prehispánica, a excepción de México donde la producción de estas imágenes fue masiva, tuvo fortuna dispar en otros países americanos donde los ejemplos no fueron tan abundantes. Antes del de Montero, el francés Raymond Quinsac Monvoisin pintó en París "Caupolicán prisionero de los españoles" (1859), tema ligado a la historia de Chile, país en el que el artista había residido hasta dos años antes de la realización. Podrían mencionarse otras obras en esta línea, pero en principio, no podríamos hablar de un imaginario de envergadura tal como

[18] Sobre este cuadro existe amplia información en el estudio de AMIGO, 2001.

para afirmar que fueron insustituibles en la construcción de las nacionalidades, salvedad hecha ya con México (quizá también con Perú). La estatuaria pública incorporaría algunos testimonios puntuales como la del araucano Caupolicán esculpido por Nicanor Plaza en Chile (1869), el Cuauhtémoc de Miguel Noreña (inaugurado en 1887), los menos afortunados "indios verdes" Ahuizotl e Izcóatl, realizados por el escultor Alejandro Casarín para el Paseo de la Reforma (1891), y más tardíamente el monumento a Manco Cápac del escultor David Lozano, inaugurado en Lima en 1926, los caciques charrúas Abayubá y Zapicán que Nicanor Blanes modeló en Uruguay, y el monumento a la Independencia en Humahuaca (Argentina) de Ernesto Soto Avendaño, caracterizadas casi todas estas obras por los hercúleos cuerpos que lucen los caciques indígenas a manera de héroes mitológicos. De cualquier manera sería de interés que se realizara un estudio profundo acerca de este tema, empezando por un exhaustivo acopio de ejemplos.

La consolidación del imaginario de la independencia

Las temáticas vinculadas con la gesta independentista no solamente tuvieron continuidad, sino que asistieron a una consolidación sin precedentes, con algunos cambios conceptuales respecto de los periodos anteriores. En efecto, ya no era el hecho fresco, reciente, visto con cierto desapasionamiento visual, sino que el paso del tiempo le añadió una carga de sublimidad y nostalgia inéditas que se añadió a menudo a la invención iconográfica; con ello se combinó el creciente interés por el rigor histórico con sus debates pormenorizados y a veces casi interminables por esa puntillosidad exacerbante del historiador decimonónico. La renovada iconografía de la libertad nacional cristalizada en las academias daría nuevos bríos a la consolidación de una identidad a través del uso de las imágenes, prolongándose así la preponderancia de estas construcciones ficticias que siguieron relegando a la realidad. De cualquier manera, los canales de difusión considerados "normales" (prensa, expo-

siciones, etc.) no eran aún todo lo eficaces que los estados deseaban, debiendo buscarse otras vías.

En el sentido señalado, uno de los ejemplos más expresivos lo recogió recientemente Emilio Irigoyen, respecto a la obra "El Juramento de los Treinta y Tres" del uruguayo Juan Manuel Blanes, posiblemente el pintor de historia más importante del siglo XIX en el continente americano. Este lienzo alcanzó, con el paso del tiempo, una significación simbólica de altísima importancia en la nación oriental.

> El cuadro de Blanes [señala Irigoyen] estaba integrado en el imaginario uruguayo a través de espacios como los libros de texto, las ilustraciones escolares y la propaganda oficial. La tela fue una rica fuente de inspiración y de imitaciones desde el momento mismo en que el pintor la libró al público. Entre otras cosas, sirvió de tema para los "cuadros vivos", un curioso tipo de representación que consiste en la reproducción de una pintura por parte de actores que, vestidos y ubicados como los personajes de la tela, permanecen inmóviles. Antes de la proliferación de medios para la reproducción mecánica de las imágenes, esta era una forma usual de dar a conocer obras famosas. En este formato, la imagen del Juramento recorrió el país y parte de Argentina a través de los escenarios móviles del circo criollo, un importante fenómeno espectacular popular de fines del siglo XIX en ambas márgenes del Plata y que tuvo bastante difusión hasta bien entrado el siglo; se trata de troupes viajeras que ofrecen una primera parte propiamente circense y otra de carácter teatral. La obra de Blanes fue habitual también como acto especial en las funciones teatrales realizadas en fechas patrias, ocasiones en que las apoteosis eran frecuentes.[19]

En otro ámbito de reflexión, "El Juramento de los Treinta y Tres" de Blanes volvió a poner sobre el tapete la necesidad del rigor histórico en la construcción del imaginario, es decir, el respeto absoluto por la precisión histórica transmitida a través de los documentos textuales existentes, además del conocimiento de las escenografías naturales donde se

[19] IRIGOYEN, 2000, cap. V, p. 138.

desarrollaron los hechos (campos de batalla, plazas, etc.), las indumentarias de época y el color local. Casos como el señalado son clave para entender una de las facetas que caracterizó a la pintura de historia: en ocasiones lo fidedigno habría de quedar conscientemente relegado ante la necesidad de exaltar el hecho histórico y, en definitiva, de convertirse en vehículo de identidad. En la playa de la Agraciada, Lavalleja y sus hombres, los "treinta y tres orientales", fueron jurando la independencia individualmente, uno tras otro; Blanes prescinde de este dato y hace jurar a todos los protagonistas a la vez, logrando así enaltecer el hecho con mayor convicción.[20] Así, las falencias históricas no son objeto de polémica, ante el reconocimiento de la nobleza del objetivo. El cuadro emociona y cumple su papel pedagógico en la construcción de la historia de la nación. En España hallamos ejemplos similares, siendo uno de los más conocidos el lienzo de Francisco Pradilla "La Rendición de Granada" (1882), caracterizado por su fastuosidad y el "sentido grandioso del espectáculo"; el artista se preparó exhaustivamente en cuanto a documentación histórica, indumentarias, escenario (viajó especialmente a Granada), pero por el afán de engrandecer el sentido de la obra incluyó como protagonista a la reina Isabel cuando es sabido que el rey Fernando asistió sin ella a la entrega de las llaves de la ciudad por parte de Boabdil.[21]

Otros casos citables son los dos relieves de grandes dimensiones realizados por la escultora argentina Lola Mora en 1904 y que están localizados en la Casa Histórica de Tucumán, el sitio donde se declaró la independencia argentina en 1816. Las escenas representan el 25 de mayo de 1810 y el 9 de julio de 1816, fechas patrias argentinas. Curiosamente, en la primera se ve al presidente Nicolás Avellaneda, la figura de un gaucho, y algunos inmigrantes italianos, que nada tuvieron que ver en aquel hecho histórico, ocurrido más de medio siglo antes de que éstos alcanzaran relevancia. Lo mismo res-

[20] Para conocer mejor estos aspectos, recomendamos la lectura de HABER, 1994, pp. 33-78.

[21] Véase DÍEZ, 1992, pp. 362-377.

pecto a la segunda, en donde destaca la figura del presidente Julio A. Roca, quien había encargado los relieves a la escultora, y que ni siquiera había nacido cuando se produjo el hecho en el que se erigió en figura principalísima. Estamos nuevamente ante un claro ejemplo de transgresión histórica, en donde lo simbólico es lo principal.

Estatuaria y tradición clasicista

Ya que hemos hecho alusión a los relieves, es importante decir que este tipo de escenas, también de tradición clásica, fungían de verdaderos cuadros históricos y su comparación con la pintura de historia es tema ineludible. Por lo general, estos bronces o mármoles eran colocados en los pedestales de los monumentos y completaban el mensaje que transmitían la estatua o grupo escultórico central. En la confección simbólica de los monumentos a los héroes, la estatua principal mantenía una suficiente distancia del espectador, potenciando el carácter inmortal y sobrehumano del personaje, aislado ya de la acción que lo había hecho famoso y habitando el Olimpo, inalcanzable y cerca del firmamento, sirviendo de conexión entre el pueblo y Dios. El pedestal, al que en muchos casos se accedía tras recorrer unas escalinatas (la vigente idea de "altar" de la patria), era la parte más cercana al receptor del mensaje, podría decirse más "terrenal", de allí la importancia que adquiere el relieve como escena histórica plausible de ser contemplada de cerca y con detenimiento, oficiando la intención para la que a veces la pintura de historia estaba incapacitada dadas sus limitaciones de exhibición pública y permanente, algo que sí podía lograrse con el monumento. El pueblo se reservaba, en ocasiones, el derecho de expulsar del "Olimpo" a los otrora "semidioses" como ocurrió con tantas estatuas que fueran derribadas y destruidas como el sonado ejemplo de la de Antonio Guzmán Blanco en Venezuela (1889), tras la caída del dictador, o las de Juan Domingo Perón y el "Primer Trabajador" que estaban ubicadas en el edificio de la Fundación Eva Perón en Buenos Aires (1955).

Las referencias clasicistas son indudablemente la matriz a partir de la cual se proyectan los monumentos conmemorativos en América, en su doble vertiente estética y simbólica; el clasicismo fue siempre el ideal perseguido por nuestros gobernantes, aun cuando la realidad mostrara que ello era inalcanzable y utópico. Ya hicimos alusión al uso de alegorías que inundó la pintura y la literatura en los procesos de glorificación de hechos y personajes históricos; en lo monumental, otro tanto de lo mismo. Entre las evidencias podríamos mencionar una de las temáticas más recurrentes como fueron los monumentos destinados a honrar a la independencia,[22] que planteaba el problema acerca de cómo simbolizar un hecho tan complejo por la cantidad de sucesos y protagonistas que encerraba y que hacía necesaria o bien una selección de éstos, o bien apelar a una representación abstracta que, acompañada de alegorías, relieves y figuras elegidos diera significación al monumento. Las columnas de corte clásico, cuyos antecedentes más lejanos y cercanos en el tiempo eran la Trajana de Roma, la del almirante Nelson en Trafalgar Square de Londres y la de la Plaza Vendôme en París, fueron una de las tipologías más abordadas, como en el monumento a la Libertad obra de José Livi en Montevideo (1867), el monumento a la Independencia en México, obra dirigida por el arquitecto Antonio Rivas Mercado (1910), el monumento a los Próceres de la Independencia en El Salvador, obra de Francisco Durini (1911) y la Columna a los Próceres del 9 de octubre en Guayaquil, Ecuador, que realizó el catalán Agustín Querol (inaugurada en 1918), coronadas todas ellas bien por la figura de la Libertad, como en el caso de la de Livi, o de la Victoria como vemos en las otras tres.

La utilización del arco de triunfo, tanto en proyectos concretados como en muchos presentados a concurso, va a ser otra faceta destacada en esa presencia de lo clásico en los espacios urbanos iberoamericanos decimonónicos, vinculada con la independencia. En tal sentido esta tipología va a

[22] Al asunto hemos dedicado algunos trabajos anteriores, entre los que destaca GUTIÉRREZ VIÑUALES, 2003, pp. 173-198.

estar a menudo acompañada por elementos complementarios como cuadrigas,[23] leones, relieves, medallones, etc., conformando a su manera discursos simbólicos de significación. Así como el francés Maurice Agulhon no dudó en hablar de "estatuomanía", en América podría hablarse de una cierta "arcomanía", tal la denominación que le dio el argentino Ricardo J. Alexander aunque en su caso para denunciar irónicamente la pasión desorbitada, acentuada en épocas más recientes, por erigir arcos conmemorativos, arcos de entrada a las ciudades, arcos y más arcos, la mayor parte de las veces, remedos *kitsch* de aquellas tipologías simbólicas heredadas del pasado. La utilización de los hemiciclos es otra variante clasicista, destacando en tal sentido el dedicado a Benito Juárez en la Alameda de México, obra del arquitecto Guillermo de Heredia (1910) y el construido en Guayaquil por el catalán Juan Rovira para conmemorar el encuentro de los libertadores Bolívar y San Martín ocurrido en esa ciudad ecuatoriana (1929-1938).

Un factor social inédito: las corrientes inmigratorias

Papel importante en la construcción de las nacionalidades, en la segunda mitad del siglo XIX, lo jugará la irrupción de corrientes inmigratorias que cambiaron por completo las claves sociales de países como Brasil, Argentina o Uruguay. Aquellos continuos arribos de barcos europeos a puertos como el de Buenos Aires, o el de Santos en Brasil que fotografió Marc Ferrez en 1880, vinieron a conformar un nuevo panorama al que debieron adaptarse las clases dirigentes y sobre todo sus planes ideológicos de afirmar la nacionalidad. Se planteó entonces el conflicto entre la posibilidad de "homogeneizar la memoria" —como diría Verónica Zárate— que éstas pretendían, y la obligada apertura mental

[23] Quizá la más importante en el continente sea la que el italiano Ettore Ximenes incluyó en el conocido monumento a la Independencia (1922) de la ciudad de São Paulo (Brasil); Ximenez era escultor de reconocida trayectoria, entre otros aspectos por su participación en el monumento a Vittorio Emanuelle II en Roma.

de entender a las identidades como un concepto flexible, sujeto a tránsitos y modificaciones permanentes. Las formas de incidir sobre la nueva situación habrían de cambiar a la fuerza y contar no solamente con lo significativo del aumento poblacional, sino sobre todo, con un cúmulo de nuevas y diversas culturas —y de variedades idiomáticas— que debían convivir a la par del intento de gestar con ellas un sentimiento de unidad.

De esta manera, el papel pedagógico jugado por las costumbres, la historia y sus protagonistas en la conformación de las nacionalidades, actuante con firmeza en las escuelas, la base obligada, se amplió a los inmigrantes a quienes se quería entroncar con el pasado y el presente de los países que les acogían. Esta paciente tarea se valió de medios de difusión que iban del libro escolar al periódico ilustrado, pasando por objetos de uso cotidiano como sellos postales, monedas y billetes. Incluso llegó a mostrar actitudes inéditas, pero muy reveladoras como la que ocurrió en Argentina, país marcado por la inmigración italiana en el último cuarto del siglo XIX, y que vio cómo en la capital, Buenos Aires, se inauguraban dos monumentos a célebres italianos, artífices de la unidad italiana, mucho antes de que algunos de los más conspicuos patriotas argentinos fueran llevados al bronce. En efecto, en 1878, seis años después de su fallecimiento en Pisa, Giuseppe Mazzini fue homenajeado con la inauguración de un monumento a su memoria encargado por los residentes italianos en Argentina y realizado en Roma por Giulio Monteverdi, mientras que en 1904 Giuseppe Garibaldi tuvo también su estatua (ecuestre) en la ciudad, obra de Eugenio Maccagnani.[24] En el caso de Mazzini fue la primera que se le dedicó, antes de que se hiciera lo propio en la mismísima Roma.[25] Eran ma-

[24] Para un análisis más exhaustivo, remitimos a VEDOYA, 1977, pp. 6-29.

[25] Podemos mencionar el hecho de que en Roma se tomó la decisión de erigir un monumento a Mazzini en 1890; encargado al escultor Ettore Ferrari, se inauguró tardíamente, en 1949. Antes que en la capital, otras ciudades se adelantaron, por caso Carrara, en donde la primera idea surgió en 1877, inaugurándose quince años después, en 1892, el monumento realizado por el escultor Alessandro Biggi.

neras de que los inmigrantes, en este caso italianos, a través de la concesión de lugares públicos, adquirieran en la ciudad espacios de significación simbólica propia, y se fueran reconociendo en sus nuevas naciones.

En cuestiones arquitectónicas, lo académico italianizante había tenido su mayor esplendor en la primera mitad de la centuria, caracterizándose la segunda por el advenimiento de lo francés. El modelo a seguir era el que había transformado a París con las reformas urbanas del barón Haussmann, pautas que siguieron con evidente admiración e hicieron suyas gobernantes como Porfirio Díaz en México o Antonio Guzmán Blanco en Venezuela. El afrancesamiento fue durante algunas décadas seña identitaria de urbes como México, Caracas o Buenos Aires; tiempos de desconcierto, inseguridad e incapacidad por aceptar la realidad, en una inútil por utópica lucha por "ser europeos" que nos invadió. La "haussmanización" de ciudades como Buenos Aires fue, de cualquier manera, otra raíz importante para la identificación del europeo inmigrante.

Una imagen americana construida por europeos. Conflictos y crisis de identidad estética

La efervescencia por lo francés sentó las bases para la apertura de las grandes avenidas, el trazado de amplios parques y lugares de esparcimiento, algo que las grandes conglomeraciones urbanas habían mostrado como necesarias para la higiene pública, pero que traería aparejado nuevas connotaciones y comportamientos sociales. Aparecieron así renovados sitios de reunión y en ellos las autoridades vieron otro espacio útil para transmitir mediante hitos simbólicos sus versiones oficiales de la historia patria por medio del emplazamiento de monumentos. La Alameda de Santiago de Chile, la avenida Guzmán Blanco en Caracas (Venezuela) o el paradigmático Paseo de la Reforma mexicano son ejemplos singulares de cómo estos bulevares podían convertirse a fuerza de inauguraciones en verdaderos "libros abiertos" de las historias nacionales, sobre los cuales planeaba la asu-

mida conciencia de los gobernantes de ser parte misma de la historia, sintiéndose casi obligados a dejar para la posteridad sublimes testimonios. El monumento público fue alcanzando con el tiempo la misma validez como hito referencial urbano que en la colonia pudieron tener los campanarios de las iglesias. A su inauguración acompañaban actos de homenaje que incluían largos y grandilocuentes discursos en los que se hablaba fundamentalmente de los personajes representados y de quienes habían promovido tan honrosa iniciativa; rara vez se hacía referencia a los artistas autores de los monumentos. Actuaban bandas municipales y militares, en un marco propicio que tenía por centro el monumento y por telón de fondo las banderas, símbolo palpable de la nacionalidad.

De cualquier manera debe dejarse constancia de que no todo fue tan fácil en cuanto a las posibilidades de emplazar monumentos conmemorativos. A los extensos procesos, que duraban años y décadas desde que se lanzaba la idea hasta que se inauguraba la obra (esto sin contar los proyectos que se truncaban en el camino), debe agregarse el hecho de que hasta finales del siglo XIX los países americanos carecieron de casas de fundición escultórica y que los monumentos en bronce debían hacerse en Europa. Tanto por la falta de experiencia directa de nuestros escultores en el asunto, como por la mayor facilidad y prestigio que suponía encargárselo a un artista europeo, por lo general francés o italiano, un altísimo porcentaje de los monumentos americanos de aquella centuria son de concepción y mano ajena. Esto supuso que se encargase a aquellos artífices europeos estatuas y relieves con escenas vinculadas con países y personajes con los que no guardaban ninguna vinculación sentimental ni conocían siquiera; con suerte podían acceder a alguna referencia iconográfica en la que basarse. Incluso se dieron muchos casos en que los receptores americanos no se reconocieron en esos monumentos y se desarrollaran incisivos debates acerca de su legitimidad y validez histórica, situación de la que no se salvó ni siquiera el propio Augusto Rodin, duramente criticado en Buenos Aires por su monumento a Domingo Faustino Sarmiento

(inaugurado en 1900).[26] Fueron grandes contratiempos en la construcción del imaginario nacional.

En el sentido apuntado, ya hemos comentado casos referidos a la pintura de historia y a los debates de rigor científico que acompañaron a su realización, y en los que el pintor se convertía prácticamente en un historiador del hecho que narraba por medio de los pinceles, tanto que el cuadro pasaba incluso, a tener más valor que los documentos históricos que le habían dado fundamento. En el caso de los monumentos, la crítica tuvo puntos de algidez notables como los que siguieron a la inauguración del monumento a Pedro I en Río de Janeiro (1862), obra del francés Louis Rochet, quien lo diseñó y cristalizó en su país de origen. En la obra incluyó las figuras de cuatro indígenas representando los ríos brasileños, recurriendo a la manida imagen alegórica de "América", dando como resultado que ríos como el San Francisco o el Amazonas, por caso, se asemejaban más a un piel roja estadounidense que a un indio brasileño.[27] Esto sin mencionar el hecho de que la polémica haya estado incluso, en el origen, cuestionándose la monumentalización del personaje en cuestión por no considerárselo digno de la nación.

Otro ejemplo paradigmático es el que ocurrió en Lima con el monumento a Francisco Bolognesi, héroe peruano de la guerra del Pacífico. El concurso, convocado a iniciativa de una asamblea escolar constituida por alumnos del Liceo Internacional en 1900,[28] tuvo como vencedor al prestigioso escultor catalán Agustín Querol. Inaugurado en 1906, la obra

[26] Términos como "la figura simiesca de Sarmiento", o sucesos como las leyendas que aparecieron pintadas en el pedestal del monumento pocos días después de su inauguración, reflejan el descontento producido en cierto sector de la crítica y del público. Véase Constantin, 2001, pp. 71-74.

[27] Sobre la polémica véase Fridman, 1996, vol. i, pp. 52-56. Un ejemplo similar y destacado lo constituye la fuente ubicada en el centro de la Plaza de Armas de Cuzco (Perú), coronada durante largos años por la figura de un piel roja.

[28] No debe pasar inadvertido este hecho, que evidencia la concientización escolar sobre los valores patrióticos, que se verá cristalizada, como en este caso, en la implicación de los colegios en decisiones de importancia tal como la erección de monumentos.

se coronaba con la estatua de un Bolognesi moribundo en acción, de acuerdo con la difundida versión acerca de la muerte del patriota en lucha contra los chilenos en el morro de Arica; herido de muerte, y sin dejar de disparar al enemigo, dirigió sus últimas palabras a los pocos soldados peruanos que quedaban con vida: "Miserables. No hay que rendirse. Viva el Perú". Al principio la estatua no generó controversias, pero con el paso de los años surgieron las voces de inconformismo, cuyos reclamos giraban en torno a la idea de que los próceres son inmortales y por tanto representarlos como lo había hecho Querol era una afrenta a la historia nacional.[29] En 1954, siendo presidente de la nación el general Manuel Odría, aquella estatua fue revocada de la cima del monumento, remplazándosela con una que se había encargado especialmente al escultor peruano Artemio Ocaña. Así, en la actualidad luce un Bolognesi altivo, vencedor e inmortal.

Los casos en tal sentido son abundantes y qué mejor ejemplo que el Carlos IV de Manuel Tolsá en México, que se salvó en varias ocasiones de ser fundido, sufriendo más de una docena de traslados desde su sitio original.[30] Maneras de anular su significación original y, al fin y al cabo, preservarlo, fueron primero el surgimiento de una denominación popular, el "Caballito" (que ignora al rey español), y finalmente su ubicación actual en donde prevalece la autoría de la obra por parte de Manuel Tolsá al estar enfrentada la estatua a otra obra insigne del valenciano, en este caso arquitectónica, el Palacio de Minería.

[29] No es habitual que los monumentos sean coronados por figuras derrotadas o moribundas. Justamente Querol es autor de uno de los escasos monumentos españoles que son excepción a la regla; se trata del "Monumento a los Mártires de la Religión y la Patria", erigido en Zaragoza en 1904. La estatua principal (en bronce) es copia del "Monumento a los Bomberos" (en mármol) realizado en Génova por Querol e inaugurado en el Cementerio de Colón, en La Habana, en 1897. En éste el artista representó la figura del Ángel de la Fe conduciendo hacia la eternidad el cuerpo de un bombero fallecido; en la ciudad española el mismo conjunto se interpretó como la figura del ángel victorioso sosteniendo el cuerpo de un baturro muerto.

[30] SALAZAR HÍJAR Y HARO, 1998.

Vicisitudes de la imagen de España en la América independiente

La desventura de los reyes

La existencia de monumentos a reyes españoles en ciudades americanas merecería la realización de una monografía individual, de interés por las vicisitudes que estos monumentos sufrieron tras las independencias; el caso más emblemático es quizá el de La Habana en donde las estatuas de los reyes Carlos III (realizada por Cosme Velázquez en 1799), Fernando VII (Antonio Solá, 1834) e Isabel II (Philippe Garbeille, 1855) fueron desplazadas de sus sitios de origen y remplazadas por las de patriotas cubanos como Carlos Manuel de Céspedes (Sergio López Mesa, 1955) y José Martí (Giuseppe Neri, 1905) en el caso de la segunda y tercera respectivamente. Con el paso del tiempo la de Carlos III fue colocada en los portales del actual Museo de la Ciudad y la de Fernando VII recuperada y ubicada en un digno sitio, a un lado de la Plaza de Armas. Consideramos a éstos como vivos ejemplos de la transformación de las ideas y del desarrollo práctico de los pensamientos nacionalistas, con resignificación de espacios simbólicos, necesidad de borrar del imaginario el pasado contra el que se combatió, aunque, pasados los momentos más álgidos del proceso de consolidación de la identidad se vuelve posible que las viejas efigies, antes denostadas, ahora, carentes de toda representatividad que no sea artística y si se quiere anecdótica, puedan regresar ocupando un lugar estético-decorativo.

La fortuna de Cristóbal Colón

En lo referente a la presencia española en América, aun con reservas y contrariedades puntuales,[31] el personaje que

[31] Como pueden ser los actos de repudio que religiosamente se producen ante el monumento del Paseo de la Reforma todos los 12 de oc-

salió mejor parado fue indudablemente Cristóbal Colón.[32] Pintores como el peruano Ignacio Merino lo representaron dignificando los pormenores de su gesta, como se aprecia en el lienzo "Colón en la Universidad de Salamanca" (1863; Museo de Arte de Lima); también en el caso de los mexicanos Juan Cordero y José María Obregón, autores respectivamente de "Colón ante los Reyes Católicos" (pintado en Roma en 1850; Munal; México) y de "La inspiración de Cristóbal Colón" (1856; Munal; México). La ingente cantidad de monumentos que desde tempranas épocas se emplazaron en el continente da también muestra de la alta consideración de que fue objeto el marino genovés.[33] Por lo general, los mismos fueron realizados por escultores italianos y españoles, con excepciones como el que el francés Charles Cordier realizó para el Paseo de la Reforma mexicano. Entre las iconografías más habituales se cuentan la que muestra a Colón con la india "América" a sus pies, abandonando la flecha (el atributo guerrero) y ofreciéndole a cambio la cruz como señal de paz; destacan en tal sentido la inaugurada en Lima en 1860, obra del italiano Salvatore Revelli, y la de Cartagena de Indias a finales del siglo XIX, realizada en Génova. Justamente la inaugurada en la ciudad natal del descubridor en 1862, en la que participaron varios artistas, sigue estos mismos lineamientos. En la de otro italiano, Vicenzo Vela, inaugurada en Panamá (1867-1870), acompaña a Colón la figura de un indígena, pero no transmitiendo el sometimiento del modelo antes citado.

La otra tipología habitual es la que muestra al personaje sosteniendo en la mano el globo terráqueo o acompañado por éste y por atributos de navegación; sirvan como ejem-

tubre. En otros casos se llegó a acciones más vandálicas: en ese señalado día, en 1997, un grupo de energúmenos derribó el monumento a Colón de Tegucigalpa (Honduras).

[32] Debemos añadir en México a fray Bartolomé de Las Casas en su papel de protector de los indios, representado entre otros por el pintor Félix Parra (1875), y en las estampas que José Guadalupe Posada hizo para la "Biblioteca del Niño Mexicano" (1899).

[33] Hemos abordado este tema en GUTIÉRREZ VIÑUALES, 1997, pp. 113-118. Véase también GARCÍA GUATAS, 2000, t. II.

plos de importancia el realizado por el italiano G. Cucchiari (c.1860) ubicado en el patio del Palacio de los Capitanes Generales —hoy Museo de la Ciudad— en La Habana, el del español José Piquer inaugurado en Cárdenas (Cuba) en 1862, y el ya citado de Cordier. Un último modelo interesante es en el que se ve a Colón portando un estandarte, con dos ejemplos destacados en Puerto Rico, el de Achille Canessa en San Juan (1892) y el del español Antonio Coll y Pi en Mayagüez (1892), en los que el genovés está parado sobre la esfera terrestre; podemos señalar también el de Chivilcoy (Argentina) del italiano Vittorio Bocetti, también en el año del IV Centenario.

La monumentalización de Colón sirvió indirectamente a España para generarse una imagen contemporánea en los espacios públicos americanos, aunque se aprecia también en este sentido un proceso de "reapropiación" de la figura del descubridor por parte de Italia como emblema de ese país, partiendo de su origen genovés: el caso más saliente es el monumento a Colón con el que Italia homenajeó a Argentina en su centenario, obra de Arnaldo Zocchi que se inauguró en 1921. El afán de apropiación de la figura de Colón tiene su éxtasis en la aún no resuelta —y con vigencia de actualidad—[34] situación respecto de sus

[34] En febrero de 2003, científicos de la Universidad de Granada (España) llevaban a cabo un estudio para esclarecer la autenticidad de los restos de Colón y el discutido origen de su familia. Este hecho generó pronto una ola de nacionalismo en Génova, y las autoridades de Liguria solicitaron que se hicieran las investigaciones con el máximo rigor y con la presencia de científicos genoveses. La controversia se inició cuando los investigadores de Granada fueron autorizados a hacer pruebas de ADN de los supuestos restos del descubridor conservados en la catedral de Sevilla, y compararlos tanto con los que se custodian en Santo Domingo como con las pruebas obtenidas del análisis de los restos de su hermano Diego Colón, exhumados en Sevilla en septiembre de 2002, y con los del hijo del navegante, Hernando Colón (también en la capital andaluza). Se considera que estos análisis determinarían si, como defienden algunos historiadores, Colón era hijo bastardo del príncipe Carlos de Viana, lo que confirmaría un origen español del marino; esto provocó la reacción de las autoridades ligures, conminadas una vez más a demostrar su origen genovés.

restos mortales. La abundantísima bibliografía y folletería existente sobre el tema, en donde se reflejan desde análisis técnicos de un cientificismo exacerbante hasta leyendas y supercherías varias que se mantuvieron con mayor o menor fortuna, hace de este hecho la disputa más controvertida en el ámbito internacional por la autenticidad de las "reliquias" de un personaje. Santo Domingo y Sevilla son las principales contendientes en este peculiar conflicto. En la ciudad española se halla el mausoleo de Colón diseñado por Arturo Mélida cuyo destino original fue la catedral de La Habana; tras la guerra de 1898 el monumento y los supuestos restos del genovés pasaron a la capital hispalense. Hacia la misma época, en la catedral dominicana se emplazaba otro mausoleo a Colón, realizado por los artistas catalanes Fernando Romeu y Pedro Carbonell (1898). Esta obra habría de ser trasladada, muchas décadas después, al Faro de Colón, que, al albergarlo, se convertía así en un "monumento al monumento", cristalizando una más de las exageradas exaltaciones a las que nos acostumbramos los americanos.

Descubridores y conquistadores, entre la suerte y la desdicha

A Colón hay que sumar la presencia de otras iconografías vinculadas al descubrimiento (no tanto a la conquista), como Hernando de Magallanes (monumentalizado en Punta Arenas, Chile, por el escultor Guillermo Córdova en 1920), Juan de Garay (fundador de Buenos Aires), cuya iconografía escultórica y pictórica dejó interesantes testimonios como la estatua que se emplazó en esa ciudad, obra del alemán Gustav Heinrich Eberlein (1915) y sobre todo el emblemático cuadro realizado por el español José Moreno Carbonero titulado "La Fundación de Buenos Aires". Encargado en 1908 por la Municipalidad de Buenos Aires para ser expuesto durante los festejos de 1910, su realización se vio perjudicada por las premuras con que trabajó el artista que en tiempo récord debió asimilar la historia que iba a narrar, los personajes, las indumentarias, el entorno pai-

sajístico, etc., llevándole a introducir en el lienzo algunos desajustes históricos de relevancia. La obra estuvo a tiempo y fue exhibida en la Exposición Internacional del Centenario. Lo curioso del caso es que, una vez finalizado el trato, Moreno Carbonero continuó investigando por su cuenta sobre el hecho histórico que había sido objeto de su inspiración artística, detectó falencias en la representación: en 1924 solicitó que se le autorizara a modificar la obra, la que le fue enviada a España y pintó sobre ella la versión definitiva.[35] Una prueba más del rigor histórico que los artistas se autoimponían.

En cuanto a los monumentos vinculados con los conquistadores, podemos afirmar que en América se trata de un fenómeno que ubicamos bien entrado el siglo XX, cuando las relaciones con España habían dejado atrás los resquemores que sucedieron a la independencia, y el rencuentro en el ámbito cultural se había consumado por las vías de la igualdad, sin la sombra de aquella leyenda negra. Fue entonces cuando, poco a poco, aquellos personajes fueron ocupando espacios públicos (en muchos casos de privilegio) en nuestras ciudades. El periodo de mayor algidez lo podemos ubicar entre las décadas de 1940-1960, enmarcada en la preocupación del gobierno franquista por consolidar el "hispanoamericanismo" en las viejas colonias.

Uno de los antecedentes más señalados es la estatua de Francisco Pizarro en Lima (Perú) que, según el análisis del historiador peruano José Antonio Gamarra Puertas,[36] fue

[35] Al respecto pueden verse los siguientes trabajos de Gelly y Obes, 1980 y Gutiérrez Viñuales y Radovanovic, 1995, pp. 207-224.

[36] Véase Gamarra Puertas, 2002. El autor preside la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA) la que durante años se propuso retirar este monumento, al que consideraban una afrenta para el pueblo peruano. Inclusive en 2002 llegaron a proponer la colocación, en su lugar, de uno dedicado al actual presidente Alejandro Toledo: "Soy del parecer, que en vez del conquistador Pizarro, anclen ahí al inca Pachacutec, o la Chakana, o a los Apus del Perú profundo, idealizado por Toledo, durante toda su campaña electoral", en Gamarra Puertas, 2002, p. 32. Finalmente, el 26 de abril de 2003, lograron su cometido, al ser retirado el monumento a Pizarro, en muy controvertida decisión.

concebida como un anónimo rey plumado medieval francés por el escultor estadounidense Charles Cary Rumsey. El artista recibió en 1913 el encargo de realizar dicha obra para ser exhibida en la Panama Pacific International Exposition dos años después. El comitente fue Alexander Stirling Calder, quien también contrató una estatua de Hernán Cortés, en este caso a otro escultor estadounidense, Charles Niehaus; ambas fueron exhibidas flanqueando la recordada *Tower of Jewels* de dicha exposición.[37] El monumento a Pizarro muestra la clara filiación de su autor respecto de quien fuera maestro suyo en París, el escultor Emmanuel Fremiet,[38] especialista en estatuas ecuestres, y nos sugiere la comparación con obras de éste como el monumento a Duguesclin en la localidad francesa de Dinan (1902). Curiosamente, el Cortés de Niehaus muestra también evidentes puntos de contacto con otra obra de Fremiet, la conocida Juana de Arco ubicada en la *Place des Pyramides*, en París. En 1929, fallecido ya Rumsey, la estatua de Francisco Pizarro fue emplazada e inaugurada en Trujillo (España), haciéndose más adelante una copia que fue la inaugurada en Lima, cuando el IV Centenario de la fundación de la ciudad por los españoles (1935). En otros países americanos encontramos monumentos de gran significación, realizados en su mayoría por artistas españoles; es el caso del monumento a Sebastián de Belalcázar, obra de Victorio Macho en Popayán, Colombia (1938), o el monumento a Pedro de Valdivia, de Enrique Pérez Comendador, en la Plaza de Armas de Santiago de Chile (1962).

El proceso de reconquista espiritual de América que España inició a finales del siglo XIX y potenció en especial, tras la pérdida de sus últimas colonias de ultramar en 1898, introdujo una variante olvidada hasta entonces en la construcción de la identidad nacional: el "hispanismo". Llamado a rescatar de las tinieblas tres siglos de cultura vilipendiados, esta ideología apoyada por pensadores, literatos, artistas y

[37] Véase Evren, 1983, pp. 15-16.

[38] Autor del monumento ecuestre de Bolívar inaugurado en Bogotá en 1910.

políticos de ambas orillas, se convertirá en uno de los factores decisivos para la afirmación de la identidad nacional y americana en las primeras décadas del siglo XX, como veremos en muy apretada síntesis en el último apartado. En la parte que nos toca, haremos alusión a las expresiones arquitectónicas, escultóricas y pictóricas a través de las cuales se fue filtrando el sentimiento hispanista, consolidando un nuevo campo de encuentro.

EPÍLOGO. FORMAS ARTÍSTICAS Y CONCEPTOS IDEOLÓGICOS EN LA CONSOLIDACIÓN DE LAS IDENTIDADES AMERICANAS (1910-1930)

La idea de la hispanidad. La recuperación de un factor identitario "perdido"

Haciendo un recorrido por los apartados anteriores queda evidenciado cómo la pintura de historia y los monumentos conmemorativos fueron basamentos artísticos para incorporar a los discursos nacionalistas lecturas de los distintos periodos históricos. Analizamos maneras de incorporación del pasado prehispánico, del descubrimiento, de la conquista, de la independencia y de los personajes y sucesos contemporáneos, como asimismo no pasó inadvertida la prácticamente nula mención a la historia de tres siglos de presencia hispana en América, etapa que, comentamos, fue desestimada por "desafortunada" en el devenir iconográfico. Sin embargo, este voluntario olvido será subsanado en las primeras décadas del siglo XX, cuando la "idea de la hispanidad", como la definiría Manuel García Morente, y su "defensa" (parafraseando a Ramiro de Maeztu) habría de ser asumida en ambas márgenes del Atlántico.

En 1898 se marcó un punto de inflexión en la comprensión territorial y cultural de España, perdidas ya sus últimas colonias. Era el momento de acercarse a las "hijas perdidas" para trazar un nuevo horizonte de intercambio, sin marcar trazos de dependencia. La euforia de los centenarios potenciaría esta posibilidad en las naciones americanas, en-

contrando su reflejo en la actitud española de participar activa y destacadamente en los eventos organizados a tales efectos. Los peninsulares abordarían esta "reconquista espiritual" de América desde un punto de vista cultural, con amplia presencia en las artes. No viene al caso citar la extensa literatura publicada en ambas márgenes del Atlántico que sirvió para renovar los lazos amistosos,[39] campaña en la que participaron numerosas editoriales y periódicos, pero sí marcar algunas pautas de consolidación del vínculo en el campo de las bellas artes.

Podríamos en tal sentido comenzar con la arquitectura, donde se produjo una recuperación de los lenguajes estéticos de la época hispánica en el estilo que se definió como "neocolonial", del que participaron activamente Martín Noel o Ángel Guido en Argentina, Héctor Velarde en Perú, Félix Cabarrocas o Evelio Govantes en Cuba y Federico Mariscal en México. Los basamentos teóricos y prácticos respondían a influjos externos como la corriente historicista potenciada por la francesa *École des Beaux Arts*, prestigiada academia donde se formaron algunos de estos profesionales, o al éxito del llamado "Mission Style" en Estados Unidos, que incluso en los años veinte contó con el apoyo publicitario del cinematógrafo que lo instaló como moda, y que dejó como testimonio miles de edificios (catalogados) en regiones tan distantes como California y Florida. Asimismo, esta vertiente hispanista habría de influir en Puerto Rico, donde desarrollaron su labor en esta línea arquitectos de la categoría de Pedro A. de Castro.[40] A la par de ello, se generó otro estilo historicista de neta raíz americana, conocido como "neoprehispanismo" e incluso una vertiente intermedia que combinaba conceptos de ambos periodos, prehispánico y colonial, que el argentino Guido acometió en la construcción de la residencia del literato Ricardo Rojas[41]

[39] Hemos abordado aspectos del caso rioplatense en GUTIÉRREZ VIÑUALES, 1998, pp. 74-87.

[40] Véase VIVONI FARAGE, 1998.

[41] Autor del concepto de "Eurindia", en el que proponía la existencia de un arte americano basado en una confluencia de "técnica europea y emoción americana". Véase ROJAS, 1924.

en Buenos Aires (1927) en donde se hallan componentes inspirados en la arquitectura colonial altoperuana y arequipeña, y en Tiahuanaco.[42]

En el campo de la pintura, dato importante a tener en cuenta es el creciente prestigio que alcanzó la Academia de San Fernando de Madrid, adonde se dirigieron numerosos jóvenes artistas americanos (antes elegían prioritariamente Italia o Francia) que se empaparon de los lenguajes estéticos propuestos desde esa institución. En España triunfaban en los salones las propuestas del llamado "regionalismo", cargado de una ideología nacionalista que acompañaba y justificaba teóricamente sus creaciones. En este ámbito sobresalía la figura de Ignacio Zuloaga, vinculado con los "noventayochistas" y fiel intérprete de la "España negra" a la que se contraponían visiones optimistas como la planteada por Joaquín Sorolla. Estos dos pintores comandaron sendas líneas estéticas, diferentes entre sí, que influyeron notoriamente en una pléyade de artistas americanos de la época, por caso el mexicano Ángel Zárraga o el argentino Cesáreo Bernaldo de Quirós en lo que a Zuloaga respecta, o el chileno Benito Rebolledo Correa en lo que toca al valenciano. El catalán Hermen Anglada Camarasa, en París y en Mallorca durante la segunda década del siglo XX, concentró en torno a sí a numerosos artistas americanos, de la talla del mexicano Roberto Montenegro y del argentino Gregorio López Naguil, marcando otra senda de vinculación artística entre España y América.[43] El pasado colonial, ausente prácticamente en la construcción del imaginario histórico americano, halló intérpretes de excepción como la francesa Léonie Matthis quien realizó, en Argentina, numerosas series de *gouaches* reconstruyendo pictóricamente el mismo.[44] Los escultores españoles, inéditos en los espacios públicos de la América independiente, comenzaron a emplazar sus

[42] Para este tema remitimos a nuestro trabajo, GUTIÉRREZ VIÑUALES, 2002, pp. 267-286.

[43] Sobre ello escribimos en GUTIÉRREZ VIÑUALES, 2001, pp. 189-203.

[44] Véase GUTIÉRREZ ZALDÍVAR, 1992.

obras en los mismos, sobresaliendo en un primer momento Agustín Querol, Miguel Blay y Mariano Benlliure.[45]

Nuevas formas en la búsqueda de una identidad nacional

Las identidades nacionales siguieron su proceso de construcción en las primeras décadas del siglo XX siendo dos componentes doctrinales fundamentales el paisaje y las costumbres, expresadas sobre todo a través de pinturas, pero también de otros medios como la fotografía, o la escultura, la música y el teatro en el caso de las segundas. En lo estético (no tanto en lo temático) las diferencias con la producción decimonónica son evidentes, imponiéndose ahora los lenguajes renovadores procedentes de los centros de prestigio, como se dio en el caso del paisaje con el impresionismo francés o los *macchiaioli* italianos. Pero en lo ideológico se acompañaron estas representaciones de un amplio *corpus* teórico, sustento de dichas escenas en la conformación de lo que se denominó "alma nacional", concepto abstracto que se impuso con fuerza en la época y fue parte esencial de discursos como el que el paisajista argentino Fernando Fader expresó en 1907 en una recordada conferencia titulada "Posibilidades de un arte nacional y sus principales caracteres", donde se dirigía a la concurrencia con palabras como éstas: "No necesito decirles qué debéis pintar, artistas; sólo abrid los ojos y ved vuestra patria. A eso lo llamo gran arte. Sed tan fuertes que vuestras obras representen aquello que sólo es posible en vuestra patria. Eso es arte".[46] Por su parte, la pintura costumbrista se tiñó en muchos casos de algunas de las premisas del regionalismo español, surgiendo, asimismo, una corriente de carácter reivindicativo que tuvo como puntales al muralismo mexicano en el norte y, en el sur, a la acción de artistas como José Sabogal, principal figura del indigenismo en Perú y cuya estética

[45] Remitimos a nuestro estudio Gutiérrez Viñuales, 2003.
[46] Fader, 1998, p. 90.

estaba influida por Zuloaga y por algunos costumbristas argentinos como Jorge Bermúdez, con quien había trabajado en la provincia argentina de Jujuy.

En los años en torno a los "centenarios" se acentuaron los emplazamientos escultóricos en las ciudades americanas, favorecidos por la nueva situación que permitía la fundición en las naciones evitándose el lento y farragoso proceso dependiente de los talleres europeos. En ese momento se dieron cita en las plazas y calles de las ciudades las efigies en bronce y mármol de héroes nacionales que aún no contaban con el correspondiente homenaje, dándose el caso, asimismo, de otros cuyo monumento existente se consideraba pequeño y debía remplazarse por uno mayor. Esta idea nos abre paso a la reflexión sobre otro de los componentes artísticos de la nacionalidad basado en la idea de que el paso del tiempo engrandece los hechos y los personajes históricos, pasando a juzgarse cualquier ofrenda anterior como pequeña respecto de la grandeza de aquéllos. Es lo que ocurrió en Buenos Aires en torno a 1910, cuando el tamaño del pedestal que sostenía el monumento a José de San Martín, realizado por el francés Joseph Louis Daumas e inaugurado en 1862, se consideró impropio para la importancia del personaje, encargándose a la sazón uno nuevo al alemán Eberlein, que éste cargó de relieves y alegorías.

Podríamos citar también las magnas transformaciones de las casas natales de Bolívar y San Martín en Caracas y Yapeyú, respectivamente; en el caso de la primera, la que se visita desde 1921 es una sumatoria de tres viviendas rescatadas de una casi segura desaparición, restauradas y convertidas en un gran palacio digno del héroe, pero sin relación edilicia con la morada original. En el caso de San Martín, se "consagró" equivocada e intencionadamente como residencia natal una antigua casa de indios, cuando es sabido que el prócer, por haber sido hijo del gobernador de la misión de Yapeyú, don Juan de San Martín, nació y vivió sus primeros años en la que había sido residencia de los jesuitas, que quedaba a tres cuadras de aquella edificación. La fortuna se alió con la misma, a la que en 1936 se rodeó con un templete neocolonial dando origen a una corrien-

te conmemorativa que utilizó este "neoestilo" para homenajear al prócer, curiosa paradoja si se tiene en cuenta que San Martín se destacó justamente por su enfrentamiento con la colonia.

Hacia una identidad americana

Los debates acerca de las identidades nacionales y sus vinculaciones con las artes trascendieron las fronteras políticas y ciertos conceptos identitarios ampliaron sus horizontes generándose una nueva mirada, la de la "identidad americana". Esto fue potenciado por hechos palpables como el estallido de la guerra europea en 1914, acontecimiento que puso en tela de juicio el modelo cultural europeo hasta entonces casi intocable, favoreciendo una mirada introspectiva que habría de dar rápidos frutos. En algunos países, como Argentina, artistas que fueron becados por el Estado se vieron imposibilitados de marchar a perfeccionarse a una Europa inmersa en la contienda, optando por destinar el dinero para financiarse recorridos por América; otros lo hicieron por su cuenta. Pintores de la talla de José Malanca, Alfredo Guido o la ya citada Léonie Matthis efectuaron periplos artísticos por países vecinos como Bolivia y Perú, pintando sus paisajes y tipos costumbristas, y consolidando en sus obras una clara vocación americanista que tuvo importante eco en el ámbito artístico argentino. El peruano José Sabogal, por su parte, partía a México en los años veinte a empaparse de las normas del movimiento muralista y a asimilar nuevos conceptos del indigenismo que trasladaría posteriormente a su país. Perú y Argentina testimoniaban la existencia de un intercambio artístico fecundo en hechos como la exitosa presentación en el teatro Colón de Buenos Aires, en 1923, de la Compañía Peruana de Arte Incaico que puso en escena la obra "Ollantay", con decoraciones de los pintores argentinos Jorge Bermúdez y Pío Collivadino. En 1924 Alfredo Guido era premiado en el XIV Salón Nacional de Artes Plásticas por su lienzo "Chola desnuda", galardonándose así, en un salón "nacional", un

tema que no era tal, sino "americano", como era el de una venus incaica. La obra artística se consolidaba como expresión de un vínculo espiritual entre naciones distintas, haciendo palpable aquella idea de la "identidad americana" que habría de transitar en lo sucesivo nuevos y muy variados derroteros.

REFERENCIAS

AMIGO, Roberto

2001 *Tras un inca.* Buenos Aires: FIAAR.

El arte español

2003 *El arte español fuera de España.* Madrid: Instituto de Investigaciones "Diego Velázquez"-Consejo Superior de Investigación Científica.

BOULTON, Alfredo

1971 *Historia abreviada de la pintura en Venezuela.* Tomo II *Época Nacional.* Caracas: Monte Ávila Editores.

CONSTANTIN, María Teresa

2001 "El Sarmiento de Rodin", en *Rodin en Buenos Aires,* pp. 71-74.

Charles Cary Rumsey

1983 *Charles Cary Rumsey, 1879-1922.* Buffalo: State University College at Buffalo.

DEBRET, Jean-Baptiste

1989 *Viagem pitoresca e histórica ao Brasil.* São Paulo: Universidade de São Paulo. [Facsímil de la de París, 1834-1839], 3 vols.

DIENER, Pablo

1992 *Rugendas. América de punta a cabo.* Catálogo de la exposición. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos-Goethe Institut.

1997 *Rugendas, 1802-1858.* Ausburgo: Wissner.

DÍEZ, José Luis (coord.)

1992 *La pintura de historia del siglo XIX en España.* Madrid: Museo del Prado.

EVREN, Robert

1983 "From Paris to a New Age of Stone: The Sculpture of Charles Cary Rumsey", en *Charles Cary Rumsey, 1879-1922*. Buffalo: State University College at Buffalo, pp. 15-16.

FADER, Fernando

1998 *Uber nationale Kunst und ihre Ziele*. Manuscrito en el Archivo Documental de la Casa Museo "Fernando Fader", Ischilín, Argentina. Traducción del alemán: Haydée von Rentzell de Hüwel.

FRIDMAN, Sergio A.

1996 *Posteridade em pedra e bronze (História dos monumentos e estátuas da cidade do Rio de Janeiro)*. Río de Janeiro: s. e.

GAMARRA PUERTAS, José Antonio

2002 *Humillante monumento Pizarro*. Lima: TecniGraf.

GARCÍA GUATAS, Manuel

2000 "Colón en sus pedestales", en *Actas del XIII Congreso Nacional de Historia del Arte (CEHA)*, Granada. t. II.

GELLY Y OBES, Carlos María

1980 *La Fundación de la Ciudad de Buenos Aires a través del pintor José Moreno Carbonero*. Buenos Aires: Municipalidad.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo

1997 "Un siglo de escultura en Iberoamérica (1840-1940)", en GUTIÉRREZ VIÑUALES y GUTIÉRREZ (coords.), pp. 113-118.

1998 *Fernando Fader. Obra y pensamiento de un pintor argentino*. Santa Fe-Buenos Aires: Instituto de América-CEDODAL.

1998a "El hispanismo en el Río de la Plata (1900-1930). Los literatos y su legado patrimonial", en *Revista de Museología*, 14 (jun.), pp. 74-87.

2001 "Hermen Anglada Camarasa y Mallorca. Su significación para el arte iberoamericano", en *X Jornadas de Historia del Arte "El arte español del siglo XX. Su perspectiva al final del milenio"*. Madrid: Instituto de Investigaciones "Diego Velázquez"-Consejo Superior de Investigación Científica, pp. 189-203.

2002 "Arquitectura historicista de raíces prehispánicas", en *Goya*, 289-290 (jul.-oct.), pp. 267-286.

2003 "La independencia de los países americanos a través de sus monumentos públicos", en *Historia y política*, pp. 173-198.

2003a "Monumentos conmemorativos de escultores españoles en Iberoamérica (1897-1926)", en *El arte español*, pp. 59-70

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo y Elisa RADOVANOVIC

1995 "Moreno Carbonero, pintor de la historia fundacional de Buenos Aires", en *Boletín de Arte*, 16, pp. 207-224.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo y Ramón GUTIÉRREZ (coords.)

1997 *Pintura, escultura y fotografía en Iberoamérica, siglos* XIX *y* XX. Madrid: Ediciones Cátedra.

GUTIÉRREZ ZALDÍVAR, Ignacio

1992 *Léonie Matthis*. Buenos Aires: Zurbarán Ediciones.

HABER, Alicia

1994 "Juan Manuel Blanes. La formación de un artista americano", en *El arte de Juan Manuel Blanes*. Buenos Aires: Fundación Bunge y Born, pp. 33-78.

Historia y política

2003 *Historia y política a través de la escultura pública: 1820-1920*. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico"-Consejo Superior de Investigación Científica.

IRIGOYEN, Emilio

2000 *La patria en escena. Estética y autoritarismo en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.

KUGELGEN, Helga von

2001 "Humboldt y el retorno a la vida de Atahualpa", en *El regreso de Humboldt*, pp. 186-187.

PÉREZ VEJO, Tomás

2001 "Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes", en *Historia y Grafía*, 16, pp. 98-99.

Los pinceles de la historia

2000 *Los pinceles de la historia. El origen del reino de la Nueva España, 1680-1750*. México: Museo Nacional de Arte-

Banamex-Patronato del Museo Nacional de Arte-Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

PINEDA, Rafael

1983 *Las estatuas de Simón Bolívar en el mundo.* Caracas: Centro Simón Bolívar.

PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, Carmen (dir.)

1998 *La plaza en España e Iberoamérica. El escenario de la ciudad* [Catálogo de la Exposición celebrada en el Museo Municipal de Madrid en 1998]. Madrid: Museo Municipal.

El regreso de Humboldt

2001 *El regreso de Humboldt.* Quito: Museo de la Ciudad.

Rodin en Buenos Aires

2001 *Rodin en Buenos Aires. Su influencia y la de otros escultores franceses en la Argentina.* Buenos Aires: Fundación Antorchas.

RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada

2001 "El retrato de la élite en Iberoamérica: siglos XVI a XVIII", en *Tiempos de América,* 8, pp. 79-92.

ROJAS, Ricardo

1924 *Eurindia. Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas.* Buenos Aires: Librería La Facultad.

SALAZAR HÍJAR Y HARO, Enrique

1998 *Los trotes del Caballito. Una historia para la historia.* México: Diana.

Santiago y América

1993 *Santiago y América.* Santiago de Compostela: Xunta de Galicia-Conselleria de Cultura e Xuventude Arzobispado de Santiago de Compostela.

VEDOYA, J. C.

1977 "Estatuas y masones", en *Todo es Historia,* 123 (ago.), pp. 6-29.

VIDALES, Carlos

s.a. "Bolívar en imágenes", en *La Rana Dorada, Revista de historia y cultura.* Colombia. Web: http://members.tripod.com/~Vidales/

VIVONI FARAGE, Enrique y Silvia ÁLVAREZ CURBELO (coords.)

1998 *Hispanofilia. Arquitectura y vida en Puerto Rico, 1900-1950.* San Juan: Universidad de Puerto Rico.

NOTAS SOBRE LAS RELACIONES ENTRE MEMORIA Y NACIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

Enrique FLORESCANO
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

QUIENES SE OCUPAN DE LOS ORÍGENES y propósitos del discurso histórico nos dicen que éste nació de la imposibilidad de revivir el pasado. Puesto que no podemos resucitar lo que ha dejado de tener vida, sólo podemos representarlo, intentar reconstruirlo, acudiendo a los vestigios que se han conservado de ese pasado.[1]

El sociólogo francés Maurice Halbwachs fue quizá el primero que argumentó que la memoria no era una creación individual, sino un producto social, un lenguaje, así como una creación colectiva.[2] Elizabeth Tonkin observa que todos recordamos, pero advierte que "nuestros recuerdos son respuestas al mundo exterior, y en este sentido es el mundo exterior el que nos hace comprender lo que realmente somos".[3]

Contra las concepciones deterministas que afirmaban que la memoria era algo heredado genéticamente, Halbwachs enfatizó la influencia de la familia, la religión y los grupos sociales en la formación de la memoria. Y contra la tesis de Henri Bergson, para quien la memoria era una

[1] MARGALIT, 2002, pp. 66-67.

[2] HALBWACHS, 1994.

[3] TONKIN, 1992. En la p. 112, Tonkin reafirma: "The contents or evoked messages of memory are also ineluctably social insofar as they are acquired in the social world and can be coded in symbol systems which are culturally familiar".

colección de imágenes fundadas en experiencias individuales, Halbwachs sostuvo que la memoria era una reconstrucción racional del pasado elaborada por la conciencia del grupo. En 1925, en páginas que hoy se citan con frecuencia, propuso una nueva interpretación de los orígenes de la memoria:

> [...] es dentro de la sociedad donde normalmente el hombre adquiere sus recuerdos, donde los manifiesta y, como se suele decir, donde los reconoce y los sitúa [...] Es en este sentido que existe una *memoria colectiva* [...] No es suficiente, sin embargo, decir que los individuos, cuando recuerdan, lo hacen empleando un marco social. [Debe subrayarse que] es en la perspectiva del grupo o de los grupos donde es preciso ubicar el recuerdo [...] Se puede decir que el individuo recuerda cuando está inmerso en el punto de vista del grupo, y que la memoria del grupo se realiza y se manifiesta en las memorias individuales.[4]

Esta memoria colectiva que nace en el seno del grupo y es modelada por él es la que ha absorbido los afanes reconstructivos de los historiadores. La memoria individual, tan decisiva en la formación de las personas, sólo interesa al cronista o al historiador cuando se trata de componer biografías.[5] En cambio, la memoria colectiva, es decir, la que nutre el imaginario de las familias, los grupos, la tribu, la patria o la nación, es el objeto de la mayoría de los estudios históricos que tratan la formación de las identidades colectivas. Sin embargo, dado que hay diferentes interpretaciones del término "memoria colectiva", conviene precisar el significado que aquí le damos. El filósofo Avishai Margalit distingue entre "memoria común" y "memoria compartida". Una muestra del primer caso es el recuerdo que muchos mexicanos conservaron de la represión y masacre de Tlatelolco en 1968. Cada vez que se cumple un aniversario de esa efeméride aparecen nuevos testimonios o se publican libros que la recuerdan e intentan explicarla. En este

[4] HALBWACHS, 1994, pp. VI-VIII. Las cursivas son mías.
[5] MOMIGLIANO, 1986.

caso, según Margalit, estamos ante una memoria común, que agrega las individuales de aquellos que vivieron y recuerdan ese acontecimiento.[6]

Otra cosa es la memoria compartida que no es el simple agregado de diferentes memorias individuales. La compartida se forma no sólo por la interacción de diversas memorias individuales, sino por la comunicación entre los miembros de la sociedad acerca de sus orígenes y su futuro. Se trata de una comunicación múltiple y diversa, que fluye en distintos sentidos. Como dice Margalit, "la memoria compartida en la sociedad moderna viaja de una persona a otra mediante instituciones, tales como los archivos, y a través de artefactos nemotécnicos comunitarios, como los monumentos y el nombre de las calles".[7] Pero sobre todas las cosas, la memoria compartida es un diálogo entre el pasado y el presente, una conversación ininterrumpida con el pasado desde el presente, o como decía el historiador inglés Edmund Burke, un contrato "entre aquellos que están vivos, aquellos que están muertos y los que aún no han nacido".[8]

Este lazo profundo que recorre los siglos y los milenios es el que asegura la continua transmisión de las experiencias del pasado hacia el presente, el que une a los muertos con los vivos en una relación de dependencia enriquecedora, que permite a los segundos edificar sobre el legado de los primeros y forja lo que podríamos llamar una comunidad basada en la memoria. Dice Margalit que estas "comunidades memoriosas" están basadas no sólo en "relaciones muy fuertes entre los vivos sino también en estrechas relaciones con los muertos". Se trata de una comunidad vinculada con la vida y la muerte, donde los elementos de conmemoración y revivificación son más fuertes que en una comunidad basada meramente en la comunicación. "Es una comunidad comprometida con el reto de sobrevivir mediante la memoria."[9]

[6] Margalit, 2002, pp. 50-51.
[7] Margalit, 2002.
[8] Citado por Appiah, 2003, p. 36.
[9] Margalit, 2002, p. 69.

Pero aun cuando los grupos y organizaciones sociales basan su supervivencia en la memoria de las experiencias pasadas, no todos logran constituir comunidades sustentadas en la memoria. Para que la memoria colectiva pueda almacenarse, reproducirse, multiplicarse y ser redistribuida entre los miembros de la comunidad, es preciso la existencia del Estado. En las sociedades antiguas el Estado se define como un sistema político que tiene un gobierno centralizado y hereditario, que ejerce su soberanía sobre un territorio delimitado y dispone del monopolio del uso de la fuerza.[10] Desde el momento en que se constituye el Estado incrementa sustancialmente su poder económico y social (mediante los tributos en especie y trabajo que le otorgan los gobernados), y crea regulaciones estrictas para dirigir las relaciones entre gobernantes y gobernados. En lugar de estar formado por un solo grupo étnico incluye a varios, que comparten lenguas y tradiciones diferentes. Puede decirse que el rasgo distintivo de la fundación del Estado es su capacidad para organizar y coordinar la actividad de extensos grupos humanos, infundiéndoles identidad y propósitos comunes.

Los elementos que permitieron al Estado crear esta memoria compartida fueron el uso de una lengua común, la invención de la escritura y de un calendario que unificó las formas de medir el tiempo y festejar las ceremonias cívicas y religiosas, el culto a los ancestros y la celebración del origen del reino y las hazañas de sus gobernantes. En las páginas que siguen presento ejemplos que muestran cómo la participación de estos mecanismos forjó, en los distintos pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México, una memoria de la nación, una imagen colectiva de grupos humanos que vivieron amparados por la entidad política del Estado. En estos ejemplos quiero hacer énfasis en la frase antes citada de Margalit, que se refiere a comunidades humanas "comprometidas con el asunto de sobrevivir mediante la memoria". A diferencia de los estudios concentrados en los aspectos políticos de la nación y la ideo-

[10] COHEN, 1978, p. 34.

logía nacionalista, son escasos los que destacan el aspecto decisivo que desempeña la conservación de la memoria del pasado en la supervivencia del grupo y la continuidad de las identidades antiguas. En algunos de estos ejemplos muestro que la conservación de la antigua memoria del pasado fue el principal elemento para asegurar la supervivencia del grupo.

La memoria de Tollan y la reconstrucción del Estado en Mesoamérica

El tema obsesivo que recorre los mitos, los cantos y las leyendas que recuerdan a Tollan-Teotihuacán es la idea de que ahí nació el poder y las instituciones políticas. Un texto cuenta que en Teotihuacán "se elegían los que habían de regir a los demás", y por eso se le llamó "lugar donde hacían señores". Según esta tradición, en Tollan-Teotihuacán se enterraba a los señores principales, pues se creía "que los señores que allí se enterraban, después de muertos, los canonizaban por dioses".[11] Otro texto informa que los toltecas y los pueblos que adoptaron sus tradiciones "nunca dexaron de tener sus sabios o adivinos, que se decían amoxhuaque, que quiere decir hombres entendidos en las pinturas antiguas". Un testimonio más dice:

> Ahí [en Teotihuacán] se dieron las órdenes, allí se estableció el señorío. Los que se hicieron señores fueron los sabios, los conocedores de las cosas ocultas, los poseedores de la tradición. Luego se establecieron allí los principados [...] Y toda la gente hizo allí adoratorios, al Sol y a la Luna [...][12]

En la tradición que difundió estas ideas, los hombres sabios aparecen como los fundadores de las instituciones políticas que le dieron estabilidad y gloria a los reinos mesoamericanos.

[11] Sahagún, 2000, lib. x, cap. xxix, pp. 973-974.
[12] Sahagún, 2000, lib. x, cap. xxix, pp. 973-974.

El prestigio político de la Tollan primordial explica por qué los estados fundados después de la caída de la gran metrópoli se esforzaran en asumir los legados políticos, religiosos y culturales de Tollan, y no cejaron en inventar nuevas Tulas: reinos gobernados por dirigentes acometedores, protegidos por los dioses del Quinto Sol y orgullosos de la elocuencia de su lengua y los logros de sus artistas, pensadores, guerreros y jefes políticos.

Los dirigentes de los nuevos estados propagaron la idea de que en Tollan nació la realeza, las instituciones y la legitimidad política. Según esta concepción, en Tollan se instituyó el abolengo que legitimaba a quienes ejercían el poder. Apoyándose en testimonios que relataban esta tradición, el historiador mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl afirmó que Topiltzin Quetzalcóatl instauró en Tula (la ciudad fundada en el actual estado de Hidalgo), la ceremonia que otorgaba el mando y las insignias del poder a los gobernantes.[13] Se trata de una tradición que echó raíces en el conjunto de Mesoamérica, pues la vemos reproducirse en los reinos mayas del Posclásico, cuya legitimidad se hacía descender de una legendaria Tulán Zuywá, la Tollan maya, que según mi interpretación es Chichén-Itzá.[14]

En el imaginario político de los mayas de Yucatán, Tulán Zuywá es la capital donde se originó el poder y gobernó Nakxit (Cuatro Pies en naua), el modelo de los príncipes. Según el *Popol Vuh*, Tulán Zuywá fue la matriz de donde salieron los pueblos que fundaron los reinos más importantes del Posclásico. Dice el libro que en Tulán Zuywá se congregaron numerosos pueblos que más tarde, al derrumbarse esta ciudad, se asentaron en diversas regiones de Guatemala: los k'iche', los rabinal, los kaqchikeles, los tziquinahá y los yaquis, el nombre que se le daba a la gente originaria del México central, quienes seguramente eran

[13] ALVA IXTLILXÓCHITL, 1972, p. 387.

[14] En un estudio inédito, "Chichén Itzá, Teotihuacán y los orígenes del *Popol Vuh*", sostengo que Chichén Itzá es la Tulán Zuywá o Tulán a que se refieren el *Popol Vuh*, el *Título de Totonicapán*, el *Memorial de Sololá* y otros textos mayas.

teotihuacanos. Narra el *Popol Vuh* que en Tulán Zuywá les fueron otorgados los dioses patrones a los jefes de cada pueblo. Más tarde, cuando otras oleadas de migrantes llegaron a Tulán Zuywá, los k'iche' decidieron dejar esa ciudad y buscar tierras nuevas donde asentarse.[15]

El *Popol Vuh* se refiere otra vez a Tulán Zuywá cuando relata el viaje de los jefes k'iche' que suceden a los fundadores de ese linaje. Los nuevos dirigentes del pueblo k'iche' viajaron a Tulán Zuywá obedeciendo el mandato de sus antepasados, quienes les habían ordenado visitar la ciudad mítica para legitimar la posesión de los cargos políticos. Así, cuando llegaron ante Nakxit, el supremo gobernante, éste les otorgó los emblemas del poder, las insignias de Guardián del Petate y del Guardián del Petate de la Casa de Recepción, un juego completo de los emblemas del señorío, y la escritura de Tulán, el libro donde se habían atesorado las tradiciones de Tulán Zuywá.[16] Otro testimonio k'iche', el *Título de Totonicapán*, confirma los pasajes del *Popol Vuh* acerca del viaje memorable a Tulán Zuywá. Dice este texto que los jefes k'iche' viajaron a donde sale el sol, el oriente, para visitar al señor Nakxit y cuando llegaron ante él recibieron de sus manos los símbolos del señorío.[17]

Los *Anales de los Cakchiqueles*, también conocidos como *Memorial de Sololá*, cuya redacción en español data de fines del siglo XVI, narran la peregrinación del pueblo kaqchikel a la legendaria Tulán Zuywá, donde recibieron sus dioses y pagaron tributo a los gobernantes de esa metrópoli multiétnica. Ahí se juntaron con otros grupos mayas: los de rabinal, los tzotziles, los k'iche', los lamarquis y los akanales. Luego, al igual que los otros pueblos, fueron presentados a

[15] *Popol Vuh*, 1950, pp. 110-116.

[16] *Popol Vuh*, 1950, pp. 142-143 y *Popol Vuh*, 1985, pp. 183-184.

[17] El *Título de Totonicapán*, 1983, pp. 174 y 182-183. Este texto describe con detalle los símbolos del poder otorgados por Nakxit: "El palio de pluma de Quetzal, el palio verde, el trono de león, el trono de jaguar, la flauta, el tambor, las piedras negras y amarillas, la cabeza y las patas de venado, los huesos de falange de águila y jaguar, el caracol, la red de tabaco, las plumas de garza, la cola de buitre, el brazalete, las trenzas, la piedra de hongo [todas] las señales de señorío fueron juntadas".

Nakxit, el señor de Tulán Zuywá, quien les dio los títulos de Ajpop y Ajpop Qamahay y les otorgó las insignias del poder, les horadó la nariz y les regaló los ornamentos y vestidos reales. Dirigiéndose a todos los jefes, dijo Nakxit: "Subid a estas columnas de piedra, entrad a mi casa. Os daré a vosotros el señorío, os daré las flores [cempasúchil]".[18]

Estos textos establecen sin lugar a dudas que en el imaginario maya de los siglos XIII al XVI, Tulán, Wukub Siwan o Sewan Tulán (Siete Cuevas o Siete Barrancas), era la ciudad progenitora de las tribus que poblaron las tierras altas de Guatemala, y Nakxit Quetzalcóatl el gobernante supremo a quien rendían homenaje los pueblos de esta región.[19] Es decir, esta Tulán oriental, Chichén Itzá, es para los pueblos mayas el equivalente de Tollan-Teotihuacán para los pueblos nauas.

Los primeros interesados en conservar la memoria de la Tollan primordial fueron los mismos descendientes de ese reino. Por eso hay un hilo de continuidad que nace en Teotihuacán y se enlaza con Xochicalco, Cacaxtla, Cholula, Coixtlahuaca, Cuauhtinchan, Tula, Colhuacán y Texcoco, hasta llegar a México-Tenochtitlán, que eran pueblos unidos por la lengua naua y un pasado común. Tula y Tenochtitlán fueron los estados más fuertes después de Tollan-Teotihuacán. Eran reinos nauas y almacenaron en sus templos y bibliotecas las tradiciones que provenían de la primera Tollan. Saqueados o quemados los repositorios donde se había concentrado la tradición tolteca, a nosotros sólo llegó la memoria de Tollan guardada por los mexicas. Tenochtitlán conservó un recuerdo hiperbólico de las glorias de Tollan-Teotihuacán.

Las metáforas mexicas que describen a Tollan como cuna de las artes y las ciencias, reino ubérrimo, ciudad magnífica y hogar de sabios y artesanos insuperables, brindan una visión idealizada del primer Estado poderoso fundado en el Altiplano. Asimismo, el lenguaje religioso, el más inaprensible porque habla de cosas inexistentes en la realidad, acuñó una me-

[18] *Memorial de Sololá*, 1950, pp. 48-49, 54-61 y 67-68.

[19] Florescano, 1999, pp. 149-159.

táfora inolvidable para celebrar los orígenes del Estado teotihuacano: el mito de la creación del Quinto Sol.

La arqueología muestra que antes de Tollan existió un Estado olmeca en las tierras calientes de Veracruz y Tabasco. Asimismo, en los valles de Oaxaca se asentó el Estado que construyó Monte Albán, y recientemente los arqueólogos que hallaron en la selva del Petén guatemalteco ciudades gigantescas, como El Mirador y Nakbé, reconocieron la presencia de organizaciones políticas complejas. Pero ninguna de estas construcciones alcanzó el prestigio político, la irradiación mitológica y el fulgor cultural que rodearon a Tollan-Teotihuacán. La sola mención de los logros realizados por el reino tolteca en los primeros años de la época Clásica es impresionante: edificó la ciudad más grande, planificada y majestuosa del continente;[20] levantó un ejército formidable, dotado de armas poderosas y estrategias innovadoras, que impuso su dominio en la costa de Veracruz y Tabasco, en los valles de Puebla, Tlaxcala y Oaxaca, y sometió las pujantes ciudades mayas de las tierras altas y algunos de los reinos del Petén guatemalteco.[21]

Pero quizá el logro más duradero de los pobladores de Tollan consistió en envolver esas hazañas en los lenguajes del mito, el rito y la ideología política. El mito del Quinto Sol, con su cauda de alegorías magnéticas (la creación de los seres humanos, la vida civilizada y la dinastía real), y el mito de Tollan, el arquetipo de los reinos, se convirtieron en el paradigma de los mitos de origen de los estados posteriores.

LA INVASIÓN ESPAÑOLA Y LA MULTIPLICACIÓN DE LAS REPRESENTACIONES DEL PASADO

La conquista de México-Tenochtitlán fue seguida por la imposición de la concepción cristiana de la historia, la destrucción de los códices indígenas, el asentamiento de las

[20] MILLON, 1973.
[21] Véase MARTIN, 2001, pp. 98-111.

formas grecorromanas, renacentistas y medievales para relatar el pasado, y la aparición de nuevos sujetos de la historia. El *tlatoani* y el reino indígena fueron sustituidos por el conquistador, el fraile y la nación castellana, y por la aparición de nuevos actores del relato histórico, como el cabildo, la orden religiosa, las capitales provinciales y el reino de la Nueva España. Es decir, en contraste con el dominio hegemónico del mito mesoamericano que narraba el origen del cosmos, las plantas cultivadas, los seres humanos y el establecimiento de los reinos, en la Nueva España surgen múltiples interpretaciones del pasado, casi todas enemigas una de la otra, ensimismadas en la reconstrucción del pasado del propio grupo, e incapaces de ofrecer una visión de conjunto del extenso y fragmentado virreinato.[22] Se trata de historiografías de tradición occidental, seguidoras del modelo de la crónica y dominadas por el afán de relatar el encumbramiento de España, las gestas de sus conquistadores y evangelizadores y los logros de la obra civilizadora en el territorio americano.[23]

A pesar de su número y calidad, no fueron las representaciones del pasado elaboradas por los cronistas oficiales de la corona española las que hicieron brillar los contornos del virreinato. El relato que sedujo a los estudiosos de la reconstrucción del pasado fue el que más tarde sería bautizado con el nombre de "patriotismo criollo", una primera versión de la historiografía nacionalista que recorrió los principales estados europeos en el siglo XIX, y que en América se expresó en obras magistrales que modificaron la interpretación del desarrollo histórico.[24] Como lo mostró David Brading, *La crónica moralizada, del orden de San Agustín en el Perú* (1638), del peruano Antonio de la Calancha, y la *Historia antigua de México* (1780), del mexicano Francisco Xavier Clavijero, fueron las primeras que revaloraron la naturaleza, la historia antigua y las creaciones culturales de los americanos y promovieron entre sus lectores un senti-

[22] Trato estos temas en *Memoria mexicana*. FLORESCANO, 2001, cap. V.
[23] Véase BRADING, 1991.
[24] BRADING, 1980 y ANDERSON, 1991.

miento de identidad y orgullo patrio basado en esa nueva interpretación del pasado.[25]

Otra prueba de la existencia de diferentes representaciones del pasado en el virreinato nos la brinda la reciente interpretación de los *Títulos de Tierras* producidos por los pueblos o Repúblicas de Indios de la Nueva España entre los siglos XVII y XVIII. Los primeros *Títulos* que se estudiaron estaban escritos en naua, así como los llamados *Códices Techialoyan*, copiosamente ilustrados, los cuales levantaron sospechas de falsedad por el carácter estereotipado de sus pinturas y por algunas alteraciones en sus fechas. Pero como lo muestra el análisis comparado del conjunto, se trata de documentos auténticos. Fueron hechos por los principales del pueblo o los representantes de la comunidad ante las reiteradas exigencias de las autoridades que pedían a los indígenas presentar documentos escritos basados en las normas legales en uso. Salvo las fechas y los nombres de algunos personajes que figuran como testigos de la fundación del pueblo, los datos proporcionados por los *Códices Techialoyan* corresponden a la geografía y la circunstancia histórica del lugar al que se refieren. Sabemos ahora que estos documentos no fueron hechos en el siglo XVI, pues comenzaron a elaborarse después de las composiciones de tierras que se iniciaron en 1643 y 1647. Además de proporcionar una información verídica, abundante y excepcional sobre los orígenes y organización de numerosos pueblos, los *Códices Techialoyan* y los *Títulos primordiales* brindan una documentación invaluable sobre las formas cómo se articulaba y fortalecía la identidad en estos pueblos, y sobre sus modos particulares de reproducir el pasado.[26]

Antes de que se estudiaran estos documentos, era común encontrar argumentaciones que sostenían que los pueblos indígenas habían perdido su memoria histórica, pues se decía que no existían textos que mostraran su articulación con

[25] BRADING, 1991, caps. XV y XX y ANDERSON, 1991, cap. 4. Otra interesante lectura de la historiografía de la Ilustración americana y española del siglo XVIII puede verse en la obra de CAÑIZARES-ESGUERRA, 2001.

[26] FLORESCANO, 2002, pp. 210-229.

el pasado. Sin embargo, el análisis cuidadoso de los *Títulos* nauas, purépechas, mixtecos y mayas, mostró que los dirigentes de los pueblos convirtieron estos testimonios en el almácigo principal de su memoria histórica y en el repositorio de su identidad. Aun cuando producidos en áreas culturales y geográficas distintas, los títulos nauas y purépechas, los *lienzos, tiras* y *mapas* mixtecos, o los *Títulos* mayas, todos estos documentos se caracterizan por incluir una demarcación minuciosa de las tierras del pueblo, un relato de su origen y fundación, una crónica de los principales sucesos ocurridos y una defensa de sus tierras.

Así, por ejemplo los lienzos mixtecos de *Zacatepec, Ihuitlán, Tlapiltepec* o *Tequiztepec*, elaborados a mediados del siglo XVI, narran la historia de esos pueblos, recogen la sucesión de los linajes que los gobernaron y describen el territorio del altépetl y los cambios que experimentó a través del tiempo. Es decir, a diferencia de los *Títulos* nauas y purépechas, los lienzos y títulos mixtecos tienen una profundidad histórica que en algunos casos abarca tres o más siglos.

Los lienzos mixtecos funden la historia del altépetl con los testimonios que corroboran la posesión del territorio desde un tiempo inmemorial. Como observa Mary Elizabeth Smith, la función específica de estos documentos era "proteger las tierras de la comunidad y las propiedades de la nobleza local".[27] Relatan tres aspectos decisivos en la formación del altépetl: el momento de la fundación del pueblo, el origen y la sucesión del linaje gobernante y los límites del territorio. Aun cuando algunos mapas adoptaron el formato redondo del plano europeo, la mayoría de los lienzos tienen forma rectangular. Los lienzos unen la parte narrativa de los antiguos códices con la descripción gráfica del territorio. Pero como advierte Elizabeth Boone, el tiempo parece congelarse en los mapas que describen el territorio del altépetl. Los rasgos del territorio, si bien corresponden a una fecha precisa, aparentan prolongarse sin modificaciones a través del tiempo. "El mapa que domina la mayoría de los lienzos describe el territorio como una en-

[27] SMITH, 1973, p. 169.

tidad espacial que existió en un momento del pasado, pero también transporta esta entidad hacia el [presente del lector y hacia el] futuro, y de este modo le confiere la cualidad de la duración."[28] Este rasgo del mapa dibujado en los lienzos permitió más tarde la conversión del lienzo en *Título*, en documento legal utilizado por los pueblos para probar la posesión inmemorial de sus tierras.

Los lienzos, al describir los orígenes del pueblo, la sucesión de sus gobernantes y los rasgos del territorio, se convirtieron en el núcleo memorioso de la comunidad. Almacenaron en sencillas telas de algodón pintadas los fundamentos sobre los que descansaba la existencia histórica del pueblo y por eso los pueblos conservaron esas mantas con el mayor celo durante los tres siglos del virreinato. En Oaxaca, los lienzos fueron el principal instrumento para defender las tierras de los caciques, primero, y, más tarde, las tierras comunales de los pueblos.[29]

La existencia de los llamados *Títulos* en el ámbito naua o purépecha, o entre los mixtecos o mayas, prueba que se trata de una expresión cultural con raíces, contenido y formato comunes. Y la multiplicación de estos testimonios en diferentes tradiciones culturales permite sostener que estamos ante un artefacto especialmente creado para conservar y transmitir la memoria colectiva, producto de la interacción entre la cultura mesoamericana y la occidental. La administración española, al imponer a los pueblos nativos una nueva forma de legitimar la posesión de la tierra, obligó a éstos a desplegar una gama de dispositivos para satisfacer esa exigencia. En primer lugar, recurrieron a sus propias tradiciones, a los recipientes donde se había almacenado la memoria que explicaba sus orígenes y la constitución de sus pueblos. El canto que narraba el origen de los seres humanos, la fundación del reino, el linaje de los gobernantes y los avatares del grupo étnico, fue la piedra angular a la que acudieron los pueblos para sostener su identidad y afirmar la antigüedad de sus posesiones territoriales.

[28] BOONE, 2000, pp. 126-127.
[29] SMITH, 1973, p. 10 y SMITH y PARMENTER, 1991, pp. 20 y 32.

Los lienzos, mapas y *Títulos* oaxaqueños tomaron su información histórica y la sustancia identitaria del *Códice de Viena*, la gran enciclopedia donde sus antepasados habían depositado los fundamentos del reino y la nación. Lo mismo hicieron los pueblos mayas con el *Popol Vuh*, el almácigo que nutrió los *Títulos* y probanzas que sustentaron la antigüedad de sus pueblos y posesiones territoriales, así como los mexicas y pueblos nauas, herederos de Teotihuacán, la matriz civilizadora de Mesoamérica.[30]

Una simbiosis continua entre la tradición indígena y la occidental es ahora la que forja la nueva identidad de los pueblos. Quizá la contribución más significativa de los lienzos, mapas y *Títulos* de las diversas regiones de la Nueva España radique en su capacidad para esclarecernos el proceso mediante el cual los grupos nativos construyeron su nueva identidad mestiza. Es un proceso que muestra cómo reescribieron su pasado y crearon testimonios históricos asentados en ambos legados, pero portadores de una nueva identidad. La memoria que alienta en los lienzos, mapas y *Títulos* oaxaqueños, nauas o mayas es una memoria con un trasfondo histórico profundo, apoyada en los más remotos arquetipos de la conciencia mesoamericana, pero transformada por las disrupciones de la invasión española: conquista, congregación de pueblos, implantación del cristianismo, creación del fundo legal, imposición de la legislación española sobre la tierra, expansión del lenguaje escrito en alfabeto latino y constitución del pueblo como eje de la vida material y cultural de la comunidad. Los lienzos, mapas y *Títulos*, al incorporar esos diversos procesos, se convirtieron en invaluables testimonios históricos de su tiempo y en nuevas formas de contar y transmitir el pasado.[31] La representación del pasado que aparece en estos testimonios puede citarse como ejemplo preclaro de una "comunidad comprometida con el reto de sobrevivir mediante la memoria".

[30] Florescano, 2002, pp. 260-264, cuadro vii.

[31] Florescano, 2002, pp. 260-264.

HISTORIA Y NACIÓN EN LOS SIGLOS XIX-XX

La conjunción más lograda entre la reconstrucción histórica y la representación de la nación se alcanzó en el siglo XIX, cuando la formación del Estado nacional convirtió la investigación y la enseñanza de la historia en el centro de ese empeño. En un libro que se volvió referencia ineludible, Josefina Vázquez mostró que el nacionalismo mexicano del siglo XIX se forjó en las aulas y se construyó alrededor de las lecciones de historia patria que difundieron los libros de texto.[32] Por otra parte, los brillantes estudios de Edmundo O'Gorman sobre la *Historia de la Revolución de Nueva España* de fray Servando Teresa de Mier, y el análisis de Guy Rozat de las obras de Carlos María de Bustamante, iluminaron la peculiar formación del nacionalismo histórico mexicano, fundado en la recuperación del antiguo pasado indígena, el fervor guadalupano y el anhelo de construir un Estado laico, asentado en los principios republicanos y liberales.[33]

Las obras de Mier y Bustamante muestran que la rebelión de Hidalgo de 1810 y la posterior proclamación de la República federal en 1824 cambiaron el sujeto de la indagación histórica y el sentido del rescate del pasado. El anhelo de crear un Estado autónomo convirtió el territorio, el pueblo y las transformaciones de la sociedad en el tiempo, en el centro del rescate del pasado y del proyecto histórico. Literalmente, la historia recibió el encargo de iluminar el origen, explicar los fundamentos y describir los episodios estelares de la formación de la nación. La aparición de este nuevo sujeto, la nación, modificó el contenido de la narración histórica.

En lugar de la concepción del devenir histórico dominada por los valores cristianos, la indagación del pasado comenzó a ser dirigida por la formación del Estado-nación. Los antiguos protagonistas del discurso histórico, el con-

[32] VÁZQUEZ, 1970.
[33] MIER, 1922 y 1978 y BUSTAMANTE, 1985. Sobre este nacionalismo histórico véase la obra reciente de ROZAT, 2001.

quistador, las órdenes religiosas, la Iglesia y el Estado español, fueron sustituidos por los patriotas que combatieron por la Independencia, por los políticos que se esforzaron en darle forma al Estado nacional, por los héroes que ofrendaron sus vidas por la República, por las revoluciones que propulsaron los cambios políticos y sociales, y por los mexicanos, como se llamó en adelante a la diversidad de individuos y grupos que componían la población. Siguiendo los pasos de la historiografía europea de la Ilustración,[34] la mexicana se concentró en el relato de la formación de la nación y la identidad nacional, como lo muestra con fuerza *México a través de los siglos*, la empresa colectiva dirigida por Vicente Riva Palacio.[35]

Justo Sierra remata este proceso. Su *Evolución política del pueblo mexicano* es una narración de los acontecimientos políticos que forjaron el Estado nacional, un relato que combina los hechos individuales con los movimientos colectivos que culminaron con la Independencia, la Reforma y la creación del Estado nacional.[36] En este sentido, como advierte Álvaro Matute, la *Evolución política del pueblo mexicano* "se ha concebido como un romance; es decir, el protagonista de la historia, el pueblo mexicano en constante evolución, se enfrenta a diferentes obstáculos [...] Sin embargo, el pueblo avanza y logra el fin supremo propuesto [...]" "Si se toma en conjunto al pueblo mexicano, se trata de una gran metáfora en la que el pueblo es el verdadero héroe de la historia."[37]

La sustitución de la concepción cristiana de la historia por una historia nacional se realiza bajo la acción del Estado y sus instituciones. El Estado es el primer propulsor de

[34] El mejor estudio sobre la historiografía europea de la Ilustración es el libro de POCOCK, 1999.

[35] RIVA PALACIO, 1884-1889. En FLORESCANO, 2002 hago un estudio de los rasgos historiográficos que convirtieron a esta obra en el modelo de los relatos de la historia nacional.

[36] Esta obra se publicó primero, entreverada con otros estudios de diversos autores, en SIERRA, 1900-1902. Más tarde Alfonso Reyes extrajo de esta obra los capítulos de Justo Sierra y los editó bajo el título de *Evolución política del pueblo mexicano,* SIERRA, 1950.

[37] SIERRA, 1993, pp. 21 y 25.

la historia nacional, el definidor de sus contenidos y el instrumentador de su difusión en los diversos sectores sociales y en los lugares más apartados del territorio nacional. Los medios que imaginó para alcanzar estos objetivos, además del libro de historia y el sistema educativo, fueron el calendario cívico y la pintura de historia.

El calendario cívico que celebraba las batallas y los héroes que fundaron la nación, reemplazó al calendario religioso que por siglos había regido el transcurso temporal: "Los santos fueron desplazados por los héroes y los mártires de la fe por los mártires de la patria".[38] El libro de historia sustituyó a la Biblia como surtidor de valores, temas y personajes morales, y el manual de historia se impuso como lectura obligatoria en la enseñanza básica.[39] A estos cambios siguió una revolución en el ámbito del arte: la sustitución de la pintura de tema religioso por la de tema laico. Durante siglos la pintura había sido una expresión privilegiada de la historia sagrada (la Biblia) y de los valores morales cristianos, una sucesión de imágenes que tenían el propósito de identificar a los individuos con la comunidad cristiana. Desde fines del siglo XVIII la pintura de los acontecimientos que forjaron la nación desalojó del escenario público a la historia religiosa y divulgó una imagen cívica, patriótica, republicana y nacionalista.

Inmediatamente después de la independencia surgió una iconografía dominada por los héroes, los emblemas y los símbolos nacionales. Sin embargo, la institución dedicada al cultivo y la promoción de las artes plásticas, la Academia de San Carlos, fundada en 1778 por los Borbones, seguía atada a sus orígenes neoclásicos. Sus influyentes exposiciones anuales, que comenzaron a celebrarse en 1849, eran una copia de los cánones establecidos en Roma, París o Madrid. Las exposiciones de la mitad del siglo fueron justamente criticadas por su contenido extranjerizante y la ausencia de una escuela mexicana de pintura. Paradójicamente, quien primero respondió a esta demanda naciona-

[38] PÉREZ VEJO, 2001, pp. 75-110.
[39] Véase ROZAT, 2001.

lista fue el archiduque Maximiliano, quien entre 1864 y 1867 mandó pintar los retratos de los héroes fundadores de la República (Hidalgo, Morelos, Guerrero, Iturbide...)[40]

Luego del triunfo de Juárez, Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez y otros patriotas exigieron asentar en las artes y las letras los cimientos del alma nacional.[41] Ramírez decía en 1869: "Es urgente dotar a la capital de la República de un establecimiento exclusivamente encargado de recopilar, explicar y publicar todos los vestigios anteriores a la conquista de la América; la sabiduría nacional debe levantarse sobre una base indígena".[42] Varios pintores se preguntaban en esos años por qué en la Academia de San Carlos no había surgido una escuela mexicana de pintura que expresara las tradiciones del país y recordara sus grandes momentos y personajes. Presionado por estas demandas, Ramón Alcaraz, el director de la Academia, lanzó en noviembre de 1869 una convocatoria para un concurso de pinturas históricas de tema mexicano. Los premios y reconocimientos de la Academia, decía Alcaraz, habrían de enaltecer los episodios sobresalientes de la historia nacional y preservar la memoria de sus hombres ilustres.[43]

Las exposiciones promovidas por la Academia sobrepasaron los vaticinios más optimistas. Crearon, efectivamente, los cimientos de una escuela mexicana de pintura, convirtieron esas exposiciones en un acontecimiento nacional e hicieron de la obra plástica un nuevo intérprete del pasado. La iniciativa de pintar cuadros históricos le abrió paso a una interpretación plástica de la antigüedad indígena, la conquista, el virreinato y la historia moderna. En las pinturas de José Obregón (*El descubrimiento del pulque*, 1869) y de Rodrigo Rodríguez (*El senado de Tlaxcala*, 1875), la representación del pasado prehispánico experimentó un cambio sustancial. En estas obras el indígena es el primer actor de la escena histórica, y ésta cobra el aire de una antigüedad

[40] Pérez Vejo, 2001, pp. 77 y 95-97.
[41] Véase Casanova García, 1987.
[42] Giron, 1976, pp. 51-83 y Martínez, 1955.
[43] Citado por Widdifield, 1996, p. 180.

clásica. Estas pinturas, como las esculturas de Manuel Vilar de Moctecuhzoma (1850) y Tlahuicole (1852), o el monumento a Cuauhtémoc (1886) de Miguel Noreña, son las primeras que le otorgan al indígena un lugar protagónico en el escenario histórico y lo muestran representando valores más altos que los de sus conquistadores.[44]

El episodio de la conquista, el preferido en la literatura y la pintura del conquistador, cambió de significado. En lugar de exaltar el poder expansivo del imperio español o el genio político de Hernán Cortés, los lienzos de Félix Parra, *Fray Bartolomé de las Casas* (1875) y *Masacre de Cholula* (1877), son una condena de ese acontecimiento, que se representa como cruel, atroz y sanguinario, "y como algo todavía dolorosamente presente y, por lo tanto, susceptible de un juicio moral".[45] La representación del siglo XIX, después de la catastrófica experiencia de la pérdida del territorio, la humillación militar y la guerra civil, se transfiguró, a través de la pintura y la escultura, en un cortejo de héroes que comenzaba con el retrato de los libertadores, seguía con la imagen de los hombres de la Reforma y concluía con los vencedores del ejército francés. La imagen más radiante de este desfile heroico era la de la patria, transfigurada en una mujer mestiza, hermosa y triunfal. De este modo, como dice Tomás Pérez Vejo, la pintura de historia se afirmó como un género "más elocuente que cien libros".[46]

Después de los años de reconstrucción que siguieron a la Revolución de 1910, renació el proyecto de fundar el Estado en sus raíces indígenas y en los valores republicanos y nacionalistas. Con la fuerza del Estado revolucionario cobró impulso el movimiento nacionalista más original y exitoso de América Latina, fincado en la recuperación del pasado y la pintura de historia.

El rescate histórico fue acompañado por la exploración arqueológica y los estudios lingüísticos, etnográficos, musi-

[44] WIDDIFIELD, 1996, pp. 42-45. Véase, especialmente, los ensayos de Esther Acevedo y Eloísa Uribe contenidos en URIBE (comp.), 1987.

[45] WIDDFIELD, 1996, cap. 3.

[46] PÉREZ VEJO, 2001, p. 6.

cales, folclóricos, artísticos, arquitectónicos y culturales. Estas distintas manifestaciones del pasado y estas variadas tradiciones, procedentes de regiones específicas, fueron repentinamente proyectadas al rango de emblemas y prototipos nacionales, cuando se cruzaron con los medios de comunicación modernos: la fotografía, el radio, el cine, el periódico, la televisión. La pintura mural, por ejemplo, que era una antigua tradición europea (medieval y renacentista) y mexicana (mesoamericana y colonial), tuvo una proyección inusitada cuando José Vasconcelos, el secretario de Educación, le dio a los pintores las paredes de los principales edificios públicos.

El muralismo, como dice Octavio Paz, es un parto de la Revolución:

> Sin la Revolución esos artistas no se habrían expresado o sus creaciones habrían adoptado otras formas; asimismo, sin la obra de los muralistas la Revolución no habría sido lo que fue. El movimiento muralista fue ante todo un descubrimiento del presente y el pasado de México, algo que el sacudimiento revolucionario había puesto a la vista: la verdadera realidad de nuestro país no era lo que veían los liberales y los porfiristas del siglo pasado sino otra, sepultada y no obstante viva... Todos tenemos nostalgia y envidia de un momento maravilloso que no hemos podido vivir. Uno de ellos es ese momento en el que, recién llegado de Europa, Diego Rivera vuelve a ver, como si nunca la hubiese visto antes, la realidad mexicana.[47]

El muralismo se convirtió en una expresión de la épica revolucionaria; pintó de manera exaltada e inolvidable a sus héroes y resumió en colores atractivos y en un discurso didáctico los muchos siglos del pasado mexicano. José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y otros muralistas plasmaron en las paredes escenas y personajes del pasado con tal fuerza que esas imágenes, llenas de vida, acabaron por representar momentos decisivos de la historia mexicana. Diego Rivera, sobre todo, quiso ser un profesor de historia y un agitador de conciencias:

[47] Citado por Monsiváis, 2000, pp. 989-990.

> Tenía —dice— la ambición de reflejar la expresión esencial, auténtica de la tierra. Quería que mis obras fueran el espejo social de México [...] Me propuse ser [...] un condensador de las luchas y aspiraciones de las masas y a la vez transmitir a esas mismas masas una síntesis de sus deseos que les sirviera para organizar su conciencia y ayudar a su organización social.[48]

Su obra no modificó los procesos históricos delineados por Justo Sierra en la *Evolución política del pueblo mexicano.* Pero tuvo la obsesión, como advirtió Octavio Paz, de ser didáctico, discursivo y prolijo. Sus lienzos históricos difundieron una visión maniquea del pasado, conformada por un enfrentamiento pertinaz entre los campesinos y trabajadores pobres contra los latifundistas, empresarios, militares, políticos, sacerdotes e intelectuales explotadores. Y también mostró, en sus extraordinarias reproducciones de la antigua Tenochtitlán o de las labores campesinas, el poder "incantatorio" que adquiere la imagen cuando se une con la reconstrucción del pasado.

Quizá uno de los logros más altos de estas representaciones del pasado que conjugan el rescate arqueológico, la antropología y la imagen, sea el de los museos fundados en el siglo XX. Ya en el Museo Nacional de Historia, que inauguró Porfirio Díaz en 1911, había coincidido la acumulación de piezas históricas selectas con el despliegue museográfico dedicado a atraer e instruir al espectador. Pero correspondió al Museo de Antropología inaugurado en 1964 el privilegio de ser el recinto público donde la riqueza y calidad de los objetos exhibidos se unió con su exacta ubicación histórica y científica, en un marco en el que la presentación de las piezas, la iluminación y el entorno museográfico contribuían a darle al conjunto una proyección inusitada y cautivadora. De este modo, los arqueólogos, historiadores y antropólogos transformaron la idea que se tenía del museo. En lugar de ser "una especie de almacén de curiosidades", el museo se convirtió en una institución científica dedicada al acopio y clasificación de sus colecciones, en un centro de investigación y en un me-

[48] Citado por MONSIVÁIS, 2000, p. 990.

dio poderoso de difusión cultural. La unión entre conocimiento histórico e imagen convirtió al museo en un reflector poderoso del pasado, en un símbolo de identidad y en el arca preciosa donde se guarda el patrimonio nacional.[49]

El influyente libro de Benedict Anderson sobre las comunidades imaginadas construidas por los nacionalismos de los siglos XIX y XX, señaló como principales artífices de estos edificios el relato histórico, el censo, el mapa y el museo. Como se ha visto en este repaso fragmentario de la construcción de la memoria colectiva mexicana, los principales activadores de esa memoria, y de la idea de nación e identidad nacional, han sido el texto en su forma de relato histórico, la pintura de historia, los mapas y el museo (el imaginario visual). El censo, la novela, la poesía y el teatro casi nunca se han considerado como fuentes importantes de la representación del pasado. A estos grandes huecos en el estudio de la construcción de la nación debe agregarse el más notorio de todos: la ausencia de investigaciones sobre la concepción política de la nación elaborada por los grupos conservadores y la Iglesia.

REFERENCIAS

AGUILAR CAMÍN, Héctor *et al.*

1976 *En torno a la cultura nacional.* México: Instituto Nacional Indigenista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Presencias, 14».

ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de

1972 *Obras históricas.* Estudio introductorio de Edmundo O'Gorman. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ANDERSON, Benedict

1991 *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* Londres: Verso.

[49] FLORESCANO, 1997, pp. 163-170.

APPIAH, Kwame Anthony

2003 "You Must Remember This", en *The New York Review of Books*, L:4 (13 mar.), pp. 35-37.

BOONE, Elizabeth Hill

2000 *Stories in Red and Black. Pictorial Histories of the Aztecs and Mixtecs.* Austin: University of Texas Press.

BRADING, David

1980 *Los orígenes del nacionalismo mexicano.* México: Era.

1991 *The First America.* Cambridge: Cambridge University Press.

BUSTAMANTE, Carlos María de

1985 *Cuadro histórico de la Revolución mexicana.* Edición facsimilar de la de J. Mariano Lara. México: Fondo de Cultura Económica, 5 vols.

CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge

2001 *How to Write the History of the New World.* Stanford: Stanford University Press.

CASANOVA, Rosa

1987 "1861-1876", en URIBE (comp.), pp. 113-183.

CLAESSEN, Henri M. y Peter SKALNIK

1978 *The Early State.* The Hague: Mouton Publishers.

COHEN, Ronald

1978 "State Origins: A Reappraisal", en CLAESSEN y SKALNIK, pp. 31-75.

FLORESCANO, Enrique

1997 "La creación del Museo Nacional de Antropología", en FLORESCANO (comp.), vol. II, pp. 147-171.

1999 *Memoria indígena.* México: Taurus.

2001 *Memoria mexicana.* México: Taurus.

2002 *Historia de las historias de la nación mexicana.* México: Taurus.

FLORESCANO, Enrique (comp.)

1997 *El patrimonio nacional de México.* México: Fondo de Cultura Económica.

GIRÓN, Nicole

1976 "La idea de cultura nacional en el siglo XIX: Altamirano y Ramírez", en AGUILAR CAMÍN *et al.*, pp. 51-83.

GRUBE, Nikolai (comp.)

2001 *Los mayas. Una civilización milenaria.* Editado por Nikolai Grube con la colaboración de Eva Eggebrecht y Matthias Seidel. Colonia: Könemann.

HALBWACHS, Maurice

1994 *Les cadres sociaux de la mémoire.* Prefacio de Gérard Namer. París: Albin Michel.

MARGALIT, Arishai

2002 *The Ethics of Memory.* Harvard: Harvard University Press.

MARTIN, Simon

2001 "La gran potencia occidental: los mayas y Teotihuacan", en GRUBE, pp. 98-111.

MARTÍNEZ, José Luis

1955 *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX.* México: Imprenta Universitaria.

Memorial de Sololá

1950 *Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles. Título de los señores de Totonicapan.* Edición de Adrián Recinos. México: Fondo de Cultura Económica.

MIER, Servando Teresa de

1922 *Historia de la Revolución de la Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813.* México: Imprenta de la Cámara de Diputados.

1978 *Ideario político.* Prólogo, notas y cronología de Edmundo O'Gorman. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

MILLON, René

1973 *Urbanization at Teotihuacan, Mexico.* Austin: University of Texas Press.

MOMIGLIANO, Arnaldo

1986 *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia.* México: Fondo de Cultura Económica.

MONSIVÁIS, Carlos

2000 "Notas sobre la cultura mexicana", en *Historia general de México.* México: El Colegio de México, pp. 957-1076.

PÉREZ VEJO, Tomás

2001 "Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes", en *Historia y Grafía,* 16, pp. 75-110.

POCOCK, John Greville Agard

1999 *Barbarism and Religion.* Cambridge: Cambridge University Press, 2 vols.

Popol Vuh

1950 *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché.* Edición de Adrián Recinos. México: Fondo de Cultura Económica.

1985 *El libro maya del albor de la vida y las glorias de dioses y reyes.* Traducido del quiché por Dennis Tedlock. México: Diana.

RIVA PALACIO, Vicente

1884-1889 *México a través de los siglos.* México: J. Ballescá y Cía. Editores, 5 vols.

ROZAT, Guy

2001 *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional.* México: Universidad Iberoamericana.

SAHAGÚN, Bernardino de

2000 *Historia general de las cosas de la Nueva España.* Introducción, paleografía y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 3 vols.

SIERRA, Justo

1900-1902 *México y su evolución social.* México: J. Ballescá y Cía. Editores, 2 vols.

1950 *Evolución política del pueblo mexicano.* México: Fondo de Cultura Económica.

1993 *Evolución política del pueblo mexicano.* Estudio introductorio de Álvaro Matute. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

SMITH, Mary Elizabeth

1973 *Picture Writing from Ancient Southern Mexico. Mixtec Place Signs and Maps.* Norman: University of Oklahoma Press.

SMITH, Mary Elizabeth y Ross PARMENTER

1991 *The Codex Tulane.* New Orleans, La.: Middle American Research Institute, Tulane University.

El Título de Totonicapán

1983 *El Título de Totonicapán.* Edición facsimilar, transcripción y traducción de Robert M. Carmack y James L.

Mondloch. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

TONKIN, Elizabeth

1992 *Narrating our Pasts. The Social Construction of Oral History*. Cambridge: Cambridge University Press.

URIBE, Eloísa (coord.)

1987 *Y todo... por una nación. Historia social de la producción plástica de la ciudad de México, 1781-1910*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

1970 *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.

WIDDIFIELD, Stacie G.

1996 *The Embodiment of the National in Late Nineteenth Century Mexican Painting*. Tucson: The University of Arizona Press.

EL PAPEL DE LA ESCULTURA CONMEMORATIVA EN EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN NACIONAL Y SU REFLEJO EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL SIGLO XIX

Verónica ZÁRATE TOSCANO
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

PRELIMINAR

DURANTE EL SIGLO XIX, PARTICULARMENTE en la segunda mitad, poco a poco, la ciudad de México se fue poblando, en sus calles y plazas, de esculturas conmemorativas. La capital de la República Mexicana no tenía antecedentes remotos en cuanto a la colocación de estatuas rememorando a personajes sobresalientes, excepto tal vez por la famosa representación de Carlos IV, mejor conocida como "El Caballito". Desde fines del siglo XVIII, esta imagen del rey distante engalanó la Plaza Mayor, tratando de producir un efecto de presencia simbólica ante la distancia física que separaba al gobernante de la mayoría de sus gobernados.

Además de esta obra de tipo civil, tal vez las únicas estatuas que conocían los novohispanos serían las que representaban a aquellos miembros de la corte celestial a los que se les rendía culto. Estas imágenes, además de formar parte fundamental de los altares y fachadas de las múltiples iglesias, solían abandonar sus sagrados recintos para convertirse en el centro de la atención en las procesiones religiosas que con motivo de festividades, rogativas y demás actos piadosos recorrían las calles montadas sobre lujosas andas.

Una vez que México se constituyó en nación independiente, dentro del proceso de secularización, las procesiones fueron conviviendo y poco a poco cediendo su espacio a los pa-

seos cívicos y los desfiles militares. Y de la misma manera, las imágenes religiosas se fueron sustituyendo, paulatinamente, por estatuas en honor de algunos personajes que habían traspasado el umbral de la inmortalidad para convertirse en héroes, igualmente susceptibles de culto. De esta forma, se aprovechaba una práctica cultural que había demostrado su éxito durante la dominación española, para ritualizar el culto a los héroes y las ceremonias cívicas. Podríamos reconocer que la "religión de la patria" sustituiría a la imaginería colonial, aunque se rescataron algunos aspectos que pervivieron a lo largo de prácticamente todo el siglo.

Teniendo en cuenta lo convulso y cambiante del siglo XIX, no podríamos hablar de un Estado homogéneo que estuviera interesado en configurar una memoria histórica única. En el transcurso de esos años, desfilaron por la silla presidencial los representantes de distintas facciones políticas, a veces etiquetadas como partidos. Éstos enfrentaron no sólo su ideología, sino también sus bastiones, o personajes representativos, y sus fechas conmemorativas. Así, la facción liberal apoyó a Miguel Hidalgo como el héroe de la independencia y resaltó el 16 de septiembre, inicio de la contienda, como la fiesta nacional. En cambio, los conservadores se identificaron con la figura de Agustín de Iturbide y la fiesta del 27 de septiembre, día de la consumación. Y con estos dos proyectos opuestos, se dieron también a la tarea de materializar la historia, de conformar los lugares de la memoria, mediante la construcción de monumentos conmemorativos.

El francés Pierre Nora es el principal exponente de la teoría sobre los lugares de la memoria. Su concepción de la memoria es muy amplia, ya que incluye lugares geográficos, figuras históricas, esculturas conmemorativas y edificios, objetos artísticos y literarios, emblemas, conmemoraciones y símbolos, todos los cuales son el resultado de un proceso del imaginario que codifica y representa la conciencia histórica. Para él, un lugar de memoria es una entidad polirreferencial que puede desdoblarse en una multiplicidad de mitos culturales que son apropiados para diferentes propósitos ideológicos o políticos. La originalidad de los "lieux de

mémoire" consiste en escrutar bajo el microscopio del historiador los ladrillos con que está construido el edificio de las representaciones tradicionales.

Así, los lugares de la memoria fueron utilizados como un mecanismo para construir la historia de una nueva nación, ya que facilitaron la difusión de todos aquellos elementos culturales que contribuyeran a la conformación de una identidad.[1] Y las esculturas conmemorativas desempeñaron un papel fundamental en dicha construcción. Es por eso que, en estas líneas, se persigue el objetivo de demostrar cómo la proyección y concreción de este tipo de obras buscó apoyarse en un pasado selectivo con el fin de sentar las bases para una nación de la que se sintieran parte sus habitantes. Para ello, se hará una revisión de las propuestas para erigir estatuas en honor de los héroes reconocidos como tales por los regímenes en turno. Cabe adelantar que muchas propuestas no pasaron del papel o incluso del yeso, pero otras más lograron concretarse y, aun hoy en día, nos sirven para identificar las raíces históricas que privilegiaron nuestros antepasados.

El análisis se hará a partir de los espacios monumentales, las características de las esculturas conmemorativas y el estudio de los que quedaron en proyecto o se hicieron una realidad. Dejaremos para otra ocasión el examen más detallado de las construidas o ideadas para la ciudad de México durante el siglo XIX. Por ahora sólo haremos unas reflexiones generales.

Espacios monumentales

En términos globales, se ha considerado que los proyectos para instalar esculturas conmemorativas están inmersos en un programa de renovación urbana o en una planeación dirigida del desarrollo de la ciudad. No es gratuito que el Paseo de la Reforma pueda reconocerse como un eje monumental, similar a la Vía Triunfal de París, que va de la pi-

[1] Nora, 1997.

rámide del Louvre al Arco de la Defensa.[2] Además de esta dimensión monumental, el Paseo planeado por el emperador Maximiliano coincidió con la apertura de nuevas zonas residenciales que marcaban el crecimiento de la ciudad capital hacia el poniente. Y por ello tendría sentido poblar de esculturas conmemorativas a esta gran avenida, que poco a poco adquiría un nuevo aspecto con las casas que la enmarcaban. Según Eloísa Uribe, las esculturas "fueron usadas como elementos visuales que atraían al espectador hacia las zonas donde la ciudad iba creciendo: en la apertura de una calle, en un paseo o en un nuevo fraccionamiento".[3]

No podemos pasar por alto la intención política de colocar esculturas conmemorativas en determinados sitios.[4] Cuando llegaban a ocupar un lugar, también contribuían a crear un espacio en el que se había materializado el discurso dominante. Sin embargo, su colocación no necesariamente implicaba la permanencia. Al ser identificados con el régimen que los había ideado y materializado, se podían volver *non gratos* para la facción opuesta, para los gobiernos sucesivos, o incluso para los gobernados; por tanto, sería necesaria su destrucción.

Éste sería el caso de la estatua de Antonio López de Santa Anna, dictador decimonónico que aprovechó su privilegio de presidente para dejar testimonio de sus hazañas por medio de retratos, cuadros conmemorativos y monumentos.[5] Y si no lo hizo directamente, sí supo alentar a sus seguidores para rendirle en vida los honores de un héroe, condición que, por lo general, sólo se alcanzaba con el martirio o la muerte. Así, José Rafael Oropeza, empresario del nuevo mercado de El Volador, contrató al escultor español Salustiano Veza con el fin de que fundiera en bronce una estatua de tres metros de altura para colocarla en lo alto de una columna.[6] La gran

[2] Para más detalles sobre este tema, véase ZÁRATE [en prensa].

[3] URIBE, 1982, p. 73.

[4] Sobre el papel de la intervención del Estado en las estatuas del Paseo de la Reforma, véase TENENBAUM, 1994.

[5] ACEVEDO, 2000, p. 192.

[6] Archivo de Notarías, México, Francisco de Madariaga, n. 426, 25 de noviembre de 1843.

inauguración de la escultura conmemorativa, situada precisamente en la plaza de El Volador, se llevó a cabo el 13 de junio de 1844, cumpleaños del presidente.[7] Sin embargo, apenas seis meses después, fue blanco de los ataques de la turba. En diciembre hubo un pronunciamiento contra el presidente y el pueblo arremetió contra todo lo que le recordara a Santa Anna, cuya impopularidad crecía cada vez más. Como por su ausencia no se le podía agredir personalmente, se atacaban los símbolos que reflejaran su imagen y recordaran su memoria: las esculturas conmemorativas.[8]

Al referir lo anterior, es inevitable hacer una comparación, guardada toda proporción, con la actitud de los parisinos de la Comuna de 1871 que tumbaron la columna de la Place Vendôme, en cuya cúspide estaba la efigie de Napoleón Bonaparte.[9] Independientemente de su valor artístico, lo que se volvía indeseable era que perpetuaba el autoritarismo imperial, tan aborrecido en ese momento. Sin embargo, pasaría muy poco tiempo antes de que la columna se reinstalara en el centro de esta plaza parisina. En cambio la escultura de Santa Anna fue vuelta a poner en su lugar, sólo para ser nuevamente derribada en 1855, esta vez con carácter definitivo. Incluso un señor apellidado Escartín propuso que se fundiera "la estatua del Tirano y con su material se fabrique una Águila con los trofeos de la Nación".[10]

En el mejor de los casos, las esculturas conmemorativas no deseadas simplemente se desplazaban a otro sitio. Uno de los ejemplos más característico de estatuas trashumantes sería la de Carlos IV, mejor conocida como "El Caballito", que en el transcurso de dos siglos "caminó" de la Plaza Mayor hacia el interior de la Universidad, de ahí al inicio del Paseo de Bucareli y aparentemente se ha detenido en la Plaza Manuel Tolsá. Otro ejemplo sería la escultura con-

[7] En el apéndice se proporciona un cuadro cronológico de las esculturas conmemorativas, tanto de los proyectos inconclusos como de los terminados.

[8] BUSTAMANTE, 1986, p. 265. Para más detalles sobre este aspecto de Santa Anna, véase ZÁRATE [en prensa]a.

[9] *La chute*, 1998.

[10] AHDF, *Historia, Monumentos*, inv. 2276, exp. 9, 1855.

memorativa de José María Morelos y Pavón, obra de Antonio Piatti, inaugurada en 1865 por Maximiliano en la Plazuela de Guardiola.[11] A la caída del emperador, en 1869, la estatua también cayó y fue retirada y trasladada a la Plaza de San Juan de Dios que, a partir de entonces, cambió de nombre.[12] Pero ése no sería su destino final. A la fecha, la estatua se conserva en el eje vial 1 Oriente, en la colonia Morelos frente a una de las entradas del "barrio bravo" de Tepito, bastante deteriorada y cubierta de tantas capas de pintura que ya no se aprecia el pedestal de cantera.[13]

Entre los "caminantes" habría que incluir también las esculturas conmemorativas de los monarcas aztecas Ahuizotl e Izcóatl, mejor conocidos como los "indios verdes". Las estatuas estaban destinadas a participar en la Exposición Universal de París de 1889, pero aparentemente no llegaron tan lejos, sino que se colocaron al inicio del Paseo de la Reforma.[14] Fue tanta la presión de la población que las rechazaba, que en 1901 fueron "desterradas" al canal de la Viga. Finalmente, en 1960 se colocaron en la parte norte de la avenida de los Insurgentes y hoy en día están prácticamente ocultas en un mar de pasos a desnivel para vehículos y transeúntes que utilizan la estación del metro Indios Verdes.

A pesar de haber sido removidas, estas esculturas conmemorativas no fueron destruidas. En el caso de El Caballito, en una de las placas del pedestal se ha aclarado que se le conserva como una obra de arte y no por lo que representa. A Morelos se le desterró del centro histórico por haber sido ideado por Maximiliano. Por lo que respecta a los "indios verdes", las razones fueron, aparentemente, más estéticas que políticas, aunque también parece subyacer un sentimiento antiindigenista. Pero finalmente, lo que privó fue un sentido nacionalista, ya que son la viva imagen de diversas etapas de la historia de México. No puede decirse lo mismo de la estatua de Santa Anna que sí fue derribada,

[11] URIBE, LOMBARDO DE RUIZ, ACEVEDO, CASANOVA y EGUIARTE, 1987, p. 149.
[12] *El Monitor Republicano* (4 feb. 1869), núm. 5177.
[13] ACEVEDO, 1982, p. 123.
[14] PÉREZ WALTERS, 1994, pp. 81-82. MONSIVÁIS, 1992, p. 118.

o de la de Iturbide que, como veremos, nunca llegó a colocarse en la vía pública. De esta forma, se hace evidente el carácter selectivo de las autoridades en turno frente a los símbolos que fomentaran un sentimiento de identidad.

Ahora bien, en el caso de la ciudad de México, la colocación de una escultura conmemorativa en determinado lugar no necesariamente respondía a la importancia de ese sitio por haber sido escenario de algún suceso histórico. Más bien estaba relacionada con la creación de nuevos espacios a los que se quisiera dotar de un contenido simbólico ya que eran utilizados por el Estado para reafirmar su presencia. Pero sobre todo se buscaba que fuera en el centro de la plaza principal o en la confluencia de dos avenidas que le proporcionaran el marco adecuado para su lucimiento, no sólo estético, sino representativo. En ese sentido, se requería facilitarle una buena perspectiva para su contemplación, pero también la protección adecuada. El tamaño de la escultura conmemorativa, sus proporciones y la disposición de sus formas buscaban generar una empatía positiva.

Es necesario tomar en cuenta que, una vez que la escultura conmemorativa se volvía pública, era susceptible de sufrir ataques vandálicos, a veces inducidos por la oposición, que podían estar dirigidos contra el personaje y lo que representaba a través de su presencia simbólica, o contra el Estado mismo por ser las esculturas conmemorativas una de las formas en las que se materializaba su presencia. Es por eso que muchas estatuas eran rodeadas por rejas que buscaban cumplir una función represiva al proteger a los monumentos del público para el cual supuestamente habían sido hechos.

Además de estos elementos de seguridad, deberíamos considerar la importancia de la distancia perceptiva. La forma de las esculturas y su tamaño, implicaban una dualidad de lejanía y cercanía con el que las contemplaba. La idea de colocarlas en un pedestal o en una columna las hace aparecer "como altar inaccesible para los nuevos dioses del siglo", como dijera Louis Veuillot.[15] Pero esta distancia se

[15] Citado en REYERO, 1999, p. 249.

puede disminuir cuando el vacío se llena de esculturas a partir de la base, al generar así un diálogo directo entre el espectador y el punto culminante del monumento. Sin embargo, también hay pedestales intencionadamente elevados que generan distancia e inaccesibilidad física con el monumento.

Los pedestales de algunas esculturas conmemorativas no se hicieron tan elevados como para crear una separación absoluta entre la escultura y el espectador. Pero esto tal vez se debió a que se colocaron en espacios sin demasiada opción de perspectiva. Recordemos que Morelos se había instalado en la Plazuela de Guardiola. Por su parte, el monumento a Vicente Guerrero obra de Miguel Noreña ocupó una parte de la Plaza de San Fernando desde 1870.[16] En cambio, la escultura conmemorativa de Cristóbal Colón, de la autoría de Enrique Cordier, inaugurada en 1877, y la de Cuauhtémoc de Miguel Noreña, en 1887, con la ampliación del Paseo de la Reforma, ganaron un poco de altura, pero no al grado de impedir que se pudiera apreciar al personaje desde una distancia prudente. El caso extremo sería la columna de la Independencia, que desde 1910 vigila el Paseo de la Reforma y cuya Victoria alada, hecha por Enrique Alciati, parece volar a más de 30 metros del pavimento, logrando así una separación tajante con el transeúnte. Tal vez lo que permite el acercamiento sea el grupo escultórico del basamento. Cuando la vista se puede extender en prolongadas perspectivas, los símbolos nacionales se pueden apreciar mejor y desempeñar su función pedagógica en condiciones óptimas.

Proyectos y realidades

A continuación se analizará el origen de los proyectos para escultura conmemorativa, entre los que se distinguen los que surgieron indudablemente del Estado, los que se sometieron a convocatorias abiertas, los que fueron iniciativas particula-

[16] *El Siglo XIX* (2 nov. 1868) y (1º ene. 1870).

res sancionadas por las autoridades, las propuestas individuales de los propios artistas, los ofrecimientos personales y los que recibieron apoyo financiero mediante suscripciones entre los ciudadanos. Así, nos ocuparemos de la gestión que inició el proceso, es decir, la convocatoria, la financiación y la inauguración de la escultura conmemorativa. Cabría preguntarse a qué autoridades nos referimos como las involucradas en el proceso de gestión —o incluso de remoción— de los monumentos. Normalmente, quien expedía la convocatoria para hacer un monumento era el Ministerio de Fomento con el respaldo de la presidencia, pero llegado el momento de tener que remover el elemento conmemorativo, esta tarea recaía en el ayuntamiento.

Según Natalia Majluf, en Perú

> [...] la mayor parte de las esculturas públicas se ordenaban a través de decretos gubernamentales, y sólo en casos excepcionales a través de la suscripción pública de la iniciativa privada. En ocasiones, el gobierno intentó conseguir los fondos para la construcción de monumentos con base a suscripciones nacionales, pero estas iniciativas no surtieron efecto.[17]

Para el caso de México, tenemos algunos ejemplos que queremos analizar en las siguientes líneas, pues nos muestran que muchas veces las iniciativas provenían de particulares que encontraban apoyo del gobierno.

Durante la primera gestión de Porfirio Díaz como presidente de la República, el 23 de agosto de 1877, se expidió un decreto que decía:

> Deseando embellecer el Paseo de la Reforma con monumentos dignos de la cultura de esta ciudad, y cuya vista recuerde el heroísmo con que la nación ha luchado contra la conquista en el siglo XVI y por la independencia y por la reforma en el presente, ha dispuesto que en la glorieta situada al oeste de la que ocupa la estatua de Colón, se erija un monumento votivo a Cuautimotzin y a los demás caudillos que se distinguieron en la defensa de la patria, en la siguiente otro a Hidalgo y demás héroes de la In-

[17] MAJLUF, 1994, p. 11.

dependencia y en la inmediata, otro a Juárez y demás caudillos de la Reforma y de la segunda independencia.[18]

Vale la pena destacar la intención de convertir el Paseo de la Reforma en un eje artístico-monumental que incluyera la materialización de los que se consideraban los principales sucesos históricos. Pero al mismo tiempo era un eje político en el que lucían los personajes que eran aceptados por el régimen en turno.

Respondiendo a esta iniciativa presidencial, detrás de la cual estaba el ministro de Fomento, Vicente Riva Palacio, se comenzó a planear la ejecución de la escultura conmemorativa en honor de Cuauhtémoc y, para ello, se convocó a un concurso artístico en esa misma fecha. Se presentaron cinco proyectos y el ganador fue el ingeniero Francisco M. Jiménez.[19] Cuando éste falleció, se hizo cargo del proyecto el ingeniero-arquitecto Ramón Agea y de la escultura Miguel Noreña. El llamativo monumento, cargado de elementos prehispánicos, fue inaugurado con gran pompa el 21 de agosto de 1887.

No pasó mucho tiempo después del fallecimiento de Benito Juárez para que se le rindiera un homenaje. La primera escultura conmemorativa que se le erigió fue precisamente en su tumba en el panteón de San Fernando. Para tal efecto, se lanzó una convocatoria el 8 de mayo de 1873. Una vez revisados los proyectos participantes, se seleccionó el de los hermanos Juan y Manuel Islas,[20] seguramente porque reflejaba los ideales juaristas que se querían representar. Dicho monumento fue inaugurado en 1880.[21]

Como ha podido apreciarse, la escultura conmemorativa se utiliza para evocar todo lo que es digno de alabanza, ya sea personajes, hechos de armas, virtudes, etc. Es significativo que los primeros esfuerzos en México se hayan encaminado a rememorar la independencia como un concepto "abs-

[18] DUBLÁN Y LOZANO, 1876, t. XIII, núm. 7645, p. 341.
[19] FERNÁNDEZ, 1967, p. 168.
[20] *El Monitor Republicano* (8 abr. 1874), núm. 83.
[21] AHDF, *Historia, Monumentos,* inv. 2276, exp. 30, 1880.

tracto" no personalizado. En este sentido, parece paradójico el hecho de que, durante todo el siglo XIX, no se haya logrado construir un monumento con este motivo, a pesar de los múltiples proyectos y esfuerzos, como si fuera sintomático de que la independencia no se hubiera consolidado, sino hasta el primer centenario de su inicio, en 1910.

Vale la pena resaltar que varios proyectos se generaron desde gobiernos tan particulares y conflictivos como los de Santa Anna y Maximiliano, y tal vez por ello no encontraron una respuesta favorable entre la población o simplemente no tuvieron el tiempo necesario para concretarse. Su alteza serenísima había expedido un decreto el 27 de junio de 1843 en el que convocaba a un concurso para la construcción de un monumento que habría de erigirse "para perpetuar la memoria de nuestra gloriosa independencia". Después de un complicado procedimiento, Santa Anna comisionó a Lorenzo de la Hidalga para su ejecución,[22] aprovechando los materiales del recién derruido Mercado del Parián. De dicho monumento sólo nos quedó la herencia de llamarle "Zócalo" a la plaza principal de la ciudad de México ya que el proyecto no llegó a concluirse, aunque se instaló un basamento o zócalo sobre el que se colocaría el símbolo del mito fundador del México independiente, es decir, el inicio de la lucha por la separación de España.

El emperador, por su parte, también lanzó una convocatoria para realizar el monumento en junio de 1864,[23] pero el proyecto quedó inconcluso. En los años siguientes surgieron diversas iniciativas, incluyendo la de Porfirio Díaz en 1877 que se analizará más adelante, aunque ninguna llegó a culminarse hasta que en 1900 se encomendó el proyecto al arquitecto Antonio Rivas Mercado. La inauguración de la flamante columna de la Independencia tuvo lugar du-

[22] AGN, *Gobernación*, S/S, c. 258, e. 7, exp. 1. 1843. Se escoge el proyecto de Lorenzo de la Hidalga para erigir Monumento Patrio. *Diario del gobierno de la República mexicana.* México, 30 de agosto de 1843, núm. 2989.

[23] *Boletín del Imperio*, México, junio de 1864, t. 3. pp. 31-32. Monumento a la Independencia Nacional. Se manda erigir en la Plaza Mayor de la Ciudad de México. También julio de 1864, t. 3, pp. 59-60.

rante las fiestas del centenario de la gesta revolucionaria, el 16 de septiembre de 1910.

Sin embargo, el reconocimiento de los próceres de la independencia no quedó irrealizado en su totalidad. Una parte fundamental de su monumentalización fue posible gracias a la iniciativa de Francisco Sosa quien, en 1877, propuso que cada estado de la República mandara hacer un par de estatuas con los personajes más representativos que hubieran nacido en su suelo o florecido en él.[24] Con la anuencia del presidente Díaz, el ministro de Fomento, Carlos Pacheco, expidió el correspondiente decreto. Así, entre 1887-1899, se colocaron 36 esculturas conmemorativas en el Paseo de la Reforma. Cabe destacar que, aunque no fue iniciativa propia, Díaz supo vislumbrar la importancia que tendría incorporar a los estados de la federación por medio de sus héroes dentro del proyecto de construcción nacional.

Así, con las esculturas de los estados se abre la puerta para rememorar a algunos personajes ilustres de la independencia. Tal es el caso de fray Servando Teresa de Mier, Guadalupe Victoria, Carlos María de Bustamante, Ignacio López Rayón, Leonardo Bravo, Hermenegildo Galeana, Francisco Primo de Verdad, Andrés Quintana Roo, Julián Villagrán, José Mariano Jiménez. Tal vez no todos ellos fueron de la talla de los grandes líderes, pero sí ocupaban un lugar fundamental en la memoria de los habitantes de sus estados natales que, de esta manera, se insertaban en la historia nacional. Resulta incluso paradójico que sus efigies se hayan materializado antes de la construcción del monumento a la independencia, cuya figura central fue Hidalgo.

¿Cómo fue posible que Morelos y Guerrero hayan aparecido en la memoria "vial" antes que Hidalgo, el aclamado padre de la patria? Maximiliano tuvo interés en monumentalizarlos, aunque sólo contó con el tiempo necesario para materializar su primer proyecto. Sin embargo, no consideró a Hidalgo como susceptible de heroización, sino que buscó conmemorar la independencia, así en abstracto, incluyendo toda la ambigüedad de sus protagonistas. Además,

[24] SOSA, 1991.

tal vez no consideraba que reuniera los atributos necesarios para convertirse en héroe.

Ahora bien, en 1857, cuando Mariano Riva Palacio era gobernador del Estado de México, encargó una estatua de Morelos al escultor italiano Antonio Piatti para que fuera colocada en San Cristóbal Ecatepec.[25] Sin embargo, permaneció guardada hasta que Maximiliano, haciendo gala una vez más de su deseo de mostrar a los mexicanos sus buenas intenciones y su sentimiento de pertenencia al país que ahora gobernaba, decidió colocarla en un lugar público. Así, fue inaugurada en 1865.

Dentro de estas iniciativas sancionadas por las altas autoridades se deben incluir un par de monumentos a los héroes de 1847 que enfrentaron la invasión estadounidense. La propuesta de Joaquín Rangel encontró eco en el presidente Ignacio Comonfort, quien emitió un decreto el 29 de enero de 1856 en el que mandó erigirlos.[26] Fueron inaugurados el 20 de agosto de dicho año en Churubusco y el 8 de septiembre en Molino del Rey.[27]

Ahora bien, el proceso artístico y técnico de creación de una escultura conmemorativa suele ser largo y lento. Por ello podía darse el caso de que el régimen que encargara un monumento no permaneciera en el poder lo suficiente como para verlo terminado, debido a que había desaparecido con la velocidad vertiginosa que caracterizó al siglo XIX. Algunos de estos proyectos truncos se almacenaron con la esperanza de que retornara al poder el grupo que lo había solicitado, pero en otros casos quedaron sumidos en el olvido.

Simplemente para dar un ejemplo, analicemos los pasos que dio Manuel Vilar para la escultura conmemorativa de Cristóbal Colón. Desde 1856 comenzó a trabajar en un boceto de la estatua. Se conocen varios dibujos preparatorios sobre la figura del almirante y su vestimenta, basados en la información extraída de Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general de Indias* y de Antonio de Herrera en *His-*

[25] ACEVEDO, 1995, pp. 115-131

[26] *La Sociedad* (2 feb. 1856), núm. 64.

[27] PLASENCIA DE LA PARRA, 1995, pp. 241-279. SALAS CUESTA, 1997.

toria general de las Indias Occidentales.[28] Una vez satisfecho con la figura, Vilar procedió a trabajarla en barro, proceso que llevó poco más de un mes y significó un gasto cercano a los 250 pesos. Acto seguido, se hizo el molde en yeso que costó 67 pesos y finalmente el vaciado en yeso de la escultura, con un costo de 218 pesos. Vilar calculaba haber invertido en todo el proceso año y medio y más de quinientos pesos.[29] Así, tenía ya un modelo en yeso que fue exhibido en la exposición de la Academia de San Carlos de 1858-1859,[30] y que actualmente se conserva en el Museo Nacional de Historia.

La academia mostró interés en fundir la estatua y ofreció un pago de 3000 pesos a Vilar. A pesar de los elogios y el reconocimiento general tan entusiasta, el Colón de Vilar no sería fundido ni colocado por el momento. Por su parte, Maximiliano también mostró interés por homenajear a Colón con un monumento e incluso llegó a escoger el sitio para su emplazamiento, pero este proyecto, como muchos de los suyos, quedó trunco. El Colón de Vilar permanecería en las bodegas hasta que en 1892 fue fundido por Caradente para ser colocado en la Plaza de Buenavista, sobre un pedestal del arquitecto Juan Agea.

Por otro lado, el proyecto para erigir un monumento conmemorativo en honor de Agustín de Iturbide también estuvo a cargo de Manuel Vilar. Gracias a la minuciosidad que le caracterizaba al llevar apuntes de todas sus actividades y gastos, podemos conocer el proceso seguido. Así, desde 1849, con la esperanza de atraerse una clientela presuntamente interesada, había elaborado ya un boceto y tenía la estatua hecha en yeso. Dicha estatua participó, a fines de 1850, en la exposición de la Academia de San Carlos y en la actualidad se exhibe en el Museo Nacional de Historia.

[28] "Apuntes para el retrato de Cristóbal Colón", Manuscritos de la Biblioteca del Instituto Mora, 759.05.

[29] "Cuenta de los gastos que ha hecho la Academia para la estatua colosal de Cristóbal Colón que ha ejecutado el infrascrito [Manuel Vilar] para la misma Academia", Manuscritos de la Biblioteca del Instituto Mora, 759.05.

[30] MORENO, 1969, p. 59.

Ante la ausencia de encargos particulares, Vilar decidió dar un giro a su idea y buscó una comisión oficial. Reconoció que había elaborado tanto la figura de Iturbide como otra de Moctezuma, "para probar si el gobierno mexicano me encargaba la ejecución de estas obras". Y efectivamente, en 1852, la junta de la academia le solicitó que presentara un proyecto. Él se haría cargo de la ejecución del modelo en barro y yeso, mientras que la institución se encargaría de hacer la contrata con el fundidor. Calculó que el costo más bajo para un monumento con la estatua a pie de Iturbide, incluida su fundición, era de 4500 pesos sin considerar su trabajo. La otra opción consistía en "erigirle a Iturbide una estatua ecuestre". Para este proyecto, existían dos propuestas: una estatua de casi seis metros, que tendría un costo cercano a los 38 000 pesos, y otra un poco menor, del tamaño de la estatua de Carlos IV, con un presupuesto de 31 000 pesos.[31] La academia se decidió por esta última y los trabajos de fundición se llevaron a cabo en un salón de la Casa de Moneda dentro del edificio del Palacio Nacional. Todavía a fines de 1856 Vilar se encontraba trabajando en este proyecto, pero los tiempos políticos ya no eran los propicios. La propuesta tuvo que ser abandonada, hasta dejarla perder, ya que Iturbide fue desprestigiado en el concepto del devenir histórico nacional.[32]

En cuanto al proyecto de una escultura conmemorativa de Cristóbal Colón, a pesar de la iniciativa de Vilar, no se había llegado a nada en concreto. Sería en 1871, cuando Antonio Escandón encargó un nuevo proyecto a Ramón Rodríguez Arrangoity. Según Eloísa Uribe, la elección de Colón mostraba que al empresario le interesaba la vinculación con Europa, pero sirviéndose de un personaje relacionado con el Nuevo Mundo y que al mismo tiempo no fuera conflictivo.[33] Pese a que Arrangoity había puesto manos a la obra y se había inspirado en el Colón de Vilar, en 1873 Escandón encargó la realización de otro proyecto al escul-

[31] VILAR, 1979, pp. 65-68.
[32] Véase ZÁRATE, 1994.
[33] URIBE HERNÁNDEZ, 1982, p. 74.

tor francés Enrique Carlos Cordier, el cual fue inaugurado en julio de 1877. Fue gracias al donativo de un particular, Escandón, que se erigió un conjunto escultórico cívico que rememorara al descubridor del Nuevo Mundo. Según la prensa él había cumplido con "un deber que no había podido cumplir el país".[34]

Finalmente, habría que mencionar un proyecto en que se reúnen las características de casi todos los tipos de gestión que se han mencionado. Siguiendo con su proyecto de honrar a los héroes de la independencia, Maximiliano dirigió su atención hacia Vicente Guerrero. En una visita que el emperador realizó a la Academia de San Carlos en noviembre de 1865, notó una estatua en yeso elaborada por Miguel Noreña. Dispuso que se fundiera en bronce, pero una vez más, el proyecto imperial quedó trunco, al menos por el momento.

Sin embargo, en 1868, el director de la academia, Ramón Alcaraz propuso que se hiciera en bronce y se colocara en la plaza de San Fernando, que se llamaría en lo sucesivo Plaza Guerrero. La idea fue acogida por el ayuntamiento y se abrió una "suscripción popular" para llevarla a cabo. El redactor del periódico *El Siglo XIX* comentaba que era de esperarse que la suscripción se extendiera por toda la República.[35] Finalmente fue inaugurada a principios de 1870.

Características de las esculturas conmemorativas

En términos generales, puede considerarse que las esculturas conmemorativas están dirigidas a un público que sabe interpretar los mensajes ocultos en la simbología que los acompaña, aunque también existe la posibilidad de que los que no puedan leer esos símbolos, les otorguen un nuevo significado. También se ha afirmado que la escultura desempeñó un papel pedagógico ya que se buscaba educar al pueblo inculcándole una nueva estética, pero al mismo tiempo manteniendo vivo el ejemplo de los héroes nacio-

[34] *Revista de Sociedad, Arte y Letras* (9 oct. 1892), t. I, núm. 5.

[35] *El Siglo XIX* (2 nov. 1868).

nales.[36] Tal vez lo más relevante fue su misión de intentar conformar una memoria histórica colectiva, homogénea y nacional. Sin embargo, es probable que muchos de los transeúntes que cotidianamente pasaran cerca de los monumentos, o los viajeros que se admiraran ante ellos, no llegaran a comprender el sentido que su creador o patrocinador les había querido inyectar e hicieran múltiples lecturas de los monumentos.

Los símbolos que surgieron paulatinamente en el México recién independizado participaron de un proyecto de mayor envergadura: la creación de una tradición propia, distinta a la hispánica que había dominado durante tres siglos. Tal vez por ello hicieron tanto énfasis en el rescate del movimiento de independencia —y sus héroes— para constituir lo que se ha llamado el "mito fundacional". De esta manera, se trabajaba en la conformación de una nueva memoria nacional. El peruano Hipólito Unanue, tan temprano como 1826, supo apreciar la importancia de estos nuevos símbolos patrios, al afirmar que: "El pincel, el cincel y el buril, son los nobles instrumentos con que se transmite en el lienzo, el metal y la piedra, la memoria, las imágenes y las glorias de los héroes",[37] y de ellos se valdrían los gobernantes.

A diferencia de otros países latinoamericanos, que debían importar esculturas de Italia y Francia, México contaba con los talentos necesarios para cubrir ese aspecto tan importante de la cultura nacionalista. Algunos de los grandes escultores, arquitectos e ingenieros involucrados en ese proceso habían nacido en nuestro país, como Miguel Noreña, Alejandro Casarín, Primitivo Miranda, Ramón Rodríguez Arrangoity. Otros más habían pasado buena parte de su vida productiva en él, atraídos por "el exotismo y la belleza de México" o comisionados para reorganizar la antigua Academia de San Carlos.[38] Tal sería el caso de los españoles Manuel Vilar, Lorenzo de la Hidalga y Salustiano Veza, y los italianos Antonio Piatti y Enrique Alciati. Es

[36] Para este tema puede verse AGULHON, 1994 y MAJLUF, 1994.
[37] Citado en MAJLUF, 1994, p. 10.
[38] GARCÍA BARRAGÁN, 1970, p. 51.

cierto que también tendríamos una excepción que confirma la regla en el caso del monumento a Colón que se encargó al francés Enrique Cordier, quien sólo se trasladó a México para supervisar su colocación. Pero de cualquier forma, hay que destacar el papel fundamental que desempeñó, en ese sentido, la Academia de San Carlos, cuyos profesores y discípulos invirtieron buena parte de su tiempo en la creación de obras conmemorativas.

Respecto a los materiales con que fueron hechos los monumentos conmemorativos, siguieron con la tendencia generalizada de utilizar el mármol y el bronce. Según el escultor español Miguel Blay, "el bronce permite expresar los más atrevidos movimientos, mientras que el mármol y la piedra obligan a concebir los grupos y las figuras dentro de actitudes y gestos dotados de una calma y gravedad sintética".[39] Además, es factible pensar que ambos materiales pueden considerarse símbolos de la modernidad, de la tradición universal y de la cultura cívica.

El mármol, por ser una roca caliza transformada, es susceptible de recibir un buen pulimento y por ello es muy empleado en la escultura y en la arquitectura. En el siglo XIX, México no había avanzado en la extracción de este material y pasarían muchísimos años antes de que su calidad fuera tan elevada que incluso se exportara a Italia.

Sólo se conoce una iniciativa de Maximiliano de utilizar mármoles de Puebla y granitos mexicanos, en el monumento a Colón, ya que el emperador "deseaba que todos los materiales fueran del país".[40] De ahí en fuera, los artistas preferirían el procedente de las canteras de Carrara, en la Toscana italiana. Y como todo producto de importación, requería de mayor tiempo para su transporte, amén del elevado precio. Se sabe que para el monumento fúnebre de Benito Juárez, hecho por los hermanos Islas en el panteón de San Fernando, fue necesario esperar a que llegara dicho material para trabajar en la escultura.[41] Como ya se dijo, se

[39] Citado en MARTÍN GONZÁLEZ, 1996, p. 12.
[40] MORENO, 1969, p. 60.
[41] *El Siglo XIX* (12 ene. 1875).

inauguró en 1880, siete años después de lanzada la convocatoria para su erección.[42]

Por lo que respecta al bronce, México sí contaba con los yacimientos necesarios para la extracción de los minerales que forman esta aleación. Por lo general, este material se utilizaba en la fabricación de campanas y cañones. Sin embargo, como ha observado Maurice Agulhon, en Francia bajo el régimen de Vichy, durante la segunda guerra mundial, se procedió a fundir algunas importantes estatuas para cubrir la escasez de metales necesarios para operaciones bélicas:

> [...] el bronce de las campanas podía reutilizarse para fundir cañones, pero, tras el éxito de la revancha militar, el cañón del enemigo podía volver a convertirse en campana. A partir de comienzos del siglo XIX, el parque de artillería del ejército derrotado se convertirá más bien en estatuas.[43]

Esta costumbre se siguió también en México cuando, en 1865, Maximiliano planeó la construcción de un monumento a Guerrero y dispuso que se vaciara en bronce, pero ante la elevada demanda de este material para la confección de diversas esculturas conmemorativas, se ordenó la averiguación de la cantidad de cañones inútiles que se pudieran fundir.[44] La caída del emperador impidió que el proyecto se hiciera realidad por el momento, pero no pasaría mucho tiempo antes de que la estatua de bronce luciera en su pedestal.

Además, hay que tomar en cuenta que el monumento conmemorativo estaba destinado a colocarse a la intemperie y por tanto deberían utilizarse materiales cuya duración fuera garantizada. Lejos estaban los artistas del siglo XIX de temer que, con el paso del tiempo, la corrosión y la contaminación llegarían a hacer estragos en sus obras. Pensemos, sin ir más lejos, en los famosos "indios verdes". Este

[42] AHDF, *Historia, Monumentos,* inv. 2276, exp. 30, 1880.

[43] AGULHON, 1994, p. 134.

[44] *El Pájaro Verde* (23 nov. 1865).

nombre se les dio poco después de su instalación en la Reforma, ya que el bronce se oxidó inmediatamente y se volvieron verdes. Como el bronce es una aleación de estaño y cobre, y éste con la acción del aire se cubre de una capa tóxica, seguramente la proporción de este metal fue mayor que la de aquél y esto provocó la oxidación irremediable. Son las únicas estatuas de bronce que han padecido esta reacción, ya que ni los monumentos a Cuauhtémoc, Colón o Guerrero, ni incluso las estatuas del Paseo de la Reforma han sufrido el mismo deterioro.

Con más frecuencia de la que pudiera desearse, las esculturas conmemorativas han debido someterse a un proceso de limpieza y restauración. La acción del medio ambiente puede provocar que las estatuas de mármol parezcan tener en su semblante el rastro de lágrimas negras. O también puede darse el caso de que las estatuas de bronce sufran un proceso de blanqueamiento provocado por los excrementos de las abundantes palomas. Y como nuestros símbolos nacionalistas no pueden sufrir tales blasfemias, el gobierno local, o incluso la iniciativa privada, destinan fuertes sumas para la limpieza y conservación de nuestros héroes.

Por otro lado, al agrupar los monumentos proyectados y realizados por las épocas históricas que representan, encontramos etapas prácticamente silenciadas. Este fenómeno parece haber sido compartido en otras regiones. En el caso de Perú, sería hasta bien entrado el siglo XX cuando se realizaran "monumentos dedicados a exaltar la memoria de los incas o de los conquistadores", mientras que los primeros en ser conmemorados fueron "los héroes de la independencia".[45]

Cada una de las etapas en las que podríamos dividir al siglo XIX mexicano consideró prudente exaltar a un personaje o un periodo histórico como parte del proceso de consolidación de la idea de nación. Podemos identificar que durante el segundo imperio, Maximiliano privilegió la independencia al planear la construcción de un monumento a dicho movimiento, pero también al rescatar las figuras

[45] MAJLUF, 1994, p. 32.

de Morelos y Guerrero. El régimen de Ignacio Comonfort tuvo particular interés por incluir en la historia nacional el culto a los recientes combatientes de la invasión estadounidense. Durante la última etapa de Santa Anna, además de su propia persona, buscó exaltar la figura de Agustín de Iturbide. Tal vez el régimen más incluyente de prácticamente todas las etapas históricas sea el largo periodo de Porfirio Díaz quien, con su proyecto del Paseo de la Reforma, intentó reconocer la importancia del descubrimiento (Colón), del pasado prehispánico (Cuauhtémoc y los Indios Verdes), de la independencia (Columna), e incluso de la Reforma. Además, no hay que olvidar que las estatuas que hacen valla en este paseo cubren prácticamente todo el siglo XIX. Lo que se hace evidente es el deseo de borrar de un plumazo los 300 años de dominación española.

Como una última característica de los monumentos conmemorativos, es necesario prestar atención a las actitudes de los personajes representados. Ellas nos hablan de la ideología que se ha querido transmitir, pero que no necesariamente ha sido comprendida en su cabalidad. Así, tenemos la figura de un personaje universal como Cristóbal Colón en actitud de correr el velo que cubría al Nuevo Mundo en la escultura conmemorativa de Cordier,[46] o en ademán de indicar el Nuevo Mundo que descubrió, en la de Vilar.[47] En ambas se quiere destacar la importancia de este personaje para la inserción de nuevas tierras a la civilización occidental.

En cambio tenemos otros monumentos conmemorativos en los que sus personajes no ocultan que han pasado a la historia por sus acciones bélicas. Por ejemplo, Cuauhtémoc, con vestimenta militar y penacho, tiene elevado el brazo derecho desafiando a los invasores y en actitud de arrojar una flecha o lanza. Por su parte Morelos es representado "en una actitud digna e imponente", empuñando una espada como si se dispusiera a lanzar un ataque.[48] Los

[46] NASH, 1959, pp. 43-44.
[47] VILAR, 1979, p. 158.
[48] *El Pájaro Verde* (3 oct. 1865), núm. 233.

Indios Verdes están representados portando armas como atributos guerreros. Y lo mismo sucede con varias de las estatuas de bronce del Paseo de la Reforma enviadas por los estados de la República.

Otro grupo estaría constituido por aquellos que representan los ideales. Así tenemos a Guerrero, quien "estrecha contra su corazón los restos del pabellón de Hidalgo, entonces sin defensores y con el valor y la dignidad de un héroe, aparece ante sus enemigos firmemente decidido a defender hasta morir aquellos preciosos restos".[49] Mientras, Hidalgo está sobre las esculturas que representan a la historia que se escribe y la gloria que le ofrece un laurel que él rehúsa.[50]

El ademán con que Vilar quería representar a Iturbide muestra al "héroe de Iguala, de regreso de su marcha triunfal y terminada ya su gloriosa empresa, anuncia con entusiasmo a sus compatriotas que la independencia de México está consumada".[51] Pero esta actitud contrasta con la pose "un tanto mundana y antisolemne" que Vilar pensaba dar a Iturbide en el monumento ecuestre que planeó. De cualquier forma, lo que resulta digno de resaltar es el hecho de que se destaque la figura como el "héroe de Iguala", no como el hombre que había osado ceñirse la corona de emperador.

CONCLUSIONES

En cada uno de los apartados hemos discutido algunos puntos de vista que será necesario retomar aquí para demostrar lo que se ha propuesto. En primer lugar, hay que reconocer la utilización de los espacios monumentales dentro de un proyecto más amplio de crecimiento urbano dirigido y planeado en todos sus aspectos, no sólo en el urbanístico, sino en el cívico. Los habitantes de estas nue-

[49] ROMERO DE TERREROS, 1963, p. 374.

[50] MAGDALENO, NOYOLA VÁZQUEZ, MEDINA y MARTÍNEZ ESPINOSA, 1956, p. 16.

[51] Rafael de RAFAEL: "Tercera Exposición de la Academia Nacional de San Carlos", *El Espectador de México,* México, enero de 1851, tomo I.

vas colonias deben tener muy presentes los valores nacionales que deben cultivarse.

Pero sobre todo hay que resaltar que, en el proceso de la formación de una identidad nacional, los ideólogos del país buscaron símbolos materiales de la "mexicanidad" que se convertirían en los personajes a "monumentalizar". La identidad mexicana tiene raíces europeas, representadas por el monumento a Colón, pero también indígenas, simbolizadas por la escultura conmemorativa de Cuauhtémoc. De esta forma, las estatuas deberían leerse también como un símbolo de identidad política o como un reflejo de la ideología del régimen en turno, y no únicamente como un discurso estético.

Las iniciativas podían provenir de particulares o del Estado pero todas, en el fondo, buscaban contribuir a la conformación de la identidad nacional. El ejemplo más explícito de esta intención sería el decreto de Porfirio Díaz de 1877 que buscaba convertir el Paseo de la Reforma en un libro abierto de historia. Pero ese decreto, que se cumplió parcialmente, dejó abierto el espacio para la discusión.

Así, más de un siglo después, concretamente en agosto de 1996, la Comisión Asesora de los Monumentos del Paseo de la Reforma, al observar el vacío escultórico que padecía dicha avenida, hizo diversas propuestas encaminadas a darle una "real significación histórica", recobrando "el respeto a sus monumentos". La primera consistía en retirar la famosa Diana Cazadora, en virtud de que no representaba ninguna época histórica. En su lugar, se debía construir un monumento a la "mexicanidad". Su autor sería Sebastián (Enrique Carbajal González), quien ya había instalado su "Caballote" en 1992 muy cerca del lugar que había ocupado el "Caballito" de Tolsá. En segundo lugar, debía quitarse la palmera situada en la glorieta entre el monumento a Cuauhtémoc y la Columna de la Independencia. Ahí se instalaría un monumento "a los valores culturales del virreinato", encabezado por sor Juana Inés de la Cruz, encomendado a Jorge Martín Cadena y Antonio Castellanos.[52]

[52] Francisco Vidargas: "Caras de una polémica", en *La Jornada* (9 sep. 1996).

Éste no sería el primero ni el último proyecto para completar la serie de monumentos históricos existentes en el Paseo de la Reforma. Está por verse si algún día se llegará a la "línea histórica del progreso, bien marcada por sus hitos históricos",[53] como la ve Federico Fernández Chriestlieb en caso de que se cumplan todas las propuestas. Por lo pronto, en los momentos en que se escriben estas líneas, marzo de 2003, el Paseo de la Reforma está recibiendo la atención y la inversión necesarias para recuperar el esplendor como principal avenida de México.[54] Sólo que en vez de nuevos monumentos que nos rememoren a los héroes del pasado, se está pensando en el futuro mediante una serie de proyectos inmobiliarios de gran altura. El tiempo dirá si estos hitos de la modernidad contribuirán a la conformación de un sentimiento nacionalista o si serán una vía más para la globalización, aunados a la *mass media* que parece haberse abrogado una buena parte de la función pedagógica.

Al parecer, a la ideología dominante ya no le importará inducir el culto a los héroes en términos de sus valores cívicos, de aquellos que han permitido su permanencia a través de monumentos en la vía pública. Finalmente, esta monumentalia de que hemos hablado está bañada de historia patria y constituye uno de los lugares en los que se materializa la memoria.

[53] FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, 1997.

[54] *La Jornada* (10 mar. 2003).

APÉNDICE

ESCULTURAS CONMEMORATIVAS EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL SIGLO XIX

Proyecto	*Inauguración*	*Tema*	*Autor*	*Lugar*
1796	9.12.1803	Carlos IV	Manuel Tolsá	Varios
1821		Independencia		
1825		Morelos	Pedro Patiño	Ecatepec
1843		Independencia	Enrique Griffon	
1843		Independencia	Alejandro Casarín	
1843		Independencia	Lorenzo de la Hidalga	
1844	13.06.1844	Santa Anna	Salustiano Veza	Plazuela de El Volador
1849		Iturbide	Manuel Vilar	
1852		Héroes de 1847		Tacubaya
1854		Iturbide	Manuel Vilar	
1854		Iturbide	Antonio Piatti	Paseo Nuevo
1856	12.10.1892	Colón	Manuel Vilar	Buenavista
1856	20.08.1856	Héroes de 1847	Tangassi	Churubusco
1856	8.09.1856	Héroes de 1847	Tangassi	Molino del Rey
1857	30.09.1865	Morelos	Antonio Piatti	Varios
1864		Colón	Ramón Rodríguez Arangoity	
1864		Independencia	Ramón Rodríguez Arangoity	
1865	31.12.1869	Guerrero	Miguel Noreña	San Fernando
1868		Independencia	José M. Miranda	
1869	1869	Cuauhtémoc		Paseo de La Viga

APÉNDICE (*conclusión*)

Proyecto	*Inauguración*	*Tema*	*Autor*	*Lugar*
1871		Colón	Ramón Rodríguez Arangoity	
1872		Hidalgo	Juan y Manuel Islas	
1872		Juárez		
1873	8.1877	Colón	Enrique Cordier	Reforma
1874		Hidalgo		Mixcoac
1874	1880	Juárez	Juan y Manuel Islas	San Fernando
1877	21.08.1887	Cuauhtémoc	Miguel Noreña	Reforma
1877	1887-1889	Estatuas del Paseo Reforma	Varios	Reforma
1877		Independencia		
1882	13.09.1882	Héroes de 1847		Chapultepec
1886		Independencia	Cluss y Schultze	
1889	1891	Indios Verdes	Alejandro Casarín	Reforma
1900		Porfirio Díaz	Adamo Boari	
			Antonio Rivas Mercado	
1900	16.09.1910	Independencia	Enrique Alciati	Reforma
1906	18.09.1910	Juárez	Lazaroni	Alameda

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHDF Archivo Histórico del Distrito Federal, México, D. F.
AGN Archivo General de la Nación, México, D. F.

ACEVEDO, Esther

1982 "Introducción al periodo 1821-1857: una sociedad en busca de definición cultural", en *Historia del arte mexicano,* t. 8, pp. 112-137.

1995 "La construcción de la historia imperial: los héroes mexicanos", en *Testimonios artísticos,* pp. 115-131.

2000 "De la reconquista a la intervención", en *Los pinceles de la historia,* pp. 188-203.

AGULHON, Maurice

1994 "La «estatuomanía» y la historia", en *Historia vagabunda,* pp. 120-161.

BEEZLEY, William H. *et al.*

1994 *Rituals of Rule, Rituals of Resistance.* Wilmington: Scholarly Resources.

BUSTAMANTE, Carlos María de

1986 *Apuntes para la historia del gobierno del general don Antonio López de Santa Anna, desde principios de octubre de 1841 hasta 6 de diciembre de 1844 en que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación.* México: Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, «Clásicos de la historia de México».

COSS Y LEÓN, B. Wendy (coord.)

1994 *Historia del Paseo de la Reforma.* Víctor Jiménez coordinador de la investigación, Mauricio Martínez Rosas coordinador editorial. México: Instituto Nacional de Bellas Artes.

La chute

1998 *La chute de la colonne Vendôme, 16 mai 1871.* París: Éditions de Ravin Bleu, L'insomniaque éditeur.

DUBLÁN, Manuel y José María LOZANO

1876 *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República.* México: Imprenta del Comercio.

ESCOBEDO, Helen (coord.)

1992 *Monumentos mexicanos. De las estatuas de sal y piedra.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo.

FERNÁNDEZ, Justino

1967 *El arte del siglo XIX en México.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Federico

1997 "Géométrie urbaine et progrès à Mexico au XIXème siècle. Le Paseo de la Reforma", en *La Revue HSAL (Histoire et Société de l'Amérique latine)* (www.sigu7.jussieu.fr/hsal/revhsal.html), s.p.

GARCÍA BARRAGÁN, Elisa

1970 "El escultor Enrique Alciati", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* 39, pp. 51-66.

Historia del arte mexicano

1982 *Historia del arte mexicano.* México: Salvat Mexicana de Ediciones.

Historia vagabunda

1994 *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea.* México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, «Itinerarios».

MAGDALENO, Maximino, Luis NOYOLA VÁZQUEZ, Ignacio MEDINA e Ignacio MARTÍNEZ ESPINOSA

1956 *Altares de la Patria.* México: Juan Pablos.

MAJLUF, Natalia

1994 *Escultura y espacio público. Lima, 1850-1879.* Lima: IEP, «Documento de trabajo, 67».

MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José

1996 *El monumento conmemorativo en España, 1875-1975.* Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico-Universidad de Valladolid, «Serie Arte y Arqueología, 12».

MONSIVÁIS, Carlos

1992 "Sobre los monumentos cívicos y sus espectadores", en ESCOBEDO, pp. 105-128.

MORENO, Salvador

1969 *El escultor Manuel Vilar.* México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.

NASH, Joe

1959 *El Paseo de la Reforma. A Guide.* México: Raúl Esquivel.

NORA, Pierre (dir.)

1997 *Les lieux de mémoire.* París: Gallimard, 3 vols. (Quarto).

PÉREZ WALTERS, Patricia

1994 "La historia en bronce del Paseo de la Reforma", en COSS Y LEÓN, pp. 81-87.

Los pinceles de la historia

2000 *Los pinceles de la historia. De la patria criolla a la nación mexicana, 1750-1860.* México: Museo Nacional de Arte-Banamex-Patronato del Museo Nacional de Arte-Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

PLASENCIA DE LA PARRA, Enrique

1995 "Conmemoración de la hazaña épica de los niños héroes: su origen, desarrollo y simbolismos", en *Historia Mexicana,* XLV:2(178) (oct.-dic.), pp. 241-279.

RAMÍREZ, Fausto

2000 "La «Restauración» fallida: la pintura de historia y el proyecto político de los conservadores en el México de mediados del siglo XIX", en *Los pinceles de la historia,* pp. 204-230.

REYERO, Carlos

1999 *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914.* Madrid: Cátedra.

ROMERO DE TERREROS, Manuel

1963 *Catálogo de las Exposiciones de la antigua Academia de San Carlos de México (1850-1898).* México: Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México, «Estudios y fuentes del arte en México, XIV».

SALAS CUESTA, María Elena (coord.)

1997 *Molino del Rey: historia de un monumento.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, «Regiones».

SOSA, Francisco

1991 *Las estatuas de la Reforma. Noticia biográfica de los personajes en ellas representados.* México: Miguel Ángel Porrúa.

TENENBAUM, Barbara A.

1994 "Streetwise History: The Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876-1910", en BEEZLEY, pp. 127-150.

Testimonios artísticos

1995 *Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1867).* México: Museo Nacional de Arte-Patronato del Museo Nacional de Arte-Instituto Nacional de Bellas Artes.

URIBE HERNÁNDEZ, Eloísa

1982 "Los ciudadanos labran su historia. Escultura 1843-1877", en *Historia del arte mexicano,* t. 8, pp. 59-75.

URIBE HERNÁNDEZ, Eloísa, Sonia LOMBARDO DE RUIZ, Esther ACEVEDO, Rosa CASANOVA, María Estela EGUIARTE

1987 *Y todo... por una nación. Historia social de la producción plástica de la ciudad de México, 1761-1910.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, «Científica, 164».

VILAR, Manuel

1979 *Copiador de cartas (1846-1860) y Diario particular (1854-1860).* Palabras preliminares y notas de Salvador Moreno. México: Universidad Nacional Autónoma de México, «Estudios y Fuentes del Arte en México, XL».

ZÁRATE TOSCANO, Verónica

1994 "Agustín de Iturbide: entre la memoria y el olvido", en *Secuencia,* 28 (ene.-abr.), pp. 5-27.

[en prensa] "Héroes y fiestas en la ciudad de México en el siglo XIX: la insistencia de Santa Anna", en *I Simposio Internacional La Construcción del Héroe en España y México, 1789-1847.*

[en prensa]a "El Paseo de la Reforma como eje monumental", en *Miradas recurrentes... La ciudad de México, historia y perspectiva.*

LA NACIÓN POSIMPERIAL. ESPAÑA Y SU LABERINTO IDENTITARIO

José Álvarez Junco
Universidad Complutense

La mayor parte de los estudios publicados en las últimas décadas sobre el tema de la construcción de identidades nacionales, algunos de ellos convertidos tan rápidamente en clásicos como los de Ernest Gellner o Eric Hobsbawm,[1] han tomado sus ejemplos de Estados recientemente formados, poscoloniales o posrevolucionarios, que necesitaron socializar a sus ciudadanos en una nueva "comunidad imaginaria". Fueron estas nuevas estructuras políticas las más necesitadas de legitimación y, por tanto, las que tuvieron que "inventar", en el sentido más estricto del feliz término acuñado por Eric Hobsbawm y Ralph Samuel,[2] banderas, fiestas nacionales y ceremonias patrióticas, así como erigir altares "nacionales" —monumentos, museos, academias, bibliotecas— donde venerar una cultura sacra hasta entonces desconocida. A la vez, por medio de un sistema educativo generalizado, en muchos casos estatal, justificado en principio por la necesidad de combatir el analfabetismo, impusieron la lengua adoptada por el Estado como oficial, haciendo desaparecer los dialectos locales o los idiomas hablados por los inmigrantes, y grabaron en las tiernas mentes infantiles que el sacrificio por la patria constituía una actitud moral superior al egoísmo individual.

[1] Gellner, 1983 y Hobsbawn, 1990.

[2] Hobsbawn y Ranger, 1983.

Similares procesos de etnicización fueron necesarios también en los Estados pre-existentes, en las viejas monarquías europeas (tan viejas que se remontaban, en varios casos, a finales de la Edad Media) que quisieron sobrevivir y adaptarse a las condiciones de legitimidad del mundo contemporáneo. Historiadores como Eugen Weber o Charles Tilly han estudiado el caso francés,[3] sin duda el proceso de este tipo más logrado, donde la construcción e implantación de un fuerte sentido de identidad común fue una política constante a partir de la tradición jacobina, impuesta principalmente por medio del sistema escolar y el servicio militar; fue éste un proceso en el que, a la vez que se expandían los derechos políticos y los servicios públicos, se erradicaban costumbres y lealtades locales que habían resistido el paso de los siglos. También en Inglaterra, a partir de finales del siglo XVIII y, sobre todo, durante el XIX, se "inventaron" las tradiciones nacionales.[4] Tras las revoluciones liberales, en resumen, aquellas venerables monarquías se vieron obligadas a vestirse de "naciones" para ser aceptadas por sus hasta entonces súbditos, ahora ciudadanos. Todas, en mayor o menor grado, intentaron esta operación de trasmutación, pero no todas lo consiguieron con la misma eficacia que Francia o Inglaterra. El imperio de los Habsburgo, el otomano, el zarista, los estados papales o la república veneciana son ejemplos de actores de primera fila en la política europea durante más de un milenio que no supieron adoptar un ropaje nacional y desaparecieron.

Y aquí reside el interés del caso español. España, como escribió Juan Linz en 1973, es un caso de construcción estatal temprana combinada con una "nacionalización" o integración político-cultural incompleta.[5] Con la expresión "construcción estatal temprana" se refiere este autor, obviamente, a la monarquía creada por los reyes católicos, que abarcó toda la península Ibérica excepto Portugal, es decir, que se estableció sobre unos límites casi coincidentes con

[3] WEBER, 1976 y TILLY, 1975.
[4] HOBSBAWN y RANGER, 1983; para el caso alemán véase MOSSE, 1975.
[5] LINZ, 1973.

los del actual Estado español. Éste es un dato político básico que proyecta su sombra sobre todo el proceso posterior: la existencia de un Estado —una monarquía, tenderían a matizar hoy los historiadores, dadas las diferencias entre sus rasgos estructurales y los de un Estado moderno— dotado de una estabilidad sorprendente si se piensa en la volatilidad de otras fronteras europeas.

Aunque consideremos éste el dato básico que inicia el proceso, de ningún modo debe entenderse por ello que, al asentarse en sus tronos Fernando e Isabel, "España" fuese un concepto completamente novedoso. Las naciones son identidades modernas, "inventadas", en el sentido descrito, en las épocas moderna y contemporánea —sobre todo en esta última—, pero no inventadas a partir de la nada. Si los constructores de las identidades modernas no saben o no pueden utilizar datos culturales previos al servicio de sus proyectos políticos, éstos están irremediablemente destinados al fracaso. Como ejemplo de la dificultad de una invención completamente artificial de este tipo, basta recordar la "Padania" de Umberto Bossi.

En el caso que nos ocupa, el término "Hispania", y su sucesor España, se había usado ampliamente desde las edades Antigua y Media, aunque en un sentido meramente geográfico e incluyendo siempre a Portugal. No parece que durante el medio milenio de dominación romana —ni, por supuesto, antes— se generase una conciencia de identidad cultural o política específicamente "hispana", diferente a otras regiones europeas o provincias del imperio. Entre los siglos V y VII sí comienzan a surgir, en las historias particulares de los pueblos germanos invasores, algunas expresiones de identidad y orgullo específicamente "hispanas", obra de obispos como Orosio, Hidacio o san Isidoro. Este último, en su *Historia Gothorum,* incluye un hermoso *Laus Hispaniae,* en el que conecta las gestas bélicas de un grupo humano, los godos, con la belleza y fecundidad incomparables del territorio hispano. Tales expresiones se repetirían en los reinos cristianos medievales, en parte por el interés de éstos en justificar su existencia, y su lucha contra los musulmanes, gracias a su supuesta continuidad con el

reino visigodo, y en parte por el interés de los cronistas, monjes u obispos, por idealizar la situación iniciada con Recaredo debido a una conexión especialmente afortunada, y supuestamente providencial, entre el catolicismo, la monarquía y una identidad colectiva que se describe como "española". Obviamente, sin embargo, aquel mito goticista (aunque, al reaparecer en épocas muy posteriores, fuera utilizado ya en un sentido plenamente nacional) no tenía nada que ver con el nacionalismo contemporáneo, sino con la legitimidad de las monarquías y de la Iglesia.

El comienzo de la Edad Moderna no sólo fue el momento de la unificación de los reinos peninsulares a cargo de los reyes católicos, sino también el del acceso de la nueva monarquía hispana, heredada por los Habsburgo, a la supremacía europea. Ésta se logró en parte por la habilidad diplomática y militar de Fernando e Isabel, pero se debió también a azares sucesorios y al afortunado descubrimiento colombino. En todo caso, fue un hecho inesperado, al tener su base en unos reinos, los hispánicos, ni muy ricos, ni poblados ni, sobre todo, dotados de experiencia en política internacional, pues hasta entonces habían permanecido en una situación relativamente marginal en Europa. No es de extrañar que, alrededor de aquellos sorprendentes éxitos diplomáticos y militares, se creara un halo carismático, no sólo en favor de la dinastía sino también de ese grupo humano, los "españoles", que acumulaban triunfos sobre sus enemigos exteriores y que, por otra parte, vivían un periodo de gran creatividad cultural, expresado sobre todo por el teatro y la novela en castellano y la pintura del llamado Siglo de Oro.

Al mencionar los factores culturales que se añadieron a la unificación y el predominio político de la monarquía hispánica es imposible dejar de recordar en lugar preeminente su identificación con el catolicismo contrarreformista. El historiador y antropólogo Benedict Anderson ha conectado el surgimiento de las identidades prenacionales al comienzo de la Edad Moderna con la Reforma protestante y la expansión de la imprenta.[6] Según Anderson, la popularización de este úl-

[6] ANDERSON, 1983.

timo invento favoreció la difusión de libelos y la pugna ideológica, pero a la vez creó zonas unificadas, con miles de familias leyendo la palabra de Dios en una misma versión e idéntica lengua. De ahí el origen de unas culturas y estereotipos comunitarios, cuyo reflejo es ya patente en las obras de Erasmo o Bodino,[7] que con el tiempo serían nacionales. Aunque todas las guerras de religión fueron internas, civiles, se presentaron como enfrentamientos con entes colectivos externos, enemigos de "nuestra forma de ser".

El caso español no puede responder exactamente al modelo de Anderson, ya que en las sociedades católicas las autoridades eclesiásticas vedaron la lectura de la Biblia en lengua vernácula. Pero eso no quiere decir que no se generara también en la monarquía hispánica una fuerte identidad religiosa, en paralelo con las inequívocas posiciones pro-papistas adoptadas por los monarcas Habsburgo. Por otra parte, al tratarse de un territorio de frontera, que en la Edad Media se había caracterizado por la mezcla de razas y culturas, se produjo otro fenómeno de enorme impacto y trágicas consecuencias que por fuerza tuvo que generar también identidad colectiva: la limpieza étnica. Los reyes católicos expulsaron u obligaron a la conversión a judíos y musulmanes, y en los dos reinados siguientes los descendientes de aquéllos, conversos o moriscos, fueron marginados por medio de los llamados "estatutos de limpieza de sangre". Puede ser que en el origen de aquel esfuerzo hubiera un intento de superar la excentricidad, de hacerse aceptable a aquellos europeos que se habían sentido clásicamente escandalizados ante un mundo como el ibérico, "contaminado" de población no cristiana. Si fue así, la operación resultó fallida, pues los prejuicios se mantuvieron y lo español siguió siendo identificado con la brutalidad y depravación "orientales", que a finales del siglo XVI se suponían demostradas por el sadismo inquisitorial contra las minorías disidentes. Medio siglo más tarde, para el resto del mundo "España" era el país del fanatismo, la crueldad

[7] Erasmo de Rotterdam: *Elogio de la locura*, cap. IX; Jean Bodin: *Los seis libros de la República*, V, cap. I.

y la fatuidad aristocrática, con personajes representativos como el temible inquisidor, los crueles tercios de Flandes, el conquistador avaricioso y genocida de indios, el Felipe II parricida, el noble engreído e inútil... Era una imagen muy negativa, pero también muy fuerte. Tan fuerte como su contrapartida, la que, tras largas décadas de tensiones, se había logrado imponer en el interior de la monarquía, marcada por la ortodoxia católica, la lealtad al rey, el sentimiento del honor, la antigüedad del linaje y la sangre "limpia".[8]

Esta identidad, generada a lo largo de los siglos de la Edad Moderna, daría lugar a diversos problemas en el futuro. En parte, por el hecho de que lo que desde fuera se percibía como "España" no era un reino, sino un complejo agregado de reinos y señoríos con diferentes leyes, contribuciones e incluso monedas. En parte, también, por la confusión del conjunto étnico con la institución monárquica en sí misma, así como por la ausencia de alternativas a la monarquía (la más llamativa, la nobleza, incapaz de presentarse como conjunto estructurado y representativo del reino) que tomaran sobre sí la tarea de construir la identidad colectiva. Pero los problemas se derivarían sobre todo de las dificultades con que los ilustrados primero y los liberales después se iban a encontrar para conciliar aquella identidad cristiano-vieja, nobiliaria y contrarreformista con su proyecto modernizador (lo cual les convertiría en fácil blanco de los ataques de los sectores conservadores como "antipatriotas").[9]

Apenas hay espacio en este artículo para hablar del siglo XVIII, etapa interesante de transición hacia el conflictivo periodo de la revolución liberal. Digamos solamente que la sustitución de la dinastía Habsburgo por los Borbones, y el deseo de rectificar el curso decadente de la era anterior, dio lugar a un giro político bastante radical que tomó como modelo a la Francia de Luis XIV. Se hicieron esfuerzos por centralizar el poder y homogeneizar jurídica y políticamente el territorio, a la vez que la propia monarquía pasaba

[8] ÁLVAREZ JUNCO, 1994.
[9] ÁLVAREZ JUNCO, 1996.

paulatinamente a presentarse como "reino de España" (un reino que, al desprenderse de los territorios flamencos e italianos y aceptarse como hecho consumado la independencia portuguesa, se identificó cada vez más con lo que hoy entendemos por tal nombre). El fomento de las "luces", por otra parte, con objeto de modernizar la sociedad y hacer que creciera la economía y, con ella, los recursos del erario real, se vinculó con la intención, por primera vez explícita, de construir una identidad cultural colectiva ligada al Estado, y que por tanto puede ya empezar a llamarse prenacional. Las Reales Academias serían el ejemplo más evidente de este esfuerzo cultural, y hay múltiples y muy elocuentes testimonios, en terrenos tales como la historia o la literatura, de esta nueva conciencia que anuncia la era nacional. Pero hay también testimonios de otro tipo, como los avances en el terreno de los símbolos: la bandera roja y gualda, establecida por Carlos III como "bandera nacional" para la marina de guerra, o la "Marcha de Granaderos", compuesta también en aquel reinado y que acabaría siendo "Marcha Real" e himno nacional, son claros embriones del futuro proceso de nacionalización.

Si la "invención de la tradición" fuera tan fácil como dan a entender algunos teóricos actuales, el proyecto ilustrado hubiera triunfado, porque tenía todas las bazas en su poder (para empezar, la baza ganadora en época de absolutismo, como era el apoyo real). Pero aquel temprano nacionalismo de los ilustrados se encontró con dificultades derivadas, sobre todo, del casi imposible engarce de su proyecto modernizador con las tradiciones heredadas. Para lograr sus objetivos, los reformistas borbónicos se veían obligados a rectificar o eliminar muchos hábitos y creencias populares muy arraigados, pero culpables, para cualquier mente ilustrada, de la decadencia anterior. Los círculos conservadores no dejarían de usar esta contradicción para acusar a los reformistas de antipatriotas o enemigos de la "tradición".

Este obstáculo con que se enfrentaron los ilustrados no haría sino agravarse con sus sucesores liberales, privados ya del apoyo regio. Pese a desaparecer al comienzo mismo del siglo XIX la figura del monarca ilustrado, para dar paso a su

opuesto, aquella centuria pareció comenzar de una forma que sólo podía considerarse positiva desde el punto de vista de la construcción nacional: con una guerra que, por mucha que fuera su complejidad, quedó registrada en la memoria de las generaciones siguientes como un movimiento popular, espontáneo y unánime contra un invasor extranjero. Además, a continuación se sucedieron seis u ocho décadas en las que los creadores de cultura se dedicaron a reformular la historia, la literatura, las artes e incluso las ciencias en términos nacionales, de forma muy semejante a lo que se estaba haciendo en otros países europeos. En el interior parecía, por tanto, irse creando, sin aparentes problemas, una sólida identidad española, en sentido ya plenamente nacional, es decir, tal como la definía la Constitución gaditana: como el pueblo depositario de la soberanía política sobre este rincón del universo.

En el exterior, a la vez, el romanticismo hacía cambiar la imagen procedente de los tiempos de la "Leyenda Negra". Frente a la agresividad del mundo protestante temprano, y a los desprecios y burlas de los ilustrados hacia el país "decadente" y ridículo, los viajeros ingleses o franceses del siglo XIX, sin cambiar el contenido de sus descripciones, variaban por completo su valoración, que pasaba a ser admirativa. Un rápido repaso a los textos de lord Byron, Víctor Hugo, Gautier o Mérimée, o una ojeada a los grabados de Gustavo Doré, permite constatar la imagen oriental y arcaizante de España (alrededor del flamenco, el taurinismo, las procesiones, las ejecuciones por garrote vil, el alhambrismo) en la que se complacen los románticos. El país seguía siendo visto como muy atrasado en relación con Europa, pero la nueva sensibilidad romántica valoraba ahora el atraso, considerado fidelidad a la identidad; nadie negaba que la intolerancia religiosa siguiera imperando en la Península, pero bajo tal intolerancia los observadores detectaban una profundidad y sinceridad de creencias ante las que no podían menos que admirarse, frente al "escepticismo" y "materialismo" que creían dominante en las sociedades de donde ellos provenían.

Por tanto, nadie ni fuera ni dentro, dudaba hacia 1850 de que existiera una "forma de ser" española, un carácter que fi-

guraba entre los cinco o seis más marcados de Europa. Y, sin embargo, el siglo XX recibió del XIX una identidad nacional problemática. Sobre las posibles causas de esta orientación relativamente fallida del proceso de construcción nacional versarán las restantes páginas de este artículo.

El primer dato que debe anotarse es, sin duda, la debilidad política y económica del Estado. Política, porque fue un sistema en perpetuo cambio (de absolutismo a liberalismo, de monarquía a república; dentro de la monarquía, de una dinastía a otra, y, dentro de la república, de unitaria a federal) y, por tanto, con una legitimidad constantemente cuestionada. Cualquiera que fuera la situación, siempre había importantes sectores que no se sentían representados por quienes ocupaban el poder. ¿Cómo elaborar símbolos políticos compartidos por todos? Todos los símbolos fundamentales de la comunidad —bandera, himno, fiesta nacional— tenían en la España del siglo XIX dos o tres versiones, correspondientes a las diferentes facciones políticas.

A ello se añadían las penurias financieras de la monarquía. Cargada con una deuda pública que venía de las guerras de finales del siglo XVIII y que se había agravado con los conflictos napoleónico y carlista, la mayor preocupación de cualquier ministro de Hacienda a lo largo del siglo fue cómo pagar los intereses de esa deuda para el año siguiente. En tal situación, era imposible crear servicios públicos, carreteras, hospitales, escuelas. El Estado no podía moldear de forma profunda ni duradera la vida social. Y no sólo por falta de recursos. La enseñanza, terreno crucial para la nacionalización de la sociedad, se abandonó en manos de la Iglesia porque los gobernantes conservadores pensaban que la religión seguía siendo el lazo social esencial.

Un problema que quizá esté en la raíz de la debilidad del proceso nacionalizador español en el siglo XIX es que carecía de objetivos definidos. Los nacionalismos son construcciones culturales que pueden servir para múltiples objetivos políticos: la modernización de la sociedad o, por el contrario, la preservación de tradiciones heredadas frente a la modernidad; la formación de unidades políticas más amplias o, al contrario, la fragmentación de imperios mul-

tiétnicos en unidades más pequeñas que se independizaron; el fortalecimiento del Estado, por medio de su expansión frente a estados vecinos o rivales, o por la asunción de áreas y competencias que previamente le eran ajenas... En el caso español, durante los primeros treinta años del siglo XIX, la potenciación de la identidad nacional corrió a cargo de los liberales revolucionarios y estuvo vinculada a su proyecto modernizador. Pero éste era un proyecto minoritario, que ante el cúmulo de obstáculos que se le enfrentaron se hallaba empantanado hacia las décadas centrales del siglo. Algo semejante ocurrió en otras sociedades europeas, y el pacto entre los sectores liberales (capas intelectuales y profesionales, y burguesía comercial e industrial) y las antiguas oligarquías o restos nobiliarios no fue, en absoluto, un fenómeno exclusivo de España. Pero hacia el fin de siglo, en esos otros países se había encontrado un objetivo que acompañaba o sustituía a la revolución liberal como pretexto o acicate para el impulso nacionalizador: la expansión imperial. Y tampoco la construcción de un imperio era un proyecto posible para la débil monarquía española de aquel periodo. Ni funcionó como objetivo la Unión Ibérica, pese a ser un ideal acariciado durante largo tiempo por círculos minoritarios, tanto en España como en Portugal. Ni se podía pensar en movilizar al país alrededor de la reclamación de un territorio irredento, como Gibraltar, dada la incontestable superioridad militar de los ingleses en ese momento.

Al contrario que el resto de las monarquías europeas, la española había iniciado la Edad Contemporánea perdiendo la casi totalidad de su imperio americano, lo que la relegaría a una posición irrelevante en el complicado y competitivo tablero europeo de los siglos XIX y XX. Porque, pese a la decadencia de los últimos Habsburgo, lo que desde fuera —y, cada vez más, desde dentro— se llamaba "España" había seguido siendo una potencia europea de considerable relieve hasta finalizar la Edad Moderna, como prueba su participación en todas las contiendas europeas de alguna importancia. Sin embargo, a partir del final del ciclo napoleónico dejó radicalmente de participar en ellas. En un

periodo de tan frenética actividad europea como fue el siglo XIX y la primera mitad del XX, el Estado español se vio obligado a mantener una actitud pasiva, de "recogimiento", según el célebre eufemismo de Cánovas.

Lo que se enseñaba, en definitiva, a los niños españoles para fomentar su orgullo nacional en ese periodo eran glorias pretéritas, aparentemente renovadas hacía poco con la guerra contra Napoleón, pero sin incitación a ninguna empresa nueva. Ello explica que tanta inestabilidad interna y tanta ausencia de protagonismo internacional se impusieran sobre las exhibiciones retóricas en torno a Numancia o las Tres Carabelas y que, en la práctica, circulara una imagen muy negativa de la identidad colectiva. Los grabados de la prensa satírica del siglo XIX reflejan quizás con mayor elocuencia que ninguna otra fuente una España representada de forma autoconmiserativa: como madre crucificada o enferma de muerte, desesperada ante las perpetuas peleas de sus hijos o desangrada por políticos sin escrúpulos; acompañada en ocasiones por su típico león, pero ahora cabizbajo y exangüe. No es una imagen triunfal, como las que se elaboran en la Francia o la Inglaterra del momento. Más bien recuerda a una Virgen Dolorosa, tan típica del imaginario católico, abrumada por la muerte de su Hijo. Mucho antes de que la guerra cubana se iniciara, se detectaba un ambiente lúgubre que no estaba tan lejos del que luego emergió con el "Desastre".[10]

Esta nueva guerra, la de Cuba, dejó definitivamente al descubierto la vacuidad de las glorias recitadas en los libros de historia nacional. Aunque la guerra comenzó también con una retórica disparatada (los advenedizos yanquis, desconocedores de nuestras gestas históricas, se atreven a retar al invencible pueblo español...), su desarrollo fue humillante: en dos breves batallas navales, mero ejercicio de tiro al blanco por parte de los buques estadounidenses, fueron hundidas las dos escuadras españolas de las Filipinas y de Cuba. Tras aquel espectáculo, las mentes pensantes españolas se entregaron a un ejercicio de autoflagelación co-

[10] ÁLVAREZ JUNCO, 2001, caps. X-XII.

lectiva. El "Desastre" generó una enorme literatura sobre el llamado "problema español". Pero, a la vez, se observó una considerable pasividad popular, lo que fue interpretado en aquel momento como un síntoma más de la "degeneración de la raza". Hoy podemos intuir que fue el resultado lógico de aquel siglo XIX en el que no se había "nacionalizado a las masas" por medio de escuelas, ni fiestas, ni símbolos nacionales (bandera, himno, monumentos, nombres de calles).[11]

La desmesurada reacción de las élites, interpretando en términos colectivos y raciales lo que no era sino un fracaso del Estado, se entiende también por las circunstancias hasta aquí expuestas. Por un lado, por el proceso nacionalizador, que a ellos, las élites escolarizadas, sí les había afectado. Por otro, entre los intelectuales de mayor entidad, porque esta crisis nacional coincidió con la del racionalismo progresista que había dominado durante todo el siglo XIX. De ahí los disparatados planteamientos de un Ganivet, que equipara el problema de España al dogma de la Inmaculada Concepción de María, o las soluciones políticas arbitristas, autoritarias y melodramáticas que tantos otros proponen para regenerar el país. En definitiva, no hay que olvidar que, pese a que apelaran tanto a la modernización o europeización de España, ni siquiera eran unos intelectuales en contacto con el mundo moderno, exceptuando quizás los terrenos estéticos. No conocían el mundo industrial, sino que procedían de clases medias provincianas, básicamente de rentas agrarias, y no sentían afición por los problemas económicos ni por los científicos o técnicos.[12] Sus mayores creaciones fueron literarias, en general a partir de la fusión de la crisis nacional con su crisis de conciencia individual.

La complicada reacción posterior a 1998 fue decisiva para la España del siglo XX. La derrota cubana suscitó una crisis gravísima, no de tipo económico ni político inmediato, sino de conciencia. Todas las fuerzas políticas, y el conjunto de la opinión, se convencieron de que eran inevitables profun-

[11] ÁLVAREZ JUNCO, 1998.

[12] LITVAK, 1975.

das reformas para "regenerar" al país, un término que, desde luego, significaba cosas muy diferentes para los diversos sectores o fuerzas políticas. Tras unos años de desconcierto, aquellas propuestas complicadas, críticas y contradictorias de la generación de 1998 se sustituyeron por un "casticismo" más sencillo y optimista. Fueron los años de José María Salaverría o Eduardo Marquina.[13] Fue la nueva fase de la guerra de África, a partir de 1920, en la que surgieron los únicos himnos patrióticos que alcanzaron popularidad, como "Banderita, tú eres roja" o "Soldadito español". Fue el festival españolista de Primo de Rivera, con banderas o cuadros histórico-nacionales reproducidos en los sellos de correos, insignias para la solapa o cubiertas de turrones. Es significativo que el dictador invocara siempre a la nación, y no al rey, como símbolo de la unión y de la legitimidad política.

Esta reacción nacionalizadora era excesivamente tardía y se topaba con dos tipos de problemas. El primero era que las élites modernizadoras se sentían ya atraídas por ideales nuevos, ajenos, o incluso incompatibles con el esfuerzo nacionalizador español. Por un lado había surgido con gran fuerza el mito de la revolución social, la construcción de una sociedad justa e igualitaria por medio de la colectivización de bienes; y los intelectuales y las élites descontentas tendían a sentirse atraídas por el socialismo, o incluso el anarquismo, y a partir de 1917 por el comunismo. Por otro lado, desde el comienzo del siglo ganaron fuerza los nacionalismos alternativos al español, y en especial el catalanismo ejercía gran atractivo sobre las élites culturales barcelonesas.

El segundo tipo de problemas fue que la participación del Estado en la tarea nacionalizadora seguía siendo escasa. El rey inauguró con gran pompa, como monumento principal de su reinado, el Sagrado Corazón de Jesús en el cerro de los Ángeles. Y España se abstuvo de intervenir en

[13] SALAVERRÍA, 1917; de Eduardo Marquina, múltiples poemas y célebres obras de teatro, como *En Flandes se ha puesto el sol*; son también los años del *Emoción de España*, de M. Siurot; *La Patria española*, de E. Solana, y poco después, la *Defensa de la Hispanidad*, de R. de Maeztu.

la primera guerra mundial, el acontecimiento más importante del primer tercio de siglo, lo cual ahorró millones de vidas y benefició grandemente a la economía, pero hubo intelectuales y políticos —de Unamuno a Azaña, pasando por Lerroux— que fueron partidarios de intervenir porque veían en ella la única vía para la nacionalización de la sociedad, tarea que consideraban imprescindible para afianzar el Estado y modernizar el país.

Sin embargo, y pese a no participar en aventuras bélicas, la obsesión por la "regeneración" de España hizo que el primer tercio del siglo XX fuera una época de muy fuertes cambios modernizadores. Diferentes partidos y regímenes, desde el conservador Maura hasta el anticlerical Canalejas, y desde la monarquía parlamentaria hasta la dictadura de Primo, coincidieron en construir carreteras, escuelas, tal como había pedido Joaquín Costa. Quizá nada resuma mejor la transformación del país que su intensa urbanización. Millones de campesinos abandonaron el mundo rural y se integraron en una España urbana que se duplicó entre 1900 y 1930, y en la que emergió una cultura laica, moderna, emancipada de clérigos y caciques. Es este inicio del despegue modernizador, más que una opresión o una miseria seculares e insoportables, el que explica los resultados electorales de abril de 1931 y las tensiones políticas de la década iniciada entonces.

Con la II República, pareció haber triunfado al fin el proyecto modernizador y el nacionalismo laico y liberal, herencia del siglo XIX. Al considerar la pedagogía clave de la transformación, el nuevo régimen volcó sus esfuerzos en la creación de escuelas y la formación de maestros. Sus gobernantes estaban motivados sin duda por un impulso patriótico, ya que deseaban la transformación del país para ponerlo en condiciones de competir con sus vecinos europeos. Pero resurgió el típico problema de las élites modernizadoras españolas, obligadas a imponer cambios que atentaban contra sentimientos y tradiciones seculares, en particular el catolicismo. Cambios necesarios, en muchos casos, pero prescindibles en otros, como los de la bandera, el himno o la fiesta nacional, producto del sectarismo y la falta de habilidad de los nuevos

dirigentes, y que restaron capacidad integradora a un régimen convertido en partidista.

Todo ello facilitó la movilización de una oposición antirrepublicana que adoptaría como consigna la defensa de las tradiciones y creencias, en especial religiosas. La guerra civil de 1936-1939, en la que culminó aquel intento de cambio político, fue entre otras cosas, un conflicto entre las dos versiones de la nación que venían del siglo XIX: la liberal, laica y progresista, y la católico-conservadora. Fue un conflicto muy complejo, en el que hubo aspectos internacionales (tropas y armamento proporcionados por Hitler, Mussolini y Stalin), sociales (lucha de clases), culturales (la España laica contra la católica), diversas concepciones de la estructura estatal (tensiones centro-periferia), enfrentamiento entre la España urbana y la rural... La propaganda de ambos bandos simplificó toda esta maraña en términos nacionalistas: "España" luchaba contra sus enemigos exteriores. Tanto Franco como la República pretendían repeler una "invasión extranjera" e invocaban a Numancia o el Dos de Mayo como precedentes de su lucha. Obviamente, quienes acabaron ganando esta batalla propagandística, y apropiándose del adjetivo "nacional", fueron los franquistas.[14]

Durante la guerra, y en especial a partir de su finalización, se inició, por fin, una intensísima etapa de nacionalización de masas. La España autárquica de los años cuarenta se vio sometida a un verdadero diluvio propagandístico en términos patrióticos: fiestas nacionales, cruces de los caídos, desfiles, himnos, campamentos juveniles, películas, hasta tebeos infantiles... Pero de nuevo, era demasiado tarde y, sobre todo, aquella campaña de nacionalización carecía de capacidad —y de voluntad— integradora. En la nueva España sólo cabía lo católico-conservador. Había serias intenciones de borrar de la historia (y del presente, por medio del pelotón de fusilamiento) a todo intelectual heterodoxo, lo cual incluía a un Pérez Galdós entre los ya fallecidos o a la práctica totalidad de las generaciones del 98 o del 27 entre los todavía vivos. Era excesivamente sectario. En se-

[14] Álvarez Junco, 1997.

gundo lugar, aquella forma de implantar una identidad nacional era demasiado brutal, impuesta por la fuerza: se humilló a catalanes católicos y conservadores con los "no hables como un perro" o "habla la lengua del imperio". En tercero, toda esta mitología nacionalista se mezclaba con la propaganda del régimen; al final de la saga de pérdidas y recuperaciones nacionales, aparecía siempre el Caudillo como redentor del país frente a la última y más reciente amenaza, la del bolchevismo y el separatismo. No hay que olvidar que el "¡Arriba España!" se veía inevitablemente acompañado de un "¡Viva Franco!". Medio país, al menos, se sentía ajeno a aquel conjunto de mitos y símbolos, aunque no pudiera expresarlo.

A la presión nacionalizadora de tipo totalitario típica de la primera fase del régimen franquista se añadieron los límites intelectuales que, tanto sobre el régimen como sobre la oposición, imponía el planteamiento mismo de los problemas políticos del país en términos de "carácter" o "esencia nacional". Hasta casi un cuarto de siglo después de terminada la guerra siguió produciéndose, tanto entre los intelectuales del interior como entre los exiliados, una considerable literatura sobre el llamado "problema español" en términos raciales y esencialistas. La intensidad del planteamiento nacionalista se detecta incluso en la propaganda difundida por los "maquis" o guerrilleros antifranquistas, donde abundan los llamamientos en favor de la lucha por "la reconquista de España, mi patria, independiente y libre...", o los ataques contra Franco por ser agente al servicio del imperialismo germano. "¡Español!", termina alguna de estas proclamas, "Tus compatriotas te esperan. La liberación nacional de ti lo exige [...] Se ama o no se ama a España [...] Piensa en tu Patria sojuzgada y envilecida. Piensa en España, en sus sufrimientos..."[15]

Si esto era así en el terreno de la lucha armada, en el intelectual no se quedaban atrás. Como venían haciendo desde 1898 hasta finales de los años cincuenta, poetas e intelectua-

[15] Véase *Nueva Historia*, año I, núm. 6 (sep. 1977). Número monográfico dedicado a los maquis o guerrilleros antifranquistas.

les —tanto del interior como del exilio— siguieron cultivando todo un género literario sobre el llamado "problema de España", que conectaba con la literatura del siglo XVII sobre la decadencia y con la del 98 sobre el "fracaso" español, a lo que se sumaba ahora el "cainismo" racial demostrado por la guerra civil. El tema aparece de manera casi obsesiva en la creación literaria, con desgarrados cantos a una España mítica y mística, madrastra devoradora de sus hijos, "miserable y aún bella entre las tumbas grises...", como escribe Cernuda. En el terreno ensayístico, fue célebre la polémica desarrollada en el exilio entre Américo Castro y Sánchez Albornoz. Para todos ellos, la pregunta fundamental seguía siendo: ¿a qué se debe el fracaso español ante la modernidad? Y la culpa se trasladaba, como es propio de todo planteamiento nacionalista, hacia el exterior: no en el espacio, en este caso, sino en el tiempo. Para unos tenía que ver con las guerras civiles romanas, en parte desarrolladas en territorio ibérico, o con la belicosidad cristiana de la Reconquista. Ortega, en los años veinte, había culpado a los visigodos, a su incapacidad de renovar y vigorizar la civilización romana, creando un feudalismo potente, con "minorías rectoras". Frente a él, Albornoz defendía a los visigodos, pero no dudaba de que un "homo hispanus" había existido desde la noche de los tiempos, anterior desde luego a la invasión romana. Américo Castro, con mayor sentido histórico, negaba la posibilidad de llamar "españoles" a los iberos o a los visigodos. Para él, la "morada vital" española se había formado en la Edad Media, con la convivencia de tres razas y religiones. Pero la represión de esa libertad medieval en los siglos modernos había hecho que las élites españolas vivieran en un constante "desvivirse", conflictivo y agónico. Con lo que Castro acababa elaborando también una especie de esencia nacional que explicaba desde el terrorismo anarquista a los nacionalismos periféricos o la guerra civil.[16]

El anacronismo de tales planteamientos resultó patente tras la segunda guerra mundial, cuando los excesos nazis

[16] Castro, 1954 y 1959; Sánchez Albornoz, 1960, y Ortega y Gasset, 1921.

desprestigiaron de manera fulminante las teorías raciales, y era casi surrealista que en plena era atómica se debatiera con tanto ardor entre Princeton, California y Buenos Aires sobre si la responsabilidad de la guerra civil española debía recaer sobre los visigodos o sobre la represión inquisitorial. Finalmente, hacia finales de la década de 1950 se produjo una reacción, tanto desde el interior de España como desde el exterior. Intelectuales más jóvenes (como Francisco Ayala, Maravall o Caro Baroja) denunciaron la irrelevancia de estos debates alrededor de lo que calificaron de "mito de los caracteres nacionales"; frente a lo que no dejó de replicar airadamente Salvador de Madariaga.[17]

Curiosamente, cuando las discusiones sobre la esencia de España empezaban a resultar obsoletas, la obsesión por la identidad renació en la Península bajo la forma de los nacionalismos periféricos. Especial éxito tuvieron el catalanismo y el vasquismo como fuerzas de oposición al último franquismo, pero a ellos se añadió, en los años de la transición, un verdadero festival de identidades locales o regionales que se distanciaban de lo español. No sólo en Galicia, Andalucía, Baleares o Canarias, sino incluso en la Rioja, Cantabria o Murcia, zonas donde nunca había existido conciencia nacionalista, se explotaron todos los rasgos culturales de tipo diferencial con objeto de conseguir ventajas en el proceso de descentralización política que se abría. Todas las fuerzas políticas buscaban distanciarse del franquismo, y una de las maneras de hacerlo era buscar antepasados culturales que permitieran proclamarse nacionalidad oprimida por "España". Y es que, a medida que habían pasado los años, el régimen franquista se había ido asociando con la imagen de "atraso" o "excepcionalidad" política europea, al menos entre las generaciones jóvenes, y en especial entre quienes viajaban o conseguían mantener algún contacto con el mundo exterior. Y fundida con el régimen se hallaba la exaltación de la identidad nacional, consiguiendo hacer olvidar que había existido un españolismo liberal. Esta identificación de lo es-

[17] Ayala, 1960 y 1965, pp. 99-125, "El problema de España"; Caro Baroja, 1970 y 1992; Maravall, 1963, y Madariaga, 1964.

pañol con la dictadura, el subdesarrollo y la brutalidad, frente a la democracia y la modernidad representadas por Europa, era especialmente fuerte en las zonas industrializadas y más cercanas a Francia, como Cataluña o el País Vasco.

Por fin, la Constitución de 1978 ha reconocido la diversidad cultural de España y establecido un régimen descentralizado, cuasifederal, basado en las "comunidades autónomas", sentando en su artículo segundo la soberanía sobre una identidad un tanto ambigua: una España de unidad "indisoluble", compatible con la existencia de unas "nacionalidades" en su interior. En definitiva, la identidad nacional española se está redefiniendo alrededor de la lealtad al sistema constitucional y el reconocimiento de la diversidad cultural del país. Todo ello dentro de un proceso general de redefinición de las identidades colectivas en el mundo entero, enfrentado ahora con problemas radicalmente nuevos, como la globalización cultural y económica o la "guerra de civilizaciones", que han alterado los planteamientos clásicos del nacionalismo.

Paradójicamente, este largo recorrido histórico nos lleva a concluir que, en el caso que nos ocupa, el factor decisivo no es el peso de la historia, especialmente el de la historia más antigua. Los conflictos actuales, lejos de proceder de agravios o reivindicaciones que se remonten a la noche de los tiempos, se han originado en un pasado relativamente reciente: los problemas políticos del siglo XIX; y mucho más cerca aún y más importante, el franquismo. Y nuevos fenómenos acaecidos dentro y fuera del país en las últimas décadas han alterado radicalmente los conflictos identitarios. Piénsese en las reformas democráticas de los setenta, que han dotado al régimen político actual de una legitimidad desconocida por cualquiera de sus antecesores; el crecimiento económico, que viene de los sesenta pero no ha dejado de continuar en los años siguientes, y ha hecho sentir, por fin, a los españoles que pertenecen a una nación moderna, "normal" en Europa; la pertenencia misma a la Unión Europea y a otras instituciones u organismos supranacionales, que han reforzado también la legitimidad del Estado; o los nuevos fenómenos migratorios, con oleadas

de magrebíes o latinoamericanos que, lógicamente, deberán alterar los *cleavages* o líneas divisorias entre sectores culturales en el país... No parece posible que, tras tanto cambio, los conflictos culturales y los sentimientos de identidad colectiva puedan mantenerse en sus tradicionales planteamientos nacionalistas.

REFERENCIAS

ÁLVAREZ JUNCO, José

1994 "España: el peso del estereotipo", en *Claves de Razón Práctica*, 48, pp. 2-10.

1996 "Identidad heredada y construcción nacional. Algunas propuestas sobre el caso español, del Antiguo Régimen a la Revolución liberal", en *Historia y Política*, 2, pp. 123-146.

1997 "El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras", en CRUZ y PÉREZ LEDESMA, pp. 35-67.

1998 "La nación en duda", en PAN-MONTOJO, pp. 405-475.

2001 *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX.* Madrid: Taurus.

ANDERSON, Benedict

1983 *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* Nueva York: Verso (2ª ed., ampliada, 1991).

AYALA, Francisco

1960 *Razón del mundo. La preocupación de España.* México: Universidad Veracruzana.

1965 *España, a la fecha.* Buenos Aires: Sur.

CARO BAROJA, Julio

1970 *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo.* Madrid: Seminarios y Ediciones.

1992 *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España).* Barcelona: Seix Barral.

CASTRO, Américo

1954 *La realidad histórica de España.* México: Porrúa.

1959 *Origen, ser y existir de los españoles.* Madrid: Taurus.

CRUZ, Rafael y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.)

1997 *Cultura y movilización en la España contemporánea.* Madrid: Alianza.

EISENSTADT, Shmuel Noah y Stein ROKKAN (coords.)

1973 *Building States and Nations.* Londres: Sage, vol. 2.

GELLNER, Ernest

1983 *Nations and Nationalism.* Oxford: Blackwell.

HOBSBAWN, Eric J.

1990 *Nations and Nationalism since 1780.* Cambridge: Cambridge University Press.

HOBSBAWN, Eric J. y Teodore RANGER (coords.)

1983 *The Invention of Tradition.* Cambridge: Cambridge University Press.

LINZ, Juan J.

1973 "Early State-Building and Late Peripheral Nationalism against the State: The Case of Spain", en EISENSTADT y ROKKAN, pp. 32-112.

LITVAK, Lily

1975 *A Dream of Arcadia. Anti-Industrialism in Spanish Literature.* Austin: University of Texas Press.

MADARIAGA, Salvador de

1964 "Sobre la realidad de los caracteres nacionales", en *Revista de Occidente,* 16 (2a. época.), pp. 1-13.

MARAVALL, José Antonio

1963 "Sobre el mito de los caracteres nacionales", en *Revista de Occidente,* 3 (2a. época), pp. 257-276.

MOSSE, Georges

1975 *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich.* Nueva York: Fertig.

ORTEGA Y GASSET, José

1921 *España invertebrada.* Madrid: Calpe.

PAN-MONTOJO, Juan (coord.)

1998 *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo.* Madrid: Alianza.

SALAVERRÍA, José María

1917 *La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español y los tiempos nuevos.* Barcelona: Gustavo Gili.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio

1960 *España, un enigma histórico.* Buenos Aires: Edhasa.

TILLY, Charles

1975 *The Formation of National States in Western Europe.* Princeton: Princeton University Press.

WEBER, Eugen

1976 *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914.* Stanford: Stanford University Press.

¿"HIJOS DE LOS BARCOS" O DIVERSIDAD INVISIBILIZADA? LA ARTICULACIÓN DE LA POBLACIÓN INDÍGENA EN LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL ARGENTINA (SIGLO XIX)

Mónica Quijada
Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España[1]

Hay una tendencia general a considerar que los conceptos y las categorías tienen un contenido más o menos unívoco y que lo que cambia es su utilización en el tiempo. Sobre todo cuando hablamos de análisis académicos, que por ley casi natural procuran distanciarse de la vulgaridad de lo cotidiano. Pero nada hay más lejos de la realidad. Pensemos en el concepto de "construcción nacional" que aparece en el título de este trabajo. Es posible que cada uno de los autores que publican en el presente volumen confiera a ese concepto matices propios y diferentes. Y esto es lógico, porque la matriz de esa expresión está en la palabra "nación", término polisémico donde los haya (¿qué nación?, ¿étnica, cívica, para recurrir a la terminología de Anthony Smith?, ¿la de las Cortes de Cádiz, la de los independentistas, la de los positivistas, la aymara, la mapuche?, ¿desde cuándo y hasta cuándo —los aztecas, la conquista, la nación homogénea del siglo XIX, la multiculturalidad de hoy—? Por su parte, el término "construcción" parece dar mayor tranquilidad al espíritu. ¿Quién no entiende lo que significa "construir"? En principio es un

[1] Este trabajo se ha realizado en el contexto del Proyecto de Investigación BSO2001-2341 "Ingenieros Sociales. La construcción del método y el pensamiento antropológicos en Europa e Iberoamérica, siglo XIX", financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

verbo activo: para que haya construcción, tiene que haber "alguien" que construya. Y, además, "algo" que construir. Un alguien y un algo que pueden ser identificables, aprehensibles, y sobre todo que parecen alejarnos de propuestas esencialistas. Pero hasta la "construcción" tiene sus bemoles y no falta quien, por defender la primacía histórica de su —cómo no— nación, la retrotraiga al siglo X y la vincule al efecto "nacionalizador" de la religión en general y de la traducción de la Biblia en particular.[2]

En vista de lo anterior, creo conveniente comenzar por acotar una perspectiva conceptual. No es necesario convencer al lector de que reniego de esa larga tradición historiográfica latinoamericanista según la cual las independencias constituyeron un movimiento histórico que despertó con un "¡levántate y anda!" a unas supuestas comunidades nacionales preexistentes. Que la nación no precedió al Estado en los países hispanoamericanos es, a esta altura de la investigación, ya casi un punto de partida y no de llegada. Por el contrario, la construcción nacional es un proceso histórico relativamente reciente, e Hispanoamérica tiene la ventaja, respecto a muchos países europeos, de que la independencia —en tanto hito datable en un momento específico sumamente breve en términos históricos— marcó un antes y un después en el tránsito de un sistema político en el que la soberanía residía en la corona, a otro funda-

[2] Véase HASTINGS, 1997, cuyo título es, significativamente, *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism.* No parece casual que la defensa que hace el autor de esa primacía para Inglaterra y la lengua inglesa (inspirándose a su vez en GREENFELD, 1992, se produzca en fechas tan recientes, es decir, después de que 30 años de desarrollos teóricos sobre la nación y el nacionalismo han conferido "carta de decencia" a unos términos que fueran muy denostados en las dos décadas posteriores a la segunda guerra mundial. Recuérdese que KEDOURI, en un conocido texto de 1966, intencionadamente vinculaba esos conceptos con Francia y Alemania y negaba toda asociación con Gran Bretaña y Estados Unidos. Respecto a la utilización de la Biblia para fundamentar esa "construcción temprana" y aparentemente "pionera", véase el análisis desmitificador que ofrece GUERRA, 2002, quien muestra cómo dicho libro fue utilizado a lo largo de la edad moderna para legitimar las posiciones políticas más extremas y contradictorias entre sí.

do en la soberanía popular. Esta nueva configuración, que articuló un proceso de redefinición y remodelación institucional con la delimitación de un colectivo poblacional detentador de la soberanía, territorializado e internamente cohesionado, es lo que yo identifico con "construcción nacional". Dicho de otra manera, se trata de un proceso histórico que se vincula con el surgimiento de un nuevo sistema político identificado como "Estado-nación", que desde mi perspectiva no es otra cosa que un Estado fundado en la soberanía popular, y en el que las referencias a unas esencias originales constituyen elaboraciones *a posteriori* destinadas a la legitimación y el amalgamamiento de un *constructo* social.

Ahora bien, el propio adjetivo "cohesionado" que he añadido a la categoría de "colectivo detentador de la soberanía" lleva a que las "elaboraciones *a posteriori* con fines de legitimación y amalgamamiento", antes aludidas, estén lejos de constituir algo perverso o baladí; lo cual hace doblemente necesario conocerlas y reconocerlas como tales —es decir, como creaciones en el tiempo— y no caer en la trampa esencialista, pero tampoco en un desprecio estéril. En efecto, si vinculamos la construcción nacional con la soberanía popular, encontramos que la irrupción del sentido moderno de "ciudadanía" a ella asociada[3] generó el imperativo de corporizar una abstracción —el "pueblo"— para asentar la legitimidad política en un sistema referencial colectivo, creando el efecto de unidad en virtud del cual el conjunto —la nación de ciudadanos— aparezca, a ojos propios y ajenos, como la base y el origen del poder político.[4]

Desde la perspectiva anterior, delimitación, territorialización y cohesión mediante un sistema referencial colec-

[3] Estoy contraponiendo el concepto de ciudadanía tal cual se configuró a partir de las grandes revoluciones modernas, con el sentido anterior del término que surge en la antigua Grecia y se extiende, con variables, hasta la Europa de la edad moderna. Véanse RIESENBERG, 1992, y QUIJADA, BERNAND y SCHNEIDER, 2000, cap. 1, pp. 15-56.

[4] En otro lugar he estudiado esta problemática vinculada con la tendencia homogeneizadora que fue propia de las construcciones nacionales decimonónicas; QUIJADA, BERNAND y SCHNEIDER, 2000, Introducción y cap. 1, pp. 7-56.

tivo forman otros tantos ejes de la construcción nacional que se desarrolló en un proceso histórico del cual nos interesa aislar un periodo —el siglo XIX— y una región del ámbito occidental —Hispanoamérica. Pero incluso esta selección implica una diversidad de perspectivas de análisis cuyo desarrollo depende del caso de estudio elegido, en el que confluyen una problemática y una localización concretas. En este trabajo voy a referirme a un país —Argentina— y a un tema que se inserta en la anterior definición de construcción nacional, pero que de ninguna manera la agota. Me refiero a la articulación de un sector de la población, los indígenas, en la comunidad territorializada, internamente cohesionada y detentadora de la soberanía que aspira a ser el cimiento, pero que sobre todo es el objetivo, de ese proceso histórico. Mi propuesta se centra en analizar esa articulación desde una doble perspectiva interrelacionada: por un lado la inserción o no (es decir, las dinámicas de inclusión/exclusión) de ese sector de la población en el proceso de construcción de la "nación de ciudadanos"; por otro, la incidencia de las formas asumidas por esa articulación en el desarrollo del sistema referencial colectivo que forma parte de la construcción del pueblo soberano. Esto implica buscar los enlaces entre las acciones y las imágenes construidas, pero también señalar sus desencuentros, que en el caso de las construcciones identitarias pueden —y suelen ser— tanto o más significativas que las primeras.

Los indígenas en la memoria y la cotidianeidad en los albores de la construcción republicana

En 1997 se publicó en Argentina un libro cuyo anonimato guardaré, pues a los fines de este trabajo sólo interesa la anécdota y no la identidad del autor. Destinado a documentar la historia de una conocida localidad de la provincia de Buenos Aires —antiguo puesto de frontera en el avance territorial decimonónico—, uno de sus capítulos está dedicado a la población que la habita. De ella se señala su heterogénea ascendencia, integrada por "múltiples ver-

tientes migratorias, con ausencia absoluta del nativo" (el énfasis es mío). No obstante, pocas páginas más tarde, cuando el autor proporciona detalles sobre las características de los habitantes de la localidad y sobre algunos personajes conocidos de la misma, surge una figura al menos sorprendente. Se trata de un personaje situado en las primeras décadas del siglo XX, dueño de una gran fortuna y cuya característica principal consistió en haber sido una suerte de rey del hampa, propietario de la mayoría de los prostíbulos del lugar, progenitor de un notable número de hijos naturales y jefe o patrón de una aguerrida "guardia de corps" que le servía de protección. Sobre la ascendencia exacta de este personaje hay dudas, no así sobre su adscripción grupal o genealógica; en efecto, según el autor, era hijo de uno de los últimos Catriel —conocido linaje de caciques pampas— o de Lucio López, su *machi* o chamán (y a ello se debería el comienzo de su fortuna, ya que, "como consecuencia de esta filiación", habría heredado "campos y propiedades"), en tanto que la mencionada "guardia de corps" estaba integrada por un conjunto de aún reconocibles indios pertenecientes a dicha etnia. *Ergo*, parece que a pesar de la rotunda afirmación inicial, la sangre indígena no sólo estaba presente y activa en la configuración demográfica del lugar, sino que seguía multiplicando su impronta en una nutrida descendencia.

Este doble discurso en el que el indio a un tiempo está y se le niega, existe, pero no se ve permanece, pero no se le reconoce, se encuentra firmemente inserto en una construcción de ilustre prosapia y duradero éxito en Argentina. Fue creada en el siglo XIX por los "padres de la patria" al calor de una voluntad de progreso hija de su tiempo, en la que cultura se asociaba con "raza" y esta última a rígidas jerarquías. Uno de sus ejes reconocibles es la conocida propuesta de Alberdi de que el habitante aborigen del territorio nacional "no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil".[5] Otro, un principio historiográfico de gran capacidad de permeación, según el cual la his-

[5] ALBERDI, 1980.

toria nacional se desarrolla al margen de los indígenas, que sólo aparecen esporádicamente en episodios casi siempre violentos, desempeñando un homogéneo papel de "bárbaros", "incivilizados", "nómadas" y finalmente "exterminados". Es decir, de "salvajes" a "inexistentes": *the best Indian is no Indian* podría ser la efectiva fórmula argentina que remplazase a la conocida —y brutal— frase atribuida a Búfalo Bill.

Pero volviendo a la categoría que he señalado en el apartado anterior, esto es un ejemplo de *constructo a posteriori*. En los años de la independencia que abrieron el camino a la construcción nacional, el elemento indígena era una presencia consciente tanto en la cotidianeidad como en la memoria de la sociedad hegemónica (llamárase "blanca", "española" o "criolla"), desde distintos niveles y perspectivas. De hecho, las élites del virreinato rioplatense que se estaba desmoronando supieron utilizar en su favor —a sus homólogos mexicanos o peruanos— la vinculación histórica que por vía de las "sagradas tierras patrias" les unía a las antiguas culturas prehispánicas. Rípodas Ardanaz[6] ha demostrado que hasta los bonaerenses, tan alejados geográfica y culturalmente de las últimas estribaciones del imperio incaico, reivindicaron la ruptura de la relación con la metrópoli como un acto de restitución de una libertad perdida con la conquista ("Se conmueven del Inca las tumbas/y en sus hijos revive el ardor...", afirma la canción patriótica creada en esa ciudad en 1813, que fue luego asumida como himno nacional argentino). Pero en el caso del Río de la Plata la identificación con el pasado prehispánico fue incluso más allá de una estrategia discursiva: los diputados reunidos en el Congreso de Tucumán de 1816, que declararía la independencia de las Provincias Unidas del Sur, discutieron la posibilidad de restaurar la dinastía incaica en el marco de una "monarquía atemperada". Esta propuesta, defendida entusiastamente por Manuel Belgrano (reverenciado en la historia argentina como creador de la bandera nacional), buscaba impulsar a las masas indígenas del virreinato a un gran levantamiento contra los españoles y a

[6] RÍPODAS ARDANAZ, 1993.

cimentar una convivencia estable entre criollos y aborígenes, edificada sobre la coronación de un descendiente de los incas como garantía de dignificación de los naturales. Los grandes constructores de la memoria histórica nacional de la segunda mitad del siglo XIX, como Mitre o López, se sintieron poco felices con esta propuesta del creador de la bandera y la atribuyeron a la bondad extrema del prócer, que en ocasiones le hacía ser algo ingenuo. Así es como lo aprenden todos los niños argentinos en sus manuales de historia. Pero lo cierto es que Belgrano debía ser menos ingenuo que la imagen que se creó de él, porque su notable aunque fracasado "Plan del Inca" fue apoyado por representantes de diversas provincias, incluida la escéptica y antiindígena Buenos Aires, y hasta suscrito por dos periódicos de esa ciudad, *El Censor* y *La Prensa Argentina*. Y ha habido que esperar hasta 1993 para que una historiadora desenterrase de las brumas del pasado esta circunstancia tan celosamente ocultada.

Por otra parte, esa presencia en la memoria no era lo más significativo de las relaciones de la sociedad mayoritaria con el elemento indígena. Existía sobre todo una cotidianeidad que asumía distintos perfiles según la localidad de que se tratase y según los grupos étnicos implicados en ella. Al producirse la independencia, el territorio de lo que es hoy la República Argentina[7] estaba dividido por una línea imaginaria que separaba dos sociedades distintas. La primera correspondía a un mundo hegemoneizado por la sociedad de origen europeo y sujeto a la jurisdicción colonial y más tarde la republicana. En ese ámbito pueden reconocerse dos desarrollos fundamentales de la interacción entre la población de origen europeo y los indígenas. Por un lado, en un área situada al noroeste y que abarcaba parte

[7] No puede hablarse propiamente de una unidad autorreconocida como República Argentina antes de 1853. Hasta entonces se trata de provincias autónomas con variables —y disputados— grados de interdependencia según el momento histórico. Véase CHIARAMONTE, 1997. Este autor demuestra, entre otras cosas, que en las primeras décadas del siglo XIX el nombre "Argentina" fue, sobre todo, una expresión de la tendencia de Buenos Aires al dominio de todo el territorio rioplatense.

de las actuales provincias de Salta, Jujuy y Tucumán, se produjo una integración temprana de las etnias locales a las formas institucionales de la colonización española. Se trataba de grupos indígenas de economía predominantemente agrícola, que ya habían sido parcialmente colonizados en época prehispánica por el imperio inca sobre todo a partir de grupos de "mitimaes", es decir, de poblaciones ya conquistadas que eran trasladadas desde su medio original, propiciando formas tempranas de aculturación. Este sistema favoreció más tarde la fragilidad de la resistencia de las etnias locales a los españoles, cuando éstos iniciaron el proceso de conquista.

Hacia el sur y el este de ese territorio, los colonizadores hispanos hubieron de enfrentarse a una larga y feroz resistencia por parte de grupos indígenas que en época prehispánica habían permanecido independientes de la autoridad incaica. Esto dio lugar a la configuración de una frontera bélica, desarrollada desde los tiempos de la conquista. En ella se produjo el afianzamiento progresivo de los asentamientos europeos, en estrecha asociación con la acción guerrera y la captura y reducción de indígenas transformados en mano de obra. Los españoles se apropiaron incluso del modelo incaico de traslados poblacionales como una forma de debilitar la capacidad de respuesta de los indios y de garantizar su sujeción a la autoridad central. Al finalizar el periodo colonial, un vasto territorio —situado en su totalidad en la mitad norte de la actual geografía argentina— se había configurado como una amplia frontera agraria, basada en la incorporación del indio sometido al sistema productivo de la región, ya fuera en haciendas o en reducciones a pueblos. En la ciudad de Buenos Aires, así como en las provincias del litoral, una parte de la población provenía de las misiones jesuíticas disueltas a finales del siglo XVIII o de grupos trasladados en las centurias anteriores, como el que diera origen a la localidad de Quilmes, nombre que hoy se asocia con la marca de una conocida cerveza, pero que en origen fue, precisamente, el de un grupo nativo proveniente de los norteños valles calchaquíes y asentado a la fuerza en ese remoto rincón de la provincia

de Buenos Aires, con el fin de controlar su belicismo.[8] En todos estos casos, las etnias locales quedaron sujetas a la sociedad mayoritaria en diversos grados de integración.[9]

Muy distinta era la situación de los numerosos grupos indígenas que habitaban vastísimos territorios a los que no alcanzaba la jurisdicción central y que, de hecho, lograron mantener su autonomía y el control de su espacio hasta finales del siglo XIX y principios del XX. Entre esos territorios y los ocupados por la sociedad mayoritaria se extendía lo que en la época era conocido como "fronteras interiores", que al producirse la independencia constituía una línea imaginaria horizontal que aproximadamente cruzaba de este a oeste desde el sur de la ciudad de Buenos Aires hasta la cordillera de los Andes. Al sur de esa línea se extendía el "desierto", eufemismo que simbolizaba la ausencia o escasez de asentamientos "blancos" y el rechazo de la sociedad mayoritaria a conceder a los grupos indígenas que lo habitaban el estatus de "poblaciones". Una segunda "frontera interior", situada al noreste, circundaba la zona del Chaco, reducto de grupos indígenas que consiguieron mantener su autonomía hasta comienzos del siglo XX.

En ambos casos, y muy en particular en el de los lindes meridionales, la utilización del término "frontera" asumía una fuerza simbólica particular y equívoca. Por un lado, la soberanía sobre esas tierras era reivindicada por las autoridades centrales sin ningún asomo de duda, por lo que el límite se asociaba no a una ausencia de derechos de posesión, sino de control efectivo. Por otro, en el imaginario de la sociedad mayoritaria la "frontera" se concebía como una línea divisoria casi física; sin embargo, desde hace varios años la investigación ha demostrado que esa frontera, más que como un límite o separación, actuaba como "un área de interrelación entre dos sociedades distintas, en la que se operaban procesos económicos, sociales, políticos y culturales específicos".[10] Un mundo de criollos, indígenas y

[8] PALERMO, 1991 y WILDE, 1999.
[9] GULLÉN ABAO, 1993; HERNÁNDEZ, 1992, y MARTÍNEZ SARASOLA, 1972.
[10] MANDRINI, 1992, p. 63.

mestizos cruzado por múltiples líneas de interacción, aculturación e influencias recíprocas.[11]

Como ocurrió prácticamente en toda la América hispana, los independentistas tendieron a eliminar las regulaciones diferenciales que consideraron incompatibles con el principio de reasunción de la soberanía. La Asamblea de 1813 derogó el tributo y los servicios personales "para que se les haya y tenga a los mencionados indios de todas las Provincias Unidas por hombres perfectamente libres, y en igualdad de derechos a todos los demás ciudadanos que las pueblan".[12] Este decreto se tradujo a los idiomas guaraní, quechua y aymará, todos ellos de grupos indígenas que estaban sujetos a la jurisdicción colonial. Había conciencia de que se estaba ante el fenómeno de un "pueblo naciente", en el que todos eran "principiantes", porque —como afirmó el líder independentista Mariano Moreno— por primera vez se consideraban "libres y con derecho a sufragio". En ese contexto, en 1815 la Junta de Observación de Buenos Aires promulgó un Estatuto Provisional para la Dirección y Administración del Estado que adoptó una concepción de la soberanía cuyo ejercicio remitía a la ciudadanía, definiendo al ciudadano como "todo hombre libre, nativo y residente, mayor de 25 años". Pocos años más tarde, la Ley Electoral de 1821 confirmaba que tenía derecho a ser elector todo "hombre libre, natural del país o avecindado en él, desde la edad de veinte años y antes si fuera emancipado". Ambas disposiciones hacían referencia explícita a los habitantes de origen africano, pero en cambio no se mencionaba a los indios. Esto último se debe a que los indígenas estaban tácitamente incluidos en la idea de hombre libre natural del país; en otras palabras, se consideraba al indígena como implícitamente integrado en esa nación de ciudadanos que se estaba comenzando a construir, y por ello

[11] Para una propuesta sobre el estudio de las interacciones entre ambas márgenes de la sociedad de frontera, que incluye una revisión crítica sobre los avances de la investigación, véase Quijada, 2002.

[12] "El redactor de la Asamblea de 1813", en *Pensamiento político de la emancipación*, 1977, p. 309.

se le concedían derechos de representación en pie de igualdad con el resto.[13]

Lo interesante del Río de la Plata es que esta tendencia inclusiva no iba a experimentar cambios en las subsiguientes décadas del siglo XIX, a diferencia de lo que ocurrió en otros ámbitos latinoamericanos. No se incorporaron restricciones censatarias —sea de propiedad o de alfabetización—[14] ni se retiraron derechos de ciudadanía a los grupos indígenas a medida que avanzaba la centuria.[15] De tal manera, quedó incólume el principio de que el indio, nativo de la tierra, formaba parte de ese sistema de ciudadanía. Este planteamiento, claro está, no se extendía a cualquier individuo perteneciente a la categoría de "indio", sino a todo el que formara parte de la población sujeta a las instituciones de la sociedad "criolla". Quedaban, por tanto, fuera de ese movimiento inclusivo los "indios de frontera", llamados también "bárbaros", "salvajes" o simplemente "indios bravos". Ahora bien, tal exclusión estaba lejos del esquema simplista desde el cual ha tendido a verse esta problemática.

Por un lado estas tribus, consideradas en la época como un auténtico "problema" —y así se lo llamaba, "el problema indígena" o "la cuestión indígena"—, eran un elemento suficientemente ajeno como para que a lo largo de todo el

[13] No es éste el lugar para discutir el alcance y contenido de la terminología liberal temprana que se encontraba entonces en vías de configuración y resemantización. Sólo diré que coincido con la afirmación de Marcela Ternavassio. TERNAVASSIO, 2002, pp. 40-41 según la cual fue Buenos Aires (provincia que iba a liderar el proceso de integración territorial y político) la que en los albores mismos del movimiento secesionista "hizo suya [...] la nueva concepción de una soberanía única e indivisible, enfrentada a la noción de una soberanía estamental predominante en los otros *pueblos* del antiguo virreinato".

[14] Es necesario señalar que en aquellos países que aplicaron el sistema censatario la iniciativa no fue pensada a partir de la situación de los indios, aunque *a posteriori* estos últimos resultasen perjudicados por ello. Sobre el desarrollo de este sistema electoral es imprescindible el libro de IRUROZQUI, 2000.

[15] Sobre la tendencia a restringir a los indígenas derechos de ciudadanía ya concedidos que se produjo en algunos países hispanoamericanos a medida que avanzaba el siglo XIX, véanse ALDA MEJIAS, 2000 y 2000a y CHIARAMONTI, 2000.

siglo XIX fueran integrados en la jurisdicción del Ministerio de la Guerra, a cargo de la cartera de Exteriores. Por otro, interactuaban con la sociedad mayoritaria a través de diversas vías: en primer lugar, un nutrido comercio en el que productos de la caza y la artesanía indígena (textiles, plata y cuero) se intercambiaban por mercancías y vituallas de la sociedad mayoritaria que los indios consideraban crecientemente imprescindibles. El segundo nivel de vinculación estaba basado en la violencia: periódicos asaltos a las estancias de frontera (*malones*) y robos de numerosas cabezas de ganado que los indios arreaban hasta Chile para allí venderlo, y la contrapartida de también periódicas estrategias militares de las autoridades coloniales para castigar a los indios o simplemente empujarlos cada vez más hacia el sur, con fines tanto de ocupación de tierras como sobre todo de creación de espacios de seguridad para la protección de las poblaciones propias. Un tercer nivel de interrelación era un permanente mestizaje en las tierras de frontera, con múltiples interacciones y préstamos poblacionales a uno y otro lado de los escurridizos lindes.[16]

Desde la conquista, las autoridades españolas habían actuado hacia los indios de frontera a partir de planteamientos que implicaban dos visiones contrapuestas: una que afirmaba la posibilidad de "civilizar" a los "bárbaros" (sobre todo a través de la evangelización) y otra que la negaba. Al producirse la independencia, las élites coloniales llevaban ya varias décadas experimentando con una política basada en la atracción y asimilación de los "indios bravos", diseñada y aplicada bajo la dinastía borbónica con un objetivo: convertirlos en fieles "vasallos" de la corona. La estrategia fundamental estaba fundada en los intercambios, no sólo en el comercio, sino en un sistema que apuntaba a un fin político: estimular la dependencia de los aborígenes respecto a los productos de la sociedad blanca, mediante la concesión de dádivas y raciones. Esta táctica tuvo tanto éxito que acabó desempeñando un papel fundamental en el

[16] QUIJADA, 2002. Véase la n. 10.

sostenimiento de las redes de reciprocidad y autoridad dentro de la propia sociedad indígena.[17]

Esta política se mantuvo a lo largo de varias décadas bajo los gobiernos republicanos, aunque inserta en un debate y en unos encuadramientos sociopolíticos cuyo orden cambiante fue arrastrando y modificando las circunstancias hacia unos esquemas no previstos por los protagonistas.

LOS "INDIOS DE FRONTERA" EN EL AVANCE POBLACIONAL: COMPATRIOTAS Y ENEMIGOS, MALOQUEROS Y PEONES

La proclama del Directorio de Buenos Aires de 1819 llamó a los indios de frontera —a los que estaba dirigida— "compatriotas" y los consideró "una porción del todo nacional". Hay diversas maneras de interpretar estas afirmaciones, y es posible que todas ellas jugaran un papel. Por un lado, no era mucho más que un enunciado teórico con miras básicamente instrumentales, destinadas a controlar la belicosidad de los indígenas —e incluso lograr su aquiescencia— ante el avance de las tropas y los asentamientos poblacionales al sur de las fronteras interiores. Desde esta perspectiva, es indudable que la articulación concreta de los aborígenes en las posibilidades que se abrían con la independencia no era algo que quitara el sueño a los nuevos dirigentes. Mucho más preocupaba la pérdida de la salida de la plata potosina por el puerto de Buenos Aires, lo que señalaba un cambio dramático en las perspectivas económicas. Pero este cambio afectaba directamente a los indígenas, puesto que revalorizaba como principal y única estrategia de futuro la producción agropecuaria, lo que convertía en imprescindible la "puesta en valor" de los vastos territorios habitados por los nativos no sometidos y la aceleración del avance poblacional sobre ellos. Pero junto a esto, el concepto de "compatriotas" aplicado a los indios de frontera, auque para sus formuladores fuera más una herramienta puntual que un principio legal, llevaba incorporada una carga ideo-

[17] WEBER, 1998; MAYO y LATRUBESSE, 1998, y ROULET, 2002.

lógica muy significativa, porque la mera introducción de ese término —por muy nebulosos que fueran sus efectos prácticos inmediatos— llevaba implícito abrir el camino para la potencial integración de esos nativos en el esquema republicano y representativo que defendía la gran mayoría de los líderes patriotas.

En realidad, desde una perspectiva ideológica y legal, esa potencial integración era coherente con los primeros pasos de la construcción de un sistema de ciudadanía con fundamento representativo, a la que me he referido en el apartado anterior, y que ya había incluido en sus términos a los habitantes aborígenes que vivían en situación de sujeción a las autoridades centrales, a partir de su condición de "hombres libres nativos de la tierra". Y aunque el caso de los indios de frontera era mucho más complicado y no encontraría solución definitiva hasta finalizar el siglo, ese planteamiento inicial estaría siempre planeando por encima y por detrás de las acciones y las ideas.

En los primeros años de vida independiente quien mejor expresa esta perspectiva es Pedro Andrés García. Santanderino de origen y fisiócrata convencido que desde un principio abrazó la causa independentista, García formaba parte de esos hombres nuevos, educados en las ideas liberales tempranas, defensores de la libertad y de la soberanía popular, para quienes la configuración del "pueblo soberano" implicaba transformar al conjunto de habitantes de un país en "ciudadanos virtuosos, aplicados e industriosos".[18] Sus ideas respecto a los indios de frontera las expresó en tres textos de 1811, 1816 y 1822 respectivamente, escritos como informes de expediciones militares por él comandadas y encargadas por las autoridades de Buenos Aires para explorar las condiciones de asentamiento en los territorios de la provincia controlados por las tribus autónomas.[19] Dicha muy sucintamente, la propuesta de García se

[18] Texto de Pedro Andrés García en ANGELIS, 1972, t. IV, p. 266.

[19] Los textos completos de Pedro Andrés García en la *Colección de obras y documentos* de Pedro de ANGELIS, 1972. Para un análisis y contextualización de sus propuestas, véase QUIJADA, 2002a.

centraba en la realización de pactos con los caciques, de forma que el avance fuera legitimado y facilitado por el consentimiento de sus habitantes nativos. Las tierras así obtenidas debían mensurarse y ser entregadas en propiedad tanto a los elementos de origen europeo como a los indios. Respecto a estos últimos, García aspiraba a establecer unas relaciones "que los aficionen a la sociedad", de forma que "en la segunda generación formen con nosotros una sola familia, por los enlaces de sangre", convirtiéndolos así en "miembros útiles del Estado, que tendrán un mismo idioma, costumbres y religión con nosotros".[20]

Aunque García era heredero de la estrategia borbónica de atraer a los nativos mediante el comercio y las dádivas, es interesante señalar las diferencias que lo distancian de aquélla porque no expresan sólo una posición individual, sino su inserción en los cambios políticos que marcaron la transición del antiguo régimen al sistema republicano. En su política hacia los "indios bárbaros" las autoridades virreinales habían buscado dos cosas: pacificación y vasallaje, lo que incrementaba y organizaba las relaciones, pero no interfería con la autonomía de los indígenas. Tampoco la aspiración a que se "civilizasen" anunciaba un programa sistemático de desaparición de la diversidad. Pero la propuesta de Pedro Andrés García implicaba integrar a todos los habitantes del territorio, indios incluidos, en una población única, articulada en el amor a la tierra, en leyes justas, una forma de gobierno representativa y un sistema productivo floreciente, además de una lengua, costumbres y religión comunes y homogéneas.

Las reflexiones de Pedro Andrés García tuvieron una repercusión no desdeñable para el avance de la frontera, aunque más como estímulo para la aceleración del mismo que por un seguimiento concreto de las tácticas propuestas. No obstante, sus ideas sobre la incorporación de los indígenas como elemento importante y útil de la población de las campañas fueron recogidas a menudo por la prensa de la época y, lo que es más importante, fueron incorporadas en

[20] Pedro Andrés García en ANGELIS, 1972, t. IV, pp. 276, 279 y 289.

la estrategia del hacendado y más tarde todopoderoso gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas. En su política hacia los nativos este último tuvo dos fuentes de inspiración: su antepasado el gobernador Ortiz de Rosas, quien a mediados del siglo XVIII había sido un pionero en la aplicación de la táctica borbónica de atraer a los indios mediante intercambios y dádivas,[21] y García, a quien cita en sus cartas. En la famosa campaña al Desierto que llevó a cabo en la década de 1830, Rosas diferenció entre los indios enemigos, aliados de sus adversarios políticos, que se convirtieron en blanco de sus persecuciones, y las tribus amigas, a las que protegió e incluyó en sus estrategias de poblamiento.

De hecho, durante todo el periodo rosista las luchas civiles entre unitarios y federales (facción esta última en la que se integraba el gobernador de Buenos Aires) son inescindibles de las alianzas con los ranqueles, en el caso de los primeros, y los pampas, en el de los segundos; alianzas que implicaban tanto la participación de las lanzas indígenas en los enfrentamientos militares como la posibilidad de encontrar refugio en las tolderías cuando se huía de los enemigos. Pero además, Rosas dedicó esfuerzos a la conversión de los indios aliados en elementos productivos y en parte integrante del propio adelantamiento territorial. Para ello asentó tribus amigas en las inmediaciones de los fuertes con el fin de garantizar la seguridad contra ataques enemigos (fueran indios o criollos), así como en sus estancias, en régimen de aparcería, para que se integraran como peones ganaderos, al tiempo que fomentaba entre ellos las prácticas agrícolas. Asimismo, Rosas convirtió en un eje fundamental de su política la táctica borbónica de concesión de regalos y dádivas a cambio de que los indios renunciaran al *maloqueo* (ataques a las estancias), y favoreció su asentamiento en la forma de tribus enteras, tolerando sus costumbres y sistemas de autoridad en la medida en que no interfirieran con la suya.

[21] MAYO y LATRUBESSE, 1998, p. 25.

Es decir, a diferencia de Pedro Andrés García, Rosas nunca se planteó completar la política de integración del indígena con la entrega de tierras ni con el fomento de su individualidad. El universo mental del gobernador de Buenos Aires estaba lejos de aquellas ideas iniciales de construir una república de ciudadanos propietarios, virtuosos y felices. Rosas era un latifundista conservador y pensaba como tal, pero no por ello era menos republicano, aunque sí más autoritario en el orden político, y al propio tiempo más dispuesto a aceptar que los indígenas mantuvieran sus diferencias culturales, no por un prurito indigenista, sino porque no afectaban a sus fines.[22] Pero ambos, García y Rosas, creían en una república territorializada e incluyente, en la que todos sus habitantes formaran parte de un mismo sistema productivo y político.

Curiosamente, la relación de Rosas con los indios ha sido recogida de una manera muy distinta por la memoria histórica. Como se señaló en el primer apartado de este trabajo, es mi propósito seguir los pasos de la articulación del indígena en el proceso de construcción nacional, revisando las relaciones entre acciones e imágenes construidas, pues ambas perspectivas forman parte de dicho proceso. Y la estrategia de tratamiento diferenciado y de poblamiento de la frontera con tribus amigas que se ha sintetizado en los párrafos anteriores permite percibir con bastante claridad el afianzamiento de una partición entre uno y otro nivel. En efecto, frente al panorama anterior, la memoria histórica argentina ha interpretado la campaña al Desierto del tremendo gobernador de Buenos Aires como una guerra sin cuartel contra "todos" los indios, entendidos estos últimos como una unidad indiferenciada, en un sentido general de identidad cultural y también "racial" —los "bárbaros" y salvajes"—, enfrentado al otro gran colectivo demográfico caracterizado como "blanco", "criollo" o, como

[22] Sobre el funcionamiento del sistema representativo con Rosas véase Marcela Ternavassio, 1999. Para su política indígena véase Quijada, 2002; Bernal, 1997; Fernández, 1998; Sarramone, 1993, y sobre todo Ratto, 1996, 1998 y 1998a.

se diría en la época, "civilizado"; asimismo, se ha entendido el avance poblacional a partir de una imagen en que los indios son empujados hacia el sur y sus espacios ocupados en la misma medida por pobladores de origen europeo, de forma tal que las sociedades ni se tocan ni se mezclan: los blancos se asientan, los indios mueren o se van, pero en todo caso desaparecen.

Este desencuentro entre los datos y las imágenes construidas es doblemente llamativo, si se tiene en cuenta que el establecimiento de sistemas de alianzas y colaboración de las huestes indígenas con las milicias no había comenzado con Rosas ni se agotaría con él. Su origen se remonta al periodo colonial, como han estudiado muy bien, entre otros, David Weber, Florencia Roulet, Carlos Mayo y Amalia Latrubesse.[23] Más aún, durante las invasiones inglesas (1806-1807) algunos caciques ofrecieron su apoyo al gobierno de Buenos Aires en la lucha contra el invasor y de ahí surgió un acercamiento muy particular entre el virrey Liniers y las tribus de la provincia, que sería precursor de las estrechas relaciones de colaboración entre algunos caciques y ciertos líderes criollos a lo largo del siglo, en el marco de las guerras civiles entre facciones políticas y poderes regionales. Desde al menos 1820 y hasta 1879 esta participación influyó sobre la actuación y los movimientos de los distintos grupos indígenas, comprometidos en las complejas redes de una lucha que, aunque en puridad les era ajena, les confirió protagonismo y capacidad de maniobra tanto frente a la sociedad blanca como en sus propios enfrentamientos intertribales. Por otra parte, después de la caída del dictador en 1852 comenzó a practicarse —aunque de manera aún fragmentaria— la política de concesión de tierras a las tribus afectas, como en el caso del general Bartolomé Mitre, que entregó importantes extensiones para el asentamiento de las tribus de los caciques ranqueles Coliqueo y Maicá. La gente de este último fue el germen de la población de Olavarría, en la provincia de Buenos Aires. Más extendida aún fue la estrategia de concesión de

[23] WEBER, 1998; ROULET, 1999-2001 y 2002, y MAYO y LATRUBESSE, 1998.

signos externos para confirmar la participación de los indígenas todavía autónomos en la política criolla, como el uso de uniformes y el otorgamiento de grados de las milicias a los caciques y capitanejos.[24]

No obstante, como decía Renan, la nación se construye sobre recuerdos y olvidos, y precisamente toda esta participación de los aborígenes en las luchas civiles tan imbricadas en los procesos de la construcción nacional forma parte de un silencio intencionado. Como también lo es el hecho de que el avance de las fronteras implicó un movimiento en el que muchos indios quedaban incluidos en los nuevos asentamientos, de forma individual o en grupo; o bien que la "cuestión del indio" dio lugar a lo largo de todo el siglo, y especialmente en su segunda mitad, a debates de gran relevancia a los que sólo se ha empezado a prestar atención en los últimos años.[25] La memoria colectiva seleccionó sólo una parte de todo ese proceso: la violencia, los maloqueos y el indio como un "bárbaro" nómada, indiferenciado en su trato con la sociedad blanca e irreductible a toda forma de "civilización". Da igual que hoy sepamos que los indígenas de la pampa y la Patagonia tenían organizaciones socioeconómicas más complejas y hábitos más sedentarios de lo que tradicionalmente se ha reconocido.[26] O que, como han demostrado recientemente dos investigadoras argentinas, algunos caciques utilizaran el medio escrito no sólo para sus tratos con la sociedad blanca, sino para facilitar la comunicación entre homólogos en el ám-

[24] Véanse QUIJADA, 2002a y SARRAMONE, 1993. Sobre las interacciones entre la sociedad mayoritaria y los indios de frontera desde finales del siglo XVIII, es importante el conjunto de aportaciones que figuran en el libro pionero coordinado por NACUZZI, 2002.

[25] Véanse QUIJADA, 1999, 2002 y NAVARRO FLORIA, 2001. No es que antes no hubiera referencias a esos debates, pero tendían a tomarse de manera fragmentaria y descontextualizada para confirmar ideas preconcebidas sobre la conquista del Desierto como una "gesta nacional", o, por el contrario, para reforzar la imagen de inferiorización y exterminio.

[26] Este conocimiento se lo debemos a una ya nutrida bibliografía cuyas principales aportaciones comienzan a aparecer en la década de los años ochenta. Sólo mencionaré unas pocas obras: MANDRINI, 1987 y 1992; PALERMO, 1988 y 1988a, y NACUZZI, 1991 y 1992-1993.

bito intertribal.[27] La sociedad mayoritaria mantuvo sin fisuras la imagen colectiva de esos indígenas como grupos homogéneamente nómadas y "salvajes".

Es bien sabido que las construcciones nacionales, aunque surjan desde dentro de un grupo social, suelen hacerse en contraposición a algo considerado externo y diferente. Algo externo que sin embargo, suele estar geográficamente —e incluso a veces culturalmente— cerca. No son las particularidades o la relevancia de ese otro lo que importa, sino la potencia que se le asigne como oposición referencial. Como suele ocurrir en todos los casos de construcción nacional, la singularización respecto a los países vecinos constituyó un eje importante en el proceso argentino. Pero en mi opinión, este país encontró en las llamadas "fronteras interiores" una fuerza simbólica de contraposición que no debe ser infravalorada. Esa potencia simbólica residía en una multiplicidad de factores, entre los que posiblemente el que menos contaba era la distancia cultural. Como he analizado en otro lugar, había menos diferencia de costumbres entre un indio pampa y un gaucho de la campaña —en vestimenta, utillaje, semejanzas fenotípicas provocadas por el mestizaje, e incluso ciertos préstamos no legalizados, pero que funcionaban en la cotidianeidad, como la presencia de prácticas poligámicas entre los gauchos— que entre estos últimos y los habitantes acomodados de la ciudad.[28] Pero el indio como guardián de lo ignoto, como factor de resistencia que potenciaba la voluntad de fuerza y de dominio y reforzaba la identidad interna, como símbolo de imperativos no cumplidos de integración espacial, y sobre todo como reflejo contrapuesto que magnificaba la identificación de la sociedad mayoritaria con la

[27] Véase Tamagnini y Pérez Zavala, 2002. No concuerdo con algunas interpretaciones de las autoras, pero considero que su hallazgo y puesta en valor de un conjunto de cartas intercambiadas por conocidos caciques ranqueles en un archivo de la ciudad de Río Cuarto (provincia de Córdoba) constituye un descubrimiento de primer orden, que obligará a los investigadores a repensar muchos planteamientos hasta hoy hegemónicos.

[28] Véase Quijada, 2002, pp. 126 y ss.

anhelada pertenencia a un estadio evolutivo conceptualizado como de "civilización" y "progreso", fue un motor irresistible de cohesión y amalgama.

DE *FORMAS FÓSILES DE LA VIDA PRIMITIVA* A *CIUDADANOS DE LA NACIÓN*

Los procesos históricos nunca surgen del vacío, y el planteamiento anterior no tendría viabilidad si no pudiéramos contextualizarlo en un juego de interrelaciones ideológicas que pueden asociarse a la muy controvertida noción kuhniana de "paradigma". En primer lugar, no es ocioso recordar que en la segunda mitad del siglo XIX —periodo en el que nos centraremos a continuación— alcanzó estatus de "verdad científica" una manera de concebir la diversidad humana a partir de su estructuración en una rígida escala medida en términos tanto físicos como culturales. Tal voluntad jerarquizadora se fundamentó en el convencimiento de que una única raza y una única cultura, la raza blanca y la cultura del occidente europeo, habían alcanzado el máximo grado de progreso en términos tecnológicos, políticos y sociales en el marco de esa noción omnipresente que era la de "civilización". En otras palabras, la visión tradicional, secular, de algunos grupos no blancos como "bárbaros" o "salvajes", se solapó con ciertos términos clave acuñados y profusamente utilizados por el pensamiento decimonónico en su relación con la diversidad humana: los conceptos de "primitivos" y "razas inferiores". Esta forma específica de percibir a ciertos grupos humanos y de evaluar su capacidad para la civilización encontró fácil identificación con los llamados "indios de frontera". Y recordemos que la imagen colectiva de esos indígenas como grupos nómadas y "salvajes" era en la época —y lo ha sido hasta hace no mucho tiempo— no ya hegemónica, sino monolítica.

La asociación de los indígenas de frontera con las categorías antes citadas conllevaba algunas derivaciones importantes. En efecto, el pensamiento científico más avanzado de la época —que, como suele ocurrir, encontró fáciles vías de popularización en sus expresiones más simplifica-

das— afirmaba que los "pueblos primitivos" que entraban en contacto con un medio "más civilizado" estaban condenados a desaparecer. Dicho de otra manera: el avance de la "civilización" sobre las tierras ignotas se suponía "incontenible", a lo que se agregaba el convencimiento de que las "formas fósiles de la vida primitiva" sólo podían preservarse en el aislamiento, nunca en el contacto con "formas superiores", que las aventajaban en el proceso de selección operado en la lucha por la existencia. A su vez, esta concepción determinista iba asociada con una perspectiva inversa y voluntarista: una "nación civilizada" no podía ni debía mantener en su seno esas formas fósiles de estadios inferiores de la evolución humana.

Con esto introducimos el segundo paradigma, que al interactuar con el primero dio lugar a un mutuo reforzamiento. Porque la sociedad criolla, a partir de la independencia, no sólo se transformó en un conjunto poblacional con determinado tipo de producción que requería para su desarrollo el acopio de tierras. También era una sociedad que estaba ensayando su organización política en torno a principios que se discutían y aplicaban en el mundo occidental. Esos principios implicaban conceptualizaciones muy concretas, en especial la idea de que era necesario organizar política e institucionalmente al país sobre un esquema representativo, fundado en la noción de soberanía popular y el concepto de ciudadanía vinculado a ella. En este contexto, era inevitable que la capacidad de maniobra de los indígenas variara de manera dramática, porque el avance de la organización nacional mermaba su posibilidad tanto de mantenerse al margen del mismo como de incorporar la diversidad etno-cultural en un tipo de construcción que implicaba contextualizar los comportamientos de los distintos grupos en una única cultura política y en un único sistema simbólico referencial.

El momento crucial se produjo cuando confluyeron el final de las guerras civiles[29] y el coronamiento de la integra-

[29] El fin de los enfrentamientos civiles y la organización nacional definitiva que se produjo al finalizar la década de 1870 constituyeron un

ción territorial. Si el avance desde las fronteras interiores hasta el río Negro había llevado casi un siglo, la ocupación del resto del territorio hasta el extremo meridional se produjo en un lapso extremadamente breve: entre 1879-1885, hito histórico conocido popularmente como la conquista del Desierto, en su fase última y definitiva. Es entonces cuando el problema específico de la integración, o no, de los indígenas de frontera en la ciudadanía se planteó ya de manera sistemática, es decir, desde una perspectiva voluntaria y consciente de definición legal y no de práctica cotidiana. Hasta ese momento podemos suponer —ya que la investigación en este sentido está aún en sus inicios— que los indígenas asentados junto a los fuertes o en las estancias de frontera, e incorporados como mano de obra en la producción ganadera, iban quedando englobados en el ámbito de proyección de las instituciones y pasaban a formar parte de la categoría de hombre libre nativo de la tierra que definía el sustrato legal de la ciudadanía. Más aún, lo más probable es que empezaran a practicar los ritos propios de este sistema: cuando un estanciero local llevaba a sus peones a votar, no había nada legal que impidiera que se sumaran al grupo los indios que formaban parte de esa peonada. No obstante, los agrupamientos indígenas que permanecían como tribus autónomas de las instituciones, aunque participaran en las luchas civiles de la sociedad mayoritaria lo hacían como aliados externos, no como ciudadanos de la nación, y por eso el trato con esas tribus se siguió llevando desde el Ministerio de la Guerra, como un tema de política exterior.

No obstante, entre un extremo y otro, entre los ya incorporados y los que mantenían su organización autónoma, debía haber diversos grados de relación con la sociedad

---

proceso de consecuencias catastróficas para los indios de frontera, porque por un lado les restó la capacidad de acción que obtenían mediante el juego de alianzas y contraalianzas, y por otro, dio la oportunidad a la sociedad mayoritaria de presentar un frente unificado y una única dirección militar que en pocos años acabó con la autonomía de aquellos grupos.

mayoritaria que todavía conocemos mal. En mi opinión, todo esto implicó necesariamente una práctica de contacto cotidiano, de interacciones permanentes y complejas que ayudaron a dar forma y, en cierta manera, a "naturalizar" procesos posteriores que se precipitaron cuando el ejército nacional, en el breve lapso antes citado, ocupó y extendió el control efectivo de las instituciones sobre todos los espacios antes enseñoreados por las tribus de frontera, completando así la integración territorial e institucional de la República.

El problema de "qué hacer con el indio" adquirió entonces una urgencia desconocida hasta el momento, porque a pesar de que la imagen de que "no hay ya indios en Argentina, porque los mataron a todos" acabó por convertirse en una parte fundamental del imaginario colectivo y de la construcción identitaria de ese país, lo cierto es que al finalizar la campaña militar miles de indígenas, en grupos o dispersos, muchos enfermos, generalmente hambrientos y sin un trozo de tierra donde refugiarse, deambulaban por la pampa y la Patagonia o habían sido trasladados a Buenos Aires en condición de prisioneros de guerra. Encontrar una solución legal para el estatus de esos grupos era un imperativo que animó el debate en la sociedad y el parlamento. La decisión final fue quizás no unánime, pero sí abrumadoramente mayoritaria. Dicho de forma sucinta, el congreso nacional determinó que el indio, antes autónomo, como nativo del territorio nacional tenía derecho automático a la ciudadanía argentina. Pero no el indio en su condición de tal, sino como individuo, con abstracción de su condición étnica y el abandono de su organización tribal, sus costumbres (es decir, aquellos usos ancestrales que lo diferenciasen de la población mayoritaria) e incluso sus lenguas.

En realidad lo anterior no era tan distinto del programa enunciado muchas décadas antes por Pedro Andrés García, salvo por una diferencia significativa: lo que para este último era una expresión de sensatez, conveniencia y utilidad (hacer de los indios pobladores productivos y ciudadanos responsables en un territorio con escasísima densidad

demográfica), en los hombres del siglo XIX se convirtió en un determinismo irrevocable: en el marco de una ideología que hacía depender el futuro de la nación del aporte masivo de la inmigración extranjera, el indígena de frontera había quedado reducido a una forma fósil de la vida primitiva que estaba condenada inexorablemente a la extinción. Sólo que ésta podía ser física o cultural. Las élites argentinas eligieron la segunda vía, y eso condujo en un lapso más o menos breve a una suerte de consenso general sobre algo que categorizaré como "la invisibilización de la diferencia". El indio no desapareció, sino que se le reclasificó: pasó a formar parte del colectivo legalmente indiferenciado de ciudadanos de la nación. Y a partir de su integración en esa nueva categoría, fueron invisibilizados como indígenas. Como he dicho al comienzo de este trabajo, ello implicó la consagración de un imaginario en el que el indio, aunque esté, se le niega; aunque se vea, no se le reconoce; aunque permanezca, se le considera una bruma del pasado, fragmento de una memoria remota. Es cierto que por influencia del multiculturalismo la presencia indígena está resurgiendo en los últimos años, legalmente y en los medios, en las acciones políticas y en la presencia cotidiana. Pero el objetivo de este trabajo no se focaliza en lo que está sucediendo actualmente, sino en una construcción histórica que se configuró a lo largo de un siglo y se instaló sin fisuras en el imaginario colectivo durante casi cien años más. Un lapso considerable si se tiene en cuenta que la construcción nacional argentina apenas alcanza las dos centurias.

Un par de aclaraciones más antes de pasar al siguiente y último acápite de este trabajo. Lo que he llamado la "ciudadanización" del indio se fundó en una definición legal, pero tuvo aplicaciones y consecuencias prácticas. La condición de ciudadano reconocida a ese grupo poblacional implicó para éste una serie de derechos y deberes, como la capacidad y la obligación de convertirse en trabajadores productivos —lo que en muchos casos significó pasar de la dignidad de cacique o capitanejo a la de subordinado peón de estancia. Ésta fue una de las salidas posibles que se abrie-

ron a los orgullosos indios de frontera, antaño celosos de su libertad. También entraron por cientos, quizá por miles, en las fuerzas armadas (el ejército, la marina, la policía). Otros fueron trasladados como mano de obra casi forzada a los ingenios azucareros del norte, terrible experiencia a la que pocos sobrevivieron. Junto a esto, desde el congreso nacional se organizó una política de concesión de tierras a los caciques en régimen de propiedad o aparcería, según los casos, para su asentamiento en ellas con los restos de sus tribus.[30] La ciudadanía implicó también el derecho y el deber de escolarizar a los niños indígenas y la concesión del sufragio en las mismas condiciones que al resto de los ciudadanos.

Ahora bien, estamos hablando de finales del siglo XIX y principios del XX, la época en que la mayoría de los estados occidentales combinaron la concesión de derechos políticos con el capitalismo salvaje, las jornadas agotadoras y un continuo trasvase del campo a la ciudad, de la agricultura a la fábrica, de las formas identitarias comunales a la pérdida de raíces y de referentes ancestrales. La Argentina finisecular, aunque escasamente industrializada, no mostraba menos desequilibrios y el sistema pasó factura a todos los que no contaban con el rango social y económico suficiente que les garantizase —en la práctica— los derechos que el ordenamiento legal les reconocía —en la letra— como ciudadanos de la nación. Esto fue más grave aún en el caso de los hasta entonces "indios de frontera", porque la pérdida de sus referentes y el desconocimiento total de los mecanismos para aprovechar los resquicios y las ventajas del sistema los colocaba en una situación de inferioridad, incluso en comparación con otros grupos de semejante indefensión social y económica, pero poseedores de referentes culturales que les permitían moverse con mayor facilidad

[30] Sobre la política de distribución de tierras véanse QUIJADA, 1999 y 2000, cap. 2 y Claudia Briones: "Estrategias diferenciadas de radicación de indígenas en Pampa y Patagonia (1885-1900)", en *VI Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Jujuy (mimeo.), 2000.

en una sociedad a la que pertenecían por origen, aunque ocuparan sus peldaños más bajos.

En segundo lugar, la afluencia masiva a partir del último cuarto del siglo XIX de inmigrantes procedentes del viejo continente[31] facilitó este proceso de invisibilización de la diversidad. Propios y ajenos empezaron a ver a la población argentina como crecientemente homogénea "de raza blanca y cultura europea". Cuando a mediados de la centuria siguiente un conocido intelectual mexicano atribuyó a los argentinos la etiqueta de "hijos de los barcos" —lo que en su caso implicaba contraponer, con cierta sorna, una imagen de "país sin raíces" a la condición antigua y el espesor profundo de la nación propia— no hacía otra cosa que sintetizar, en una ingeniosa expresión metafórica, una construcción identitaria voluntariamente consensuada por varias generaciones de argentinos.

La anterior referencia a las raíces es intencional, porque el proceso a partir del cual los indígenas fueron incorporados mediante un doble movimiento que articuló ciudadanía e invisibilización encontró también reflejo en un tipo de elaboraciones que ha sido y es recurrente en las experiencias de construcción nacional, ya sea en el marco ambicioso de los Estados decimonónicos —con sus complejos esfuerzos por compatibilizar inclusión con marginación— o en el de los más actuales planteamientos secesionistas de carácter étnico, con sus tendencias excluyentes y reduccionistas. Me refiero a la búsqueda de los orígenes primigenios de la nación. Dado que la población aborigen en el territorio de lo que dio en llamarse República Argentina, como en todo el continente americano, es indiscutiblemente anterior a cualquier presencia europea, me parece pertinente terminar este análisis con una breve referencia a la articulación del tema indígena en esa búsqueda de los orígenes de la comunidad nacional.

[31] Argentina ocupa el segundo lugar en América, detrás únicamente de Estados Unidos, en cantidades absolutas de inmigrantes recibidos; pero incluso se sitúa en primer lugar si lo que se evalúa es el número relativo de recién llegados respecto a la población previa.

A VUELTAS CON LA MEMORIA

En el contexto de un proceso de construcción nacional, la identificación de los orígenes del grupo nunca ha sido baladí. Antes del origen no hay nada, sólo el caos primordial, pero cuando aquél surge se supone que lleva ya incorporado el germen del destino de la comunidad. Por eso la selección del grupo primigenio conlleva tanto una carga ideológica como valoración, intereses, determinada aspiración respecto al lugar que el grupo debería ocupar en el mundo y, finalmente, un tipo de visión sobre ese mundo en que nuestra comunidad se inserta. En América, por razones obvias, el juego siempre ha estado entre dos orígenes posibles: el universo anterior a la irrupción europea, o el que surge con ella.

En la Argentina del siglo XIX no faltaron elaboraciones que situaran el origen de la comunidad nacional en el mundo anterior a la conquista. Ahora bien, todas ellas tienen una característica que merece la pena destacar: la ligazón del grupo primigenio con la nación actual, y viceversa, se establece mediante un vínculo de base territorial; es decir, es el territorio, no la sangre, el fundamento último de la continuidad. Esto es significativo porque implica el reconocimiento, no de una ascendencia genealógica —como sería el caso modélico de la construcción identitaria del "México mestizo"— sino de una continuidad legitimada exclusivamente por la pertenencia al sagrado territorio de la patria. En otras palabras, no se trataría del "ancestro", sino del "precursor", el primer habitante del espacio que nos hace nación y nos convierte en una unidad. Este rasgo aparece en tres elaboraciones que sitúan los orígenes de la nación en el periodo prehispánico y a las que voy a referirme a continuación —aunque de forma muy sintética— porque las considero particularmente significativas.

Las dos primeras propuestas son muy distintas entre sí, pero comparten una característica llamativa. No sólo aspiran a atestiguar la prosapia o determinados valores que ensalzan los orígenes de la comunidad —germen de sus logros en el presente y hacia el futuro— que suele ser la mo-

tivación más usual en este tipo de producciones; sino que expresan, además, la aspiración de sus autores a insertarse en los debates punteros de su época, en un marco disciplinario que respeta y aplica las reglas científicas, sin ocultar por ello las motivaciones nacionalistas que los animan. Para ello parten del conocimiento y utilización de técnicas proporcionadas por las dos expresiones de las ciencias del hombre que se consideraban las más novedosas, rupturistas y avanzadas del siglo XIX: la lingüística comparada y la antropología. Dicha ambición se plasma también en mostrar —de manera muy distinta en cada caso— que los orígenes de la nación propia no sólo tienen relevancia para esta última, sino por su propio interés científico, para el conjunto de la humanidad.

Estos planteamientos básicos establecen cierta asociación entre ambas propuestas, pero todo lo demás las diferencia.[32] La primera de ellas, del historiador Vicente Fidel López, fue publicada originalmente en París en 1871 y llevaba el significativo título de *Les Races Aryennes de Pérou.*[33] Tal "raza aria" de Perú no era otra que el antiguo pueblo de los incas, el gran imperio prehispánico de América del Sur. Por obvias razones tanto geográficas como históricas, la Argentina de López no había desempeñado en el imperio incaico otro papel que el de "últimas estribaciones" del mismo, situación de subordinación que no era muy idónea para ser asociada con los orígenes de la nación. Por eso, el vínculo territorial con el imperio desde la condición de centralidad se estableció mediante un esfuerzo interpretativo notable, a partir de dos topónimos: la localidad de Cosquín o Cozquín, en la actual provincia argentina de Córdoba, y una colina comprendida en su término denominada *Inti-Huassi.* Traducido del quechua: el templo (*huassi*) del sol (*Inti*), que simbolizaba el culto imperial, "el santuario que la civilización de los quichuas llevaba al frente de sus colo-

[32] He estudiado estas propuestas en trabajos anteriores a los que remito: QUIJADA, 1996 y 1998. Aquí me limitaré a hacer unas referencias breves y sintetizadas destinadas a ilustrar el argumento que defiendo.

[33] QUIJADA, 1996.

nias como dogma de gobierno y como enseña de cultura moral".[34] A su vez, el término *Cozquin*, según López, era "corrupción del *Cozco-inna*, que quiere decir el *Cuzco nuevo*".[35] En otras palabras, el territorio argentino de Córdoba había estado destinado a ser una prolongación o segunda sede de Cuzco, la ciudad sagrada, desde donde irradiaba el poder del imperio, tanto religioso como civil.

Establecida la centralidad territorial —aunque su realización efectiva hubiera sido truncada por la irrupción de la conquista hispánica—, había que demostrar su relevancia en el marco de la ley universal del progreso. Y ése es precisamente el sentido de la identificación de los incas con la raza aria, juego intelectual muy decimonónico en el que raza se asociaba con cultura y la combinación de ambas se adscribía a un peldaño determinado de la escala que jerarquizaba a los grupos humanos. Utilizando los principios de la lingüística comparada en la versión de Max Müller, López categorizó el quechua como una "lengua aria o indoeuropea en una remotísima fase de aglutinación". No entraré en los detalles de esta compleja construcción, basada en la clasificación tripartita de las lenguas, que he analizado en otro lugar.[36] Para los fines de este trabajo sólo interesa señalar que la condición original de "aria" o "indoeuropea" que López asignaba a la lengua de los incas —aunque en su fase más remota y primitiva— implicaba que la cultura asociada con ella y la raza que la portaba, formaban parte del único grupo humano supuestamente capaz de expresar en su lengua el pensamiento abstracto y de alcanzar los estadios más altos de la civilización. Por eso mismo el Nuevo Cuzco llevaba en sí el germen de todos los desarrollos y podía asumirse como el origen de la nación argentina. *Ergo*, la nueva república podía y debía, por derecho propio, formar parte del grupo de naciones situadas a la cabeza de la civilización, y lo que la colocaba en esa posición avanzada no era la irrupción hispana, tan reciente en el tiempo, sino

[34] Citado en QUIJADA, 1996, pp. 170-171.
[35] Citado en QUIJADA, 1996.
[36] Citado en QUIJADA, 1996.

aquel remotísimo origen incaico, que le confería espesor y prosapia. Finalmente, la aceptación de la propuesta de López en los círculos científicos hubiera implicado una auténtica revolución y, con ella, Argentina hubiese irrumpido en el centro de los debates sobre las lenguas indoeuropeas. No obstante, a pesar de sus pretensiones de ciencia avanzada, *Les Races Aryennes du Pérou* adolecía de ciertos desfases: en 1871 hacía más de treinta años que los científicos defendían la profundidad del tiempo y medían éste en eras geológicas, el hombre de Neanderthal había sido descubierto más de una década antes, y el revolucionario texto de Lyell sobre *La evidencia geológica de la antigüedad del hombre* llevaba ya ocho años en el centro del debate. Es decir, el trabajo de Vicente Fidel López ya había nacido con un tufillo rancio.

Pero en la misma década de 1870 surgió en Argentina otra propuesta que vinculó las raíces de la nacionalidad con los descubrimientos científicos más recientes y apasionantes sobre el origen del hombre. Su autor era Francisco P. Moreno, explorador de la Patagonia, fundador del Museo de Ciencias Naturales de La Plata (considerado en su época entre los mejores del mundo en su especialidad), y más tarde famoso por haber defendido —y ganado— con argumentos científicos el laudo internacional sobre el trazado de la frontera entre Chile y Argentina. Para este trabajo lo que importa destacar son dos momentos en la trayectoria de Francisco Moreno. Por un lado, el hallazgo de dos cráneos de antiguos habitantes de la Patagonia y su presentación, a mediados de la década de 1870, a la *Société d'Anthropologie* de París, dirigida por Paul Broca; por otro, dos conferencias dictadas por Moreno ante la Sociedad Científica Argentina en la ciudad de Buenos Aires, en 1878 y 1882 respectivamente. Con la presentación de sus cráneos en París, nuestro personaje consiguió que fueran los científicos franceses, en particular Paul Broca y su discípulo favorito Pierre Topinard quienes, impresionados por la semejanza de esos antiguos ejemplares con el de Neanderthal, sugirieran la posibilidad de que la humanidad tuviese como tierra de origen a la América del Sur en su extremo más meridio-

nal.[37] Para sustentar esa atractiva hipótesis Moreno elaboró una propuesta explícita —presentada en las dos conferencias antes citadas— que recurría a las más recientes teorías paleobotánicas aportadas por científicos de renombre, como el amigo de Darwin, Joseph Dalton Hooker. El resultado fue una tesis basada en la existencia de un antiguo continente austral, en parte premonitoria de la famosa teoría de la deriva continental propuesta por Alfred Wegener en 1912.[38] Con la diferencia no desdeñable —entre otras— de que Moreno añadía a su continente austral una presencia humana para cuya irrupción faltaban aún muchos millones de años. En la teoría del argentino, esa presencia daba la clave última del origen del hombre sobre la tierra y situaba por tanto a la Patagonia en el alba misma de la humanidad.

La propuesta de Francisco Moreno surgía indudablemente de un interés científico. No obstante, en una combinación muy frecuente en el siglo XIX, la pasión por la ciencia no estaba reñida con otro tipo de motivaciones, como queda meridianamente explícito en el siguiente texto extraído de su conferencia de 1878:

> Ahora que todo pueblo que se interesa en inquirir el origen de su prosperidad y de su raza, trata de seguir de etapa en etapa el desenvolvimiento de los hombres que han habitado el terreno que hoy ocupa como nación [...] sólo deseo demostrar el interés que para los argentinos tiene el pasado más remoto de nuestros precursores en este suelo, como base de nuestra historia.[39]

Tanto en el caso de López como en el de Moreno la vinculación de los "precursores" con los argentinos moder-

[37] Para un estudio detallado de esta temática véase QUIJADA, 1998, en especial pp. 23-29.

[38] En la teoría de Moreno el continente austral, que llamó Antártico, abarcaba en una superficie continua a las tierras circumpolares, las islas subantárticas, Patagonia, Australia y Nueva Zelanda. El continente propuesto por Wegener (el famoso *Gondwana*) incluye la América Meridional, Australia, África, India y la Antártida. Para una explicación más detallada véase QUIJADA, 1998.

[39] Citado en QUIJADA, 1998, p. 28.

nos fundada en el territorio, encerraba también una clave interesante desde la perspectiva de la construcción nacional. Cada uno de ellos hacía referencia a un ámbito diferente del espacio: el primero situaba el origen de la nación en Córdoba, ámbito territorial asociado con la conquista hispánica. Es decir, se trataba de una visión inscrita en el espacio de la tradición virreinal y colonial. Por el contrario, Moreno vinculaba su propuesta con los territorios meridionales de la Patagonia, en momentos en que aún no estaba culminada la integración territorial definitiva. En ambos casos la selección del espacio no expresaba tanto un acto consciente como una perspectiva generacional distinta. Moreno, nacido en 1852, era 37 años más joven que López, y sus héroes no eran los hombres de la Ilustración, sino los grandes exploradores del siglo XIX, como Brazza o Livingstone. A sus veintipocos años la desconocida Patagonia, que él mismo había empezado a explorar, simbolizaba el futuro. Pero además de estos posicionamientos generacionales, una y otra perspectiva territorial encerraban opciones diferentes en el marco del proceso de construcción nacional, lo que estuvo de manifiesto en una tercera elaboración referida a los orígenes de la comunidad.

Su autor era el coronel Manuel José Olascoaga, uno de los artífices de la integración territorial, escritor y periodista, narrador de la conquista del Desierto y topógrafo de los nuevos espacios incorporados al control nacional.[40] En un texto de 1901 —es decir, seis años después de la culminación de dicha campaña militar— titulado *Topografía andina. Ferrocarril paralelo a los Andes, como fomento de población y seguridad de frontera,* Olascoaga dedicó varias páginas a reflexionar sobre los orígenes nacionales. A diferencia de las elaboraciones antes citadas, en él aparecían los dos ámbitos espaciales que conformaban el recientemente integrado territorio argentino: las tierras del norte vinculadas con el pasado colonial y el ámbito meridional recientemente "conquistado". En realidad, lo que movía a Olascoaga era

[40] Este tema ha sido estudiado por JONG, 2002, y a ese trabajo remito (véanse en especial pp. 188-191).

el objetivo consciente de modificar la situación de jerarquía entre ambos. Basándose en la etimología araucana de numerosos topónimos del centro y sur del país, y en abierto debate con las tesis antes señaladas de Vicente Fidel López, sostuvo que la pampa y la Patagonia no habían sido antiguamente la región "despoblada y salvaje" de 1879, sino que habían estado ocupadas por civilizaciones originarias de la Europa antigua, formadas por migrantes fenicios que habían sido los primeros habitantes de esos territorios meridionales. Ellos eran los ancestros de la cultura mapuche —de cuyo carácter civilizado daba prueba la complejidad y riqueza de su idioma— y constituían un antecedente étnico de la sociedad nacional.[41] La afirmación de Olascoaga no sólo era escasamente científica, sino más bien vulgar,[42] pero su interés radica en la voluntad de contribuir simbólicamente a la recomposición del esquema de equilibrios en el territorio nacional, pasando el testigo del norte al sur y de los incas —considerados por él como "meros depredadores"— a los mapuches. Que estos últimos fueran en la actualidad una "raza despreciada y reputada salvaje", se debía exclusivamente al hecho de "haberla conocido cuando estaba destruida y degenerada".[43]

Con lo anterior Olascoaga venía a cerrar simbólicamente una serie de propuestas referidas a las tribus meridionales que había realizado a lo largo de 30 años de estudiar la situación de los territorios patagónicos. Estas propuestas, según De Jong (2002), se enmarcaban en la defensa de la soberanía argentina sobre esos espacios frente a las pretensiones chilenas. Dicha preocupación básica se expresó en tres fases diferenciadas. Entre 1863-1876 —es decir, antes de la conquista del Desierto— Olascoaga veía en los indígenas de la Patagonia —a los que daba la categoría de "nuestros"— a "potenciales 'otros internos' de la nación".[44] Entre 1880-1883 —en

[41] JONG, 2002, p. 188.

[42] Se basaba en vagas apreciaciones sobre "la riqueza" de la lengua mapuche (afirmaba que "se declina como el latín y el griego"). Véase JONG, 2002, p. 189.

[43] Citado en JONG, 2002, p. 190.

[44] JONG, 2002, p. 194.

plena campaña militar— los categorizaba como una raza "noble" y "civilizable". Entre 1895-1901 —cumplida ya la integración territorial y en marcha el proceso de "ciudadanización" e "invisibilización" del indio al que me he referido antes— los nativos desaparecen de su discurso sobre el presente para reaparecer, en la segunda fecha mencionada, como precursores culturales y territoriales de la nación.[45] La "dignificación" de su pasado mediante la referencia a una antigua civilización del viejo mundo los hacía idóneos como vínculo raigal entre la nación y su territorio. A los indios actuales se les garantizaba así capacidad para la civilización —es decir, para integrarse en la ciudadanía—, al tiempo que la sociedad mayoritaria obtenía de ellos el espesor temporal que requiere toda construcción nacional. Pero este juego ideológico tenía una tercera implicación: legitimaba y hacía inevitable que el indio se desvaneciera en el conjunto de la nación de ciudadanos, condición *sine qua non* para formar parte de un destino de progreso.

Como he dicho antes, todas estas elaboraciones situaban los orígenes no en un "ancestro" (que evoca una relación genealógica, de sangre), sino en un "precursor", el habitante primero del espacio territorial donde se asienta la nación. Pero, además, en los tres casos se establecían vínculos de continuidad entre aquel pasado remoto y la nación actual: López la situaba en la "sociabilidad", Olascoaga en la "civilización", Moreno en el "desarrollo evolutivo" en un mismo contexto territorial. Pero al ir avanzando el siglo XX, cuando el proceso de reclasificación del indígena en ciudadano acabó por fraguar en el imaginario colectivo eliminando la percepción de la diversidad, la idea de continuidad entre aquel grupo primigenio y la nación actual también se desvaneció de las imágenes construidas en relación con la memoria nacional. Esto no implica que se negara la existencia de pobladores prehispánicos ni su pertenencia a la tierra "argentina"; de hecho no faltaron autores, como Ricardo Rojas en *Blasón de Plata*, que afirmaron que su vinculación con el territorio de la patria "les retrotraía a la dignidad de

[45] JONG, 2002.

argentinos". Pero se consagró la idea de una sucesión de dos presencias mutuamente ajenas, divididas por un hito histórico, la conquista hispánica. A esta última se asoció el origen de la sociabilidad argentina y de su condición de nación. Además, acabó operando como un hito a partir del cual la presencia indígena iría perdiendo relevancia, hasta acabar desvaneciéndose de la historia desarrollada sobre el territorio nacional.[46]

En el marco de la construcción nacional argentina esto último no implicaba en realidad una nueva propuesta, sino la consagración final de una voluntad previa ciertamente no pactada, pero sí compartida por algunos de los más influyentes *nation builders* del siglo XIX. La famosa frase de Alberdi que he citado antes, según la cual "el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil", tiene su perfecto correlato en la selección intencionada hecha por Bartolomé Mitre —el más significativo de los historiadores decimonónicos argentinos— de los elementos del pasado que debían configurar la memoria histórica de la nación. En la construcción de Mitre, efectivamente, el indígena "ni figura ni compone mundo en la sociedad política y civil". Tampoco presta sus esencias originales para dotar de profundidad raigal a la nación, y ni siquiera aparecen sus lanzas en las luchas civiles, o la acción de sus caciques en las múltiples alianzas y contraalianzas a que aquéllas dieron lugar. No todas las aspiraciones de los *nation builders* argentinos para convertir a su patria en una nación progresista, a la cabeza de los países más avanzados de occidente,

[46] Es muy significativo que esta interpretación sea mayoritaria en los manuales dedicados a la enseñanza de la historia argentina en las escuelas desde principios del siglo XX, y cuya síntesis sería aproximadamente como sigue: existe un mundo prehispánico integrado por una variedad de tribus nómadas y escasamente civilizadas (con la excepción de los diaguitas al norte, últimas estribaciones del imperio incaico); en ese mundo irrumpe la conquista hispánica y da origen a la nación, configurada por elementos básicamente europeos en los que apenas cuenta la presencia indígena. Cuando los textos se adentran en el periodo republicano la ausencia del indio se acentúa cada vez más, haciéndose casi total a partir del siglo XX, a no ser en referencias excepcionales que casi siempre implican marginalidad. Véase el detallado estudio de PODGORNY, 1999.

alcanzaron el éxito esperado; pero ése no fue el caso de la propuesta de Alberdi y de la selección del pasado hecha por Mitre, que lograron reflejarse en la configuración del imaginario nacional argentino, a partir de una política específica que integró al indio en la nación de ciudadanos a cambio de la "invisibilización" de la diversidad hacia el pasado, y durante un largo tiempo hacia el futuro. Los cambios que traiga el presente forman parte de otra historia.

REFERENCIAS

ALBERDI, Juan Bautista

1980 "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sur", en *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880).* Caracas: Biblioteca Ayacucho, 68. Prólogo y cronología de Tulio Halperin Donghi, pp. 74-111.

ALDA MEJÍAS, Sonia

2000 *La participación indígena en la construcción de la República de Guatemala, siglo XIX.* Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

2000a "La consolidación de la 'república restrictiva' ante 'las demasías de la representación popular' en la Guatemala del siglo XIX", en MALAMUD, pp. 292-314.

ANGELIS, Pedro de

1972 *Colección de Obras y Documentos.* Buenos Aires: Plus Ultra.

BERNAL, Irma

1997 *Rosas y los indios.* Concepción del Uruguay: Ediciones Búsqueda de Ayllú.

CHIARAMONTI, Gabriela

2000 "Construir el centro, redefinir el ciudadano: restricción del sufragio y reforma electoral en el Perú de finales del siglo XIX", en MALAMUD, pp. 230-261.

CHIARAMONTE, José Carlos

1997 *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la nación argentina, 1800-1846.* Buenos Aires: Espasa-Calpe-Ariel.

FERNÁNDEZ, Jorge

1998 *Historia de los indios ranqueles. Orígenes, elevación y caída del cacicazgo ranquel en la Pampa Central (siglos XVIII-XIX).* Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

GOLDMAN, Noemí y Ricardo SALVATORE (coords.)

1998 *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema.* Buenos Aires: EUDEBA.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Enrique (coord.)

1996 *Historia y universidad. Homenaje a Lorenzo Mario Luna.* México: Universidad Nacional Autónoma de México. [Una versión con leves variaciones en "Los 'incas arios'. Historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana. Siglo XIX", en *Histórica* (Lima), 1996, 18:2, pp. 365-382.]

GREENFELD, Liah

1992 *Nationalism. Five Roads to Modernity.* Cambridge, Mass.-Londres: Harvard University Press.

GUERRA, François-Xavier

2002 "'Políticas sacadas de las Sagradas Escrituras'. La referencia a la Biblia en el debate político (siglos XVII a XIX)", en QUIJADA y BUSTAMANTE, pp. 155-198.

GULLÉN ABAO, Alberto

1993 *La frontera del Chaco en la Gobernación del Tucumán (1750-1810).* Cádiz: Universidad de Cádiz.

HASTINGS, Adrian

1997 *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism.* Cambridge: Cambridge University Press.

HERNÁNDEZ, Isabel

1992 *Los indios en la Argentina.* Madrid: Mapfre, «Pueblos y Lenguas Indígenas».

IRUROZQUI, Marta

2000 *"A bala, piedra y palo." La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952.* Sevilla: Diputación de Sevilla.

JONG, Ingrid de

2002 "Indio, nación y soberanía en la cordillera norpatagónica: fronteras de la inclusión y la exclusión en

el discurso de Manuel José Olascoaga", en NACUZZI, pp. 159-201.

KEDOURI, Elie

1988 [1966] *Nacionalismo.* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

MALAMUD, Carlos (coord.)

2000 *Legitimidad, representación y alternancia en España y América Latina: las reformas electorales (1880-1930).* México: Fondo de Cultura Económica.

MANDRINI, Raúl

1987 "Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense", en *Anuario IEHS,* 2, pp. 71-98.

1992 "Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX). Balance y perspectivas", en *Anuario IEHS,* 7, pp. 59-73.

MARTÍNEZ SARASOLA, Carlos

1972 *Nuestros paisanos los indios.* Buenos Aires: Emecé.

MAYO, Carlos y Amalia LATRUBESSE

1998 *Terratenientes, soldados y cautivos. La frontera, 1736-1815.* Buenos Aires: Biblos.

NACUZZI, Lidia

1991 "La cuestión del nomadismo entre los tehuelches", en *Memoria americana-Cuadernos de Etnohistoria,* 1, pp. 103-133.

1992-1993 "'Nómades' *versus* 'sedentarios' en Patagonia (siglos XVIII-XIX)", en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano,* 14, pp. 81-92.

NACUZZI, Lidia (coord.)

2002 *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX).* Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

NAVARRO FLORIA, Pedro

2001 "El 'salvaje' y su tratamiento en el discurso político argentino sobre la frontera sur, 1853-1879", en *Revista de Indias,* LXI:222, pp. 345-377.

PALERMO, Miguel Ángel

1988 "Reflexiones sobre el llamado 'complejo ecuestre' en la Argentina", en *Runa,* XVI, pp. 157-178.

1988a "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos. Génesis y procesos", en *Anuario IEHS*, 3, pp. 43-90.

1991 "Transformaciones en una comunidad desnaturalizada: los quilmes, del Valle Calchaquí a Buenos Aires", en *Anuario IEHS*, 6, pp. 13-41.

PODGORNY, Irina

1999 *Arqueología de la educación. Textos, indicios, monumentos.* Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

QUIJADA, Mónica

1996 "Las raíces indoeuropeas de los incas, o los usos de la historia en el siglo XIX", en GONZÁLEZ GONZÁLEZ, pp. 163-186.

1998 "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 9:2, pp. 21-46.

1999 "La *ciudadanización* del indio bárbaro. Políticas oficiales y oficiosas hacia la población indígena de la pampa y la Patagonia, 1870-1920", en *Revista de Indias*, LIX:217, pp. 675-704.

2002 "¿Bárbaro, aliado o ciudadano potencial? El discurso de las élites intelectuales y su incidencia en los modelos oficiales de tratamiento de la diversidad (el Río de la Plata, siglos XVIII y XIX)", en QUIJADA y BUSTAMANTE (coords.), pp. 251-270.

2002a "Repensando la frontera sur argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidades de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII-XIX)", en *Revista de Indias*, LXII:224, pp. 103-142.

QUIJADA, Mónica y Jesús BUSTAMANTE (coords.)

2002 *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo Ibérico (siglos XVI-XIX).* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, «Tierra Nueva e Cielo Nuevo».

QUIJADA, Mónica, Carmen BERNAND y Arnd SCHNEIDER

2000 *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, «Tierra Nueva e Cielo Nuevo».

RATTO, Silvia

1996 "Conflictos y armonías en la frontera bonaerense, 1834-1840", en *Entrepasados*, 4:11, pp. 21-101.

1998 "¿Finanzas públicas o negocios privados? El sistema de racionamiento del negocio pacífico de indios en la época de Rosas", en GOLDMAN y SALVATORE, pp. 241-265.

1998a "Relaciones interétnicas en el sur bonaerense, 1810-1830. Indígenas y criollos en la conformación del espacio fronterizo", en VILLAR, pp. 21-47.

RIESENBERG, Peter

1992 *Citizenship in the Western Tradition. Plato to Rousseau.* Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press.

RÍPODAS ARDANAZ, Daisy

1993 "Pasado incaico y pensamiento político rioplatense", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirschaft und Gesellschaft Lateinamerikas,* 30, pp. 227-258.

ROULET, Florencia

1999-2001 "De cautivos a aliados: los 'indios fronterizos' de Mendoza (1780-1806)", en *Xama,* 12-14, pp. 199-239.

2002 "Guerra y diplomacia en la frontera de Mendoza: la política indígena del comandante José Francisco de Amigorena (1779-1799)", en NACUZZI (coord.), pp. 65-118.

SÁBATO, Hilda (coord.)

1999 *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina.* México: Fondo de Cultura Económica.

SARRAMONE, Alberto

1993 *Catriel y los indios pampas de Buenos Aires.* Azul: Biblos Azul.

TAMAGNINI, Silvia y Graciana PÉREZ ZAVALA

2002 "El debilitamiento de los ranqueles: el tratado de paz de 1872 y los conflictos interétnicos", en NACUZZI (comp.), pp. 119-158.

TERNAVASSIO, Marcela

1999 "Hacia un régimen de unanimidad. Política y elecciones en Buenos Aires (1828-1850)", en SÁBATO (coord.), pp. 119-141.

2002 *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

VILLAR, Daniel (coord.)
1998 *Relaciones inter-étnicas en el sur bonaerense, 1810-1830.* Tandil: Universidad Nacional del Sur-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

WEBER, David
1998 "Borbones y *bárbaros.* Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos", en *Anuario IEHS,* 13, pp. 147-171.

WILDE, Guillermo
1999 "¿Segregación o asimilación? La política indiana en América meridional a fines del periodo colonial", en *Revista de Indias,* LIX:217, pp. 619-644.

CREANDO IMÁGENES, FABRICANDO HISTORIA: CUBA EN LOS INICIOS DEL SIGLO XX*

Consuelo Naranjo Orovio
Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España

> La alegría del pueblo era inmensa; se desbordaba por todas partes; se expresaba en cuantas formas puede exteriorizarse ese sentimiento. Los cubanos estaban delirantes; no había hogar, por modesto que fuera, que no apareciese en alguna forma engalanado, y los fuegos artificiales, los gritos, las aclamaciones, los cantos y las músicas saludaban, desde los primeros resplandores del alba y con estruendosa algazara, la que para todos era aurora de gratas esperanzas, consagración definitiva de un anhelo por muchos años suspirado.

Con estas palabras Rafael Martínez Ortiz, contemporáneo del fin de la soberanía española en Cuba, observador atento de los acontecimientos, miembro del gobierno en distintos momentos, transmite el estado de ánimo que embargó a la población de la isla el 1º de enero de 1899, cuando John R. Brooke, mayor general del ejército de Estados Unidos,

* Estudio realizado dentro del Proyecto de Investigación BHA2000-1334 (MCyT). Quiero agradecer la ayuda que me han prestado en la elaboración de este trabajo a mis colegas Leida Fernández Prieto, Reinaldo Funes, Mercedes Valero, Enrique López, Carmen Almodóvar y Yolanda Díaz, ya que parte de las obras que utilizo, que sólo se encuentran en La Habana, las he conseguido a través de ellos.

comandante de la división de Cuba, asumió el mando de la isla.[1]

LOS COMIENZOS INCIERTOS

Como si se tratara de una cámara fotográfica, los literatos y poetas cubanos de principios del siglo XX dibujaron con sus palabras el estado de ánimo de los habitantes de la isla. Los vítores con los que buena parte de la población acogió a los estadounidenses, para muchos símbolo de progreso, modernización y democracia, la atmósfera de júbilo ante el fin del largo colonialismo español, los aires de paz y libertad que embriagaban a los hombres y mujeres tras 30 años de guerra, se nublaban con la desconfianza de algunos cubanos ante la presencia militar estadounidense y la lógica incertidumbre reinante.

La gente en las calles, los balcones, plazas, avenidas y comercios adornados esperaban con alegría desbordante la llegada de las tropas estadounidenses, que desde las primeras horas de la mañana avanzaban hacia el Palacio, situado en el centro de La Habana, desde distintos puntos de la capital, Punta, Calzada San Lázaro, Isabel la Católica, Avenida de Paula, Parque de Neptuno, Monserrate y Colón. En este ambiente festivo se produjo el tránsito de una soberanía a otra; la subversión del orden colonial se producía en momentos en que el vacío de poder era evidente.

Uno de esos momentos fue el acto solemne celebrado en La Cabaña, en el Morro de la bahía de La Habana, el domingo 1º de enero de 1899, a las doce del mediodía, cuando tras una salva de 21 cañonazos, al son de la Marcha Real, se procedió a arriar la bandera española y en su lugar se izó la estadounidense. A la misma hora, al otro lado de la bahía, en el Salón del Trono del Palacio, el general Adolfo Jiménez Castellanos le entregaba los poderes al general Brooke.

Ignacio Sarachaga recogió en *¡Arriba con el Himno!* el cambio de poderes ante un pueblo ávido de expectativas y

[1] MARTÍNEZ ORTIZ, 1929, t. 1, p. 18.

también de preguntas, en el que junto al himno de Bayamo se daban vivas a Cuba Libre y a los estadounidenses:

Habaneros, a gozar:
cesó la dominación,
y el hispano pabellón
a las doce se ha de arriar.
En su lugar subirá
la bandera americana;
pero pronto dejará
ese puesto a la cubana.
Habaneros, a gozar.[2]

Al igual que en La Habana, en todas las ciudades se siguió la misma ceremonia con gran solemnidad en las fortalezas y los edificios públicos. En Matanzas, a las doce menos diez minutos, al mando del teniente coronel, M. Edgar Padwin, el tercer batallón del tercer regimiento de Ingenieros Voluntarios de Estados Unidos entró en el castillo de San Severiano. A las doce en punto, tras el disparo de un cañonazo, la comisión nombrada para hacer la entrega de poderes en la fortaleza comenzó a arriar la bandera española. Tras este momento solemne —que algunos cronistas califican de "casi religioso"— se presentaron armas, sonaron las cornetas y, tras un segundo cañonazo, se comenzó a izar la bandera estadounidense. A esa misma hora, en el Palacio de Gobierno de Matanzas se llevaba a cabo una ceremonia similar.[3]

En todas las ciudades y pueblos de la isla la situación fue parecida, la evacuación silenciosa de las tropas españolas fue seguida de la entrada de las tropas estadounidenses, aclamadas en muchos lugares por la multitud y en cuyo honor se celebraron bailes y recepciones. En La Habana se levantó un arco triunfal en la calzada San Lázaro, esquina con Prado, por donde desfilaron las tropas estadounidenses el 1º de enero. Su presencia no sólo significaba el fin de

[2] *¡Arriba con el Himno!* fue escrita en 1900. Véase SARACHAGA, 1975, t. 2, pp. 277-330.

[3] *Diario de la Marina*, año LX, núm. 6, La Habana, 6 de enero de 1899.

la soberanía de España, sino que fue presentada como el advenimiento de un tiempo nuevo y diferente que bajo la tutela de Estados Unidos ponía fin al desorden y la tiranía.

Así, finalizada la guerra, la población cubana recibió mensajes que contenían sin duda nuevos contenidos y valores políticos, morales y cívicos. La gran nación les llevaría la paz, la tranquilidad, el trabajo ordenado, el respeto a la ley y a las autoridades, así como la confraternidad de todos los hombres sin diferencias de procedencia o ideales políticos. En Trinidad, el gobernador militar estadounidense, George Le Roy Brown, en su discurso a la población, el 25 de diciembre de 1898, resumía en pocas palabras, cargadas de alegorías, la misión civilizadora y la regeneración cívica y moral de Estados Unidos en Cuba, en ese "precioso Edén", como él decía. Establecer en Cuba un gobierno estable que garantizase las vidas, las haciendas y los derechos de todos los ciudadanos, según las palabras del gobernador, era el objetivo de Estados Unidos.[4]

A estos momentos de júbilo les siguió, o quizá fue simultáneo, un sentimiento de amargura, impotencia e indefensión ante el gobierno interventor. A pesar de esta euforia generalizada, no faltaron las críticas a la ocupación estadounidense. No sólo eran los sectores pro españoles los que miraban con recelo la intervención; también lo hicieron aquellos que consideraron que la libertad lograda no era completa ni real. Agustín Cervantes comentaba en *La Libertad*, el 5 de enero de 1899:

> El verdadero día de júbilo para Cuba será aquel en que, cumplida la misión que trajo a esta tierra a los ejércitos americanos, la bandera que hoy flota en el Morro se pliegue para dar paso a aquella por la cual tantos héroes han derramado su sangre.

Algunos poetas, como Bonifacio Byrne, plasmaron su pesimismo y amargura:

[4] *Diario de la Marina*, año LX, núm. 5, La Habana, 5 de enero de 1899.

Al volver de distantes riberas
con el alma enlutada y sombría
afanoso busqué mi bandera
y otra he visto, además de la mía.[5]

A todo ello hay que añadir el modo en que se produjo el fin de la guerra en Cuba, que marcó el destino del país, al menos durante los años inmediatos al término de la contienda. La intervención de las tropas estadounidenses en la guerra condicionó y relegó el papel de los independentistas cubanos en la firma del Tratado de París, en noviembre de 1898, y estableció en el país unas condiciones nuevas que afectaron no sólo en los sectores económico, comercial o político, sino que también tuvieron repercusiones en las mentalidades y en la cultura popular. Tras 30 años de guerra, la paz llegaba subordinada a la presencia militar estadounidense, arrogándose el derecho de considerarse sus garantes.

La inexistencia en estos primeros momentos de una conciencia colectiva, de un pensamiento uniforme que explicase el pasado y ayudara a crear un presente propio cubano alimentó la incertidumbre, el desorden y la desconfianza de unos y otros.[6] Quizá lo único que unía al pueblo de Cuba era la lucha por su independencia, de ahí que la reivindicación de los héroes que por ella contendieron fuera uno de los elementos articuladores de su discurso nacional:

Queremos todos la independencia
sépanlo el yankee y el español;
nuestra divisa es Cuba libre
de toda extraña dominación.

El extranjero nos acaricia
barre las calles que es un primor;
pero se lleva todo el dinero
de las aduanas a Nueva York.

[5] Bonifacio Byrne, "Mi bandera", publicado en 1904.
[6] GEERTZ, 1992.

Y viva Cuba, viva mi tierra,
viva Cisneros, viva Masó,
una corona para sus frentes.
¡Una es muy poco, merecen dos![7]

En estos primeros momentos, se procedió no sólo a la sustitución de banderas, a la inversión de símbolos y redefinición de espacios públicos, sino también a la negación de valores tradicionales hispanos que, en esos momentos, pareciera no podían mantenerse ante los aires de modernidad y de progreso que contenía todo lo procedente de Estados Unidos: desde los más pequeños elementos materiales, muy útiles en la vida cotidiana, hasta las ideas políticas, políticas higiénico-sanitarias o prácticas culturales.

La imagen de civilización, higiene y progreso de Estados Unidos caló en gran parte de la población a través de las medidas impuestas por el gobierno interventor. La alegría y buena acogida a tales medidas se combinaron, como en otros aspectos de la vida cotidiana, con críticas a la dominación extranjera. Los teatros fueron excelentes escenarios de este acontecer, que fue representado de manera jocosa:

Somos las calles más importantes
de esta bonita población
y si lucimos mejor que antes
es gracias [...] a la intervención.[8]

Los sectores españolistas se expresaron con igual ironía y agilidad en sus versos. Uno de ellos fue Javier de Burgos, cuyas *Décimas de un peninsular* rezaban así:

Os han quitado ya el *In*
Para que seáis *dependientes*
Y el *de* para que *pendientes*
Del amo quedéis al fin.
Víctimas de usura ruin
Ni *dientes* os dejarán
Porque hasta el *di* os quitarán:

[7] Véase *La Nueva Lira Criolla*, 1903.
[8] SARACHAGA, 1975, t. 2, pp. 277-330.

Y ya norteamericanos,
De *independientes* cubanos
En *entes* os dejarán.[9]

Estas décimas a su vez tuvieron respuesta, en esta ocasión a cargo de Adalberto Molina en sus versos:

¿Que nuestra estrella apagar
puede el sol americano?
es cosa, querido hermano,
que no os debe preocupar.
Pues la estrella que brillar
se ve en la tierra cubana
será siempre soberana,
y muy lejos de morir
más luz ha de recibir
de la antorcha americana.[10]

Era urgente crear imágenes propias, fabricar la memoria y la historia del país como modo de mostrar que Cuba era una nación, una nación soberana con su propia identidad, capaz de ser libre, de tener un gobierno propio con el que gobernarse a sí misma. Fueron momentos de rupturas y también de continuidades. Algunos de estos rompimientos en el orden político se concretaron en leyes y decretos impuestos por el gobierno militar, dirigidos a controlar el espacio público e incluso el privado desde el momento en que éste atentaba o podía atentar contra el orden público. En este sentido, se decretó el cierre de locales donde se vendía alcohol, como los cafés, a las 9:30 de la noche, en algunas ciudades, o a las 11 en otras,[11] y se puso fin a determinadas costumbres españolas consideradas símbolo de atraso y de barbarie, como las corridas de toros, que se prohibieron en octubre de1899.[12]

[9] Javier de Burgos: "Décimas de un peninsular", en *El Imparcial* (5 dic. 1898). Véase *La nueva lira criolla*, 1903.

[10] *La nueva lira criolla*, 1903.

[11] *Diario de la Marina*, año LX, núm. 21, La Habana, 25 de enero de 1899.

[12] Sobre este aspecto pueden verse los trabajos de IGLESIAS, 2000, pp. 44-54 y de RIAÑO SAN MARFUL, 2002.

En estos momentos de subversión del orden nacieron distintas corrientes de pensamiento e ideologías que trataban de dar respuesta a un estado de tensión —cultural, social, racial, política y psicológica— que en gran manera se incrementó por las intervenciones de Estados Unidos en distintos periodos,1898-1902 y 1906-1909.[13] Si sólo nos fijáramos en los símbolos, la ruptura sería la característica principal de estos momentos. Los cambios en la toponimia de calles, avenidas y plazas, el bautizo de hoteles, bodegas y todo tipo de comercios, o la reutilización de los espacios fueron las expresiones más visibles de los deseos de romper con el pasado. Pero aun siendo los signos más visibles, actuaron más a nivel simbólico y en una esfera concreta referida al poder político colonial. La nación que querían construir y que reivindican en ese momento y desde esas instancias es una nación soberana desde un punto de vista político. Por ello creemos que hay que diferenciar la búsqueda y la reivindicación de lo propio y diferente, a partir del diseño de un Estado nacional soberano, y cuyas manifestaciones guardan relación con los cambios analizados por algunos autores, la búsqueda y definición de una identidad cultural.[14]

En la definición de la identidad cultural se buscaron los orígenes, es decir los inicios de la cultura que vertebraba y unificaba la sociedad. Este fijar los orígenes servía, como comenta Edward Said, de referente y de punto de partida de la cultura criolla, que lentamente había ido diferenciándose de la matriz, a la vez que servía como reafirmación de lo propio ya que "el punto de partida prefigura el punto de llegada".[15] Las huellas del pasado ayudaron a aceptar, rechazar, recrear y reinventar tradiciones y valores de la cultura cubana; contribuyeron a marcar las semejanzas y diferencias con España, y a hallar las claves de lo que muchos contemporáneos percibían como defectos que impedirían o al menos dificultarían la modernización del país.[16]

[13] GEERTZ, 1992, pp. 171-202.

[14] La nación como una creación de naturaleza cultural ha sido analizada por ANDERSON, 1993.

[15] SAID, 1985.

[16] SAID, 1985.

En el caso de Cuba, como hemos analizado en otros trabajos, la búsqueda en las raíces de una nueva identidad en la cultura, en las tradiciones, en la lengua y en la "raza" se combinó, al igual que en otros países, con ideologías construidas a partir de modelos políticos e históricos contemporáneos, en un intento de presentarse como un Estado y una nación moderna.[17] En esta búsqueda de modelos políticos y prácticas sociales, lógicamente se establecieron comparaciones entre el modelo político hispano y el estadounidense, fundamentalmente, a la vez que se puso en tela de juicio el valor de la herencia y las tradiciones hispanas.

Uno de los pensadores que participó en este debate y que influyó de manera directa en la sociedad fue Enrique José Varona. Su intensa y larga vida, que transcurrió de 1849-1933, le hizo ser testigo y protagonista de muchos de los cambios que la isla experimentó desde finales del siglo XIX hasta principios del XX. Su transición del autonomismo al independentismo, en 1885, le afianzó sus ideas evolucionistas que continuamente aplicó a la sociedad cubana. Una sociedad que debía someterse a cambios radicales como única manera de evolucionar; para él, la revolución era sólo una fase de la evolución, la cual tenía que ser completada con distintas medidas que alcanzasen a todo el cuerpo social. De ahí que Varona insistiera en que

> La revolución exclusivamente política, había sido como esos vientos huracanados, que despojan al árbol de flores y hojas, pero no quebrantan siquiera las ramas [...] En medio de aquel chocar y combatir de ideas y principios, a pesar de los cambios de programas políticos y de leyes, el viejo orden social conserva intactas sus más hondas raíces.[18]

[17] Algunos trabajos donde analizamos la construcción de la identidad nacional en Cuba, entre 1900-1930, a partir de elementos étnicos y culturales, y la elección de la población blanca de la isla como la portadora de la identidad nacional, se encuentra en NARANJO OROVIO, 1998, pp. 221-234 y 2001, pp. 153-174, y [en prensa].

[18] VARONA, 1949, pp. 47-65. Véase también el libro de ENTRALGO, 1965.

Desde esta perspectiva, propuso el cambio de algunas costumbres hispanas, que obstaculizaban el desarrollo y la modernización de la sociedad. La herencia colonial se presenta en toda su vasta obra como una pesada losa de la cual el pueblo cubano nunca podría librarse. Para Varona, quizá en la esfera cultural, los peligros que podría ocasionar la intervención estadounidense no eran tan alarmantes, por ser más improbables a corto plazo, como sí lo eran cualquier alusión al pasado, el resurgir de una tradición e incluso la presencia de inmigrantes españoles, que podían representar un retroceso en la evolución, e incluso un deterioro en el frágil e inconsistente cuerpo social.[19]

El peso que Varona le concedió a la herencia cultural es fruto de su postura intelectual ante los fenómenos biológicos y culturales, y su transmisión. Sus concepciones evolucionistas y su admiración por los avances de la ciencia y el progreso de algunos países, motivaron que Varona considerara que la herencia hispana y los distintos aportes culturales eran factores que no sólo debilitaban y entorpecían el avance, sino que incluso podían hacer retroceder a la sociedad. En sus escritos sobre los beneficios y perjuicios de las mezclas raciales, en los que de modo específico no se refirió a la herencia hispana, Varona consideraba que las costumbres y tradiciones, en términos generales, eran los principales elementos que impedían o retrasaban el avance. En su análisis, la aplicación de la Ley de la Supervivencia de Taylor le condujo a adoptar una posición más crítica frente a los componentes culturales, al considerar que dichos elementos, las costumbres y la religiosidad, sobrevivían durante mucho tiempo y perdían sus caracteres muy lentamente, ejerciendo en "razón inversa del grado de cultura de las capas sociales[...]"[20]

En oposición a la herencia hispana, a la decadencia que pudiera haberse transmitido al pueblo cubano, Varona se-

[19] A este respecto puede leerse el artículo "La Reconquista", en *Cuba Contemporánea*, t. IX (sep. 1915), pp.32-38 y VARONA, "La Reconquista", 1949, pp. 97-103.

[20] RIVERO DE LA CALLE, 1966, p. 90. Una edición completa de estas actas ha sido publicada por GARCÍA, 1988.

ñalaba la educación como factor de regeneración. La única solución para salir del estado de decadencia era para Varona, al igual que para otros pensadores positivistas y krausistas, la reforma educativa, verdadera clave del estancamiento o del avance social. En su programa regeneracionista, evolución y educación aparecen como elementos complementarios (primero la evolución y luego la educación). La educación era el factor principal de la evolución social, ya que dotaba a los individuos de los instrumentos y fuerza suficientes para contrarrestar las influencias ajenas y desarraigar las costumbres del pasado. En otras palabras, la educación ayudaría a consolidar la nacionalidad cubana y a mantener la soberanía nacional.

La reforma educativa, aplicada de los grados inferiores a los superiores, ayudaría a desterrar de Cuba las viejas costumbres arraigadas por el catolicismo. Para Varona la religión católica era sinónimo de inmovilismo y decadencia, el factor que impedía el progreso y la incorporación a la modernidad. De nuevo ello nos recuerda la polémica entre latinos y anglosajones, en la cual se hacía referencia a los componentes y características de las religiones de ambas civilizaciones como factores de retraso o progreso; el catolicismo *versus* tradicionalismo, el oscurantismo y la decadencia se contrapusieron al protestantismo, como un dogma más abierto que permitía el desarrollo del hombre en todas sus dimensiones y permitía el avance de las sociedades.

Sólo mediante una educación laica el hombre podría ser verdaderamente libre y la enseñanza abriría sus puertas a los últimos métodos y teorías científicas y experimentales. En 1900 se comenzó a utilizar el proyecto de reforma de la enseñanza de Enrique José Varona.

Otra faceta muy interesante de Varona es su postura ante Estados Unidos; una postura que fue evolucionando acorde con los acontecimientos. La actitud de Varona fue radicalizándose en la medida en que dio más importancia a los factores económicos como propulsores de la evolución y el progreso. De forma reiterada llamó la atención sobre la necesidad de lograr una economía diversificada, crear una industria propia y controlar la riqueza y los me-

dios de producción, ya que de ello dependía la consolidación de la soberanía nacional. En 1905, un año antes de producirse la segunda intervención estadounidense, Varona llamaba la atención a la sociedad cubana sobre la necesidad de abandonar las disputas internas y aunar los esfuerzos en favor del desarrollo y de la defensa del país. "El imperialismo a la luz de la sociología" es uno de los primeros artículos de una larga serie de escritos en los que Varona, hasta su muerte, siguió abogando por la defensa de la soberanía e intentando despertar la conciencia nacional. Muchos de los escritos de Varona sobre este tema fueron publicados en 1906 y 1907, tras la segunda ocupación estadounidense, en el periódico *El Fígaro*; "El abismo", "Patriotismo", "El interés del país", "El papel del país, "El talón de Aquiles", "En estudio", "¿Abriremos los ojos?", "La tregua política", "Gobierno a distancia", "El protectorado", "Lo que puede hacerse", son algunos de ellos.

En el artículo "¿Abriremos los ojos?", 1906, Varona explicaba por qué, aunque rechaza la explicación marxista que concede a los elementos económicos ser los causantes de la evolución social, pensaba que la economía era la base de los fenómenos que la provocaban. Años después, en 1911, volvió a plantear el problema de la economía cubana y la dependencia no sólo económica, sino también política que esto generaba.[21]

Para Varona, la sociedad y el país no avanzarían si se mantenía la situación que definió como "una factoría gobernada por cubanos y explotada por extranjeros". Años más tarde su posición frente a la injerencia extranjera era rotunda y a su solicitud, en 1913, de que se prohibiera la venta de tierras a extranjeros, siguió un escrito, *Con el eslabón*, de 1927, en el que se denuncia con mayor vigor la política exterior estadounidense: "De la vitalidad con que resistamos y nos adaptemos a las nuevas circunstancias políticas dependerá que subsista, en condiciones de progreso, la población cubana".[22]

[21] VARONA, 1919, pp. 257-261.
[22] VARONA, 1949.

LA IDENTIDAD EN CONSTRUCCIÓN/LA SOBERANÍA TAMBALEANTE

La debilidad del Estado-nación, el miedo a la absorción política y económica, pero también cultural por parte de Estados Unidos, y la preocupación continua por la pérdida de los valores y de la moral cívica motivó que la identidad fuera uno de los grandes temas de debate en Cuba a lo largo del siglo XX. En otras palabras, consolidar la identidad nacional llevaba implícito alcanzar el lugar que a Cuba le correspondía entre las naciones civilizadas y mantener la soberanía nacional.

La "transición pactada" que caracterizó el proceso de construcción del Estado nacional cubano, marcó y condicionó el desarrollo del país. La intervención militar estadounidense y la firma de enmiendas a la Constitución cubana, como fue la Enmienda Platt, y de tratados comerciales con Estados Unidos sentaron las bases de la dependencia económica, la subordinación política, el debilitamiento de la soberanía nacional e incluso, para algunos, la pérdida de las tradiciones y valores culturales.[23]

Este malestar en la cultura, esta disconformidad con el desarrollo de la vida republicana y con la lenta y continua expropiación de los medios de producción, sobre todo de la tierra de manos cubanas a estadounidenses, se manifestó desde distintos espacios y voces. La intelectualidad, desde historiadores hasta literatos, filósofos y juristas, clamó en distintos momentos por la regeneración moral del pueblo cubano y de sus gobernantes; a su protesta se unía el grito callado del colono, del pequeño y mediano campesino, que veía cómo pasaban las tierras a las grandes centrales azucareras, propiedad del capital estadounidense. El campo fue utilizado como símil de la vida republicana. La ciénaga maloliente retratada por los literatos no era sino el reflejo de la dependencia económica y de la degeneración moral de los cubanos.

[23] Sobre el proceso de formación del Estado nacional en Cuba véase el trabajo de ZEUSKE, 1996, pp. 131-147.

En el reclamo iniciado por algunos novelistas y poetas de la primera generación republicana se encontraban las inquietudes de un pueblo que veía desvanecerse sus anhelos de libertad y soberanía nacional. Esta primera generación identifica la patria con la tierra y el campesinado. El campesino blanco es convertido desde la historia, por Ramiro Guerra, bastión de la identidad cubana. Luis Felipe Rodríguez en las novelas *La ciénaga* y *La conjura de la ciénaga*; Francisco Javier Pichardo, en el soneto *La canción del labriego*; Felipe Pichardo Moya, en *El poema de los cañaverales*, y Agustín Acosta, en *La zafra*, son algunos de estos literatos cuyas obras contribuyeron a identificar patria con campesinado y a crear una imagen idílica del campo. Son los mismos que con Ramiro Guerra denuncian la extensión del latifundio azucarero y la venta de tierras a compañías estadounidenses y reivindicaban el derecho del pequeño agricultor a mantener sus propiedades.[24] Ellos son los que desde el nacimiento de la República vierten en sus poemas su dolor por la pérdida de la patria, por la enajenación de las tierras y de la identidad; son los predecesores del sentir de algunos intelectuales cuya obra definió una nueva generación, que expresa de manera singular la angustia por la falta de valores morales y la desintegración nacional.

La población y su diversa composición étnica, que al menos durante las dos primeras décadas del siglo XX tanto preocupaba a los gobernantes e intelectuales, al considerarla como un elemento fundamental de la falta de cohesión e integridad de la sociedad cubana y, consecuencia de ello, de la debilidad del Estado, también fue observada desde otras instancias. Lograr una población sana era símbolo de civilización, por ello los médicos demandaron la puesta en marcha de medidas higiénico-sanitarias que, siguiendo las políticas estadounidense y las de los países más civilizados, mejorasen la salubridad de las ciudades y la salud pública y desterraran las epidemias —sobre todo la fiebre amarilla y el paludismo—. Este afán por el saneamiento, por la aplicación de medidas higiénicas en todos los ámbi-

[24] NARANJO, 2001, pp. 153-174.

tos de la sociedad, en las esferas pública y privada, se tradujo desde el comienzo de la intervención estadounidense en la promulgación de leyes y decretos encaminados a controlar la salud y, en última instancia, la población.

Con estas medidas higiénico-sanitarias, amparados por la legislación y erigiéndose como defensores de la integridad social y nacional, los distintos gobiernos, en los que ocuparon altos cargos diferentes médicos, pusieron en marcha prácticas y proyectos encaminados a lograr una sociedad no sólo con mejores grados de salubridad, sino también cohesionada. De esta manera, desde el momento en que la cohesión y el grado de integración de la sociedad se hizo depender de la homogeneidad de su población, la selección étnica tuvo un lugar prioritario en el diseño de la política gubernamental y en el imaginario nacional de la élite que trató de restringir la identidad a un grupo e intentó por todos los medios de retrasar la inclusión de grupos no blancos. La fuerte tensión racial que vivió la sociedad cubana en el siglo XIX y, al menos, las dos primeras décadas del XX, que permeó las mentalidades y las prácticas sociales y culturales, debe diferenciarse de las conquistas políticas alcanzadas por la población de color desde el nacimiento de la República en 1902. El racismo y la exclusión operó a otros ámbitos, aunque la República incorpora a todos los cubanos como ciudadanos de la nación.

Azúcar y población

Junto a la voz de Enrique José Varona, en estos primeros años, hasta muy entrada la década de 1920, se escucharon las opiniones de otros intelectuales que clamaban por el desarrollo cultural del país, el fortalecimiento de la integridad cultural, la soberanía nacional y la independencia económica. En sus obras de carácter histórico y literario dichos intelectuales, preocupados por definir la esencia de la nacionalidad cubana y por mantener de la cubanidad contra la injerencia extranjera, también abordaron el tema de la inmigración. Junto a éstos, es interesante destacar los de-

bates surgidos desde otros ámbitos científicos, como la antropología y la medicina, sobre todo por los médicos higienistas y los defensores de la eugenesia, acerca de los beneficios y perjuicios que la mezcla racial había ocasionado a la población cubana, la peligrosidad de algunos de sus elementos, así como las nuevas entradas de inmigrantes.[25]

La peligrosidad social que el negro representaba a principios del siglo XX, denunciada por Fernando Ortiz y, a lo largo de la República, por Israel Castellanos, quienes establecieron fuertes paralelismos desde la antropología entre la delincuencia y el origen étnico de las poblaciones más propensas al crimen, caracterizadas en el brujo, el ñáñigo cubanos y, en menor medida, en los chinos,[26] se incrementó a medida que avanzaba la década de 1910. Una vez más en la historia de Cuba, el aumento de la producción azucarera propició la llegada de mano de obra; unido a esta elevación de la producción, el desarrollo de la conflictividad laboral motivó que a partir de 1913 se auspiciara la entrada de otros trabajadores como los braceros haitianos y jamaiquinos. La condición de extranjeros, su desconocimiento del idioma, el hecho de que no estaban integrados en el movimiento obrero y sindical y los bajos salarios que se les pagaban a estos trabajadores temporales fueron las principales causas de su contratación. La entrada de antillanos continuó hasta los años veinte como consecuencia del periodo de bonanza económica que vivió Cuba entre 1914-1920, denominado "Danza de los Millones", al convertirse durante la primera guerra mundial en el principal abastecedor de dulce y, en consecuencia, elevarse extraordinariamente los precios del azúcar en el mercado internacional. La legislación se adaptó con rapidez a estas nuevas circunstancias autorizando la libre entrada de braceros durante los años que durase la guerra.

La nueva situación internacional provocó la puesta en marcha de leyes de inmigración de carácter más abierto que las anteriores, en concreto la Ley de Inmigración de 3

[25] GARCÍA y ÁLVAREZ, 1999.
[26] NARANJO OROVIO y PUIG-SAMPER, 1998, pp. 11-23.

de agosto de 1917, que fue aprobada el 29 de octubre por el decreto número 1.701. Dicha ley actuó como marco legal de la inmigración contratada hasta 1926. Mediante esta ley se autorizaba la entrada libre de braceros hasta los dos años siguientes a que finalizase el conflicto, en las condiciones estipuladas en su artículo 1º, que continuaba poniendo especial atención en las medidas higiénico-sanitarias con el fin de garantizar que los nuevos inmigrantes no fueran portadores de enfermedades infecciosas, que se dedicaran a actividades productivas y no fuesen carga pública.[27]

Sin embargo, a finales de 1920 el descenso brusco del precio del azúcar, que pasó de 11.95 centavos la libra a 3.10 centavos, motivó una de las mayores crisis económicas de Cuba. Deteniéndonos en los años que duró la Danza de los Millones, es interesante observar cómo el crecimiento azucarero provocado por la demanda de mayor producción incrementó de manera espectacular el número de entradas en la isla. En otros trabajos ya hemos demostrado la correlación existente en esos años de auge económico-azucarero con la afluencia masiva de inmigrantes y jornaleros.[28] En estos años comienza a registrarse con mayor intensidad la entrada de jamaiquinos y haitianos para el corte de caña, quienes compitieron con la tradicional y predominante inmigración española, cuyas entradas son sobrepasadas en el quinquenio comprendido entre 1917-1921 por la llegada de aquéllos. Esta desproporción y brusca variación en las entradas avivaron de nuevo el debate sobre el tipo de inmigrante deseado.

Una vez más se acusó a las poblaciones no blancas de la fragilidad de la integridad nacional, la cual a su vez era el requisito para mantener y consolidar la soberanía nacional. Y, como en otras ocasiones, estas poblaciones también fueron perseguidas por su carácter asocial, tanto desde un punto de vista criminológico como higiénico. Los discursos

[27] Naranjo Orovio y García, 1996.

[28] La correlación obtenida mediante un análisis multifactorial en el número estimado de inmigrantes ha sido de 78.13%. Véase Naranjo Orovio, 1992, pp. 749-794 (pp. 774-775 y 794).

sobre la supuesta peligrosidad para la integridad nacional, el progreso, la salud del pueblo cubano, etc., aumentaron lógicamente tras el *crack* de 1920, cuando la demanda de brazos para el azúcar descendió. Por otra parte, el desarrollo de la eugenesia en estos años contribuyó con gran fuerza a controlar la sociedad participando en los debates en torno a la sociedad y a las poblaciones que se querían; para ello proponían que se realizase una selección a partir del control de la reproducción, la realización de análisis somáticos y hereditarios, etcétera.[29]

La creencia de que la civilización y el progreso se lograban mediante el mejoramiento de la población, contribuyó a la puesta en marcha de la comentada selección étnica. En 1909, Francisco Menocal, comisionado de Inmigración, en una memoria sobre la ley de inmigración presentada en la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, apuntaba la necesidad de importar trabajadores blancos que contribuyeran al avance de la sociedad y a la consolidación de la nación.[30] Defensor de la política inmigratoria implantada en 1902, a partir del modelo estadounidense, comentaba que gracias a ésta se había conseguido que no desembarcasen "en nuestros puertos los dementes, idiotas, mendigos, criminales, personas susceptibles de convertirse en carga pública y los atacados de enfermedades graves, contagiosas y repugnantes [...]" En estos años, algunos de los médicos que trataron de probar la necesidad de mejorar la población mediante el blanqueamiento, incluyeron en sus estudios otros factores socioeconómicos. Uno de ellos fue Juan Santos Fernández quien, en 1915, ya defendía la pequeña propiedad como medio de conseguir un campesinado estable que asegurase el trabajo agrícola: "[es preferible] conservar los que tenemos atrayéndolos a las labores rurales, que muchos ya conocían antes, que buscar mercenarios para éstas".[31]

[29] Sobre la eugenesia en Cuba, véase el extenso y exhaustivo libro ya citado de García y Álvarez, 1999.

[30] Menocal, 1909, pp. 226-242.

[31] Santos Fernández, 1960, pp. 9-17.

En los años veinte, los discursos médicos presentados a la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana por Jorge Le-Roy y Cassá y Francisco María Fernández, entre otros, alertaron sobre la peligrosidad de la inmigración jamaiquina y haitiana, a las que hacían responsables de las dos epidemias de paludismo que habían azotado la isla en los últimos años, y que afectaban la "vitalidad de la raza".[32] La idea generalizada entre los médicos sobre los peligros higiénico-sanitarios, y también morales, que entrañaban estos inmigrantes motivó que en 1923 los miembros de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana enviaran un informe al presidente de la República, Alfredo Zayas, en el que alertaban a

> [...] los poderes públicos acerca de los peligros que para la salud del pueblo cubano y tanto en el orden sanitario como en lo social entraña la inmigración de elementos no deseables y formula otra vez sus advertencias hacia la responsabilidad que contraen con la nación todos aquellos que con el pretexto de favorecer los trabajos agrícolas y la industria azucarera autorizan y fomentan la entrada de extranjeros portadores de enfermedades transmisibles y vectores de costumbres viciosas y criminales.[33]

La entrada de 14000 haitianos y jamaiquinos en 1927, "contra toda conveniencia económica desde el punto de vista nacional, sanitario y social", fue criticada por algunos médicos, como Luis Marino Pérez, quien pese a reconocer el importante papel de los jornaleros y su contribución al crecimiento económico, exponía con alarma la posibilidad de que el oriente se africanizara y se originase "un problema de raza que debilitara a la nación cubana".[34]

En estos años, el debate cobró más fuerza tras la publicación del libro de Luis Araquistáin titulado *La agonía an-*

[32] FERNÁNDEZ, 1921, p. 209 y LE-ROY Y CASSÁ, 1923-1924, pp. 441-470.

[33] Véase el debate sobre el trabajo de LE-ROY Y CASSÁ en el acta de la sesión pública ordinaria del 14 de diciembre de 1923, en LE ROY Y CASSÁ, 1923, pp. 411-418.

[34] PÉREZ, 1927, pp. 3 y 6.

tillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe, publicado en Madrid en 1928, así como de un artículo, aparecido en el periódico madrileño *El Sol*, en 1927, bajo el título de "La africanización de Cuba". En ambos se planteaban la cuestión racial de Cuba y la inmigración antillana bajo distintas perspectivas. Por una parte, se comentaba el peligro que suponía la inmigración antillana desde el punto de vista sanitario, y por otro se resaltaba el carácter antinacional de la misma.[35]

La agonía antillana recoge parte de las impresiones y juicios de Araquistáin tras su visita a las Antillas Mayores, entre 1926-1927. Éste pretende ser un punto de partida para estudiar de forma comparativa las diferentes colonizaciones europeas, en concreto en América y el Caribe, como medio de encontrar las causas de las disparidades demográficas y económicas entre las distintas ex colonias. Seguidor de las tesis planteadas por Ramiro Guerra en *Azúcar y población en las Antillas*, Araquistáin plantea que en el proceso de colonización subyacen diferentes factores determinantes de la evolución no sólo cultural, sino también económica, demográfica y social de las antiguas colonias. Para él sólo la colonización española había sabido llevar el "germen de nacionalidad y civilización" europeo, anulado en las antiguas colonias de Gran Bretaña, Francia, Holanda y Dinamarca por la introducción masiva de negros esclavos.

La alarma aparece en la obra de Araquistáin igual que en las obras de Ramiro Guerra. Alarma ante la africanización de la isla con la llegada de braceros jamaiquinos y haitianos que demanda la expansión del latifundio azucarero; alarma ante la desaparición del pequeño agricultor que vende sus tierras a las grandes compañías estadounidenses; alarma, en definitiva, ante el desvanecimiento de lo que para ellos era la cultura y la civilización de Cuba:

> [...] Cuba quiso, con derecho innegable, con razón ideal incontrovertible, emanciparse de España, ser ella misma, americana, antillana, cubana; pero el hecho es que, al cabo de un

[35] Araquistáin, 1961.

cuarto de siglo de independencia nominal, hoy se está africanizando más que nunca. El cubano trató de desalojar al español; pero el negro, con sus menores necesidades, acabará expulsando al español y al propio cubano.[36]

Araquistáin contempla con horror el descenso real de la corriente migratoria española en la isla y el ascenso de entradas de antillanos y chinos. Para él, como lo era para José María Merchán, Raimundo Cabrera y Ramiro Guerra, ello suponía la pérdida de la nacionalidad cubana, de la integridad nacional y de los valores supremos de la cultura cubana, que hacían patrimonio del hombre blanco. Sus palabras no pueden ser más reveladoras:

Las grandes emigraciones extranjeras han sido siempre un peligro de disolución para las nacionalidades que las reciben, o por lo menos una rémora en su formación. En el caso de los negros antillanos en Cuba esos inconvenientes se agudizan: por mutuos prejuicios de raza, por notables diferencias en el nivel de la cultura y por hablar lenguas distintas de la española, francesa los haitianos e inglesa los jamaiquinos. En tales circunstancias la asimilación es casi imposible. Pero el peligro máximo: que se disuelva la nacionalidad [...][37]

El tono y el tema planteado en el libro y el artículo provocaron la indignación de algunos cubanos, como el entonces embajador de Cuba en España, García Kohly, quien lo consideró una ofensa a la República de Cuba. En el asunto tuvo que mediar Emilio Roig de Leuchsenring, uno de los intelectuales más prestigiosos de la isla.

La publicación de Leuchsenring de la carta enviada por Araquistáin desde Madrid, el 21 de octubre de 1927, a la que acompañó una nota aclaratoria sobre la utilización del término "africanización", volvió las aguas a su cauce. En ella el intelectual cubano puntualizaba que el uso de dicho término no suponía una ofensa en ningún momento a Cuba, ni tampoco a los habitantes de color de la isla. Con tono

[36] Araquistáin, 1961, pp. 163-164.
[37] Araquistáin, 1961, p. 170.

conciliador, Roig de Leuchsenring explicaba la paridad del uso y el significado de dicho término en boca del escritor español y de escritores cubanos que se habían preocupado de analizar los problemas étnicos de Cuba

> [...] en el sentido de la inmigración indeseable, no por africana, sino por lo menos civilizada, más débil y más fácilmente explotable por el capitalismo extranjero, más "esclavizable" por éste. Por eso el señor Araquistáin incluye dentro del término "africanización" a los chinos inmigrantes, siendo ridícula la pregunta que le hace en su réplica el señor García Kohly de "si los chinos son africanos", y demostrando con ello el señor embajador que no tiene la más ligera noción sobre estos problemas gravísimos, que está obligado a conocer el diplomático que verdaderamente representa a su país.[38]

En la defensa de Araquistáin, Roig de Leuchsenring destacaba la ideología liberal y progresista de este "enemigo de la monarquía y la dictadura", un pensador preocupado de los males sociales, económicos y culturales que afectaban a Cuba y España, en un periodo de crisis económica en que las repatriaciones de inmigrantes españoles aumentaban, mientras Cuba continuaba recibiendo una inmigración indeseable haitiana, jamaiquina y china. Presentado el problema, lamentaba lo que el fenómeno observado significaba para sus compatriotas, y señalaba el peligro que creía representaba para Cuba. A partir de lo expuesto, Roig de Leuchsenring ratificaba las palabras de Araquistáin al afirmar que Cuba se estaba africanizando "dando entrada a inmigraciones indeseables, baratas, explotables, que desalojan al nativo y al buen inmigrante y a reafirmar más el predominio económico del capitalismo yanqui". Los inmigrantes de China, Haití y Jamaica —agregaba en otro artículo— no sólo constituían una inmigración indeseable por su corto grado de civilización y su fácil explotación por parte de las grandes compañías yanquis, sino que además privaban de trabajo bien remunerado al obrero y campesino cubanos y al buen inmigrante, favore-

[38] Roig de Leuchsenring, 1927, pp. 18 y 27.

ciendo "el acaparamiento cada vez mayor del suelo y riquezas cubanas por los *trusts* estadounidenses y la mayor ganancia de éstos con el menor costo posible aun en las peores épocas de crisis económica nacional, sin beneficio alguno para la República".[39]

La *Revista Social* y *Carteles* recogen varios de los escritos de Roig de Leuchsenring. Sus artículos, firmados con el seudónimo de "El curioso parlanchín", constituyen una de las críticas sociales y políticas más agudas contra el orden económico y el sistema político, en el que la corrupción había hecho de la "botella"—del soborno y del "enchufe"— una institución nacional.[40] El intervencionismo estadounidense, al que calificaba como "mal de males de Cuba", era el causante —como lo fue para Ramiro Guerra— de la entrada masiva de braceros antillanos y chinos, que no sólo desplazaban al nativo y al español del trabajo, sino que también eran factores que propiciarían la desintegración nacional.[41] En otro artículo de 1927, "Cuba, esclava de la industria azucarera", Leuchsenring aborda uno de los principales problemas que la isla arrastraba desde los siglos anteriores: el mantenimiento del monocultivo y la explotación de su industria por parte de compañías estadounidenses. Un sistema económico que generó y reforzó la esclavitud, y que en el siglo XX continuaba presente bajo otras formas:

> El problema de hoy [comentaba Leuchsenring], es más grave que el de ayer, pues no son muchos y pequeños los ingenios, sino pocos y grandes, la mayoría yanquis [...] acaparadores de las

[39] ROIG DE LEUCHSENRING, 1927a, pp. 14 y 27.

[40] Sobre estos temas son sumamente reveladores algunos de los artículos publicados en la *Revista Social* como: ROIG DE LEUCHSENRING, 1925, p. 21 y 1925a, p. 94.

Otro interesante libro de este autor en el que se analizan los "defectos" y "vicios" de la vida social y política cubana de la época es la obra que recoge distintos artículos publicados sobre las costumbres cubanas, ROIG DE LEUCHSENRING, 1923.

[41] ROIG DE LEUCHSENRING, 1931. Los paralelismos entre Ramiro Guerra y Roig de Leuchsenring son evidentes. Para un estudio de la obra de Ramiro Guerra véanse DÍAZ QUIÑONES, 1993, pp. 395-414 y NARANJO OROVIO, 2001, pp. 153-174.

> extensiones enormes de tierra que hemos perdido los cubanos con peligro gravísimo para nuestra libertad y soberanía.[42]

Los datos de entrada de inmigrantes en Cuba le sirvieron para corroborar sus temores, compartidos por otros intelectuales y médicos higienistas, ante la desaparición de la inmigración española frente a las entradas de antillanos. La afluencia masiva de haitianos y jamaiquinos había aumentado a partir del segundo semestre de 1917, tras la autorización del gobierno a dos compañías azucareras de introducir antillanos para trabajar en los centrales Tánamo, Preston y Boston, 4 000 braceros a la Atlantic Fruit and Sugar of Cuba y 10 500 a la United Fruit Company.[43]

Tras realizar un análisis económico, social y cultural de los beneficios y perjuicios que ocasionarían a Cuba las diferentes inmigraciones, Emilio Roig de Leuchsenring aclaraba que su ataque a las inmigraciones antillana y china no se debía a su composición, integrada en su totalidad por individuos de color, sino por los aspectos culturales y étnicos de la misma, que restaban unidad a la nación cubana y no contribuían al progreso y modernización perseguidos:

> [...] por su baja civilización e inadaptabilidad a todo progreso y mejoramiento cultural y sanitario, su poco poder asimilativo no ya con el blanco nativo o extranjero, sino también con el negro cubano, formado en las poblaciones o campos donde residen verdaderas colonias, apartadas por completo de nuestra nacionalidad. No es por tanto ésta, la inmigración que debe desear todo país: la que además de condiciones relevantes de civilización, cultura y sanidad, se asimila fácilmente a la sociedad en que emigra, diluyéndose por absorción en ella y contribuyen de esa manera a la unidad, robustecimiento y mejoramiento de la estructura nacional.[44]

El artículo "Lo más negro de nuestra africanización no es el negro", publicado en *Carteles*, en 1927, era un duro ale-

[42] Roig de Leuchsenring, 1927b, pp. 18 y 27.
[43] Un análisis detallado de los problemas de Cuba, su dependencia exterior, es abordado por Roig de Leuchsenring, 1929.
[44] Roig de Leuchsenring, 1929.

gato contra la entrada de inmigrantes no blancos, "analfabetos, indeseables, nocivos para el país...", que favorecían la pérdida de la nacionalidad cubana a la vez que debilitaban la cohesión nacional. Las palabras de Emilio Roig de Leuchsenring, cuyo prestigio y autoridad académica nadie ponía en duda, y que llegó a ser el historiador oficial de la ciudad de La Habana, son ejemplo de los ataques que recibió la inmigración no blanca desde distintos ámbitos y medios de divulgación:

> [...] los que consienten y autorizan año tras año, la entrada de esos inmigrantes, indeseables, verdaderos aventureros del trabajo, de escasísima civilización, pésimas condiciones sanitarias, bajo nivel moral, no asimilables a la población cubana, analfabetos en su mayoría [...] debían cerrarles el paso a esos inmigrantes, no dando más autorizaciones para el embarque de haitianos, jamaiquinos ni otros inmigrantes "nocivos" al país, reglamentando debidamente la inmigración para que no entren, declarados o disfrazados.[45]

Por ello, llamaba la atención a los gobernantes y juristas para que pusieran los remedios necesarios con el fin de limitar la entrada de elementos ajenos y poco asimilables al país, así como para que desarrollasen una política de selección a partir de las características culturales y morales de los pueblos, una selección étnica en la que se diera preferencia a la entrada de familias, que, lejos de crear colonias aisladas, se arraigarían y confundirían con la población.

En "La colonia superviva", conferencia pronunciada en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, en 1924, Emilio Roig de Leuchsenring criticaba a las autoridades e intelectuales de Cuba por su despreocupación ante un tema tan importante para una nación como el mejoramiento y modificación de su composición étnica, que, en el caso de Cuba, se mantenía en la misma situación que en tiempos de la colonia. Volviendo su mirada hacia otros países americanos, argüía que no se había sabido fortalecer la población

[45] ROIG DE LEUCHSENRING, 1927, p. 22.

> [...] con sabias inyecciones de útiles inmigrantes que arraiguen entre nosotros, se identifiquen con nuestro país y lleven a él sanas costumbres [...] Ahora, como antaño, sólo llegan a nuestras playas los mismos inmigrantes españoles, de determinadas provincias de la península ibérica, buenos, laboriosos, pero útiles sólo en muy limitadas actividades; y para que la semejanza entre el ayer colonial y el hoy republicano se convierta en identidad, entran todavía como en otras épocas, por diversas partes de la República, cargamentos de chinos, comprados casi y que después desalojan a los obreros cubanos. Y si no existe esclavitud negra, la trata negra sí continúa, con la única diferencia de que ahora, en vez de hacerse con África, se hace con Jamaica y Haití.[46]

Como contrapunto a estas ideas, ya entrada la década de los veinte, Fernando Ortiz comienza a elaborar otra idea sobre la cubanidad, y acomete el análisis del carácter nacional cubano a partir del estudio de las características psicosociales. Su evolución científica, que pasó de posturas lombrosianas y positivistas a análisis más globales e integrales de la sociedad, de la historia y del individuo, le condujo a criticar los estudios y visiones de las sociedades a partir de las razas y no de las culturas.[47] Este planteamiento fue simultáneo a los ataques que realizó contra la creencia en la existencia de diferencias raciales a partir de supuestas categorías raciales, a las que calificaba de artificiales y convencionales, y a las cuales delimitó a una categoría de cultura. Ello contribuyó a que Ortiz participara y fuera uno de los principales intelectuales que elaboraron un nuevo imaginario nacional, en el que las diferencias de color y de cultura fueran elementos de riqueza y no de exclusión, pobreza o degeneración.[48] Fue precisamente el estudio de las culturas y no de las razas lo que desembocó en la definición de la cubanidad como una categoría de cultura en la que la fusión de todos los aportes étnicos de la isla llevaría a la inte-

46 Roig de Leuchsenring, 1927, p. 22.
47 Naranjo Orovio y Puig-Samper, 1998, pp. 11-23.
48 Ortiz, 1940, pp.161-186 y Ortiz, 1991; Puig-Samper y Naranjo, 1999, pp. 192-221, y Naranjo Orovio y Puig-Samper 2000, pp. 477-504.

gración de todas las fuerzas sociales que formaban parte de Cuba y de su nacionalidad.

REFERENCIAS

ANDERSON, Benedict

1993 *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo.* México: Fondo de Cultura Económica.

ARAQUISTÁIN, Luis

1961 *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe.* La Habana: Lex.

COLOM, Francisco (coord.)

[en prensa] *La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico.* España-México: Fondo de Cultura Económica-Universitat Jaume I.

DÍAZ QUIÑONES, Arcadio

1993 "El enemigo último: cultura nacional y autoridad..." y "Salvador Brau: la paradoja de la tradición autonomista", en *La Torre*, VII: 27-28, pp. 395-414.

ENTRALGO, Elías

1965 *Algunas facetas de Varona.* La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

FERNÁNDEZ, Francisco María

1921 "Nota editorial", en *Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana*, t. 47, p. 209.

GARCÍA, Armando

1988 *Actas y resúmenes de actas en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en publicaciones del siglo XIX.* La Habana: Academia.

GARCÍA, Armando y Raquel ÁLVAREZ

1999 *En busca de la raza perfecta. Eugenesia e higiene en Cuba, 1898-1958.* Madrid: Consejo Superior de Investigación Científica.

GEERTZ, Clifford

1992 *La interpretación de las culturas.* Barcelona: Gedisa.

HUERTAS, Rafael y Carmen ORTIZ (coords.)

1998 *Ciencia y fascismo.* Madrid: Ediciones Doce Calles.

IGLESIAS, Marial

2000 "La 'descolonización' de los nombres: identidad nacional y toponimia patriótica en Cuba (1898-1902)", en *Debates Americanos*, 9, pp. 44-54.

LE-ROY Y CASSÁ, Jorge

1923 "Acta de la sesión pública ordinaria del 14 de diciembre de 1923", en *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 60, pp. 411-418.

1923-1924 "Sobre inmigración anti-sanitaria", en *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 60, pp. 441-470.

MARTÍNEZ ORTIZ, Rafael

1929 *Cuba. Los primeros años de independencia.* La Habana: Le Livre Libre, 2 vols.

MENOCAL, Francisco

1909 "La Ley de Inmigración debe inspirarse en el principio científico de la selección como medio de mejoramiento de la raza", en *Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana*, XVI:10 (octubre), pp. 226-242.

NARANJO OROVIO, Consuelo

1992 "Trabajo libre e inmigración española en Cuba, 1890-1930", en *Revista de Indias*, LII:195-196 (mayo-dic.), pp. 749-794.

1998 "Cuba, 1898: Reflexiones en torno a la continuidad y a los imaginarios nacionales", en *Cuadernos de Historia Contemporánea* (Dossier: *1898: España fin de siglo*), 20, pp. 221-234.

2001 "La historia se forja en el campo: nación y cultura cubana en el siglo XX", en *Historia Social*, 40, pp. 153-174.

[en prensa] "Blanco sobre negro: debates en torno a la identidad en Cuba, 1898-1920", en COLOM.

NARANJO OROVIO, Consuelo y Armando GARCÍA

1996 *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX.* La Laguna-Tenerife: Ayuntamiento de La Laguna-Centro de Cultura Popular Canaria.

NARANJO OROVIO, Consuelo y Miguel Ángel PUIG-SAMPER

1998 "Delincuencia y racismo en Cuba: Israel Castellanos *versus* Fernando Ortiz", en HUERTAS y ORTIZ, pp. 11-23.

2000 Fernando Ortiz y las relaciones científicas hispano-cubanas, 1900-1940", en *Revista de Indias*, XL:219 (mayo-ago.), pp. 477-504.

NARANJO OROVIO, Consuelo, Miguel Ángel PUIG-SAMPER y Luis M. GARCÍA MORA (coords.)

1996 *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98.* Aranjuez (Madrid): Ediciones Doce Calles.

NARANJO OROVIO, Consuelo y Carlos SERRANO (coords.)

2001 *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español.* Madrid: Consejo Superior de Investigación Científica-Casa de Velázquez.

La nueva lira criolla

1903 *La nueva lira criolla. Compilación de guarachas, décimas y canciones de la guerra. Un Vueltarribero.* 5a. edición aumentada. La Habana: Imp. y Lib. "La Moderna Poesía".

ORTIZ, Fernando

1940 "Los factores humanos de la cubanidad", en *Revista Bimestre Cubana*, XIV:2, pp. 161-186.

1991 *Estudios etnosociológicos.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

PÉREZ, Luis M.

1927 "Inmigración jamaiquina desde el punto de vista social, económico y sanitario", en *La Tribuna Médica*, II: 46 (30 oct.), pp. 3 y 6.

PUIG-SAMPER, Miguel Ángel y Consuelo NARANJO OROVIO

1999 "Fernando Ortiz: herencias culturales y forja de la nacionalidad", en NARANJO y SERRANO, pp. 192-221.

RIAÑO SAN MARFUL, Pablo

2002 *Gallos y toros en Cuba.* La Habana: Fundación Fernando Ortiz.

RIVERO DE LA CALLE, Manuel

1966 *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba.* La Habana: Comisión Cubana de la UNESCO.

ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio

1923 *El caballero que ha perdido su señora.* San José de Costa Rica: J. García Editor.

1925 "Ensayos sobre la botella como institución nacional", en *Revista Social*, X:10 (oct.), pp. 40 y 68; X:1 (1º nov.), p. 21.

1925a "Los hombres providenciales", en *Revista Social*, X:10 (oct.), p. 94.

1927 "¿Se está Cuba africanizando?", en *Carteles*, X:48 (27 nov.), pp.18 y 27.

1927a "El problema, gravísimo para Cuba, de las inmigraciones indeseables", en *Carteles*, X:49 (4 dic.), pp. 14 y 27.

1927b "Cuba, esclava de la industria azucarera", en *Carteles*, X:51 (18 dic.), pp. 18 y 27.

1929 *La colonia superviva*. La Habana: Imprenta el siglo XX.

1931 *El intervencionismo norteamericano, mal de males de la Cuba republicana*. San José de Costa Rica: Ediciones del Repertorio Americano.

SAID, Edward W.

1985 *Beginnings: Intention and Meted*. Nueva York: Columbia University Press.

SANTOS FERNÁNDEZ, Juan

1960 "La vida rural. Discurso pronunciado en la Academia de Ciencias de La Habana el 19 de mayo de 1915", en *Cuadernos de Historia Sanitaria*, 16, pp. 9-17.

SARACHAGA, Ignacio

1975 *¡Arriba con el Himno! Revista política, joco-seria y bailable en un acto, cinco cuadros y apoteosis final*. Escrita en 1900, en *Teatro bufo. Siglo XIX. Antología*. Selección y prólogo de Rine Leal. La Habana: Arte y Literatura, t. 2, pp. 277-330.

VARONA, Enrique José

1919 *De la Colonia a la República*. La Habana: Sociedad Editorial Cuba Contemporánea.

1949 *Por la patria, en la colonia y en la república*. La Habana: Oficina del Historiador.

ZEUSKE, Michael

1996 "1898. Cuba y el problema de la 'transición pactada'. Prolegómeno a una historia de la cultura política en Cuba (1880-1920)", en NARANJO OROVIO, PUIG-SAMPER y GARCÍA MORA, pp. 131-147.

ESTADO Y NACIONALISMO TRAS GELLNER, EVALUACIÓN DE SU TEORÍA[1]

"Nací veneciano y si quiere Dios, moriré italiano"
HIPÓLITO NIEVO

"Ya tenemos Italia: ahora hay que crear italianos"
MASSIMO D'AZEGLIO, 1870[2]

El 5 de noviembre de 1995 murió en Praga el filósofo y antropólogo Ernest Gellner. Este regreso final a la ciudad de su infancia, simboliza bien la compleja relación que mantuvo con sus orígenes y, en cierta forma, la orientación general de su obra. Y digo bien orígenes en plural, pues nacido en París, Gellner vivió siempre transitando Estados y fronteras o, como él mismo dijera alguna vez, "al filo de muchos nacionalismos". Emigrado a Gran Bretaña alrededor de los años treinta, al igual que otros grandes intelectuales centroeuropeos —como Friedrich A. Hayek, Karl Popper, Ludwig Wittgenstein, Eric J. Hobsbawm, entre otros—, Gellner no fue ajeno a las intensas convulsiones de la historia del siglo xx en la zona que otrora ocupara el imperio austro-húngaro.[3] En su caso, además de testimoniar el apogeo del nazismo y, luego la división

[1] Sobre el libro de John A. HALL: *Estado y Nación: Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo.* Madrid: Cambridge University Press, 2000, 415 pp. ISBN 84-8323-084-4.

[2] Primera sesión del Parlamento del Reino de Italia, E. LATHAM: *Famous Saying and Their Authors.* Detroit, 1970. Citado por Eric HOBSBAWM: *Nations et nationalisme, depuis 1780.* París: Gallimard, p. 62.

[3] Respecto a la particularidad del caso de Wittgenstein véase Juan Cristóbal CRUZ: *La incertidumbre de la modernidad.* México: Publicaciones Cruz O., 2002.

de Europa, también vería la caída del muro de Berlín. De esta forma, para el joven soldado que al final de la segunda guerra mundial entrara con el ejército británico a Praga, Estado y nacionalismo serían temas recurrentes e ineludibles a lo largo de su vida.

Hoy parece evidente que la historia de los dos últimos siglos no se puede entender sin hacer referencia a las nociones centrales de nación y nacionalismo. Sin embargo, es de notar, como lo ha subrayado Eric Hobsbawn, que durante ese mismo periodo se ha escrito relativamente poco sobre ellas. Esto que en general parece un paradójico olvido, fue un gesto comprensible en los años inmediatamente posteriores a "la noche y a las brumas" (Gellner) del nacional-socialismo y de los nacionalismos afines. Pero también se explica, de manera complementaria, por el discurso que fundaba la legitimidad de los Estados triunfantes. En efecto, en los años en que Gellner empezó su vida universitaria, la gran utopía final que domina el imaginario político de las dos superpotencias —al menos en sus pretensiones abiertamente declaradas— era aquélla de una sociedad mundial por fin liberada de las divisiones y de las grandes pasiones políticas. Una utopía resultante, como dijera nuestro autor, de "una mezcla curiosa de anarquismo y comunalismo panhumano".[4] Esta convergencia se explica fácilmente, pues al menos en sus versiones más conocidas, tanto el marxismo como el liberalismo han mantenido en su horizonte intelectual la idea de una humanidad consumada en su último estadio, en una gran sociedad de individuos. Desde el teórico de *El Capital*, Karl Marx, hasta el profesor Francis Fukuyama se mantiene constante la creencia de que la Historia con H mayúscula debe desembocar en el advenimiento de una sociedad en la que cada uno estará por fin a salvo de las viejas formas de alineación y violencia del mundo "prehistórico". El fin de la lucha de clases o, en su caso, el progresivo e inexorable triunfo de las virtudes temperantes del *doux commerce* vendrán a poner un término definitivo al naciona-

[4] Ernest GELLNER: *Encuentros con el nacionalismo.* Madrid: Alianza editorial, 1995, p. 23.

lismo y demás pasiones "violentas e irracionales". Una vez liberado para siempre de los conflictos militares, de la violencia social y de otras aberraciones propiciadas por el "más frío de los monstruos" (Nietzsche), el Estado; una vez que "el gobierno de las personas sea remplazado por la administración de cosas"; el individuo podrá dedicarse por fin pacíficamente a sus verdaderos intereses y a su *Bildung* personal.

En las guerras mundiales, luego en las luchas anticolonialistas y, paradójicamente, también en las divisiones administrativas de la burocrática URSS, nación y nacionalismo habían sido divisas invocadas constantemente, y, en realidad, nadie las ignoraba. El consenso ideológico explica por qué entre los pensadores más en boga de la época, parecía que nadie les predijera en esos días un futuro.[5] Dentro de esta atmósfera, no sólo la concepción de nación, tan "vieja como la historia", según la célebre expresión de Walter Bagehot, o eterna y, en su caso, biológica, sostenida en su tiempo por Maurice Barre, sino también las ideas mismas de nación y nacionalismo parecían arcaísmos destinados al basurero de la historia. Sobre todo cuando, como lo afirmara Hans Kohn en 1945, la identidad de occidente parecía definirse por la fe en la unidad humana y en el valor del individuo, en tanto que el Estado y su corolario el nacionalismo parecían haber revelado su plena coherencia en el apocalipsis del nazismo y en la negación de dichas creencias.[6]

Como todos sabemos, "el pensamiento social liberal de Occidente y el marxismo tienen al menos el punto de unión de haber cometido el mismo error: ambos subestimaron el vigor político del nacionalismo"[7] y, podemos añadir, descuidaron el fenómeno de la perseverancia de la figura del Estado. Ambas interpretaciones no sobrevivieron intactas las últimas décadas del siglo pasado. El fin del sistema bipolar mundial, y los dramáticos conflictos que siguieron —particularmente en el este de Europa y África— hicieron

[5] Isaiah BERLIN: "The Bent Twig: A Note on Nationalism", en *Foreign Affairs*, 51 (oct. 1972).

[6] Hans KOHN: *The Idea of Nationalism.* Nueva York: Macmillan, 1945.

[7] Ernest GELLNER: *Encuentros con el nacionalismo*, 1995, p. 51.

que el bien o mal llamado "retorno del nacionalismo" se volviera un tema dominante entre los observadores del espacio internacional. En lo que se refiere al plano ideológico y a la teoría política, si para algunos la gran transformación de 1889 había producido un sentimiento de orfandad y de desamparo intelectual, este vacío fue rápidamente ocupado por el resurgimiento de temas como el republicanismo, el comunitarismo... y, naturalmente, por una animada discusión en torno al nacionalismo y su relación con la figura del Estado. En este último caso, el interés se justificaba por un atractivo suplementario: un conjunto de trabajos brillantes e innovadores había adelantado, por una vez, el cambio de atmósfera y había hecho notar la gran importancia del tema.

En el mundo académico, la reaparición de la discusión sobre el nacionalismo fue casi abrupta. En las primeras décadas del siglo XX habían salido a la luz los trabajos de Carlton Hayes y Hans Kohn, "los padres fundadores gemelos" (Aïra Kemiläinen).[8] Pero es, efectivamente, a partir de principios de los años ochenta cuando diversos autores renovarían el interés y los estudios en la materia. Es de notar que un significativo número de ellos eran entonces miembros de los medios académicos radicados en Gran Bretaña. De hecho, buena parte de la discusión se entabla entre los miembros de la *London School of Economics*, al grado de que se le ha llegado a denominar "el debate LSE". Gracias a la fecundidad de dichos trabajos el avance ha sido tal que se puede afirmar que pocas áreas en el terreno del pensamiento político de las últimas décadas, han experimentado un estudio tan intenso y una evolución comparable. Entre los autores que más han aportado se puede mencionar a Benedict Anderson, Eric Hobsbwam, Miroslav Hroch, Terence Ranger, Anthony D. Smith... y, por supuesto, al mismo Gellner.

[8] En nuestros días algunos consideran sus obras como de importancia marginal. Véase, Eric HOBSBAWM: *Nations and Nationalism since 1780, Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Press Syndicate of the University of Cambridge, 1990. Se puede añadir, como lo hace Gellner: E. H. CARR: *Nationalism and After*. Londres: Macmillan, 1954.

El libro de John A. Hall *State of the Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism,*[9] corrobora la importancia que el pensamiento de Gellner ha tenido en el desarrollo de las teorías modernas sobre nación y nacionalismo. El título en inglés del libro de Hall, en un juego de palabras que inexplicablemente perdió la traducción al español, subraya pertinentemente que a diez años de *Nation and Nationalism,* se antoja aún difícil distinguir la evaluación de la tesis de Gellner sobre el nacionalismo y su papel en la creación del Estado moderno, de la evaluación general sobre el tema. Menos cuando se convoca, como felizmente lo hace Hall, a algunos de los mejores especialistas e interlocutores del propio Gellner durante años. Todo esto confiere un gran atractivo y actualidad al libro de Hall, el cual discute la obra de Gellner siguiendo cuatro aspectos: la formación de la teoría, con textos de Roman Szporluk y Brendan O'Leary; las críticas clásicas, con ensayos de Miroslav Hroch, Tom Nairn; los aspectos políticos, con debates en los que participan Mark Beisinger, Charles Taylor y Alfred Stefan; y las implicaciones generales con estudios de Chris Hann, Dale F. Eickelman y Rogers Brubaker.[10] Con el fin de dar cuenta del debate, a continuación combinaré este esquema y la formulación de Gellner. Es decir, para esclarecer mejor su papel original en la génesis del Estado moderno, valga comenzar con la definición negativa del nacionalismo propuesta por Gellner.

Lo que no es nacionalismo

Con su característica ironía, nuestro autor afirma que el nacionalismo sobre todo no es lo que dicen sus profetas, los

[9] John A. Hall: *State of the Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism.* Editado por John A. Hall. Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 1999. En adelante me referiré a la edición en español John A. Hall: *Estado y Nación.* Madrid: Cambridge University Press, 2000.

[10] La primera versión de su teoría apareció en el capítulo 7 de su libro *Thought and Change.* Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1964; su libro *Nation and Nationalism.* Blackwell, 1983, ofrece una versión más amplia.

nacionalistas. La nación no es ninguna realidad natural ni evidente. A este respecto Gellner desarrolla una triple argumentación. En primer lugar, si se me permite apoyarme en Nelson Goodman para interpretar a Gellner, una dirigida a mostrar que la pregunta adecuada no consiste tanto en interrogarse qué es, sino cuándo hay nacionalismo. Una segunda estrategia consiste en demostrar la imposibilidad fáctica de dar satisfacción a todas las demandas políticas del conjunto de las naciones viables; con esto se enfatiza también el hecho de que la transformación de una población dada en Estado-nación es, al menos en el aspecto que defienden los nacionalistas, altamente contingente. El tercer aspecto consiste en mostrar el carácter ideológico, pero no por ello necesariamente sin importancia, del pensamiento nacionalista.

En lo que se refiere al primer aspecto, basta en efecto acudir a la historia para constatar la diversidad de las formas de la identidad política: desde la acéfala "nación" Neur (descrita por Evans-Pritchard) hasta las federaciones supranacionales, pasando por las ciudades-Estado y las diferentes figuras de imperio. Todo indica que la creencia en una nación ahistórica es sólo la ilusión de quienes hacen uso de una noción extremadamente amplia y por lo mismo en exceso vaga. Sólo bajo un tal uso abusivo del término puede el fantasma de la nación aparecer así, sin mayor dificultad, en todas partes y en todas las épocas. Si se evita este error, nada permite pensar que haya un designio trascendente o universal que lleve a dividir a la humanidad en naciones, ni mucho menos que ellas sean el único soporte adecuado y legítimo de organización social. Que no se trata de realidades naturales lo confirma el hecho de que es difícil constatar en su génesis la existencia de un vínculo lineal entre su supuesto remoto pasado y su presente. Así a pesar de lo que pretenden los nacionalistas, el anecdótico álbum de memorias que muestra el progresivo paso a la edad adulta en la que por fin la nación adquiere su investidura estatal, suele no ser muy convincente. En realidad, las naciones no tienen ombligo y, en sentido estricto, no pueden identificarse a partir de un *continuum* histórico. Tampoco lo requieren. De aquí que, a diferencia de lo que de-

fiende, lo que se conoce como el paradigma "primordialista" y su teoría de la bella durmiente, el nacionalismo no es el catalizador del despertar de un organismo dormido durante siglos, el regreso a alguna antigua edad de oro, o, según la versión de "los dioses oscuros", la resurrección de fuerzas atávicas.

El segundo punto de la argumentación de Gellner consiste en mostrar que la creencia de que el mundo es un jardín en que cada nación florecerá, implica ignorar que de entre lo que se puede considerar como las 8000 naciones con potencial político, muy pocas alcanzarán la escala de viabilidad necesaria para convertirse en Estados. La explicación es simple: dada la relación entre la limitada amplitud física de nuestro planeta y la talla necesaria (geográfica, demográfica, etc.) para su viabilidad, aun tomando como referencia la medida de Islandia, muchas naciones son las llamadas y pocas serán las elegidas y coronadas con un techo estatal. Así, la idea del presidente estadounidense Woodrow Willson, según la cual los conflictos se terminarán con la simple aplicación del derecho a la autodeterminación nacional, se revela por demás ingenua. A este respecto, vale la pena citar ampliamente a Roger Brubaker comentando a Gellner:

> Contra la ilusión arquitectónica, por tanto, contra la ilusión de que los conflictos nacionalistas son susceptibles de resolución esencial a través de la autodeterminación, afirmo que existe una especie de teorema imposible: que los conflictos nacionales son, en principio, irresolubles; que la nación a los conceptos "esencialmente impugnados"; que el debate crónico es, pues, intrínseco a la política nacionalista, forma parte de su auténtica naturaleza; y que la búsqueda de una resolución "arquitectónica" general de los conflictos nacionales resulta desorientadora en principio y a menudo desastrosa en la práctica.[11]

Regresando a nuestro autor y en lo concerniente al tercer aspecto, el de la naturaleza de la creencia nacionalista, la estrategia de Gellner consiste en contrastar las pretensio-

[11] Roger Bruner: "Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo", en Hall, 2000, p. 363.

nes del nacionalismo con sus efectos. De acuerdo con su análisis, todo indica que en realidad el nacionalismo no hace lo que pregona, no actúa en vistas a la actualización de una antigua edad dorada, sino como un proceso de ruptura con el pasado. En efecto, el nacionalista hace lo contrario de lo que dice hacer: no revive el pasado ni preserva las viejas tradiciones y, generalmente, requiere inducir —aun si no siempre está consciente de ello— una buena dosis de olvido histórico para conseguir sus propósitos. Si el nacionalista no resucita a las naciones, las inventa. Y, generalmente, lo hace... sobre las ruinas de las identidades tradicionales. Ahora bien, Gellner interpreta esta contradicción entre el discurso y los efectos reales de la acción, no necesariamente como el resultado de una manipulación o conspiración intelectual, sino en muchos casos como la expresión de una verdadera falsa conciencia.

Ahora bien, más allá del nacionalismo tradicional, algunos teóricos contemporáneos insisten en la visión primordialista haciendo uso de herramientas intelectuales más sofisticadas. Entre éstos se pueden distinguir al menos dos versiones. La primera sostiene que el nacionalismo debe entenderse como expresión de un imperativo biológico, como lo pretende la sociobiología de Pierre van den Berghe,[12] la segunda consideran que responde a un poderoso sentimiento o condición antropológica insuperable, como parece sugerirlo Clifford Geertz.[13] Como veremos más adelante, Gellner moviliza una explicación de tipo sociológico contra esta paradójica convergencia "naturalista" de la sociobiología y la antropología que, a la manera de Hamlet, lleva a sus defensores a seguir obsesionados por la supuesta eterna conspiración del fantasma nacionalista.

En el otro extremo, el hecho de que el nacionalismo no pueda explicarse a partir de un principio ahistórico ni parezca hacerlo a partir de un factor objetivo, lleva a algunos

[12] Pierre van den Berghe: *The Ethnic Phenomenon.* Nueva York: Elsevier, 1979.

[13] Clifford Geertz: "The Integrative Revolution: Primordial Sentiments and Civil Politics", en *Old Societies and New States: The Quest for Modernity in Asia and Africa.* Nueva York: Free Press, 1963.

a afirmar que no se trata sino de una simple (y desafortunada) contingencia histórica. Esto es, en efecto, lo que sostiene Elie Kedourie[14] quien insiste en el hecho de que el pobre sustento del nacionalismo hace que los defensores de la existencia de las naciones siempre hayan recurrido a alguna noción vaga. Sea, por ejemplo, a la idea originada en el romanticismo, de un "espíritu del pueblo"; o a un subjetivismo colectivo, tal y como lo es su identificación con un "plebiscito cotidiano", como lo hace Ernest Renan. Esta última figura no permite fundar unidades políticas; ni es, según Kedourie, realizable (ignorando, curiosamente, que Renan no hace sino evocar "una metáfora... que funciona"). A falta de mecanismos naturales o espontáneos, pasamos en el caso de Kedourie a una explicación voluntarista: los estados buscan asegurar la adhesión de la población y su legitimidad cotidiana por medio de una constante tarea de educación y de adoctrinamiento de la voluntad colectiva. Desde la infancia el poder político se emplea para interiorizar en sus miembros la idea de la existencia de una identidad nacional común. Puesto que, inculcado por el Estado, el sentimiento nacional es, efectivamente, artificial.

Ahora bien, si como afirma Kedourie se trata de un puro instrumento de legitimación, para dar una cabal cuenta de la especificidad del nacionalismo se requiere ir un paso más allá en la explicación. En efecto, el autor se apoya en la gran importancia que confiere, en una particular forma, a la historia de las ideas. Kedourie considera que el nacionalismo se caracteriza por ser una doctrina históricamente novedosa de inicios del siglo XIX. Ahora bien, en nuestros días es de constatar que ella se encuentra presente y ampliamente adoptada en todo el mundo. Todo pareciera indicar que se está ante un caso de difusión epidémica de una ideología cuyo primer brote es necesario identificar. Según su diagnóstico, ella no surge en los debates y tomas de posición de los actores de la revolución francesa, antes bien la cepa original se localiza en la filosofía política y, más precisamente, en la obra de Kant. Es en efecto en el principio

[14] Elie Kedourie: *Nationalism.* Londres: Hutchinson, 1961.

de autodeterminación o de autonomía elaborado por Kant que Kedourie identifica el origen infeccioso, el germen de las doctrinas de Herder, Fichte y demás escritores en el que la noción de autodeterminación va a la par con la creencia en la diversidad de las naciones. A manera de una desafortunada enfermedad, el nacionalismo es entendido aquí como la "consecuencia de ideas que nunca requirieron ser formuladas y aparecieron por un lamentable accidente".

El primer reproche que Gellner hace a Kedourie es el de convertir a un filósofo universalista —es decir, de la superación de los contextos particulares—, como lo es Kant, en un pensador del arraigamiento nacionalista. En todo caso, Kedourie habría hecho mejor en evocar a Rousseau y no en buscar en esa obra antípoda al pensamiento nacionalista que es la obra de Kant. Gellner insiste en que si el nacionalismo requiere ser explicado por su relación con el pensador de Konigsberg, sería en todo caso como una reacción a su filosofía. Ahora bien, un punto decisivo que lo hace alejarse de Kedourie y que hace su teoría al mismo tiempo audaz y hasta cierto punto débil, es el hecho de que la visión de la historia de Gellner, como ya se ha adelantado, no da mucha importancia al papel de las ideas. El nacionalismo no debe entenderse a partir de lo que dicen sus profetas:

> La tajante demarcación del objetivo del sentimiento nacionalista no es la obra de ninguna teoría formal, no es producida por la acumulación histórica de premisas que apuntan en una dirección determinada sino, al contrario, por situaciones sociales concretas y prácticas.[15]

Finalmente se debe descartar también la denominada teoría marxista del "error postal", que supone que el mensaje que debía despertar a las clases fue entregado equivocadamente a las naciones. La crítica a este último enfoque se desprende de la síntesis de las respuestas ya adelantas: el hecho de que nacionalismo no es una necesidad universal no lo convierte en una simple contingencia histórica (el simple

[15] E. Gellner: *Encuentros con el nacionalismo,* 1995, p. 83.

resultado de un error postal). Dicho de otra manera, la historia no es la del eterno conflicto entre las naciones, pero tampoco lo es la lucha de clase. Esta discusión sobre quién es el verdadero actor de la historia debía surgir inevitablemente y suscita en el libro de Hall la discusión con los autores provenientes del pensamiento marxista, tal y como son Roman Szporluk y sobre todo Miroslav Hroch, cuya obra "inauguró la nueva era del análisis de los *movimientos* de liberación nacional"[16] (la frase es de Hobsbawm y el subrayado mío). Las explicaciones de estos autores tienden a coincidir en su afirmación de que el énfasis no debe colocarse en las clases ni en la nación, sino en la industrialización. Es decir, tienden a converger con la teoría de Gellner. Como lo señala Roman Szporluk, bien puede ser que los conflictos culturales y sociales converjan, y combinados tengan una gran significación en un momento dado. "Me parece, escribe por su parte Hroch, que nuestras aproximaciones a la cuestión básica son coincidentes: nuestra idea compartida es que la formación de la nación debe entenderse y explicarse en el contexto de la gran transformación social y cultural que acompañó a la época moderna."[17] Ahora bien, como lo indica el título de su ensayo, Hroch no deja de deplorar que Gellner considere a la nación como un mito y, con Szporluk, que nuestro autor desdeñe la importancia de los movimientos sociales y de las ideas nacionalistas en la transformación histórica (y, en realidad, podemos agregar, de las ideas, *tout court*). Tienen razón, el factor determinante de Gellner para explicar el nacionalismo es ante todo ese momento histórico en el que surgen las exigencias del proceso de industrialización.

La era de la alta cultura generalizada

La propuesta de Gellner vino entonces a ampliar el debate al defender que el nacionalismo no es un fósil vivo ni una

[16] Eric Hobsbawm: *Nations and Nationalism since 1780,* 1990, p. 4.
[17] Mirolslav Hroch: "Real y construida: la naturaleza de la Nación", en Hall, 2000, p. 145.

simple contingencia, antes bien es un fenómeno inherente a la modernidad y, más específicamente, a la industrialización. Pero para entender ahora el aspecto positivo de su interpretación, se debe subrayar que con el nacionalismo se está ante un factor medular de la sociedad moderna, ya que se trata de una respuesta a una exigencia constitutiva. Valga insistir, su teoría del nacionalismo no se entiende sino a partir de una teoría del Estado moderno y de la modernidad en general. En particular del hecho de que a diferencia de las sociedades tradicionales, las industriales están orientadas de manera constitutiva en vistas al aumento constante de sus capacidades cognoscitivas y tecnológicas. Ahora bien, la filosofía de Gellner defiende que el progreso científico, tecnológico e industrial, se apoya en la difusión generalizada de un idioma estándar que a imagen del lenguaje matemático es abstracto, formal, lógicamente unitario, libre de contexto y, por ende, comunicable y eficaz. La consolidación histórica de una tal comunidad de libre comunicación cuyos modos de interacción se caracterizan por lo demás, por ser altamente impersonales, se debe acompañar de una profunda mutación social. Ella no se puede afirmar sin una población liberada de los roles rígidos de la sociedad tradicional y del antiguo monopolio de la escritura y de la administración de los símbolos por parte de una casta o minoría privilegiada. En lugar de la sociedad tradicional marcada por la división cultural y las barreras de comunicación, con la industrialización aparecerá así una población con un alto grado de homogeneidad cuyo denominador común será el dominio de lo que Gellner denomina una alta cultura. Es decir, se conformará una población caracterizada por la posesión de un alto y generalizado grado educativo y por ende capaz de satisfacer los requerimientos de comunicación y de intercambio de roles necesarios para la nueva sociedad industrial.

Esta transformación no se hace espontáneamente, ella es favorecida por la educación difundida y asegurada por el Estado. La instrucción pública desempeña un papel central, ya que la educación es al mismo tiempo el instrumento que permite al Estado crear la homogeneidad cultural necesaria para

la sociedad moderna, y el medio para los individuos de acceso a la ciudadanía. A este respecto, si en la modernidad las posiciones sociales no están predeterminadas ni son inamovibles, y si tampoco son definidas por la capacidad de esfuerzo físico (por ejemplo para cazar o luchar), la posición social de cada individuo estará directamente relacionada con la destreza alcanzada por cada individuo en su dominio de la lengua "oficial". Esta importancia conferida a la habilidad lingüística hace que, parafraseando a su no tan querido Wittgenstein (y en realidad al escritor Karl Kraus),[18] Gellner afirme que para el individuo moderno "los límites de su cultura son igualmente aquellos de su empleabilidad, de su mundo y de su ciudadanía moral".[19] Pero esto significa también que la modernidad genera doble dinámica contrapuesta: la industrialización y el desarrollo del intercambio mercantil requieren espacios culturalmente homogéneos; al mismo tiempo, este proceso de desarrollo industrial y mercantil produce nueva estratificación social y nueva organización política. Evidentemente, esta diferenciación no puede ser legitimada bajo las formas tradicionales de organización social. El "simbolismo místico de la religión"[20] ya no es un recurso de legitimación (al menos de forma explícita) en el mundo del Estado laico. El nacionalismo, con su innovadora exigencia de hacer coincidir lo cultural y lo político, permite resolver esta contradicción. Gracias a esta nueva ideología y a su enorme fuerza unificadora, el Estado obtiene un instrumento que favorece las condiciones necesarias al crecimiento económico, a la integración social y a la legitimación del orden político.

Como toda forma de legitimación, el nacionalismo articula los conflictos de una manera particular. En efecto, en el mundo tradicional la diferenciación cultural es una forma de

[18] Véase Juan Cristóbal Cruz Revueltas: *La incertidumbre de la modernidad*, 2002, p. 60.

[19] E. Gellner: "Le nationalisme et les deux formes de la cohesión", en Pierre-André Delannoi et Taguieff: *Théories du nationalisme.* París: Kime, 1991, p. 243.

[20] E. Gellner: "Le nationalisme et les deux formes de la cohesión", en Pierre-André Delannoi et Taguieff: *Théories du nationalisme.* París: Kime, 1991, p. 244.

diferenciación social que no está en disputa. Como lo indica Tomás Pérez Vejo,[21] en el mundo preindustrial de Europa, las identificaciones colectivas (y por ende los conflictos) eran religiosas, genealógicas o territoriales. En tanto que en la era del nacionalismo, la cultura se vuelve, como ya se ha adelantado, el *medium* de reconocimiento y el objeto del conflicto, es decir, la sustancia de la identidad colectiva por excelencia. De aquí que, parafraseando a Max Weber, Gellner defina al Estado moderno por su capacidad de detentar el "monopolio de la cultura legítima". Identificar a la comunidad política con los límites de una cultura específica es la fuerza y la debilidad de la cohesión favorecida por el nacionalismo.

Las críticas

Más allá de la crítica o la corrección de Nicos Mouzelis,[22] quien sugiere que más que una teoría sustancial sería mejor considerar la teoría de Gellner como un marco conceptual útil, un tipo ideal en el sentido weberiano (reproche que no deja de ser paradójico para un alumno de Popper como lo es Gellner), las críticas más significativas de la obra de Gellner son las siguientes:

a) Ante todo, como se puede constatar en casi la totalidad de los ensayos del libro, se le achaca a la teoría de Gellner su funcionalismo. En efecto, se le ha imputado a su teoría incurrir en los errores propios del funcionalismo y de las explicaciones holistas en general: el nacionalismo es explicado por sus consecuencias (la causa por sus efectos); los individuos y los actores sociales realizan fines que no conocen ni menos entienden. Esta crítica atañe en particular, tanto a lo que se refiere a la explicación de Gellner sobre el nacionalismo como a la importancia que ella confiere a

[21] Tomás Pérez Vejo: *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionales.* Oviedo: Ediciones Nobel, 1999.

[22] Nicos Mouzelis: "La teoría del nacionalismo de Gellner: algunas cuestiones de definición y de método", en Hall, 2000.

la educación por parte del Estado; se utilizan entidades macrosociales u holísticas y se les confiere intencionalidad más allá de los individuos. Su funcionalismo también explica su desdén de las emociones que acompañan a la noción de identidad nacional: "teorizó el nacionalismo sin detectar el encanto" (Perry Anderson citado por Tom Nair);[23] Gellner y B. Anderson "nos ofrecen Hamlet sin el principe"[24] (Charles Taylor). Pero ante todo, el funcionalismo parece impedirle reconocer en las ideas un factor del cambio social e histórico. De aquí que Mark Beissinger señale que, como es característico de las interpretaciones genéticas y evolutivas, Gellner deja dentro de una gran "caja negra" "el proceso por el que las categorías de lo nacional adoptan significado para una gran parte de la gente y llegan a ser poderosos referentes para la acción política".[25]

Como lo señala Brenda O'Leary,[26] Gellner se defendió de dicha crítica. No aceptó que su teoría fuera teleológica (a la manera del célebre espíritu hegeliano de la historia que cabalga sobre un caballo blanco y no lo sabe), pero sí aceptó que fuera causal: "la sociedad industrial, su difusión, sus descontentos e impacto desigual sobre los terrenos étnicos y culturales existentes, causan el nacionalismo".[27] Por otra parte O'Leary defiende que Gellner terminó por hacer más flexible su teoría: el nacionalismo no sería así sólo el efecto de una causa (la transformación a una sociedad industrial), también responde tanto a una expresión de auténtica identidad como a un instrumento de dominación apropiado para las élites.

[23] Tom NAIRN: "La maldición del ruralismo: los límites de la teoría de la modernización", en HALL, 2000.

[24] Charles TAYLOR: "Nacionalismo y modernidad", en HALL, 2000, p. 281.

[25] Mark BEISSINGER: "Nacionalismos que ladran y nacionalismos que muerden...", en HALL, 2000, p. 228.

[26] Brenda O'LEARY: "El diagnóstico de Gellner sobre el nacionalismo: una visión crítica, o ¿qué sigue vivo y qué está muerto en la filosofía del nacionalismo de Gellner?", en HALL, 2000.

[27] Brenda O'LEARY: "El diagnóstico de Gellner sobre el nacionalismo: una visión crítica, o ¿qué sigue vivo y qué está muerto en la filosofía del nacionalismo de Gellner?", en HALL, 2000, p. 120.

b) Por otra parte, autores como O'Leary y Alfred Stepan[28] consideran que Gellner no logra dar cuenta de la interdependencia entre nacionalismo y democratización. Este punto es desarrollado en el libro por Stepan y Charles Taylor. Ambos aceptan la visión modernista de Gellner, pero la consideran insuficiente. El primero se apoya en Hume, David Miller, Robert A. Dahl y en el propio Charles Taylor, para retomar la constatación de que hasta ahora el marco probado de la democracia es el Estado-nación. Es decir, si bien todas las identidades son variables con el tiempo, la democracia requiere elementos mínimos de identificación colectiva susceptibles de generar un "alto grado de confianza y solidaridad" (David Miller). Stepan se suma a Charles Taylor para defender que "los individuos no pueden desarrollar y ejercer todos sus derechos mientras no sean miembros activos de un grupo que lucha por algunos beneficios colectivos".[29] El Estado moderno democrático requiere, insiste Taylor, "un fuerte sentimiento de identificación", a saber, el patriotismo. Es de notar que dentro de su propuesta Stepan acepta como viable un federalismo análogo al ejemplo canadiense propuesto por Charles Taylor. Federalismo en el que coexisten diferentes unidades culturales bajo un mismo gobierno federal, y que cumple con la condición de que los ciudadanos reconocen claramente dos ámbitos diferenciados de legitimidad. Pero no cree que este modelo sea aplicable a los países en transición democrática, objeto de su reflexión.

Es de notar que tanto Stepan como Taylor se interesan por subrayar la interrelación entre nación y democracia moderna. Esto explica que Taylor reitere la conocida distinción entre un "nacionalismo de masas defensivo" y un "nacionalismo liberal". Ahora bien, contra la pertinencia de esta tipología, Roger Brubaker[30] sostiene que la distinción entre un nacionalismo cívico o patriotismo y un nacionalismo étnico es

[28] Alfred Stepan: "Las modernas democracias multinacionales: superando un oxímoron de Gellner", en Hall, 2000.

[29] Alfred Stepan: "Las modernas democracias multinacionales: superando un oxímoron de Gellner", en Hall, 2000, p. 312.

[30] Rogers Brubaker: "Mitos y equívocos en el estudio del nacionallismo", en Hall, 2000.

débil analíticamente. Suponer que el nacionalismo "malo" es aquel fundado en una visión biológica y racial, lleva a concluir que ha habido muy pocos casos de este tipo de nacionalismo. Y si de forma complementaria identificamos a cualquier nacionalismo cívico como cultural, entonces la extensión de la noción hace que pierda capacidad explicativa como tal. Si en sentido contrario, se identifica el nacionalismo étnico como cultural, entonces será el cívico el que se vuelve un objeto inexistente. De aquí que la diferenciación de Taylor sea inoperante, en tanto que su crítica por parte de Brubaker es congruente con su ya señalado escepticismo ante la idea de que el principio de autodeterminación sea una solución al problema de la violencia. Sobre todo cuando la metáfora Modigliani (propuesta por Gellner), de Estados culturalmente homogéneos, es contradicha por una realidad mejor representada por un estilo "Kokoschka" de gobiernos multiculturales: "hoy se reconoce universalmente que las formas de gobierno existentes son de algún modo multiculturales".[31]

c) Más allá de señalar su rechazo de la creencia de Gellner en que por el estado de sus divisiones nuestro mundo contemporáneo se semeja más a un cuadro de Modigliani que a uno de Kokoschka, el texto de Brubaker ofrece numerosas pistas para prolongar el debate. Es convincente su defensa de que sería beneficioso pasar de las visiones estructuralistas (y holistas en general, diría yo) para privilegiar acercamientos más constructivistas y confrontar el estudio de los fenómenos de grupo con los instrumentos brindados por el individualismo metodológico.[32] Intentar armonizar la referencia a las grandes fuerzas sociales y el estudio de los contextos específicos (Charles Tilly), como también propone Beissinger, permitiría conciliar la gran narración de Gellner con las motivaciones de los individuos

[31] Roger BRUNER: "Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo", en HALL, 2000, p. 385.

[32] La obra de Hardin RUSELLE: *One for all, the Logic of Group Conflict.* Princeton: Princeton University Press, 1995, es un buen ejemplo.

y equilibrar esa constante ambigüedad de Gellner entre lo necesario y lo contingente del nacionalismo. Es decir, brindaría a la visión de Gellner una teoría de la acción y del cambio social más convincente.

Conclusión

Desde el punto de vista de la comprensión histórica del fenómeno nacionalista y de la formación del Estado moderno, a pesar de las modas intelectuales, de manera afortunada entre los especialistas el debate con la posición primordialista parece definitivamente cerrado. Sin embargo, la visión modernista de Gellner se ha visto desafiada más recientemente por aquellos que como John Armstrong y Anthony Smith defienden que las naciones sólo pueden entenderse como fenómenos actuales en relación de continuidad con etnias premodernas. Pero es de notar que la perspectiva de *longue durée* pierde la gran fuerza explicativa de una teoría como la de Gellner. Por mi parte, me siento más cercano a Gellner y Brubaker: las identidades políticas no son realidades ontológicas, son más bien la vieja sustancia amorfa y modificable sobre la que se juega permanentemente la confrontación y la negociación política. De aquí que su mejor léxico de transformación sea el vocabulario de la democracia. Ahora bien, al desdeñar la importancia de las ideas y debido a la ausencia en su pensamiento de una verdadera filosofía práctica, la reflexión de Gellner se antoja insuficiente para dar cuenta de la obsesiva persistencia de dos elementos centrales en la historia de la humanidad: la política y el Estado.

Juan Cristóbal Cruz Revueltas
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

EL MITO DE LA NACIÓN Y OTROS ABUSOS[1]

Tiene razón Tomás Pérez Vejo al sostener que es mucho más sencillo trazar el derrotero histórico de una identidad nacional particular que construir un esquema teórico apto para dar cuenta de los rasgos determinantes del abigarrado fenómeno de la nación y de sus múltiples avatares (véase p. 102). En efecto, resulta menos compleja la práctica de una historiografía que toma un caso nacional como un hecho dado y reconstruye el proceso de su formación que la construcción de un marco teórico válido, o al menos heurístico, para más de una situación nacional o regional. Los problemas conceptuales de este segundo tipo de tarea son ingentes y, precisamente por ello, lo primero que habría que expresar respecto del libro *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas* es un enorme agradecimiento al autor por la claridad conceptual y la vocación crítica con que acomete tan ardua tarea.

Pérez Vejo es un historiador de profesión, y, contra lo que su propia especialidad parecería conllevar, no construye un relato historiográfico de la idea de nación, sino una genuina teoría crítica del nacionalismo y de sus argumentos anexos. Aunque, pensándolo bien, acaso habría que de-

[1] Sobre el libro de Tomás PÉREZ VEJO: *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas.* Oviedo, España: Ediciones Nobel, 1999, 241 pp. ISBN 848-97-7052-2.

cir que un buen historiador sólo puede ser aquel que es capaz de hacer entrar el análisis sociológico, la teoría política y las consideraciones filosóficas en su campo de problematicidad. Por ello, la suya es una propuesta intelectual que interpela a otros científicos sociales y no sólo a los historiadores convencionales, pues el vuelo teórico de su discurso abre la posibilidad de un debate en un nivel de alta abstracción en el que pueden converger distintos intereses y hasta distintas tradiciones de argumentación. Incluso, creo haber encontrado en el libro un modelo filosófico-normativo, cercano al cosmopolitismo y al discurso contemporáneo de los derechos de la persona, que lo hacen un habitante legítimo del dominio de la filosofía política.

El de Pérez Vejo es un argumento montado sobre un amplio conocimiento histórico, pero que pretende, más allá de explicaciones específicas, alcanzar dos metas: formular un modelo teórico para pensar tanto la nación como el nacionalismo y ofrecer una crítica razonada de los abusos políticos de éste. Aunque acaso habría que decir que no se trata de tareas separadas, pues lo que tenemos es un argumento que, en sustancia, denuncia el abuso político inmanente a toda ideología nacionalista, tratando de mostrar que la noción misma de nacionalismo parte de un malentendido histórico y político que, no por tener resultados tangibles y efectivos, deja de ser el efecto de una mirada (a veces voluntariamente) equívoca sobre el pasado y la condición de sujeto de determinados colectivos.

Por ello, se trata de un libro que, como decía Marx al hablar de su explicación, echa mano del análisis histórico sólo cuando éste sirve a los propósitos explicativos de la interpretación teórica, porque lo que interesa principalmente al autor no es levantar el catálogo de las naciones ni trazar la ruta de su genealogía (aunque el título de un capítulo —"El calendario de invención de las naciones"— así parezca sugerirlo), sino desmontar críticamente el dispositivo argumental del nacionalismo contemporáneo gracias al aireamiento de sus falacias. Se trata, en pocas palabras, de un argumento de talante ilustrado, que se toma en serio la tarea racionalizadora del trabajo teórico, aun cuando, como

veremos, desconfía de la solución racionalista en materia de construcción de alternativas a la nación y al nacionalismo.

Pérez Vejo hace suya la idea de Benedict Anderson de que la nación "es una comunidad política imaginada, e imaginada como inherentemente limitada y soberana";[2] agregando a esta definición ya clásica los atributos (también imaginados) de "espacialidad y atemporalidad" (p. 69). No obstante, ataja cualquier tentación de pensarla como pura artificialidad o como un mero juego simbólico carente de densidad social. Por el contrario, nuestro autor señala que

> [...] el nacionalismo no sería el despertar de las naciones a su autoconciencia, sino el proceso mediante el cual se inventan naciones allí donde no las hay. Siempre que despojemos al término invención de cualquier connotación peyorativa o de falsedad y aceptemos lo que toda invención tiene de proceso creativo [...] (p. 13).

Y éste es un punto a su favor, pues con demasiada frecuencia la explicación "imaginaria" de Anderson se toma como el equivalente de una denuncia del carácter ilusorio del fenómeno de las naciones, cuando el verdadero problema reside en que éstas, siendo comunidades imaginadas, se caracterizan por una aplastante materialidad y una capacidad de generación de acción social que ya desearíamos para proyectos de más fuste civilizador.

En este sentido, Pérez Vejo trata de situarse en un punto arquimédico desde el cual se pueda apreciar el contraste entre las visiones naturalistas o primordialistas y las visiones artificialistas de la nación. No se trata de un punto medio, pues considera a las primeras totalmente falaces e inaceptables, mientras que guarda con las segundas un fuerte aire de familia; pero sí se trata de un emplazamiento teórico que le permite construir su concepción de nación y de las ideologías nacionalistas. Para él, y en esto me siento llevado a apoyar su tesis, la nación, siendo construi-

[2] Benedict ANDERSON: *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* Londres, Nueva York: Verso, 1991, p. 6.

da, no es ficticia. Siendo una estructura simbólica que ha sido un resultado combinatorio entre otros posibles, tiene una materialidad social que se revela en su capacidad de generar cohesión y acción sociales y de amparar bajo su imagen un imaginario social específico de amplia y potente capacidad discursiva.

Pero para Pérez Vejo es diferente construcción social que ficción. Sostiene que toda institución social es construida, y que una nación es una institución social, lo cual es una constatación que parecería un mero elogio a la redundancia (pues cuando todo es construido, poco ganamos en términos de diferenciación al insistir en el carácter de construcción de alguna realidad social), si no fuera porque tiene un fuerte sentido crítico por el contraste que genera: la nación concebida como construcción es un mentís para las visiones naturalistas y esencialistas de ella que están en la base de los discursos nacionalistas de mayor circulación: no existen naciones naturales ni ajenas a la construcción simbólica impulsada por las élites de la cultura y la política.

Así, su crítica del "discurso histórico-nacionalista" introduce en el debate sobre el nacionalismo una claridad y una consistencia inusuales. Sus dos conclusiones centrales me parecen paradigmáticas: una, que postula que la extrapolación historicista de una conciencia nacional contemporánea al pasado es insostenible de cara a la epistemología científica y a la historia crítica (no existen naciones milenarias, aunque casi cualquier comunidad humana se sienta tentada por creer verdadero el reflejo de su imagen prolongado hasta la prehistoria); y la otra, que postula que sencillamente no existe un sujeto-nación único, sin fisuras y con comunidad de propósitos predeterminada (y si tal existencia se hace verosímil es porque el trabajo de la propaganda y la demagogia han logrado, en muchos casos, poner en segundo plano la pluralidad inerradicable de las sociedades modernas).

En este punto es necesario hacer una precisión: la "bestia negra" de Pérez Vejo no son los teóricos de gran calado del nacionalismo esencialista (que definitivamente no existen), sino los políticos e ideólogos del nacionalismo excluyen-

te como el que él encuentra en el País Vasco o en el discurso españolista. En este sentido, pese a la distancia crítica que Pérez Vejo pone respecto de ellos, lo podemos contar entre las filas de Gellner, Hobsbawm y de Anderson, todos ellos críticos del nacionalismo naturalista y excluyente.

Ello explica que, para Pérez Vejo, siendo una realidad construida, una nación se hace también ficticia cuando extrema de manera unilateral alguno de sus rasgos de articulación simbólica (la raza, la lengua, la cultura) y los presenta como cimientos perennes al margen de voluntades particulares, de acciones grupales y de proyectos elitistas estratégicos. En esto radica, en mi opinión, la fuerza de este señalamiento crítico del autor, vale decir, en evitar la validación del nacionalismo como proyecto político sólo por el hecho de reconocer la densa realidad social y la materialidad histórica de la nación. Esta productividad social de la nación como forma moderna de la identidad grupal es un dato aceptable, pero lo que se rechaza es el discurso de la unicidad o fatalidad, del destino histórico y de la sujeción de su pluralidad interna a los fines definidos por una jerarquía o por varias. Pérez Vejo acepta la historia de las naciones, pero rechaza la filosofía de la historia que sobre ellas se ha construido. De allí el homenaje que rinde al "bucle melancólico" de Juaristi.[3] "Toda nación es la melancolía por algo que nunca existió" (p. 102).

Aun coincidiendo con prácticamente todos sus argumentos, me ha resultado difícil hacerme cargo del punto de vista del autor respecto del proceso de construcción nacional. Debo decir que lo encuentro claro e incluso elegante, pero difícil de aceptar. Difícil, en efecto, no porque no se pueda uno adherir al aserto de que la nación es una construcción del Estado (en vez de la explicación inversa, tan cara a las demagogias de lo étnico, según la cual el Estado sólo es el momento teleológico del supuesto devenir nacional); tampoco porque careciese de plausibilidad la lectura de la nación como respuesta "identitaria" a los desafíos

[3] Jon Juaristi: *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas.* Madrid: Espasa-Calpe, 1977.

enderezados por la modernidad contra los mecanismos tradicionales de cohesión social y de identificación simbólica; ni siquiera incluso porque no pudiera uno refrendar el concepto de "coerción ideológica" que el autor pone en circulación para dar cuenta de la victoria de la "forma nación" por encima de cualquiera otra alternativa de organización colectiva (concepto que, dicho sea de paso, contempla sendos papeles clave para la *intelligentsia* y para la ritualización y parafernalia de las políticas culturales y la historia oficial). La dificultad reside en otra parte.

La dificultad, podría decirse, es más bien epistemológica; porque no se refiere a una inexistente oscuridad del texto, sino a la dudosa consistencia de la respuesta "estética" que se da al dilema de la construcción nacional, es decir, a la dificultad objetiva de articular la sugerente respuesta del autor con las nociones al uso de "discurso literario" o de "estética", en vez de seguir en el terreno de la crítica política al que parecía encaminado su argumento.

Dice Pérez Vejo que

> [...] la construcción de una identidad nacional es en gran parte una creación ideológica de tipo literario; y segundo, que las expresiones de este proceso de identificación colectiva pueden ser analizadas de forma más precisa en el campo de la cultura que en el estrictamente político (p. 19).

Es necesario recordar que la identidad nacional sólo puede analizarse como forma de representación colectiva de la nación inventada, por lo que no existe un "objeto nación" que fuera propio del análisis político, y un "objeto identidad", atinente al estudio cultural, sino que, si hacemos caso al autor, las claves de la nación estarían ya en las de la identidad que la instituye y, por ende, el análisis político sólo sería una subespecie del análisis literario o estético.

No existe para el autor una diferencia sustancial entre el proceso de construcción nacional y el surgimiento de una identidad nacional. No hay más nación que la que se experimenta como referente simbólico entre quienes se representan a sí mismos como parte de esa comunidad imaginada. La

pertenencia a la nación se puede presentar como ontológica sólo porque como tal se la "vive": "El problema de la identidad es un problema de creencias, no de argumentos ideológicos; de vivencias, no de teorías [...]" (p. 219). La nación es así una forma de identidad colectiva, cuyo desciframiento no reside *prima facie* en el código amigo-enemigo propio de la política, o en alguno de los códigos alternativos a éste como el de la pareja consenso-disenso, sino en el código de la producción artística y de sus claves grupales de transmisión y descodificación.

Desde luego, el autor no dice que se trate de un proceso completamente al margen de la política, ni pretendo atribuirle tal intención. Me parece del todo aceptable la idea de que la construcción histórica de la nación se sustancie en procesos de tipo cultural, y señaladamente en relatos o en discursos artístico-simbólicos, que instalan a la literatura o la estética como horizonte de sentido para su comprensión, pero dudo de que el sentido político de los contenidos del nacionalismo se agote en los códigos de la estética.

Desde mi perspectiva, la asignación de prioridad a la elección estética en el proceso de construcción de la identidad nacional relativiza inexorablemente el contenido político del proceso. Dice Pérez Vejo que el proceso ideológico-propagandístico hace que las unidades territoriales generadas por el azar histórico puedan convertirse en naciones:

> Estaríamos ante una lógica de funcionamiento muy cercana a la de las modas o movimientos artísticos: sentirse español, o francés, o vasco, o irlandés, o [...] sería sobre todo una cuestión estética, hacer coincidir la imagen de uno mismo con la imagen ideal de esa imaginada comunidad nacional (p. 211).

Tengo para mí que sólo una interpretación muy restringida del proceso político podría eliminar de éste la dimensión existencial (de riesgo de vida o muerte, pero también de definición de lo socialmente valioso), la dimensión simbólica o el peso de las pasiones y las emociones. Cuando se explica la construcción identitaria de la nación como un proceso estético se pierde, desde luego, el peso decisivo

que parece tener en ella la acción política, pues se mediatiza innecesariamente a ésta. Pero el mayor problema epistemológico aparece en el concepto al que se ha desplazado la fuerza simbólica de la construcción, es decir, el concepto de estética.

Pérez Vejo sostiene un concepto de estética y, como derivado de éste, uno de creación literaria, que ameritan un desarrollo que no se ofrece en el libro. Se trata, intuyo, de una concepción de la estética con fuertes resonancias de la ensayística sobre arte y sociedad de T. W. Adorno, pero que, más allá de su discutible adecuación o inadecuación para el caso de las identidades nacionales, no está presente en el trabajo regular de los críticos y analistas literarios, historiadores del arte, semiólogos y profesionales afines. Es, en todo caso, un concepto que merece algo más que una serie de frases contundentes.

Pérez Vejo se hace cargo, creo que inercialmente, de una concepción únicamente racionalista de la política, y por ello limitada. Ello le lleva a suponer que en ésta no caben las emociones identitarias o las identificaciones simbólicas, pues la disuelve en el racionalismo de corte liberal o en los relatos contractualistas basados en la primacía del individuo y en su supuesta racionalidad optimizadora.

Esta concepción de la política y de la estética marca el conjunto de los esquemas binarios que aparecen a lo largo del libro. Es la concepción que le permite mostrar que todo nacionalismo es, en primera o en última instancia, defensa de la nación cultural e incluso étnica, con lo que desestima la distinción, que no es sólo pretendidamente histórica sino también "normativa", entre un nacionalismo de la lengua, la tierra y la sangre y un nacionalismo de principios civiles (atinente a la "nación política") como el defendido por Habermas bajo la enunciación del "patriotismo de la constitución".[4] Su desconstrucción del supuesto carácter cívico del nacionalismo francés, además de difícil de rebatir, es un aporte original en la conceptualización de la nación,

[4] Véase Jürgen HABERMAS: *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta, 1998, pp. 628 y 635.

pero parece olvidar la dimensión proyectiva o normativa de la idea de nacionalismo cívico o político, es decir, el carácter regulativo de ese otro discurso sobre la nación que, sumergiéndose en la cultura política de la nación, trata de postular una lealtad colectiva con el sistema de derechos de las personas, el método democrático y las limitaciones al poder político.

También es la concepción que le lleva a las pesimistas conclusiones de que toda nación es un "concepto emotivo" (p. 221), generalmente mistificado y al servicio de élites tergiversadoras del proceso histórico, y de que una "[...] conciencia nacional que defina lo nacional en términos de ciudadanía democrática con un referente estatal está todavía por crearse en la práctica totalidad de los países del mundo, si no en todos" (p. 223). Y he adjetivado la conclusión de Pérez Vejo en el entendido de que "pesimismo" y "optimismo" no son referencias edificantes, sino posiciones respecto de las posibilidades reales de la política.

Al confinar la nación al terreno de la emoción, y al nacionalismo a distintas gradaciones de una única defensa de lo cultural y lo étnico, Pérez Vejo le escatima a la política democrática la posibilidad de reformar el discurso de la nación desde dentro, de pugnar por naciones (y no sólo Estados) de ciudadanos autónomos y corresponsables, y de luchar contra los proyectos dominantes (y acaso por ello inerciales) de nación, que son los culturales o étnicos, en nombre de ese (aceptémoslo) oximoron político que es la nación cívica. Pero justamente la "nación cívica" es un ejemplo de ese tipo de proyecto de futuro compatible con los derechos individuales, el pluralismo y la democracia que el autor echa de menos en las ideologías nacionalistas.

Con todo, la historia moderna de las naciones es también la historia del universalismo político y del discurso de los derechos humanos. Junto con "derechos" tan equívocos (por decir lo menos) como el de la autodeterminación de los pueblos, la modernidad política ha cultivado, en el marco de los Estados-nación, visiones de la justicia y de la democracia que responden a otra construcción no menos imaginaria ni menos relevante que la nación: la persona co-

mo sujeto de derechos. No me parece desatendible el hecho de que su desarrollo se haya dado en forma paralela al de los discursos de la nación. Su incompatibilidad puede, en efecto, ser conceptual, pero su difícil avenencia será necesariamente política.

En el fondo, como puede verse, mi única reserva con las poderosas ideas de Pérez Vejo deriva de su confianza en una noción de estética que arrebata a la acción política mucho de lo que creo ésta debe tener, o, si se quiere, de mi propia idea de política como capaz de colonizar un mundo simbólico como el de los imaginarios nacionalistas, sin que esto vaya en detrimento de su condición de lucha dramática y existencial por el poder.

Jesús Rodríguez Zepeda
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

LA CUESTIÓN INDÍGENA REVISITADA[1]

Comenzaré por destacar que en términos generales se trata de un texto robusto no sólo en tamaño, sino también en ideas. *Encrucijadas chiapanecas* es el resultado de diversas investigaciones que su autor ha realizado sobre la región de Chiapas en los últimos quince años. Sin duda los acontecimientos de enero de 1994 en San Cristóbal de Las Casas son la ocasión y el motivo para que esta colección de ensayos y recuentos quede enmarcada por una voluntad expresa de polemizar. Esta motivación se advierte desde sus primeras páginas, en particular en las "Consideraciones preliminares" y en las "Reflexiones finales". El cuerpo central está estructurado por ocho ensayos ordenados en tres capítulos ("Orígenes del modelo económico", "La cuestión religiosa" y "La construcción de identidades") que agrupan investigaciones sobre temas de economía, religión e identidades en la historia y antropología de Chiapas. Como considero que las contribuciones de este libro están enmarcadas también por una reflexión sobre las encrucijadas actuales de la ciencia histórica, concentraré en especial mis observaciones en ese terreno.

[1] Sobre el libro de Juan Pedro VIQUEIRA: *Encrucijadas chiapanecas. Economía, religión e identidades.* México: Tusquets-El Colegio de México, 2002, 527 pp. ISBN 968-12-1077-8.

En la escritura de los textos se advierte la tensión propia de un historiador que, como él mismo señala, se encuentra en medio de "la tormenta chiapaneca". Por eso define a su trabajo como de "intrahistoria", según término acuñado por Miguel de Unamuno. En cierto modo hace suyo uno de los postulados básicos de la neohermenéutica en el sentido de que la historia no pertenece a los individuos, sino que más bien éstos le pertenecen a ella.[2] Así, Viqueira escribe sus historias como parte de la historia y los conflictos de Chiapas. Desde ese lugar polemiza básicamente con dos posiciones del entramado político e intelectual de la región: la razón ideológica y la profética relacionadas con la cuestión de los indígenas. Les hace frente a partir de lo que él denomina la lógica de la investigación científica. Su objetivo principal es socavar los imaginarios o representaciones construidos sobre Chiapas que conforman en conjunto una serie de prejuicios que obstaculizan un entendimiento adecuado entre los habitantes del área para construir un futuro mejor.

> El deber de los científicos sociales [nos dice al final del libro] es el de exorcizar el pasado, dándolo a conocer en toda su complejidad, con el fin de liberar a los hombres de sus fantasmas, poniéndolos ante la responsabilidad ineludible de construir el futuro (p. 412).

Por esa razón el lector encontrará en sus páginas textos jalonados por los imperativos del presente al lado de otros de corte más erudito, siempre orientados por la voluntad de entender críticamente la complejidad de la formación económica y cultural de Chiapas.

Al situarse dentro de las historias que narra el historiador se ve obligado a explicar la perspectiva desde donde ve lo que ve. El ángulo de su visión se hace patente en las consideraciones polémicas iniciales, pero aún más en sus reflexiones fina-

[2] El texto de Hans BLUMENBERG: *Las realidades en que vivimos.* Barcelona: Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona-Instituto de Ciencias de la Educación.

les, en las que recapitula su experiencia como historiador y nos ofrece de manera muy personal y comprometida una teoría histórica que su autor denomina "teoría y práctica de los desfases. Una historia en construcción".

La formulación de su propuesta se mueve fundamentalmente en dos niveles: por un lado, frente al mundo de los políticos o de los discursos ocupados primordialmente del presente y, por el otro, frente al de los académicos o científicos sociales ocupados del pasado. Las observaciones críticas de Viqueira se orientan entonces en lo esencial a intentar desarticular tanto histórica como conceptualmente algunos de los estereotipos culturales de lo indígena que no ayudan en la comprensión de la historia y la solución de los problemas actuales de Chiapas. Se refiere sobre todo al problema englobado en la "esencialización de los sujetos colectivos" que fomenta

> [...] rencores y odios ancestrales, apelando a agravios [sin duda a menudo muy reales] que padecieron y provocaron personas desaparecidas largo tiempo antes [...] Se pretende, entonces, hacer asumir responsabilidades colectivas a personas que nada tienen que ver con los hechos imputados. La historia (esencializada), en vez de dar lugar a una catarsis colectiva que permita a las personas arrancarse del pasado para enfrentar con mejores armas el futuro, se transforma en un eterno lamento por las desgracias del ayer, al cual se le achacan todos los males del presente [...] cerrando el paso a la construcción de nuevas formas de relación social entre personas de orígenes diversos (p. 396).

En ese sentido, dentro del espíritu de Marc Bloch,[3] los estudios de Viqueira son ante todo una defensa de la historia simultáneamente comprometida con el tiempo presente y abierta a dejar ver la historicidad cambiante tanto de los sujetos observados como del mismo observador. Su perspectiva metodológica consistiría entonces, nos dice, en

[3] Marc Bloch: *Introducción a la historia.* México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

> [...] mostrar los desfases que se producen entre las distintas formas de aparecer del sujeto de la narración a lo largo y ancho de la historia, del espacio, de las escalas sociales y de las diversidades culturales. Se trata de poner en evidencia la imposibilidad de todo sujeto de coincidir con él mismo (p. 396).

La tesis esgrimida por Viqueira a lo largo del libro aparentemente podría caer en la siguiente obviedad: los "indígenas" son seres humanos como cualquier otro, sujetos a transformación y adaptación social. Sin embargo la cuestión se torna relevante cuando se intenta superar los estereotipos esencialistas que suelen dominar en las narraciones históricas. Por esa razón, tal "obviedad" contiene una gran tensión emotiva y conceptual si se le ubica en el contexto en el que emerge: el de la historia de Chiapas y el de la nación mexicana dominadas por el prejuicio racial —reforzado por la etnografía— que intentan ofrecer representaciones integrales del complejo indio en síntesis unívocas, sin fisuras, y hasta simplonas. Así, frente a las representaciones inertes del indio, Viqueira opta por mostrar los desencuentros del indio con la nación mexicana, pero también entre la mirada de los expertos y la del indio observado. No se trata de un trabajo de denuncia social sino de la propuesta de una nueva manera de hacer historia "en construcción".

La noción de desfase utilizada por Viqueira enfatiza la idea de la no coincidencia o no simultaneidad de lo simultáneo. Constituida en una perspectiva conceptual que hace intervenir tanto la dimensión sincrónica como la diacrónica (denominada por su autor "variante cronotopológica"), el cometido se tendría que plasmar en narraciones más complejas, "que partiendo de hilos de distintos colores terminen por hacer aparecer insólitos dibujos, resultado de la creatividad humana" (p. 403). Con este "método" se intenta hacer "una contribución a una historiografía consciente de su carácter de conocimiento construido" y al mismo tiempo "que dé cuenta de una sociedad concebida como una construcción histórica" (p. 403). Por medio de este procedimiento se podrían enfrentar experiencias trágicas al dejar ver que "las naciones y las etnias no son esencias intemporales a las que

debamos sacrificarnos (y menos aún sacrificar a otros), sino construcciones históricas cambiantes [...]" (p. 412). Si la vía es adecuada, entonces Viqueira sostiene que la noción de "etnia —en tanto unidad de lengua, historia y cultura— resulta [...] totalmente inoperante para narrar el pasado y describir las formas de vida actuales de los indígenas de Chiapas" (p. 409).

Si interpreto correctamente el método de los desfases propuesto por Viqueira me parece que lo que está a discusión es el principio de identidad o de no contradicción que ha tendido a articular la comprensión histórica en las sociedades modernas. Se renunciaría con ello a una comprensión de la realidad histórica como si se tratara de una mera suma de las partes dentro de un todo. Su lugar sería ocupado por el principio de la diferencia como dispositivo heurístico privilegiado para emprender cualquier tipo de investigación histórica. Así podría revelarse que incluso al interior del mundo indígena existe mayor diversidad cultural que la que se ha tendido a mostrar en los estudios históricos y etnográficos. Otra de las implicaciones atiende a la necesidad de abandonar la noción de etnia para darle mayor importancia a la de "región" o espacio en el que interactúan diversos grupos. De esa manera la identificación de los procesos sociales exclusivamente en términos étnicos tendería a perder peso. De hecho, en las investigaciones recogidas en este libro se dispensa una atención especial a la noción de región entendida como espacio de frontera en la cual los diversos grupos han conformado y conforman históricamente sus identidades.

No obstante, el "método de los desfases" plantea la cuestión de cómo explicar la presencia del pasado en el presente, o de cómo razonar en torno a las aparentes líneas de continuidad entre eventos sucedidos hace tres siglos y otros que están sucediendo en el presente. Por ejemplo, Viqueira constata que la región en la que se concentran hoy la mayoría de los grupos de la rebelión neozapatista coincide, aunque sea parcialmente, con la de los grupos que integraron la rebelión de 1712 (de la cual se nos detalla en el cap. II.2: "¿Qué había detrás del petate de la ermita de Cancuc?"). Asimismo quienes

se mantuvieron al margen del levantamiento de 1712 se corresponden en parte con la población ladina actual. Frente al problema de cómo entender dos eventos de naturaleza distinta y distantes en el tiempo aunque relacionables espacialmente, Viqueira acierta a decir que el método de los desfases se orienta a descubrir las anomalías o las excepciones dentro de las regularidades (coincidencias en los mapas); o, si se quiere, la diferencia específica dentro del género "rebelión". Se trata, dice, de confrontar por medio de la investigación histórica "el modelo con la realidad" (pp. 399-401). Esta aspiración concuerda con quienes sostendrían que una de las funciones críticas de la historiografía consiste en poner a prueba los modelos generales de explicación sociológica.[4]

Yo me preguntaría todavía si al reconocer que el pasado no está al lado sino dentro del presente, se requeriría desarrollar un poco más los métodos de explicación histórica y de exposición narrativa. Sin duda es fascinante descubrir que los grupos que participaron en una rebelión hace tres siglos son los ancestros de los protagonistas de la rebelión reciente de 1994. ¿Significa tal cosa que la historia se repite o que no se ha movido desde entonces en esa región?, lo cual podría dar razón a ciertas posturas "esencialistas" con las que Viqueira antagoniza; ¿o más bien se trata de algo más profundo que engloba a la modernidad como proyecto social e histórico?

En este punto coincido plenamente con el autor en que su aproximación a las "encrucijadas chiapanecas" abre más preguntas que respuestas (p. 400). Es evidente que en este enfoque el tratamiento de la constitución histórica de las identidades sociales no se circunscribe al campo de las ideas y creencias, sino que incluye también los factores económicos y políticos. Por esa razón no se puede pasar por alto fácilmente las variaciones en las relaciones de dominación que han podido ocurrir entre 1712-1994. Pero si después de un levantamiento topográfico de archivos y materiales se advierte que

[4] Véase el inciso "Hacer resaltar las diferencias: desviaciones del modelo", en Michel de CERTEAU: *La escritura de la historia.* Traducción de Jorge López Moctezuma. México: Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 90-93.

los mismos grupos, que en realidad son otros, siguen ahí, el analista se obliga a arrojar un tipo de explicación histórica distinta de las acostumbradas, basadas generalmente, en una relación de causas y efectos progresivas, ascendentes, pues lo que se manifiesta es que bajo la superficie del presente, siempre en movimiento, se oculta el pasado, no como una materia inerte, sino activa, situación que exige otra clase de elucidaciones.

Las explicaciones que se nos ofrecen en este trabajo pueden debatirse, estar de acuerdo o no con ellas, pero lo cierto es que se trata de un intento muy serio y responsable de salir de la cárcel del positivismo o de no caer en los devaneos nominalistas de lo que él llama corriente "posmoderna". Aunque quizá hubiera sido conveniente precisar con algunos nombres y señas, autores que caerían dentro de esas denominaciones, pues pienso que cuando se intenta escapar de las insuficiencias de una filosofía basada en la idea de progreso fundada exclusivamente en sus logros técnicos y materiales, se cae necesariamente en la problemática de cómo volver a pensar la modernidad —de manera más radical— sin esquivar los factores culturales e históricos. Pues lo que se pone en evidencia —como lo señala Viqueira evocando a Benedetto Croce— es que el pasado no está fuera sino dentro del presente.

En ese sentido todo lo actual parece estar nutriéndose siempre del pasado. En relación con esta consideración me encontré con un pasaje de un texto del jurista e historiador Toribio Esquivel Obregón (1864-1946) sobre la cuestión del indio en México. En sus líneas aparece la paradoja inscrita en una de las fórmulas utilizadas por Viqueira cuando se refiere a las "Viejas ideas nuevas" (p. 379). Esquivel Obregón escribió lo siguiente:

> Lo que se ve en la superficie de nuestra historia, la acción aparatosa de fuerzas teatrales que obran rápidamente, es la dominación de los indios por la audacia de los españoles. Lo que no se ve es la acción de fuerzas infinitesimales, capilares, ocultas, que realmente gobiernan al mundo físico y social; y esa acción, que el historiador no narra porque muchas veces no la

> entiende, es lo que hay de real en nuestra vida, es la imperceptible conquista del blanco por el indio, y es espectáculo digno del estadista pensador ver cómo la cultura india se esconde detrás de las formas de la civilización moderna.[5]

Después de leer *Encrucijadas chiapanecas* la impresión que se tiene es que en sus páginas están sembradas principalmente dos inquietudes: la primera sobre el carácter del "método" y la segunda sobre el objeto de estudio, la primera relacionada atinadamente con la idea del historiador como traductor (p. 384) y la segunda con la cuestión acerca de qué hacer con el vocablo indígena.

Así como el historiador es un traductor de culturas y prácticas asociadas con el pasado realizada en los términos del presente, del mismo modo los individuos y los grupos sociales crean, construyen sus identidades traduciendo lenguajes ajenos en términos de los propios. Es un proceso que siempre está en marcha y que no se sabe con exactitud dónde empieza y dónde termina. Es indiferente a cualquier grupo social. Este principio metódico es el que permite desesencializar la historia de los grupos indígenas para verlos como parte de una misma historia, recordando a Ortega cuando señaló que los seres humanos no tenían naturaleza, sino historia.[6]

En cuanto al segundo aspecto la propuesta de Viqueira se constituye en un programa de investigación a desarrollar relacionado con el uso de la palabra indígena generalizada a partir del siglo XIX. En su trabajo se ha referido a la construcción cultural del indio en el periodo colonial y al proceso de reindianización en los siglos XIX y XX (cap. III.1 y 2: "Ladinización y reindianización en la historia de Chiapas" y "Mestizaje, aculturación y ladinización en dos regiones de Chiapas"). A partir de su planteamiento, que sitúa

[5] Toribio ESQUIVEL OBREGÓN: "El indio en la historia de México", citado por Carlos A. ECHÁNOVE TRUJILLO: *Diccionario de Sociología.* México: Jus, 1976, p. 248.

[6] José ORTEGA Y GASSET: *Historia como sistema.* Madrid: Revista de Occidente, 1975, p. 61.

la cuestión indígena dentro de los parámetros más generales de la "condición humana", ¿no convendría pensar en la posibilidad de desindianizar al indígena mexicano? Al menos de este estudio se deriva la necesidad de reconceptualizar el problema indígena como parte de la agenda política y académica nacional. Dicho así se ponen en juego múltiples instituciones e intereses fabricados meticulosamente en la modernidad para atacar la cuestión indígena. Pero si la empresa tiene que ver con la superación del prejuicio racial y los impulsos modernizadores a ultranza, entonces parece imponerse una necesaria reconceptualización de lo indígena que implica decir adiós a varios de los axiomas "científicos" fabricados en el siglo antepasado.

Guillermo Zermeño
El Colegio de México

RESEÑA

Felipe Arturo ÁVILA ESPINOSA: *Los orígenes del zapatismo*. México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, 332 pp. ISBN 968-12-1033-6

Los orígenes del zapatismo es una contribución importante al estudio de un tema acerca del cual se ha escrito mucho. Ávila se centra en el porfiriato y la presidencia de Francisco I. Madero para entender por qué muchos morelenses y sus colaboradores en los estados vecinos decidieron unirse a la Revolución y luego decidieron, en el otoño de 1911, separarse de Madero y forjar un movimiento independiente basado en el Plan de Ayala.

Basándose en el trabajo de Horacio Crespo, Cheryl Martin y Herbert Frey, y guiado por el modelo de las rebeliones campesinas que estableció John Tutino, Ávila ofrece una síntesis detallada y razonada de la creciente presión que ejerció el porfiriato sobre los campesinos de Morelos. Sostiene que en los valles centrales de este estado, la modernización porfirista pocas veces implicó la pérdida de tierras campesinas ante las haciendas azucareras, porque las tierras comunales ya se habían perdido para mediados del siglo XIX. En cambio, a medida que las haciendas se modernizaban y se expandían las obras de irrigación, los hacendados comenzaron a cultivar caña en tierras que los campesinos se habían acostumbrado a alquilar. Sin embargo, el resultado fue muy semejante al que describen los investigadores que se han centrado en la pérdida de tierras: cada vez más dependientes del trabajo asalariado temporal, los campesinos resintieron la pérdida de re-

cursos y seguridad, y la consecuente alteración en el equilibrio tradicional de las relaciones sociales.

Al igual que Tutino, Ávila considera que tuvo mucho que ver la oportunidad de rebelarse. Al acercarse 1910, el régimen porfirista comenzó a mostrar sus debilidades. En el ámbito nacional, se discutió mucho acerca de quién heredaría la presidencia del ya anciano Díaz, discusión que se intensificó cuando Díaz dudó brevemente si postularse para las reelecciones. En el sector estatal, en 1909 se realizaron unas elecciones muy reñidas para gobernador, en las cuales sectores significativos de todas las clases sociales apoyaron a Patricio Leyva, el candidato no oficial, en busca de una apertura democrática. Aunque se le negó el triunfo, la política estatal quedó polarizada y muchos de los hombres que se formaron con Leyva se convirtieron en zapatistas destacados. Tanto los leyvistas como Zapata, que carecía además de prestigio social, se descubrieron de pronto blanco de la opresión estatal. No sorprende, por tanto, que muchos campesinos de Morelos y sus alrededores aprovecharan la oportunidad de revancha que les ofreció el levantamiento de Madero.

Para apoyar su segundo planteamiento, Ávila se basa en varias fuentes primarias, incluyendo archivos de Porfirio Díaz y Francisco I. Madero poco usados en otros estudios sobre el zapatismo. Sostiene que la separación entre Zapata y Madero no era inevitable, para lo cual hace un examen excelente de las distintas corrientes del maderismo y demuestra cómo los maderistas conservadores fueron ganando terreno. Zapata y su grupo permanecieron fieles a Madero durante todo el verano de 1911, con la esperanza de que una solución diplomática les evitara un nuevo enfrentamiento armado, para el cual, como demuestra Ávila de manera convincente, no estaban preparados. Sin embargo, Ávila es menos persuasivo al sostener que los zapatistas sabían, al asumir Madero la presidencia en noviembre de 1911, que no les cumpliría sus demandas. La cadena de acontecimientos que los llevó a levantarse de nuevo en armas fue tan compleja que parece poco probable que hubieran conocido la verdadera postura de Madero. En todo caso, cuando se reanudaron los enfrentamientos, la dirigencia zapatista enfrentó la difícil tarea de convencer a los pueblos del centro y sur de México de unírseles en la lucha contra el caudillo de la revolución nacional. Su éxito gradual se debió a la creciente furia por la excesiva ocupación militar, a las demandas insatisfechas de tierra, a la pérdida de legitimidad

de las autoridades locales y al fracaso de Madero en la realización de reformas sociales y económicas.

En cuanto al estudio de las razones para unirse y luego separarse de Madero, el trabajo de Ávila es probablemente el mejor que existe, y no tanto porque la información en la que se basa sea nueva (es difícil encontrar algo realmente nuevo acerca del zapatismo), sino por los detalles y matices interpretativos tanto de las relaciones del zapatismo con otros movimientos como de la complejidad interna del propio zapatismo. El trabajo de Ávila es más analítico que el clásico de John Womack o que mi propia biografía de Zapata. Este estudio también supera a los trabajos anteriores en que busca evaluar a los hacendados de Morelos de manera más objetiva, contra lo que Ávila llama "la leyenda negra" que se ha construido a su alrededor. *Los orígenes del zapatismo* también es consistente en el trazado de los movimientos de las tropas y en el reconocimiento de las diferencias regionales del zapatismo, logrado con ayuda de investigadores como Salvador Rueda y Laura Espejel.

Aunque en última instancia se refugia en la idea aceptada, y quizás atinada, de que había, "a pesar de todo, una relativamente alta cohesión interna de los pueblos y comunidades en sus relaciones con el exterior" (p. 56), Ávila también tiene el cuidado de reconocer la estratificación dentro de las comunidades y los desacuerdos frecuentes entre los pueblos vecinos. Retoma estos puntos al hablar de la violencia que se generó cuando comenzó la Revolución, la que no se dirigió sólo hacia la élite y las clases medias, sino también hacia los campesinos. Sostiene que aún falta estudiarla dentro del zapatismo y la zapatista contra los campesinos pacíficos, aunque no reconoce que mi propio trabajo trata estos temas en forma directa y detallada. En cambio, hace una contribución importante acerca de los "cuerpos de defensa" que crearon muchos pueblos para protegerse de los zapatistas. También es nueva la aseveración de que en estas etapas tempranas de la década revolucionaria ya se estaba desencadenando violencia no basada en diferencias de clase. Desafortunadamente, este argumento, para el cual hay muy pocas fuentes de archivo, se basa sobre todo en la prensa conservadora de la ciudad de México, *El País* y *El Imparcial*, que para este tema no es muy fiable. Aun así, es la primera vez que se publican estos hallazgos en México, y Ávila demuestra gran valor al enfrentar de esta manera el mito zapatista.

Haré algunas advertencias de despedida. Ávila lamenta la dificultad de encontrar las voces de "la gente común que se incorporó a la revuelta" (p. 132), pero, extrañamente, no toma en cuenta una fuente maravillosa, que son las historias orales de los veteranos de la Revolución recopiladas por el INAH durante la década de 1970. El texto también adolece de cierta repetición y sobreelaboración de algunos puntos, mientras que, a pesar de la investigación impresionante que sostiene el trabajo, faltan notas al pie en momentos muy importantes del argumento. Por último, no entiendo su caracterización de Pablo Torres Burgos y Otilio Montaño como intelectuales urbanos (p. 104). A pesar de estas pocas quejas, espero que Felipe Ávila continúe su trabajo sobre el tema y nos lleve a recorrer toda la década revolucionaria, pues hizo un excelente arranque.

Traducción: Lucrecia Orensanz

Samuel Brunk
University of Texas, El Paso

OBITUARIO

BERTA ULLOA

Su obra como historiadora es doble, útiles guías documentales y excelentes libros. Publicó en 1952, el *Catálogo de los Fondos del Centro de Documentación del Museo Nacional de Historia*; de mayor envergadura es *Revolución Mexicana, 1910-1920*, publicado en 1963 en el Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Igualmente útil es la *Guía de documentos relativos a México en archivos de Estados Unidos*, publicada en 1991; en fin, al alimón con Luis Muro publicó en 1997 la monumental *Guía de la Revolución Mexicana* en el Archivo Histórico de la Defensa Nacional.

Colaboró en 1971, con el artículo "Sesenta días decisivos entre México y Estados Unidos", en *Extremos de México*, Homenaje a Daniel Cosío Villegas. También colaboró en la *Historia General de México* con "La lucha armada (1911-1920)", publicada en 1976 y reeditada el año 2000. Como autora individual destacan *La Revolución intervenida*, la primera edición es de 1971, la segunda de 1976. A esta obra siguieron los tomos 4, 5 y 6 de la «Historia de la Revolución Mexicana». En mi opinión ambas otorgan a Berta un lugar muy sobresaliente en la historiografía de la segunda década del siglo XX.

En fin, por su espíritu conciliador se ganó la confianza de sus colegas, y por su trato suave y afectuoso el cariño de sus amigos. Es natural, por tanto, que el año 2000 se haya publicado *Diplomacia y Revolución. Homenaje a Berta Ulloa.*

Moisés González Navarro
El Colegio de México

BERTA ULLOA ORTIZ, 1927-2003

Un amor entrañable por la tierra, la de sus antepasados en Nayarit y la de su infancia en Veracruz, marcaron el principio y el fin de la vida de Berta Ulloa. Siempre añoró el puerto jarocho con su sabrosa comida, ambiente guapachoso y estupendo café. Gracias a la generosidad de su sobrino, Manuel Ulloa, pudo pasar sus últimos meses a la orilla del mar, viendo correr los niños sobre la arena y volar las gaviotas sobre las olas.

Entre ese punto de su partida definitiva del puerto veracruzano y su nacimiento en la ciudad de México, 76 años antes, transcurrió una vida cuya característica sobresaliente fue la entrega: a cuidar a sus familiares, amigos y compañeros y a cumplir con sus compromisos profesionales. Volcó su cariño y buena voluntad hacia los suyos y los extraños y en particular, hacia sus colegas del Centro de Estudios Históricos.

El primer amor de Berta fue la historia prehispánica. Pensaba dedicar la vida a su estudio cuando se interpusieron en su camino otros muchos proyectos, como recorrer los archivos de Europa y de América en busca de fuentes para la historia contemporánea. Animada por Daniel Cosío Villegas, anduvo desde Argentina hasta Estados Unidos, Francia e Inglaterra para conocer sus ricas colecciones documentales. La amistad que hizo con investigadores como Robert Potash nunca se desvaneció.

Berta fue de la "fábrica", esa organización ideada por Cosío Villegas para investigar, redactar y publicar la «Historia de la Revolución Mexicana». Las horas dedicadas a este proyecto fueron incontables, como lo fueron también para otros colegas suyos que formaron una generación de respetados historiadores: Luis

González y Moisés González Navarro entre otros. La relación con don Luis fue especialmente estrecha, ya que Berta fue madrina de su matrimonio y de una hija. Otro historiador que compartió su vida profesional a lo largo de décadas y a quien le unía una amistad profunda fue Luis Muro, venido de tierras peruanas, cuyo destino fue quedarse para siempre en México. Con mucha paciencia Berta dedicó varios años, después de dejar la dirección del Centro de Estudios Históricos, a ordenar las fichas que había hecho Luis Muro con el fin de publicar la *Guía de Ramo Revolución Mexicana 1910-1920 del Archivo Histórico de la Defensa Nacional.* Todavía le dio tiempo de terminar un estudio de Isidro Fabela en 1996 y de Henry Lane Wilson y Henry P. Fletcher para una serie sobre embajadores, publicada en 1998.

El traslado en 1976 del pequeño mundo de Guanajuato 125, en plena colonia Roma, al lejano y despoblado Camino al Ajusco significó ocupar un edificio recién construido, todavía húmedo, extremadamente frío, donde los trabajadores, cual cuadrillas de constructores de pirámides, cincelaban a mano las inagotables superficies de los muros para darles la textura rugosa apetecida por el arquitecto. En medio del golpeteo constante y de temperaturas que recordaban Siberia, había un lugar cálido, si no caliente en El Colegio. Era el cubículo de Berta, donde siempre había café y galletas y una permanente invitación a sentarse a platicar. Ella hablaba de sus viajes, de las personas que conocía, y en medio de estas pláticas, sin sentirlo, iba emergiendo una visión de la vida, una filosofía, una moral que enaltecía los valores más admirados, por lo menos en nuestra civilización, de los seres humanos. Este espacio de reunión, antes de abrir la Sala de Profesores que ha existido desde hace muchos años en El Colegio de México, fue un lugar privilegiado para hablar de libros, intercambiar opiniones y crear la comunicación que define a una comunidad académica. Era informal, espontáneo, y reflejaba la personalidad de Berta, capaz de atraernos, de proveer un ambiente grato, sabio, virtuoso en el sentido más clásico. Así desempeñó su vocación de verdadera maestra. Nunca tomé clases formales bajo su dirección —hacía mucho que había dejado la docencia— pero lo que aprendí por la prédica y por el ejemplo se me ha grabado a mí y a muchos investigadores que estuvimos cercanos a ella.

Berta manejaba con destreza la prudencia, sin hacer jamás alarde de ella. Esto le fue especialmente útil en tiempos de crisis como durante las huelgas de los ochenta. Su casa se convirtió en el Centro de Estudios Históricos en el exilio, su voz la de la con-

ciliación. Nunca echó leña al fuego, ni se sobresaltó. Le tocó administrar la pobreza, después de décadas de relativa bonanza, que hizo con discreción, sin lamentos ni desesperación ante la ausencia de fondos hasta para timbres postales. Organizó varios libros colectivos, que significó batallar con múltiples colaboradores, no siempre puntuales, sin desesperarse. Propició un clima de trabajo, de paz, tranquilidad y respeto mutuo en el Centro, en medio de revueltas que lo pudieron haber desquiciado.

Uno de los momentos que más disfrutó fue al recibir las Palmas de Oro del gobierno francés con motivo de sus 30 años como investigadora, y por supuesto por sus contribuciones a la historiografía mexicana. Siguieron otros homenajes a lo largo de los años, en El Colegio de México y en la Secretaría de Relaciones Exteriores, por mencionar sólo dos. Participó en el apoyo a archivos e instituciones de educación superior en la provincia, sobre todo en el Archivo Histórico de Saltillo y en El Colegio de Michoacán. Tuvo una visión integral del territorio mexicano: nada de visualizar a la República únicamente desde la ciudad capital. Comprendía los alcances regionales e internacionales de la política, como quedó demostrado en sus trabajos sobre la historia diplomática y la veracruzana. Esta experiencia la aprovechó al ser miembro fundador del jurado del Premio Banamex de Historia Regional Atanasio G. Saravia, así como en otros varios jurados que ocuparon noches y fines de semana durante meses cada año. Su dedicación a cumplir con éstas y otras tareas le privó de las vacaciones que tanto disfrutaba con su familia. Como amiga suya, no puedo escapar de cierta tristeza que provoca el recuerdo de estas privaciones, autoimpuestas, pero privaciones al fin.

Tanto colaboradores como alumnos guardan un cariñoso recuerdo de ella. Como dijo hace poco una egresada procedente de Guatemala, el calor y la amabilidad con que fue recibida en el Centro encabezado por Berta Ulloa, hace ya un par de décadas, forma parte de sus recuerdos más apreciados. Para todos aquellos que recibían su saludo cada mañana, de quienes se despedía cada tarde, que llegaban a tomar el café o simplemente a comentar los vericuetos de la naturaleza humana, su presencia fue enriquecedora, su calidad académica admirable y su calidez un ejemplo a seguir.

Anne Staples
El Colegio de México

PUBLICACIONES RECIBIDAS

ACOSTA, JOSÉ de: *Natural and Moral History of the Indies.* Durham y Londres: University Press, 2002, 535 pp. ISBN 0-8223-2845-3.

AI CAMP, Roderic: *Mexico's Mandarins. Crafting a Power Elite for the Twenty-First Century.* Berkeley: University of California Press, 2002, 308 pp. ISBN 0-520-23344-1.

ALATORRE, Antonio: *El brujo de Autlán.* México: Aldus, «La Torre inclinada», 2001, 211 pp. ISBN 970-714-002-X.

ANAYA MERCHANT, Luis: *Colapso y reforma. La integración del sistema bancario en el México revolucionario, 1913-1932.* México: Miguel Ángel Porrua-Universidad Autónoma de Zacatecas, 2002, 341 pp. ISBN 970-701-268-4.

ARIAS URRUTIA, Ángel: *Cruzados de Novela: las novelas de la Guerra Cristera.* Pamplona: EUNSA, 2002, 246 pp. ISBN 84-313-1972-0.

ÁVILA ESPINOSA, Felipe: *Los orígenes del zapatismo.* México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, 332 pp. ISBN 968-12-1033-6.

BEEBE, Rose Marie y Robert M. SENKEWICZ: *Guía de manuscritos concernientes a Baja California en las colecciones de la Biblioteca Bancroft.* Berkeley: University of California, 2002, 587 pp. ISBN 1-893663-14-0.

BEHRENS, BENEDIKT: *Ein Laboratorium der Revolution. Städtische soziale Bewegungen und radikale Reformspolitik im mexikanischen Bundesstaat Veracruz, 1918-1932.* Frankfurt: Peter Lang, 2002, 580 pp. ISBN 3-631-38894-2.

BOUTRI, Philippe y Bernard VINCENT: *Les Chemins de Rome. Les visites ad limina á l'époque moderne dans l'europe méridionale et le mon-*

de hispano-americain (*XVI*[e]-*XIX*[e] *siécles*). Francia: École Française de Rome, 2002, 273 pp. ISBN 0223-5099.

BOYER, Christopher R.: *Becoming Campesinos. Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Postrevolutionary Michoacan, 1920-1935*. Stanford, Cal.: Stanford University Press, 2003, 320 pp. ISBN 0-8047-4352-7.

BRASWELL, Geoffrey: *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction*. Austin, Texas: University of Texas Press, 2003, 423 pp. ISBN 0-292-70914-5.

CABALLERO ZAMORA, Carlos: *El lado oculto de la Guadalupana. Su autenticidad india*. México: Ediciones Dabar, 125 pp. ISBN 970-652-065-1.

CARRERA, Magali M.: *Imagining Identity in New Spain. Race, Lineage, and the Colonial Body in Portraiture and Casta Paintings*. Austin: University of Texas Press, 2003, 188 pp. ISBN 0-292-71245-6.

Crónica gráfica de los impuestos en México, siglos XVI-XX. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 2003, pp. ISBN 970-73-4023-1.

DALLA CORTE, Gabriela, Pilar GARCÍA JORDÁN, Miguel IZARD, Javier LAVIÑA, Ricardo PIQUERAS, Meritxell TOUS y María Teresa ZUBIRI: *Conflicto y violencia en América*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2002, 376 pp. ISBN 84-475-2694-1.

ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio y Luz CARREGHA LAMADRID: *El siglo XIX en las Huastecas*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-El Colegio de San Luis, 2002, 379 pp. ISBN 968-496-449-8.

ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, Romana FALCÓN y Raymond BUVE (comps.): *Pueblos, comunidades y municipios frente a los proyectos modernizadores en América Latina, siglo XIX*. México: El Colegio de San Luis-Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, 2002, 282 pp. ISBN 968-7727-79-9.

FISHER, Vivian C.: *Esteban Jose Martinez. His Voyage in 1779 to Supply Alta California*. Berkeley, Cal.: The Bancroft Library-University of California, 269 pp. ISBN 1-893663-15-9.

GARNER, Paul: *Porfirio Diaz. Prolifes in Power*. Malaysia: LONGMAN, 2001, 269 pp. ISBN 0-582-29267-0.

GUTMANN, Matthew C.: *The Romance of Democracy. Compliant Defiance in Contemporary Mexico*. Berkeley: University of California Press, 2002, 289 pp. ISBN 0-520-23528-2.

HEIMANN, Úrsula: *Liberalismus, ethnische Vielfalt und Nation. Zum Wandel des Indio-Begriffs in der liberalen Presse in Mexiko, 1821-1876*. Germany: Franz Steiner Verlag, 2002, 285 pp. ISBN 3-515-07769-3.

HERNÁNDEZ, Marie Theresa: *Delirio. The Fantastic, The Demonic, and the Reel.* Austin: University of Texas Press, 2002, 306 pp. ISBN 0-292-73462-X

JEFFREY L. Bortz y Stephen HABER: *The Mexican Economy, 1870-1930. Essays on the Economic History of Institutions, Revolution, and Growth.* Stanford: Stanford University, 2002, 348 pp. ISBN 0-804742-07-3.

JOSEPH, Gilbert M. y Timothy J. HENDERSON (comps.): *The Mexico Reader. History, Culture, Politics.* Durham and London: Duke University Press, 2002, 792 pp. ISBN 0-8223-3042-3.

JOYSE CHRISTIE, Jessica: *Maya Palaces and Elite Residences. An Interdisciplinary Approach.* Austin: University of Texas Press, 2003, 340 pp. ISBN 0-292-71244-8.

LANDAVAZO, Marco Antonio: *La máscara de Fernando VII. Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis. Nueva España, 1808-1822.* México: El Colegio de México-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2001, 357 pp. ISBN 968-12-1008-5.

LAWSON, Joseph Chappell H.: *Building the Fourth Estate. Democratization and the Rise of a Free Press in Mexico.* Berkeley: University of California Press, 2002, 287 pp. ISBN 0-520-23171-6.

LORETO LÓPEZ, Rosalva: *Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII.* México: El Colegio de México, 2000, 332 pp. ISBN 968-12-0879-X.

MAURER, Noel: *The Power and the Money. The Mexican Financial System, 1876-1932.* Stanford, Calif.: Stanford University Press, 2002, 250 pp. ISBN 080-474-285-5.

NAPOLITANO, Valentina: *Migration, Mujercitas, and Medicine Men. Living in Urban Mexico.* Berkeley: University of California, 2002, 240 pp. ISBN 0-520-23319-0.

NIZZA DA SILVA, Maria Beatriz: *Donas e plebeias na sociedade colonial.* Lisboa: Estampa, 2002, ISBN 972-33-1811-3.

OROPEZA, Salvador A.: *The Contemporaneos Group. Rewriting Mexico in the Thirties and Forties.* Austin, Texas: University of Texas Press, 2003, 175 pp. ISBN 0-292-76057-4.

PÉREZ VEJO, Tomás: *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas.* Oviedo, España: Ediciones Nobel, 1999, 241 pp. ISBN 8489770-52-2.

PILCHER, Jeffrey: *The Human Tradition in Mexico.* Wilmington, Delaware: A Scholarly Resources Inc., 2003, 242 pp. ISBN 0-8420-2975-3.

REYES, Aurelio de los: *¿No queda huella ni memoria? Semblanza iconográfica de una familia.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México, 2002, 391 pp. ISBN 968-36-8110-7.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín y Silvia FIGUEROA ZAMUDIO (coords.): *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano.* México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Comunidad de Madrid, 2002, 391 pp. ISBN 968-7598-29-8.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín, Alberto ENRÍQUEZ PEREA, Beatriz MORÁN GORTARI y Gerardo SÁNCHEZ DÍAZ (comps.): *La etapa mexicana de Luis Cernuda, 1952-1963.* México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Comunidad de Madrid, 2002, 233 pp. ISBN 970-703-148-4

SÁNCHEZ CUERVO, Antolín C.: *Arraigos y exilios de Luis Santullano (1879-1952)*. Madrid: Sistema, núm. 170.

SERRANO de la TORRE, José Miguel: *Antiguos y modernos en la poética de Luis Cernuda.* España: Universidad de Málaga, 2002, 248 pp. ISBN 84-95073-32-3.

SERRANO ORTEGA, José Antonio: *Jerarquía territorial y transición política. Guanajuato, 1790-1836.* México: El Colegio de Michoacán-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2002, 356 pp. ISBN 970-679-058-6.

SLUITER, Engel: *The Gold and Silver of Spanish America c. 1572-1648.* Berkeley, Cal.: The Bancroft Library-University of California, Berkeley, 1998, 192 pp.

TORRES SÁNCHEZ, Rafael: *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934.* México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 2001, 443 pp. ISBN 970-660-025-6

VIQUEIRA, Juan Pedro: *Encrucijadas chiapanecas. Economía, religión e identidades.* México: Tusquets-El Colegio de México, 2002, 527 pp. ISBN 968-12-1077-8.

ZANCHINI DI CASTIGLIONCHIO, Francesco: "Dalla *Reconquista* Alla *Conquista.* Radici e Significato del Confessionismo Ispánico nel Sistema Giuridico delle Indie (A proposito di «Bolle allessandrine» e Altro)", en *IL Diritto Ecclesiastico.* Anno CX, Fasc. 4, 1999.

ZANCHINI DI CASTIGLIONCHIO, Francesco: "Libertá religiosa e laicitá dello Stato nell's esperienza mexicana", en *La Liberta Religiosa.* Tomo II, a cargo de Mario Tedeschi, 2002.

ZERMEÑO PADILLA, Guillermo: *La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica.* México: El Colegio de México, 2003, ISBN 968-12-1080-8.

Publicaciones periódicas

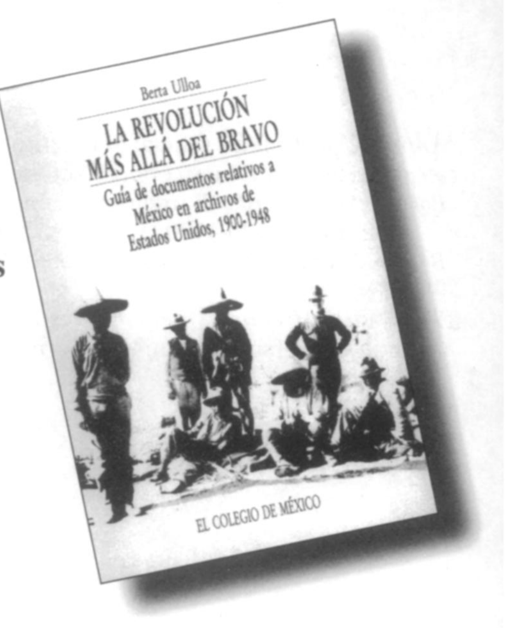
Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Nueva época) (jul.-sep. 2002), ISSN 0188-462X.

Boletín Americanista. Barcelona: Universidad de Barcelona, LII, 2002, ISSN 0520-4100.

Boletín. Archivo Histórico de Petróleos Mexicanos (dic. 2002), sin ISSN.

The Western Historical Quarterly. Western History Association Utah State University, XXXIII:4 (invierno, 2002).

La revolución más allá del Bravo. Guía de documentos relativos a México en archivos de Estados Unidos, 1900-1948



Berta Ulloa

EI/043
Primera edición, 1991
ISBN 968-12-0483-2

Precio: $ 144.00 pesos
$ 15.00 dólares

Esta guía de documentos en archivos de Estados Unidos y relativos a la historia contemporánea de México busca ser un instrumento útil para todos los investigadores interesados en el estudio a fondo de los problemas nacionales e internacionales de nuestro país durante la primera mitad del siglo XX.

Las cuarenta colecciones documentales que abarca la guía están ordenadas en tres rubros principales, según el tipo de instituciones donde se encuentren depositadas: bibliotecas, sociedades históricas y universidades.

Esta guía de documentos históricos elaborada por Berta Ulloa –experimentada historiadora de las relaciones internacionales de México en el siglo XX– es un instrumento valiosísimo para todo aquel que busca llegar a una comprensión del proceso histórico mexicano partiendo de los documentos originales.

Lorenzo Meyer

Guía del Ramo Revolución Mexicana, 1910-1920, del Archivo Histórico de la Defensa Nacional y de otros repositorios del gabinete de manuscritos de la Biblioteca Nacional de México

Luis Muro y Berta Ulloa

H/129
Primera edición, 1997 ISBN 968-12-0828-5

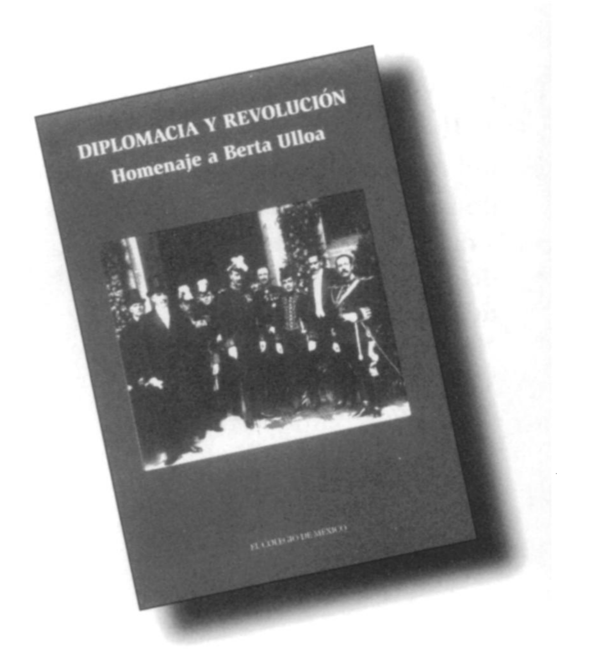
Precio: $ 897.00 pesos
$ 95.00 dólares

Los trabajos de Luis Muro Arias (Lima, Perú, 1917-México, D.F., 1987) se hallan en muchas investigaciones históricas que alcanzaron cabal expresión como libros y como artículos. Con generoso desprendimiento, proporcionaba información y hacía correcciones oportunas; disfrutaba cuando veía enriquecerse los acervos bibliográficos de las instituciones, particularmente el de El Colegio de México, a las que dio consejo y auxilio en su incansable ir y venir por las librerías. Muy poco de esa labor se acusa en créditos bibliográficos. Los afanes de Luis Muro se disuelven en páginas de diversos autores y sólo de vez en cuando aparecen en los agradecimientos.

Por poco ocurre lo mismo con esta *Guía del Ramo Revolución Mexicana, 1910-1920, del Archivo Histórico de la Defensa Nacional y de otros repositorios.* De no ser por Berta Ulloa, quien, cansada de insistir a Luis Muro que diera la forma de libro, puso manos a la obra para que ésta no quedara en papeletas indescifrables luego de la muerte del erudito investigador. Al cabo de años de pacientísima tarea de identificación y ordenación, Berta Ulloa entrega a los estudiosos la *Guía* que su colega y amigo había dejado para que otros la aprovecharan, sin reclamar mérito. Nadie mejor que la reconocida historiadora de la Revolución Mexicana para llevar a la forma de libro esta obra que cubre de 1910 a 1920, y en la que el investigador hallará orientación cronológica y espacial invaluable.

Este libro es ejemplo de erudición y, más que esto, es testimonio del reconocimiento que una historiadora hizo al ocuparse de la obra de investigación de un colega más interesado en los libros de los demás que en los que él pudo y debió escribir.

Andrés Lira González



Diplomacia y revolución. Homenaje a Berta Ulloa

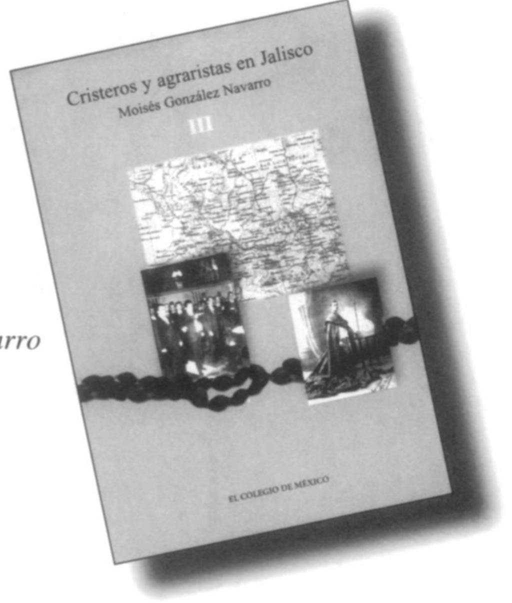
Anne Staples,
Luis González et al.

H/159
Primera edición, 2000
ISBN 968-12-0959-1

Precio: $ 155.00 pesos
$ 16.00 dólares

La entrega de una vida al estudio, el cuidado de detalles y el dato preciso, el amor por la patria ante agresiones extranjeras sin fin y el conocimiento profundo de los vericuetos de la política nacional caracterizan el quehacer histórico de Berta Ulloa. Este volumen de homenaje recoge las investigaciones de colegas suyos interesados en los mismos temas y periodos que le han apasionado a ella. Los trabajos contribuyen a la comprensión de la historia del antes, durante y después de la revolución mexicana, desde los ámbitos nacional e internacional. Se echa una mirada hacia el vecino del norte, Gran Bretaña, España, Europa y América Latina, como si los autores recorrieran los pasillos de los archivos diplomáticos que fueron revisados por la historiadora.

La revolución en sí, asunto central de sus estudios y de cinco colaboradores de este volumen, se examina bajo una lupa jurídica, ideológica, legislativa y electoral. Desemboca en los años carrancistas, que gravitan alrededor de la figura de don Venustiano, quien siempre ha suscitado los comentarios más elogiosos de Berta Ulloa. Bajo un enfoque regional, se recrean los escenarios veracruzanos, potosinos y queretanos. Con una unidad temática, este libro aporta visiones novedosas de causas y efectos, de los participantes y opositores del movimiento social más importante del siglo XX mexicano, que complementan las originales contribuciones hechas por Berta Ulloa a nuestro conocimiento de la historia diplomática y política del México moderno.



Cristeros y agraristas en Jalisco
vol. III

Moisés González Navarro

H/169-3
Primera edición, 2003
ISBN 968-12-0976-1

Precio: $ 280.00 pesos
$ 30.00 dólares

Después de los Arreglos del 21 de junio de 1929, desgarra a Jalisco el final de la hacienda y la educación socialista. La década 1930-1940 se inicia con una lenta aplicación de la reforma agraria, en el Maximato, sobre todo en la vía ejidal, se acentúa con Lázaro Cárdenas, ésta es una de las causas del rompimiento de Plutarco Elías Calles con el presidente. El reparto de las haciendas se hizo en algunos casos, con precipitación, al grado de que al final Cárdenas se vio obligado a crear una Oficina de la Pequeña Propiedad para corregir esos errores y así evitar un conflicto mayor. Entre los usufructuarios del reparto agrario destacaron algunos revolucionarios.

El Estado mexicano pasa en esta década de una educación anticlerical pequeño burguesa, al pecualiar "socialismo mexicano", basado en la reforma del artículo tercero constitucional, al que algunos dieron una orientación marxista, rechazada por la Iglesia católica. Paradójicamente en la Universidad de Guadalajara acentuaron la prédica marxista varios profesores que eran al mismo tiempo funcionarios del gobierno procapitalista de Everardo Topete. Al llegar la presidencia de Lázaro Cárdenas a su punto culminante con la expropiación petrolera, se frenó la educación socialista, tanto a nivel federal como estatal. En fin, la Universidad Autónoma de Guadalajara fue acusada de estar en connivencia con los cristeros.



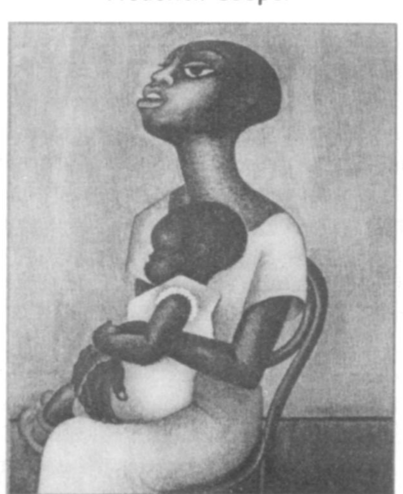
África

LA HISTORIA AFRICANA EN LA ERA DE LA DESCOLONIZACIÓN

Frederick Cooper

DEBATE SOBRE LA HISTORIA Y EL PROBLEMA DE LA TIERRA EN ÁFRICA

Sara Berry



DARLE SENTIDO HISTÓRICO A LA VIOLENCIA POLÍTICA EN ÁFRICA POSCOLONIAL

Mahmood Mamdani



70 pesos



Catherine Boone • Michael Chege • Néstor Braunstein • Herodoto • Solzhenitsy

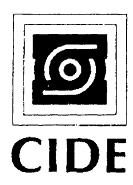
VOL. X, NÚM. 2, MÉXICO, SEGUNDO SEMESTRE DE 2003

POLÍTICA y gobierno

ARTÍCULOS

ENSAYO

ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO

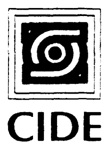


CIDE

www.politicaygobierno.cide.edu

Gestión y Política Pública

VOLUMEN XII NÚMERO 2
SEGUNDO SEMESTRE DE 2003



CIDE

www.gestionypoliticapublica.cide.edu

NORMAS DE LA REDACCIÓN

1. Los autores enviarán DOS ejemplares de su colaboración: una en papel y otra en diskette de 3'5 (versión Word para Windows).

2. Los textos (incluyendo resúmenes de 100 palabras como máximo, en inglés o español, notas, citas y referencias bibliográficas) deberán estar mecanografiados en negro, a doble espacio, en papel tamaño carta (21.5 × 28 cm), con márgenes de 3 cm en los cuatro lados, y con paginación consecutiva.

3. Todas las ilustraciones y gráficas deben estar preparadas para reproducción y numeradas consecutivamente. Irán en páginas separadas y su colocación en el texto se deberá indicar con claridad.

4. Los cuadros y tablas se numerarán de modo consecutivo y su colocación en el texto se señalará claramente. Cuando su extensión lo requiera irán en páginas aparte.

5. Las notas se reducirán al mínimo, siguiendo el formato establecido por *Historia Mexicana*. Las notas irán al final del texto, con paginación corrida, antes de la bibliografía; estarán numeradas de manera consecutiva con números arábigos volados.

6. Todas las siglas y referencias que aparezcan mencionadas se incluirán completas al final del texto, en orden alfabético, en la sección de SIGLAS Y REFERENCIAS; la paginación será corrida. En todos los casos se deberá seguir el formato ya establecido por *Historia Mexicana*.

7. En todos los artículos se deberán indicar muy claro al comienzo del texto, a la derecha, después del título, el nombre del autor y el de la institución a la que pertenece. En los testimonios, notas, reseñas, etc., estos datos se colocarán al final del texto, a la derecha.

8. No se admitirá ninguna colaboración que no se atenga a estas *Normas*.

9. La redacción acusará recibo de los originales en un plazo de quince días hábiles a partir de su recepción. La aceptación de cada colaboración dependerá de la evaluación de dos especialistas anónimos. De acuerdo con ésta, la redacción decidirá sobre la publicación e informará a los autores en un plazo menor de un año.

10. Para evitar costos extra de impresión, no se aceptará ningún cambio en el texto después de aprobada la colaboración.

11. En ningún caso se devolverán los trabajos recibidos por *Historia Mexicana*.

ADVERTENCIA: se solicita que las editoriales y los autores que deseen enviar libros para reseña, lo hagan a la Redacción de la revista. Toda obra aparecerá citada anualmente en una lista de PUBLICACIONES RECIBIDAS.

Graciela San Juan, secretaria, colaboró en la preparación de este número.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Ana Lidia García Peña: *Madres solteras, pobres y abandonadas: ciudad de México, siglo XIX*

Pedro L. San Miguel: *La representación del atraso: México en la historiografía estadounidense*

Ernest Sánchez Santiró: *Producción y mercado de la agroindustria azucarera del distrito de Cuernavaca en la primera mitad del siglo XIX*

Pablo Yankelevich: *Extranjeros indeseables en México (1911-1940). Una aproximación cuantitativa a la aplicación del artículo 33 constitucional*